

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB



HISTORIAS DE BEBÉS ADULTOS DE MICHAEL Y ROSALIE

A NOVEL

*Convirtiéndome en mí
Humillándome
La alegría de...
Creciendo como un bebé
La eterna regresión de Tania
Mi yo más pequeño*

*Convirtiéndose en mí:
Encontrando a la niña que llevamos dentro*

Historias de bebés adultos de Michael y Rosalie

por
Michael Bent
Rosalie Bent

Primera publicación: 2026

Derechos de autor © Andrew Stephens

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en ninguna forma, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Título: Historias de bebés adultos de Micahel y Rosalie

Autor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2026

www.abdiscovery.com.au

Contenido

Historias de bebés adultos de Michael y Rosalie	2
Convirtiéndome en mí: Encontrando a la niña que llevo dentro.....	9
Al principio	10
Tía Matilda	12
Tía Carolyn.....	17
La niña	31
Alimentación con biberón.....	40
Ocho años	50
Vacaciones de ensueño	72
El regreso de Betsy Wetsy	83
El patio de recreo	94
Mañana de Navidad.....	99
Humillarme.....	103
Capítulo uno: Mudarse	104
Capítulo dos: Vergüenza matutina	110
Capítulo tres: El primer día	113
Capítulo cuatro: El armario al descubierto	116
Capítulo cinco: Sin escapatoria	120
Capítulo seis: La regla de la sala de estar	123
Capítulo Siete: El Despertar Sexual.....	128
Capítulo ocho: Chantaje al bebé.....	132
Capítulo Nueve: Hogar y Desamparo.....	135
Capítulo diez: Mamá sabe más	139

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Capítulo once: Exposición pública	142
Capítulo doce: El control de Nora se profundiza	145
Capítulo trece: Sumisión total	149
Capítulo catorce: La decadencia de la universidad	152
Capítulo quince: Punto de ruptura	156
Capítulo dieciséis: La graduación y la tía	160
Capítulo diecisiete: La vida plena de un bebé	164
Capítulo dieciocho: Sin secretos	167
Capítulo diecinueve: Uso final	170
Capítulo veinte: Epílogo – Bebé por siempre	173
La alegría de.....	176
La alegría de los pañales.....	177
La alegría de mojar la cama.....	180
La alegría de las bragas y los sujetadores: una celebración para chicos como nosotros	184
La alegría de los pañales de tela y los pantalones de plástico.....	188
La alegría de dejar el orinal: un regreso a la libertad.....	191
La alegría de llorar: Déjalo salir todo, pequeño.....	195
La alegría de alimentar con biberón: sostener, alimentar y amar cuando lo necesiten.....	198
El placer de usar pañales gruesos en público.....	200
La alegría de gatear: volver a casa, a quien eres	202
La alegría de los vestidos de bebé: suavidad, dulzura y la persona que realmente eres.....	204

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

El placer de la lencería para hombres: empoderamiento, comodidad y verdadero yo	207
La alegría y el orgullo de usar siempre chupete.....	209
La alegría de una relación real con un osito de peluche o una muñeca sensible	211
La alegría de la regresión profunda y el agri dulce adiós	213
La alegría de hablar como un bebé: el orgullo por el balbuceo del bebé y el deseo de hablar su idioma más pequeño	215
El profundo deseo de vivir como un niño de 12 meses..	217
La alegría de ser visto como un bebé completo (y la alegría cuando esto sucede)	219
La alegría de tener una habitación y una cuna propias: un santuario de poder regresivo.....	221
La alegría y la validación de los pañales mojados y sucios: abrazando el corazón de la infancia	223
No estoy destinado a ser entrenado	226
La alegría de la validación externa	227
La regresión eterna de Tania.....	229
Capítulo uno: La corte y la multitud.....	230
Capítulo dos: Conmoción cerebral.....	234
Capítulo tres: Regreso a casa	238
Capítulo cuatro: Tres noches seguidas	242
Capítulo cinco: Citas para jugar	245
Capítulo seis: El diagnóstico.....	249
Capítulo siete: La primera rabieta	253

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Capítulo ocho: Una nueva rutina	256
Capítulo Nueve: Aceptación	260
Capítulo diez: Juegos de regresión	263
Capítulo once: Adiós, mi amor.....	267
Capítulo doce: Una habitación renacida.....	270
Capítulo trece: Paseo familiar.....	273
Capítulo catorce: Hitos	277
Capítulo quince: El día libre de mamá.....	280
Capítulo dieciséis: Bebé para siempre	284
Capítulo diecisiete: Comunidad	287
Capítulo dieciocho: Nueva vida.....	290
Creciendo como un bebé	293
Capítulo 1: Un mundo que nunca se apresuró	295
Capítulo 2: Un nuevo amigo	298
Capítulo 3: Aventuras juntos	301
Capítulo 4: Dolores de crecimiento	304
Capítulo 5: Una pijamada juntos	307
Capítulo 6: Amigos bebés, especiales juntos	310
Capítulo 7: Creciendo juntos como pareja.....	313
Capítulo 8: Una boda para bebés.....	316
Epílogo: Juntos, por siempre pequeños.....	319
El yo más pequeño.....	322
Capítulo uno: El yo más pequeño.....	323
Capítulo dos: Lo que ella necesita.....	327
Capítulo tres: Húmedo y maravilloso	331

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Capítulo cuatro: Un gran paso para una niña	335
Capítulo cinco: Arrastrándose a casa	339
Capítulo seis: Hora de dormir del bebé	342
Capítulo siete: Un amigo con quien abrazar	345
Capítulo ocho: Fuera de casa	349
Capítulo Nueve: Dee Dee a los Nueve Meses	352
Capítulo diez: La niñera en pañales	356
Capítulo once: El día del bebé de Dee-Dee	359
Capítulo doce: Sonríe para la cámara, cariño	362

*Convirtiéndose en mí:
Encontrando a la niña que llevamos dentro*

Convirtiéndome en mí: Encontrando a la niña que llevo dentro

Por Rosalie Bent

Al principio

El día bendito finalmente había llegado.

Meredith Owens yacía en la sala de partos del hospital de maternidad de la ciudad, esperando dar a luz al hijo que había esperado durante tantos años. Con solo 25 años, Meredith había enviudado recientemente y aún ahora oscilaba entre el dolor del duelo y la alegría absoluta de la maternidad inminente. La sala de partos era prácticamente nueva y moderna en una época en la que tantos partos aún se realizaban en casa con la asistencia de una partera. En los benditos intervalos entre contracciones, observaba la sala preguntándose cómo había tenido tanta suerte de contar no solo con una partera, sino también con un médico.

Pero como siempre pasa estas cosas, el dolor aumentó y culminó en el parto de...

Un bebé niño.

Su alegría era casi completa. Al contemplar a su hijo recién nacido, recordó con cariño sus sueños de tener una niña. Pero a pesar de sus esperanzas, su bebé sí era un niño, así que cuando le preguntaron a la enfermera, le dijo su nombre.

Se llama Mikey. Michael Jonathon Owens.

Se completó un formulario, se creó una tarjeta con un nombre y, horas más tarde, mientras se recuperaba en una cama, miró y vio a su hijo acostado en la pequeña cuna junto a ella.

“Bienvenido al mundo... Bebé Mikey... o tal vez... ¿Michelle?” susurró, usando el nombre que había elegido originalmente, y luego volvió a dormirse con una sonrisa en su rostro.



Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Una semana después, Meredith estaba en casa limpiando a su bebé de la inevitable y desagradable tarea de ensuciar el pañal. Conteniendo la respiración, le sonrió y le dijo unas palabras conmovedoras.

“Mi querido Mikey. Eres el amor de mi vida y te criaré para que seas el mejor...” Dudó un momento. “...puedes serlo. Eres maravilloso.”

Era la primera vez que lo llamaba "Mikey" estando sola. Desde su nacimiento, lo había llamado "Michelle", el nombre que había elegido meses antes si hubiera nacido niña. Pero cada cambio de pañal le recordaba que Mikey era, en realidad, un niño. Los genitales de los bebés son muy pequeños, pero no hay duda sobre su sexo. Definitivamente era... un niño.

Esa mañana, Meredith decidió llamarlo por su nombre y aceptar que el bebé que sostenía en brazos era un niño. Suspiró y lo abrazó mientras el bebé de una semana volvía a dormirse.

Se había creado una nueva vida y se había forjado un nuevo vínculo inquebrantable.

Tía Matilda

—¡Matilda! —gritó Meredith mientras abrazaba a su hermana mayor—. ¡Me alegra tanto que hayas venido!

—¡Pues claro que vine! Eres mi única hermana, así que tenía que venir a ver a tu bebé.

Meredith sonrió ante las palabras de su hermana. En realidad, Matilda era una mujer bastante peculiar, a pesar de tener un nombre anticuado. Nacida demasiado joven para ser hippie, era el prototipo de mujer alternativa. Tenía 30 años y estaba soltera —casi un delito en aquella época—, y felizmente así. Era artista —y por lo tanto eternamente pobre—, pero era la persona más feliz que Meredith había conocido. Y había *otra* hermana, a pesar de las palabras de Matilda. Pero no había rencor, solo su capacidad de ignorar a los demás al hablar con alguien. Su otra hermana era completamente opuesta a Matilda: era sensata, con los pies en la tierra y... madre de dos hijos.

Matilda era rara, verdaderamente inusual. Pero se entregaba al 110% a las personas con las que interactuaba. Incluso sin psicofármacos, Matilda veía cosas que otros no veían. Tenía ese agudo sexto sentido que la mantenía a salvo y la consideraba extraña para el mundo.

—Bueno... —exigió con una amplia sonrisa—. ¡Déjame ver al bebé! ¡He venido desde tan lejos, lo sabes!

Había venido en autobús sin haber aprendido a conducir ni tener ganas de hacerlo. El viaje de una hora en autobús desde un pueblo cercano, seguido de una caminata de quince minutos, era típico de la época, y llegó con su única maleta.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"¡Qué precioso!", exclamó al ver al bebé Mikey, durmiendo plácidamente en su cuna de segunda mano. La verdad es que era de décima mano, pero ni al bebé ni a la madre les importó. Ella estaba allí para "el bebé" y nada más.

Durante la siguiente hora, las dos hermanas hablaron sobre la experiencia del parto, la alimentación y la crianza de los hijos, pero Meredith notó algo en la forma extraña, pero muy precisa, en que hablaba su hermana.

Evitaba su nombre. De hecho, hablaba del bebé de forma muy genérica e imprecisa. Esto la preocupaba y la asustaba a la vez. No creía en profetas ni videntes, pero si creía... Matilda era la más indicada.

Diez años antes, Matilda —conocida como *Tilly*— había compartido un sueño con Meredith que la estremecía aún más al recordarlo. Matilda había soñado que su padre moriría violentamente en un accidente de coche causado por un conductor ebrio en la calle Carpenter, una calle cercana a su casa. Las asustó a ambas, pero Meredith lo ignoró hasta que, justo un mes después, su padre *murió* en un accidente de coche en ese *mismo* lugar. El coche no lo conducía un conductor ebrio, sino una esposa con su marido, también ebrio, en el asiento trasero. La predicción fue más que exacta para convencerla de que, a veces, Tilly era alguien cuyas predicciones debían tomarse en serio.

Aunque la conmoción y el horror del suceso habían ensombrecido sus vidas durante meses, Meredith se negó a hablar de lo sucedido con su hermana. Y, por su parte, Matilda se había retraído y casi no había hablado. Se culpaba por no haber actuado para salvar a su padre de un destino que había predicho con tanta claridad. La vida de un profeta rara vez es fácil.

Años después, Matilda, ya adulta, se mudó inesperadamente de la casa que alquilaba a un lugar más caro, pero menos adecuado.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Su madre criticó su «decisión insensata», pero Meredith guardó silencio. Un mes después, la casa de la que se había mudado se quemó por completo. Prueba de concepto. Profeta uno, madre cero. Y eso asustó aún más a Meredith.

Y mientras charlaban amablemente sobre la vida y cómo retomarla tras el duelo y el parto, Meredith se sentía cada vez más ansiosa por la forma en que hablaba su hermana. Y dado su historial de predecir el futuro, sus temores comenzaron a aumentar. Entonces Mikey se despertó y empezó a llorar, como suelen hacer los bebés.

—¡Está mojado! —exclamó Meredith—. ¡Hay que cambiarle el pañal!

“¿Puedo cambiarlo?” preguntó Matilda.

“¿Sabes cómo?”

Matilda miró a su hermana y se rió.

—¡Claro que sí, tonta! Que no esté... eh... casada... ¡no significa que no sepa cambiar pañales!

Meredith sonrió. «Casada» era, en aquel entonces, un eufemismo para «virgen». Mientras que Meredith apenas podía imaginarse tener 30 años y seguir siendo virgen, su hermana parecía disfrutarlo. Que ella supiera, nunca había tenido un hombre en su vida. Sonrió brevemente al pensar en un hombre con Tilly y la batalla que, naturalmente, surgiría.

En ese entonces no había cambiadores, así que puso una toalla sobre la cama, tomó a su bebé, lo recostó sobre ella y luego dio un paso atrás para dejar que Matilda tomara el control.

“Ah... a ver...”, se rió. “Lo primero que tengo que hacer es... mmm... supongo que quitarme estos pantalones de goma, ¿no?”

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Ella le bajó los pantalones de goma y dejó al descubierto un pañal de tela completamente empapado con dos alfileres brillantes que sujetaban la prenda.

"Ahora vamos a quitarte esa cosa mojada de encima, ¿eh?"

Con cuidado, desabrochó los dos lados del pañal y lo deslizó por debajo de él. Luego lo miró fijamente y sonrió.

"¡Oh, qué niña más bonita eres!" exclamó sin dudar.

La cara de Meredith se quedó en blanco. Para cualquier otra persona, eso sería un insulto. Pero para Tilly, tenía... significado.

—Ay, nena, estás muy bonita. Pero vamos a cambiarte antes de que te enfríes, ¿vale?

Meredith se quedó en silencio.

"¡Es tan bonita!", dijo su hermana en voz baja. "Podría abrazarla y llevármela a casa. ¡Y me encanta su nombre!"

Lágrimas silenciosas corrieron por el rostro de Meredith y las dos hermanas comprendieron al instante lo que estaba pasando. Matilda estaba pasando por un mal momento. Sabía que Michelle era el nombre original elegido para Mikey.

"¿Podemos ponerle ese vestido que le hice?" preguntó Matilda.

Meredith se secó las lágrimas, fue a la cómoda y sacó el sencillo vestido rosa de punto para bebé, con gorrito y patuquitos a juego. A pesar de todas sus rarezas, su hermana artista también era una tejedora talentosa. Era otra contradicción.

Las dos mujeres miraron a la bebé, ahora vestida como una niña exquisita, y sonrieron. Ambas sabían que algo especial acababa de ocurrir.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Durante la semana que Matilda se quedó con su hermana para ayudarla en los primeros días después del parto, ambas llamaron a la bebé "Michelle" y, a pesar de la evidente presencia de un pene, insistieron en que era, de hecho, una niña. Ninguna de las dos deliraba. De hecho, ambas *veían* algo que estaba ahí, algo invisible a simple vista. Así fue como, durante los primeros años de su vida, Meredith llamaba a su bebé "Michelle" cuando estaba sola, mientras que para los demás era "Mikey".

Matilda seguía visitando a su sobrina de vez en cuando, a menudo sin avisar, y hasta que él empezó a ir al colegio, solo compraba regalos y ropa de niña. Y así fue como el bebé Mikey y el pequeño Mikey crecieron con muñecas y algunos vestidos.

Fuera de la casa, Meredith tenía un bebé robusto y en crecimiento, pero dentro de la casa, ella pensaba en él como si fuera una niña.

Fue un comienzo de vida muy profético y significativo.

Tía Carolyn

¿Por qué ese niño nunca duerme hasta tarde?, pensó Meredith al despertarse aturdida escuchando el juego silencioso de su hijo de seis años en la habitación de al lado. Entre saltar de la cama al suelo de madera y dejar caer los juguetes, el silencio era algo que nunca ocurría, ni siquiera a las seis de la mañana. Se levantó de la cama, intentando desesperadamente mantener el equilibrio mientras se ponía una bata y se ponía las pantuflas.

¿Qué me voy a encontrar esta mañana?, se preguntó mientras salía a trompicones de su habitación, atravesaba el corto pasillo y empujaba la puerta de la habitación de Mikey. Tenía una regla que podía estar segura de que él obedecería: que se quedara en su habitación hasta que ella se levantara. Era prácticamente la única regla que él obedecía siempre. *¡Es la única manera de asegurarse de que el desorden se quede en una sola habitación!*

Al abrir con cuidado la puerta del dormitorio (después de haber aprendido por las malas que su hijo podía estar acostado, de pie o incluso corriendo al otro lado de la puerta), vio a su sonriente niño sentado en la cama jugando con sus peluches y preparando un aula para ellos.

—Mikey, cariño —preguntó con dulzura—. ¿Dormiste bien?

“¡Mami!” gritó, quitándose el chupete de la boca, saltando de la cama y lanzándose literalmente hacia ella.

“¡Supongo que dormiste bien entonces!”, dijo mientras sostenía a su hijo en brazos, vestida solo con una camiseta y un pañal de tela grueso y muy mojado, y pantalones de plástico. Apretó con cuidado la parte de atrás del pañal, comprobando si había algo más que pis. Suspiró aliviada al descubrir que solo estaba mojado. No siempre era así. Varias mañanas a la semana, el pañal de Mikey estaba lleno de caca. No es que le importara en absoluto. Siempre

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

había cosas más importantes de las que preocuparse que asuntos tan triviales.

"Ya puedes salir", dijo automáticamente mientras él pasaba corriendo junto a ella hacia el resto de la pequeña casa.

«Todavía no se quita el pañal», observó. «Espero que eso cambie algún día».

Tan solo la semana anterior, había hablado con otra madre en la escuela cuyo hijo, Marty, también seguía usando pañales para dormir. Se lamentaba de que lo primero que Marty hacía al despertarse era quitarse el pañal mojado, dejarlo en algún sitio de la casa y correr medio desnudo, a veces dejando manchas de humedad donde no debían estar. Mikey, sin embargo, era muy diferente. De hecho, quitarle los pañales mojados a veces era una tarea ardua y, a veces, una verdadera lucha.

—¡Siéntate bien a la mesa! —le reprendió Meredith a su hijo, que se retorció—. ¡Si no te quedas quieto, no tendrás desayuno!

Meredith recordó instantáneamente cuando un año antes se retorció y rebotaba en su asiento durante el desayuno...



"¡Mikey!", gritó frustrada ese sábado por la mañana. "¡Quédate quieto y quítate el chupete de la boca!". A pesar de la regla de que solo debía usarlo por la noche, lo tenía otra vez en la boca, fuera de su habitación.

Mikey se quedó quieto unos segundos antes de volver a saltar hacia arriba y hacia abajo en su silla, aplastando el pañal empapado y el pequeño montículo sucio que había en su interior.

¡Qué divertido!, pensó. ¡Y qué gracioso!

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

¡Mikey! ¡Si no dejas de hacer tonterías, te pondré de nuevo en tu vieja trona y te ataré!

Mikey dejó de rebotar de repente y Meredith se alegró brevemente de que su amenaza hubiera funcionado. Y entonces todo cambió...

Mikey chupó profundamente su chupete y saltó hacia arriba y hacia abajo en su asiento aún más.

"¡Ya está, jovencito!", gritó Meredith mientras salía furiosa hacia la habitación de invitados, que era más bien un trastero para todo aquello a lo que aún no había encontrado un lugar permanente. Agarró la trona de madera, la llevó a la cocina y la dejó caer al suelo junto a la mesa con una fuerza y un ruido innecesarios. Quería dejar clara su postura.

Meredith agarró a Mikey y lo levantó, consciente de repente del regalito en la parte trasera de su pañal, y sin contemplaciones lo puso en la trona. Con caderas estrechas, que solo se notaban gracias a su pañal de tela con alfileres, Mikey se deslizó en la trona con relativa facilidad, aunque un poco apretado.

Mikey sonrió.

"¿Crees que esto es gracioso?", explicó Meredith, su enojo ahora era muy evidente.

Mikey no dijo nada. Aunque sonreía, ya era lo suficientemente mayor como para saber que su madre estaba enfadada. No le hizo ninguna gracia. Le pareció *maravilloso*.

"Si vas a actuar como un bebé, te trataré como tal", añadió.

En lugar de la rutina habitual de prepararle el cereal y luego dejarlo comer solo, se sentó en una silla junto a él y le dio de comer con cuchara, intentando castigarlo por su mal comportamiento. No funcionó. Encontró un babero viejo, se lo ató al cuello y, poco a poco, le fue dando cada cucharada en la boca. Tragó con alegría.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Meredith se sintió como en un sueño mientras le daba de comer el cereal y luego le preparaba unas tostadas, cortadas en trocitos muy pequeños, como si fueran para un niño pequeño. Mikey se las comió como si fuera lo más normal del mundo.

De repente, en silencio, Meredith se dio cuenta de que estaba observando algo especial: inusual, pero especial. Después de que terminó de comer, rompió una de sus propias reglas: le quitó el chupete y se lo puso de nuevo en la boca, lo levantó de la trona y lo llevó a la sala, abrazándolo fuerte.

Los días de escuela siempre significaban que el pañal era lo último que se quitaba, antes de la ropa interior y la ropa del colegio. Y ella siempre veía las señales de decepción al quitárselo. Ese sábado por la mañana, le dejó puesto el pañal mojado y ligeramente sucio y lo puso frente al televisor para ver sus dibujos animados favoritos, chupando su chupete con satisfacción. Antes de que ella saliera de la habitación, él saltó y corrió a su habitación antes de regresar rápidamente con sus dos juguetes favoritos: sus "amigos" especiales. Billy era su osito de peluche y Suzie era... su muñeca.

Mikey solo tenía una muñeca y le encantaba jugar con ella tanto como con sus otros juguetes. Como era de esperar, era un regalo de la tía Matilda. Su otra tía, Carolyn, le había enviado un osito de peluche curiosamente andrógino que podía ser macho o hembra. Era como si nadie en su familia estuviera realmente convencido de que su hijo fuera un niño.

La trona permaneció afuera una semana más y Mikey se sentó felizmente en ella, recibiendo comida en cada comida. Se portó excepcionalmente bien y se quedó quieto, pero Meredith sabía que no duraría, así que cuando la trona volvió a su lugar anterior, al fondo del cuarto de los trastos, se le escaparon algunas lágrimas, necesitando los abrazos de una madre cariñosa pero muy confundida.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro



Meredith sabía que no debía volver a amenazar la trona. Recordando la vieja historia de la guardería, supo que era su propio "zarzal". Además, el año transcurrido lo había hecho más alto y un poco más ancho.

¡Jamás cabría ahí, sobre todo con ese pañal puesto!, pensó. Aunque nunca lo sacaría de ahí.

—Vamos, Mikey —repitió mientras lo dejaba en su habitación y empezaba a bajarle el pañal empapado y los pantalones de plástico—. Recuerda que vamos a casa de la tía Carolyn después de la escuela. Es un viaje largo.

“Pero mami...”, se quejó. “Tengo que usar pañales y...”

—No te preocupes, cariño. Saben que todavía usas pañales para dormir y que tu prima Sandy también los usa.

—¡Pero si solo tiene tres años, mami! ¡Y yo tengo seis!

A nadie le importa, cariño. Y Lisa también te cuidará.

“Lisa no usa pañales...” añadió Mikey.

—No, ya es una niña grande de ocho años. Ya no se hace pis en la cama.

“Lo haré”, respondió Mikey.

—Sí, cariño, todavía mojas la cama, pero a nadie le importará. Ahora te llevaré a la escuela y disfrutaré del día mientras recojo tus cosas.



Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—Mami —preguntó Mikey justo antes de subir al coche para visitar a la tía Carolyn—. ¿Puedo usar un pañal para el viaje para no mojarme los pantalones?

Meredith miró fijamente a su hijo, preguntándose si era prudente o no. Lo cierto era que todavía se mojaba los pantalones de vez en cuando durante el día, aunque por suerte, nunca en la escuela. El viaje era de varias horas, y para la vejiga de un niño, eso era una eternidad.

—Claro, cariño. Creo que sería buena idea.

Tomando a su hijo de la mano, lo llevó a su habitación y, tras quitarle los zapatos, la ropa interior y los pantalones, dobló rápidamente un pañal de tela y lo puso sobre la cama. Por costumbre, Meredith metió la mano debajo de la almohada, sacó su chupete blanco y se lo metió en la boca. Al prepararlo para dormir todas las noches y cambiarle el pañal, siempre se lo llevaba a la boca. Al darse cuenta de lo que había hecho, intentó quitárselo cuando Mikey le tapó la boca con la mano y murmuró: "¡No, mami! ¡Lo quiero!".

El viaje fue largo para una niña de seis años, incluso interminable, pero después de solo tres horas, llegaron a casa de la tía Carolyn. Meredith admiró la casa, de gran tamaño, con su jardín ordenado, aunque no precisamente meticuloso. A ella también le gustaban los jardines, pero no lo suficiente como para hacer las tareas que requerían. Carolyn estaba divorciada y, a diferencia de Meredith, se había establecido con una casa en propiedad y una pensión alimenticia considerable, lo que significaba que las quince horas semanales que trabajaba en una empresa local eran dinero extra para gastar en detalles. Un poco celosa de su independencia, Meredith nunca se lo reprochó, y cuando se convirtió en madre soltera recibió más que un consejo oportuno de su hermana. En varias ocasiones, había recibido una buena suma de dinero para ayudarla con las pequeñas "emergencias" de la vida.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Pero Carolyn era muy diferente de Matilda. Era difícil imaginar que las tres hermanas compartieran los mismos padres. Se veían distintas, tenían diferentes puntos de vista y nunca fueron tan amigas íntimas como algunos hermanos. Pero seguían conectadas, y así, mientras Meredith caminaba por el sendero de la mano de su hijo, que aún llevaba pañal, se sentía segura y protegida, aunque nunca comprendió del todo a ninguna de sus hermanas.

"¡Merri!", gritó Carolyn con una calidez y emoción inesperadas al instante de llamar a la puerta. "¡Y Mikey!"

Carolyn levantó al joven delgado y en el momento en que su mano pasó debajo de su trasero, sintió...

Su pañal.

Su pañal mojado... no... *empapado* .

Sus ojos se dirigieron a Meredith y se produjo una comunicación silenciosa.

"Vamos a conocer a las chicas, ¿de acuerdo?", dijo alegremente.

Entraron en una gran sala de estar ricamente decorada con muebles de aspecto caro y los celos de Meredith aumentaron ligeramente antes de evaporarse rápidamente.

¡Lo tiene todo! Ojalá yo también. Mikey también podría tener mucho más.

Lisa, Sandy. Saluden a su tía Merri y a Mikey. Que se diviertan juntos mientras deshacemos sus maletas.

Tan pronto como la puerta principal se cerró detrás de ellos y se dirigieron al auto, Carolyn habló.

"Veo que seguiste mi consejo y lo mantuviste en pañales", anunció.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—Eh... sí —respondió Meredith, a pesar de que no fue idea suya. Fue el propio Mikey quien quiso ponérselos—. Es un viaje largo para un niño pequeño y no quería tener que parar cada treinta minutos.

Ajá. Los pañales son lo mejor para los niños pequeños. Siempre lo han sido.

“¿Es Lisa...?”

—¡No! —interrumpió Carolyn antes de que Meredith pudiera completar su pregunta—. Lisa dejó de usar pañales nocturnos hace cinco años, y durante el día, incluso más tiempo. —Carolyn dejó escapar un largo y sonoro suspiro teatral—. Extraño esos años. Tienes suerte de que tu Mikey todavía los use.

Meredith estaba un poco confundida pero no dijo nada.

Sandy, claro, sigue en ellos, pero eso es diferente. Y ya ha empezado a secarse durante el día.

Meredith notó los sonidos melancólicos en la voz de su hermana cuando la escuchó contar sobre el éxito inicial del entrenamiento para ir al baño de Sandy.

“Mikey todavía moja la cama todas las noches y a veces también la ensucia”.

—¿En serio? —comentó Carolyn con curiosidad—. Eso no es muy común a su edad. Mojarse sí, ¿pero ensuciarse?

—No, supongo que no —respondió Meredith con cansancio—. Pero es un buen chico y no me importa cambiarlo.

“Hablando de cambiar...”, añadió mientras subían la última maleta. “Necesita un cambio de pañal ahora. ¿Quieres que te lo haga?”

Meredith quedó confundida por un momento.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

“No usa pañales durante el día”, respondió débilmente y con poca convicción.

—¡Claro que sí! —respondió Carolyn con voz entrecortada—. Te lo cambiaré. Seguro que alguno de los pantalones de plástico viejos de Lisa le quedará perfecto.

Meredith no dijo nada, pero siguió a su hermana dominante a la sala y la observó mientras tomaba la mano de su hijo y anunciaba: «Mikey necesita que le cambien el pañal, chicas. Pueden venir a ver si quieren».

—¡Mami! —se quejó Mikey—. ¡No necesito que me cambien el pañal!

Lisa se rió entre dientes. “¡De verdad *que* necesitas que te cambien el pañal, mi pequeño Mikey! ¡Estás súper mojado, incluso más que Sandy!”

—Mikey, creo que es lo mejor —respondió su madre—. Ve con la tía Carolyn.

—¡No me llames *bebé*! —le espetó Mikey a su prima de ocho años—. ¡No soy un bebé!

—Vamos, vamos, niños. No se peleen. Está bien seguir necesitando pañales, incluso a los seis años. Y Mikey, también está bien ser un bebé.

Meredith se sentó en el sofá y observó cómo su hermana tomaba de la mano a su infeliz hijo y, seguida por Lisa y Sandy, entraban en la habitación compartida de las niñas.

¡Solo quiero que todo esté bien!, reflexionó. *Carolyn sabrá qué hacer. Siempre lo sabe.*



Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—Ahora, vamos a desabrocharnos estos pantalones, ¿vale?

Las niñas observaron con gran interés cómo le bajaban y le quitaban los pantalones a Mikey, dejando al descubierto el grueso pañal de tela y los calzoncillos blancos de plástico. La forma en que colgaban revelaba que estaba realmente muy mojado.

—¡Por favor, tía! —suplicó Mikey—. ¡Puedo cambiarme!

—No quiero saber nada de eso. Cuando estés aquí, te cambiaré los pañales. ¿Entendido? Ahora, vamos a quitarte esto.

Mikey hizo una mueca mientras le bajaban los pañales por las piernas, con los alfileres aún intactos. Sus estrechas caderas facilitaban mucho la tarea. Y entonces, todos guardaron silencio.

—¡Mami! —exclamó Sandy, de tres años—. ¡Está hecho popó!

Era cierto. Aunque no era mucha cantidad, allí, en la parte de atrás de su pañal, había un pequeño montículo marrón, un accidente que había ocurrido poco antes de que llegaran.

—¡No te preocupes, mi pequeño Mikey! —respondió con una sonrisa—. Pronto te dejaremos limpio.

—Mami —preguntó Lisa—. Ni siquiera Sandy se hace popó en el pañal. ¿Por qué lo hace Mikey?

Mikey se quedó quieto, con lágrimas silenciosas corriéndole por la cara. La verdad era que había ensuciado su pañal sin querer, simplemente porque no entendía que *no debía* hacerlo. Siempre que usaba pañal, perdía el control de la vejiga y los intestinos, y peor aún, parecía no importarle en absoluto. A veces, incluso le gustaba y se enorgullecía de su pañal matutino cuando estaba empapado y sucio. Esperaba que su madre se enorgulleciera de él por ello, pero nunca le había dicho nada positivo. Aun así, esperaba que algún día eso sucediera. Pero era un *secreto*. No algo que una tía pudiera

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

saber, y *definitivamente* no algo que primos entrometidos pudieran descubrir.

"Hmm, es difícil de explicar."

"¿Mikey todavía es un bebé, mami?" preguntó Sandy inocentemente.

—Sí, es cierto —respondió Carolyn sin siquiera pensar en lo que decía—. ¡Y los bebés usan pañales, así que vamos a cambiarle a este!

Una toalla húmeda y tibia pronto limpió su trasero ligeramente sucio y, con gran habilidad, un pañal de tela nuevo fue rápidamente doblado y colocado en la cama de Lisa.

—¡Arriba, cariño! —preguntó Carolyn con una sonrisa—. ¡Arriba el pañal!

Secándose las lágrimas, Mikey se sentó sobre el pañal y, antes de que se lo pidiera, Carolyn levantó ambas piernas, mostrando su trasero, antes de sujetar rápidamente ambos lados de la tela.

"Ahora tenemos algunos de los viejos pantalones de plástico de Lisa que te quedarán bien".

—¡Porque no me hago pis en la cama como un bebé! —exclamó Lisa con altivez—. ¡No uso pañales!

Mikey miró con los ojos muy abiertos los pantalones de plástico que le ponían a lo largo de las piernas.

¡Son rosas! ¡Son pantalones de plástico de niña!

"¡Te quedan preciosos, cariño!", exclamó Carolyn mientras pasaba los dedos por los agujeros de las piernas y la cintura para asegurarse de que todo estuviera bien sujeto. "¡Vamos a enseñárselo a tu mami!"

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Vestido sólo con su camisa y lo que ahora se dio cuenta que era un pañal *doble* con los pantalones de plástico rosa, salió caminando con timidez y se paró frente a su madre.

"¿Hice un buen trabajo?", preguntó Carolyn retóricamente.

"¡Se ve genial!" Meredith agarró a su hijo, lo atrajo hacia sí y lo abrazó con fuerza. "Estás guapísimo, Mikey", susurró para que nadie más pudiera oír. "Te queda perfecto".

Mikey la abrazó fuerte y disfrutó de su amor maternal mientras se preguntaba cómo era posible que volviera a usar un pañal grueso. Era maravilloso, pero los pantalones rosas lo confundían.

¿De verdad soy una niña? El rosa es muy bonito. Creo que ahora me gusta el rosa.

Y entonces, al soltarse de su madre y alejarse para jugar con las niñas, recordó algo que encontró en un viejo cajón de casa. Era una tarjeta de bebé de su otra tía, Matilda, y simplemente decía: «¡Felicidades por tu bebé, Michelle!».

¿Mi verdadero nombre es Michelle? ¿Soy una chica después de todo?

Tan pronto como los tres niños salieron de la habitación para ir a jugar afuera, Carolyn acercó a su hermana.

Hermana, iba a poner a Mikey en tu habitación sobre un colchón inflable. Pero ahora me pregunto si habría una mejor idea. Ven, ven conmigo.

Al abrirse la puerta del supuesto cuarto dormitorio, Meredith sonrió al ver que era como su propio cuarto de invitados. Era un lugar para guardar todas las cosas que no tenían un lugar permanente. Carolyn se acercó al rincón más alejado y tocó un mueble que le resultó familiar.

Era una cuna de bebé.

Me preguntaba si, como Mikey es un bebé y todavía usa pañales todo el tiempo, quizás una cuna sería más adecuada. ¿Qué te parece?

"Er... no lo sé... lo sé".

Lo pondré en la habitación con las otras chicas. Sandy lo dejó hace solo unos meses y Mikey no es muy grande... eh... lo siento.

Meredith exhaló ruidosamente.

—Querías decir que Mikey no es una *chica grande*, ¿no? — exclamó Meredith con un profundo suspiro.

Carolyn asintió.

"Tilly dijo que era una niña desde el principio y cuando vi los pantalones de plástico rosa que llevaba, me pregunté lo mismo".

"Entonces... ¿la cuna está bien?"

Meredith asintió y los dos rápidamente trasladaron la cuna grande al dormitorio de la niña.

¡Espero que el bebé Mikey esté bien con todo esto! Entonces se contuvo. ¿Por qué lo llamé bebé otra vez? ¿Estoy viendo lo que mis hermanas ya vieron?

Pero en el fondo, en ese lugar que Meredith rara vez visitaba, sabía *que* su hijo, o hija, estaría muy feliz con una cuna. Lo había visto mirarlas con anhelo en las tiendas en el pasado, y aunque no decía nada, sabía que volvería a dormir feliz en una. Parte de la razón por la que regaló su vieja cuna fue para no tener que tenerlo en ella. Fue una lucha dejar que Mikey creciera. Le encantaba la apariencia, la sensación y la experiencia de un bebé, pero sabía que tenía que dejarlo ir. Pero su verdadera pregunta era si Mikey realmente *quería* dejarlo ir y crecer. Su necesidad de pañales complicaba aún más la respuesta.

*Convirtiéndose en mí:
Encontrando a la niña que llevamos dentro*

La niña

A pesar de llevar solo un pañal y una camiseta, Mikey jugaba con las dos niñas con facilidad y alegría. Tenían edades similares y jugar en la casita de juegos y trepar a los árboles, aunque bajitos, llenaba las horas de felicidad.

¡Quizás esto no sea tan malo después de todo!, pensó Mikey mientras saltaba de una rama baja al pasto espeso y rodaba justo cuando Sandy llegó y saltó sobre él juguetonamente.

Era alrededor de media tarde cuando Meredith salió a revisar el pañal de su hijo. Era la revisión habitual para cualquier niño pequeño: un par de dedos dentro de la banda de la pierna para comprobar si estaba mojado y luego más... tirando de la parte trasera del pañal para comprobar si había regalitos marrones. Mikey, sin embargo, solo estaba mojado, y sorprendentemente. A pesar del pañal grueso y voluminoso, en solo tres horas lo había empapado por completo. Tanto la madre como el hijo se sorprendieron profundamente de lo mojado que estaba.

—¡Mami! ¡No sabía que me estaba haciendo pis así! —explicó mientras ella lo llevaba de la mano a la habitación de la niña para cambiarlo.

—¡Ya lo sé, cariño! —exclamó—. Parece que no siempre sabes cuándo necesitas ir al baño. ¿Te lo estabas pasando bien?

—Sí, sí. Estábamos trepando árboles y jugando a las casitas.

Meredith sonrió. Era bueno verlo feliz y comprometido, aunque llevara el pañal tan a la vista. Con Carolyn de pie junto a ella, observándola, Meredith volvió a doblar un pañal doble y se lo colocó rápidamente.

"¿Crees que éste durará hasta la hora de dormir?" preguntó Carolyn.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"Ya lo creo", respondió Meredith, aunque tenía poca experiencia en cambiarle pañales a su hijo *durante el día* . "Pero necesitará unos pantalones de plástico limpios. Estos están bastante mojados".

"¿Y estos qué?"

Carolyn levantó unos pantalones de plástico con encaje rosa alrededor de las piernas y una fina tela transparente también rosa. Meredith abrió mucho los ojos.

"Son muy bonitos, pero..." Meredith estaba tratando de encontrar una razón para no ponérselos a su hijo.

"Mikey, ¿te gustaría usar esto?"

Mikey miró los pantalones de plástico infantiles y de niña, tragó saliva y miró a su madre, que simplemente lo miró sin comprender.

—Tú decides, Mikey. ¿Te gustaría?

"Ajá", respondió, y Carolyn sonrió mientras su madre comenzaba a darse cuenta de que su hijo era de hecho más complejo de lo que había pensado.

—Pero son demasiado delicados para usarlos sin pantalones —observó Meredith—. Tregar a los árboles podría destrozarlos.

—Tengo la solución a ese problemita —respondió Carolyn con aire conspirador. Se giró, fue al tocador y regresó con unas medias rosas.

"Puede que queden un poco ajustados, pero son elásticos, así que probémoslos".

Abrumada por el pañal de su hijo y su aceptación de los pantalones rosas de bebé, Meredith simplemente ayudó a Mikey a ponerse las medias rosas. Eran una talla más pequeña, por lo que el volumen del pañal era extremadamente visible.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—La camisa azul no le queda bien —observó Carolyn—. Mejor pongámosle esto.

Levantó una blusa rosa y blanca, una que Lisa había dejado de usar hacía un par de años porque le quedaba demasiado infantil. A Mikey le quedaba perfecta.

—¡Vete ya, cariño! —exclamó Carolyn—. ¡Sal a buscar a las chicas otra vez!

Mientras Mikey salía corriendo para seguir jugando, Carlyne se volvió hacia su hermana y le preguntó: "¿Usa su chupete durante el día?"

"Sólo se lo dejo por la noche, pero a menudo me lo pide en otros momentos".

¿Por qué no le dejas usar su chupete aquí durante el día? Al fin y al cabo, cuando descubra que duerme en una cuna, quizá lo necesite más a menudo.

A Meredith se le llenaron los ojos de lágrimas. "A veces se comporta como un bebé, y me pregunto, ¿sabes?"

—¡Ay, Merri! —dijo suavemente, abrazando fuerte a su hermana—. Es muy obvio que todavía es un bebé en muchos sentidos. Quizás deberías dejar que lo sea un poco más.

Meredith lloró en silencio. «Pero ese no es el único problema».

—Lo entiendo. Y lo veo también.

"¿Puede?"

¡Claro! Es obvio que Mikey también es un poco niña. La única pregunta es cuánto *de* niña es. Quizás esta semana podamos averiguarlo.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Las dos mujeres se abrazaron y se comunicaron su mutua preocupación e interés por el desarrollo de Mikey, un niño con pañales de bebé y una camiseta de niña, y estaban muy felices con ambos.



—¡Bien, gente ruidosa! —gritó Carolyn alegremente a la multitud inquieta de niños que correteaban por la casa—. Es hora de cenar, así que, por favor, ¿podrían lavarse las manos y venir a la mesa? ¡Ahora, por favor!

Como hacen los niños pequeños, los tres fueron al baño, donde la mayor, Lisa, supervisó el lavado de manos con un grado moderado de éxito.

—Mami —exclamó Lisa con voz suave y no muy segura mientras se sentaban a la mesa—. Tenemos un nuevo nombre para el bebé Mikey.

“¿Ah, sí?” respondieron Carolyn y Meredith al unísono.

—Sí. ¡Lo llamamos Betsy Wetsy! —exclamó con orgullo—. ¡Se nos ocurrió a todos!

“¿Mikey?” preguntó su madre con preocupación.

—¡No pasa nada, mami! —respondió Mikey con una sonrisa—. ¡Hoy hemos estado jugando a las mamás y los bebés!

—¡Y como Betsy usa pañales, ella es la bebé! —añadió Lisa sin entender que había alterado el género en sus palabras.

—Bueno, creo que Betsy Wetsy es un buen nombre, ¿no crees? —dijo Carolyn mirando directamente a Meredith.

"Es encantador", respondió ella suavemente, todavía sin estar segura de lo que estaba sucediendo.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—Mami —preguntó Lisa una vez más—. ¿Crees que Betsy podría sentarse en la trona?

Se hizo un breve e incómodo silencio alrededor de la mesa durante unos segundos mientras Carolyn miraba a su hermana en busca de consejo. Lo que Lisa había pedido era simplemente un poco de diversión... para ella. Pero las dos mujeres sabían que la trona, junto con la cuna, podía ser transformadora y quizás... incómoda.

Meredith miró a su hijo, con pañales gruesos y medias rosas y una camiseta de niña pequeña, y le preguntó directamente: "¿Quieres sentarte en una trona, Mikey... eh... Betsy?"

Sé lo que va a decir. Seguiría usando la trona en casa si se lo permitiera.

"Ajá, mami."

Unos minutos después, levantaron a Betsy Wetsy y la acomodaron con cuidado en el estrecho espacio de la trona, para gran emoción de Lisa. Le costó un poco moverla, pero finalmente lo logró.

"¡Ahora eres nuestra bebé, Betsy Wetsy!", exclamó con alegría no disimulada.

La comida transcurrió con el ruido y la confusión habituales de los niños pequeños, pero con Mikey, también conocido como Betsy Wetsy, sentado en la trona con una sonrisa. Después de cenar, Meredith apartó a su hijo y lo llevó a la habitación de la niña para hablar con él.

"Mikey, solo necesito explicarte algo antes de que sea hora de dormir, ¿de acuerdo?"

Él simplemente asintió.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

No hay cama libre para ti y la tía Carolyn quería saber si te importaría dormir en la cuna. ¿Te parece bien?

¡Por favor, di que no, Mikey! ¡Por favor, di que no quieres dormir como un bebé! ¡Por favor!

“¿De verdad puedo, mami?” exclamó Mikey emocionado.

Meredith suspiró al darse cuenta de que la batalla para evitar que Mikey quisiera volver a ser un bebé estaba, de hecho, perdida.

—Claro, cariño —respondió ella con suavidad—. Pero falta una hora para dormir y pensé que esto podría gustarte.

Sacó el chupete de Mikey del bolsillo y se lo dio. Inmediatamente se lo llevó a la boca y empezó a chuparlo con entusiasmo antes de salir corriendo a seguir jugando con sus primos. Al darse la vuelta para irse, Meredith vio a su hermana en la puerta.

“¿Escuchaste todo eso?” preguntó.

—Todo, hermanita. Creo que tienes que aceptar que Mikey es un bebé. Francamente, no sé cómo se mantiene seco en la escuela sin pañales.

—Yo tampoco —suspiró—. Pero él sí, y eso es lo mejor.

¿Qué tal si, ya que están aquí, dejamos que Mikey sea la niña que él (o ella) quiere ser? Es solo por un rato y quizás les diga algo sobre él.

"No puedo llamarla niña", respondió Meredith en voz baja.

—Entiendo, hermanita —respondió Carolyn, abrazándola—. ¿Qué tal si nos dejamos a mí y a las chicas hacer eso y vemos qué pasa?

Supongo que está bien. Tilly dijo que era una chica desde el principio.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Carolyn se rió. «Tilly es rara, pero... rara vez se equivoca».

Meredith asintió, reconociendo que Betsy Wetsy, o Michelle, estaba definitivamente fuera. Y todas parecieron aceptarlo. Las chicas aceptaron que Mikey era un bebé, y la idea de que fuera una niña *también* les pareció lógica.



¡Bien, monstruos! —exclamó Carolyn alegremente—. Ya pasó la hora de dormir de Sandy y creo que Lisa y Betsy también necesitan irse a la cama, así que ¿qué tal si les cambiamos los pañales a dos de ustedes?

Sandy y Betsy habían estado usando sus chupetes y se los sacaron brevemente para quejarse hasta que una sola mirada de Carolyn las silenció. Volver a usar chupete fuera de la hora de dormir había provocado una mirada curiosa de Lisa, pero Sandy lo aceptó como algo normal. En la habitación, Mikey observaba cómo le ponían el pañal a Sandy mientras reía. Y entonces llegó su turno.

—Está bien, niñita —dijo Carolyn en un susurro teatral mientras su hermana la observaba y tragaba saliva—. ¡Vamos a ponerte el pañal para que te duermas!

Les quitaron las medias y los pantalones rosas de plástico se deslizaron hacia abajo, dejando al descubierto un pañal muy mojado y amarillento. Las dos niñas observaban con gran interés. Para ellas, era una novedad ver a una niña de seis años con pañales día y noche. Pero lo único que vieron fue a una bebé con la que habían estado jugando casi todo el día. Fue un magnífico ejemplo de la facilidad con la que los niños se aceptaban mutuamente, independientemente de los problemas que representaban para los adultos.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Un pañal de doble grosor fue doblado rápidamente sobre la cama de Lisa, y Mikey lo depositó sobre él, con el trasero hacia abajo y las piernas hacia arriba, mientras le aplicaban talco generosamente. Las alfileres juntaron con rapidez y destreza los dos lados del pañal y un par de calzoncillos de plástico blanco lechoso remató el trabajo.

—Betsy —preguntó Carolyn—. ¿Eres la bebita de Lisa y Sandy?

—Sí —respondió con entusiasmo—. ¡Soy el bebé!

Ambas mujeres habían estado observando a los niños interactuar y habían visto que Mikey, ahora conocido como Betsy Wetsy, estaba desempeñando el papel de bebé para las otras niñas, incluso para Sandy, que técnicamente tenía la mitad de su edad y apenas era un bebé ella misma.

—Entonces, ¿quizás mamá Lisa pueda elegirte un camisón?

¡Sí! —gritó Lisa, corriendo a su cómoda, sacó uno de sus camisones viejos y se lo dio a su madre. Era rosa y blanco, con encaje, y bastante infantil incluso para una niña de su edad.

“¡Oh, eso es encantador!” comentó Carolyn mientras Meredith observaba todo lo que se desarrollaba frente a ella en silencio.

¿Esto es lo que querrá usar ahora?, se preguntó. ¿Tendré que comprarle camisones de niña?

El rostro de Mikey brillaba tras su chupete mientras le ponían el camisón. Momentos después, bajaron el lateral de la cuna y entró, acurrucándose en el espacio para niños pequeños. Meredith se inclinó, besó a su hijo y le levantó las mantas antes de subir el lateral de la cuna.

¡Se ve tan feliz y contenta! —observó antes de darse cuenta de que se había referido a su hijo como «ella». *Quizás estoy*

Convirtiéndose en mí:

*Encontrando a la niña que llevamos dentro
aprendiendo mucho aquí. Solo quizás. Simplemente no sé qué pasará
de ahora en adelante.*

Alimentación con biberón

Las mañanas para los niños pequeños comienzan a una hora absurdamente temprana y aún antes para tres jóvenes "chicas" que comparten la misma habitación durante unas cortas vacaciones.

"¿Estás despierto?"

Betsy abrió lentamente los ojos y vio a través de los barrotes de su cuna el rostro sonriente y no muy tranquilo de Sandy, de tres años.

"Ajá", respondió Betsy, intentando guardar silencio, pues ella (o él) a menudo había sido objeto de la ira de su madre por despertarla demasiado temprano.

"¿Quieres jugar conmigo y con Lisa?", preguntó.

Betsy se incorporó y miró a su alrededor en la penumbra matutina. Lisa estaba sentada en su cama junto con varias de sus muñecas y osos de peluche.

"¿Puedo salir de la cuna?" preguntó Betsy con sinceridad.

"¡Los bebés tienen que preguntarle a sus mamás!", rió Lisa, todavía interpretando el papel de madre e hijo. Pero Betsy hablaba en serio.

"Me siento como un bebé, así que realmente no sé si tengo permitido hacerlo", pensó en silencio.

"Tal vez debería quedarme aquí hasta que mamá diga que puedo salir", sugirió.

—¡Ahora soy tu mami, Betsy Wetsy! —exclamó Lisa con otra voz risueña—. Y yo digo que puedes salir.

Salir de la cuna no fue tan fácil como esperaban y los antiguos clips que sostenían la barandilla lateral resultaron un poco difíciles, pero Lisa y Betsy finalmente lograron bajar el costado y las

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

tres niñas saltaron a la cama de Lisa y comenzaron a jugar con las muñecas y los ositos de peluche como lo hacen las niñas pequeñas.

“¿Estás mojada?” preguntó Sandy mientras se quitaba el pañal obviamente mojado y lo dejaba caer al suelo antes de volver a saltar a la cama para seguir jugando.

—Ajá —respondió Betsy, repentinamente cohibida por su pañal, que estaba obviamente empapado y caído—. Siempre lo está.

—¿De verdad sigues mojando la cama? —preguntó Lisa, algo sorprendida—. Pensé que solo estabas jugando.

“Sí, todas las noches.”

“¿Y durante el día también?”

Betsy hizo una breve pausa sintiendo la necesidad de explicarle su "secreto" a alguien.

No uso pañales para ir a la escuela, pero si los uso, siempre termino orinándolos. No puedo evitarlo.

—De acuerdo —respondió Lisa, sin entender muy bien lo que se había dicho—. Pero mientras estés aquí, ¿vas a usar pañales todo el tiempo?

—Supongo que sí. ¡Me gustan mucho!

Betsy se arrepintió instantáneamente de haber dicho que le gustaba usar pañales, pero Lisa simplemente siguió adelante.

"Entonces, eres mi bebé cuando estás aquí, ¿vale? ¡ Esto va a ser divertidísimo!"

Betsy sonrió y continuó jugando. Todo parecía perfecto a pesar de la creciente presión en su estómago.



Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—¡Buenos días, mis queridas! —exclamó Carolyn al abrir de golpe la puerta del dormitorio de las niñas—. ¿No podrían haber dormido un *poco* más?

Lisa y Sandy rieron, saltaron de la cama, corrieron hacia su madre y la abrazaron. Al parecer, era un ritual matutino: la tía Carolyn entraba y se quejaba de lo temprano que había madrugado, y luego se abrazaban y seguían con su mañana.

“¿No me das un abrazo también, Mikey... eh... quiero decir...” luego se inclinó hacia Lisa y susurró: “¡Olvidé su nuevo nombre!”

—¡Betsy Wetsy! —gritó Lisa—. ¡Mi bebé se llama Betsy Wetsy, mami!

—¡Ah... Betsy Wetsy! —añadió jovialmente—. ¡Vamos, Betsy! ¡Únete a la diversión!

Mikey saltó de la cama y se unió al abrazo a tres bandas justo cuando su madre llegó detrás de ellos.

"¿Y yo qué?", exclamó Meredith y, de repente, los tres niños saltaron a Carolyn y volvieron a unirse a Meredith.

"Vamos a desayunar, ¿de acuerdo?" dijo Carolyn, y las dos niñas corrieron rápidamente a la cocina mientras Meredith apartaba la parte de atrás del pañal de Mikey de su flaco trasero y miraba hacia adentro buscando 'accidentes'.

—Buen chico —dijo automáticamente—. Solo estás mojado esta mañana. Puedo cambiarte después del desayuno. Y Mikey salió corriendo a reunirse con las otras chicas.

"¿Con qué frecuencia se ensucia por las mañanas?" preguntó Carolyn.

Meredith se encogió de hombros. "¿Supongo que unas tres veces por semana? La verdad es que no me importa. Es algo a lo que

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

estoy acostumbrada, y a Mikey no parece importarle nada, así que intento no hacerlo".

"¿Y qué pasa durante el día?"

—La verdad es que no usa pañales durante el día —dijo, pensativamente, sosteniéndose la barbilla—. Pero los fines de semana suele ser a la hora de comer hasta que se los quita, y normalmente se los pongo justo después de cenar.

—Entonces, usa pañales bastante, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros otra vez. "Sí, supongo que sí."

"¿Y crees que es algo bueno?"

"Creo que todavía los necesita y... necesita que yo lo cambie".

—Ah, ya entiendo —respondió Carolyn asintiendo rápidamente—. ¡Tú lo necesitas y él te necesita a ti!

El desayuno fue un evento típicamente ruidoso y Meredith, con cuidado y de forma automática, depositó a su hijo, aún con pañal y camisón, en la trona y le quitó el infaltable chupete. Devoraron cereales y tostadas desordenadamente y, con un gesto inspirado, Carolyn le ató un babero al cuello a Betsy para evitar que la mermelada y la leche mancharan el bonito camisón. Era una decisión necesaria, ya que la niña, que reía nerviosamente, estaba más desordenada que de costumbre. Al llegar el final del desayuno, Carolyn se giró hacia la mesa con aire de complicidad, escondiendo algo tras la espalda.

¡Espero que esto no sea demasiado!, pensó para sí misma.

"¿Betsy Wetsy todavía necesita comer?", preguntó. Nadie respondió. "Mmm, ¡quizás Betsy no necesite... esto!"

Carolyn sacó rápidamente un biberón de vidrio muy caliente con fórmula para bebé y tetina de flujo rápido, usado por última vez hacía más de un año con Sandy.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"¡Mami, ¿puedo alimentarla?", exclamó Lisa mientras Meredith la observaba nerviosa. Carolyn había sugerido el biberón la noche anterior y no estaba segura, o peor aún... estaba *completamente segura* de que Mikey lo aceptaría.

—Tía Meredith —preguntó Carolyn con aires teatrales—. ¿Te parece bien que Lisa alimente a tu bebé? —El énfasis estaba en «bebé». —Bueno, ¡llevemos a esta bebé a la sala y demos de comer!

Siguiendo instrucciones, Lisa se sentó en el extremo del sofá de aspecto bastante caro y Carolyn ayudó a colocar a Mikey con su cabeza en su regazo, mirándola hacia arriba.

Ahora, Lisa, solo sujeta el biberón y coloca con cuidado la tetina en su boca. Lisa le metió el biberón lentamente en la boca y Mikey se prendió rápidamente y empezó a succionar. Todo fue muy natural y normal... ¡si crees que era normal que un niño de seis años fuera alimentado con biberón por uno de ocho!

Betsy cerró los ojos y chupó y bebió rítmicamente la fórmula sorprendentemente agradable.

"Parece que realmente quiere esto", susurró Carolyn al oído de su hermana.

—Claro que sí. Parece que le encanta.

—Entonces, ¿fue una buena idea?

—Quizás —comentó—. ¿Pero qué pasa cuando volvamos a casa?

Era una pregunta justa, pero antes de que pudieran responderla, oyeron el sonido familiar de un bebé succionando aire de un biberón ya vacío.

"¿Ya terminaste?", le preguntó Meredith a su hijo... ¿o era... "hija"?

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

¡Casi no sé cómo referirme a ella ahora!, se preguntó en voz baja.

Betsy se puso de pie con una sonrisa lechosa en su rostro y pronto todos se dieron cuenta de que la alimentación con biberón había sido un gran éxito.

“¿Puedo alimentarla ahora?” se quejó Sandy, que nunca quería quedarse fuera de nada.

—Lo veremos a la hora del almuerzo, ¿de acuerdo, cariño?
—respondió su madre mientras Meredith hacía una mueca.

¿Y el biberón de la comida? ¿La cena? ¡Qué confuso! Pero la ensoñación de Meredith terminó pronto cuando todos oyeron el repentino sonido explosivo de Mikey llenando su pañal con una masa de caca.

—¡Qué asco! —gritó Sandy—. ¡Está hecha caca!

Lisa la miró conmovida. “¿Le hice eso?”, preguntó, preguntándose si el biberón había provocado el pañal sucio.

—No, cariño —explicó Carolyn, abrazando a su hijo con fuerza—. ¡Esto es lo que hacen los bebés todo el tiempo!

¡Pero no es un bebé!, pensó Meredith. *Entonces, ¿por qué se ensucia tan fácil y... naturalmente? ¿Por qué se comporta como un bebé?*

—¡Creo que es hora del baño para mis dos hijitas! —anunció Carolyn alegremente—. Un pañal sucio no es para tanto. ¡Pero creo que mejor aseamos a alguien antes!

Llevado al baño, Mikey permaneció de pie, sin estar seguro de lo que acababa de suceder.

¡Me pareció normal! ¡No quise hacer nada malo! ¡Simplemente pasó y no sé por qué!

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Algunas lágrimas comenzaron a formarse y Meredith lo abrazó suavemente.

"Mikey", dijo, usando su nombre real porque era un momento importante. "No pasa nada por ensuciar el pañal, ¿vale?"

"¿En serio, mami?"

Meredith tragó saliva. Estaba dando un gran paso.

Sí, Mikey. Ensuciar el pañal es muy natural para los bebés, y cuando usas pañales, no pasa nada. No me enojaré.

Mikey se quedó quieto por un momento mientras el poder de la declaración de su madre lo calaba hondo.

"Entonces, ¿no te importa que haga caca mientras duermo?" preguntó.

—No, cariño —respondió con ojos brillantes. Luego dudó y añadió—: Y cuando uses pañales de día, también está bien.

"¡Gracias, mami!", respondió Mikey, y luego empezó a llorar cuando su confusión con los pañales, la mojada y el desorden, y ser un bebé, de repente dejó de ser un problema. "¿Yo también soy tu bebé?"

—Sí, cariño, ¡eres mi bebé y siempre lo serás! ¡Ahora, vamos a limpiarte!

Con lágrimas de felicidad corriendo por su rostro, Meredith se quitó el pañal sorprendentemente muy sucio y usó la parte limpia para limpiarle el trasero y sus partes privadas.

¡Seguro que estaba sucia!, se dijo a sí misma, sonriendo mientras usaba el término "ella".

Cuando Mikey, limpio y desnudo, regresó al dormitorio de la niña, su nuevo pañal y su ropa estaban sobre la cama para él, con Lisa y Sandy paradas emocionadas a su lado.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—¡Te gusta, Betsy! —gritó Sandy emocionada—. ¡Yo lo elegí!

Mikey miró el pañal de tela cuidadosamente doblado con los alfileres encima, y junto a él estaban los esperados pantalones rosas de plástico. Pero su mirada se fijó en lo que estaba a su lado, cuidadosamente dispuesto.

Era un vestido.

“¡En realidad fue idea mía!”, exclamó Lisa radiante.

—¡Muy bien, chicas, vamos a cambiarle el pañal a Betsy antes de que haya más accidentes! —dijo Carolyn riendo entre dientes mientras acostaba al niño desnudo sobre el pañal de tela, lo empolvó, se lo colocó con alfileres con destreza y le puso los pantalones de plástico rosa.

—Ahora veamos si este vestido nos queda bien, ¿de acuerdo?

Carolyn se puso de pie, bajó el vestido por encima de su cabeza y lo alisó.

¡Guau! —exclamó Meredith con sinceridad—. ¡Le queda... muy bien!

—Claro que sí. ¡Los vestidos te quedan bien, Betsy! Vamos a comprarte unos calcetines bonitos, pero tendrás que usar tus zapatos de niño, lo siento. Los zapatos de Lisa no te quedan.

Pero a Betsy no le importó. Lisa la arrastró de vuelta al baño para mostrarle cómo se veía en el espejo.

“Parezco... eh... no sé”, balbuceó.

“¡Estás muy bonita, Betsy!” exclamó Sandy, y las tres “chicas” rieron.

“¡Vamos a jugar!” gritó Lisa.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"No olvides tu chupete, Betsy", dijo Carolyn mientras los tres salían corriendo.

"Mírenla", suspiró Meredith mientras las dos mujeres miraban por la ventana de la cocina a las tres niñas jugando alegremente en bicicleta, trepando, corriendo y haciendo ruido. "Está tan feliz".

Y es bueno verte feliz y llamarla niña. Debe ser difícil.

Meredith suspiró con fuerza. "No es tan difícil, solo confuso. Tilly me dijo que era niña desde el principio y todavía la llama Michelle, que es un nombre bonito".

"¡Creo que Betsy Wetsy es un nombre lindo para ella!"

Por ahora, sí. ¿Pero si de mayor quiere ser niña? Querrá un nombre más adulto.

¿De verdad estás segura de que va a crecer? Parece que disfruta de ser un bebé.

Ahora sí que los necesita. Pero cuando sea mayor quizá no quiera pañales y...

"¿Vestidos?"

"Ajá."

¿Qué tal si tú y yo nos tomamos un pequeño descanso y salimos a ver a nuestras tres hijas disfrutar de ser quienes son antes de que se hagan demasiado grandes para disfrutarlo? Y a la hora del almuerzo, quizás deberías ser *tú* quien le dé el biberón a Betsy.

Meredith sonrió mientras estaba sentada con su hermana bajo el cálido sol, observando a los niños jugar, preguntándose qué les depararía el futuro. La idea de alimentar a Mikey con biberón volvió a despertar en ella sentimientos cálidos y, poco a poco, la idea de un Mikey infantil le pareció más reconfortante que nunca.

*Convirtiéndose en mí:
Encontrando a la niña que llevamos dentro*

Ocho años

Las vacaciones de Mikey con sus primos habían sido memorables y agradables, pero la distancia y la economía hicieron imposible regresar por un tiempo. Sin embargo, la transformación que se había producido allí los siguió en gran medida de vuelta a casa. A sus ocho años, Mikey seguía mojando la cama a conciencia todas las noches y sus pañales siempre estaban empapados. Los pañales sucios por la noche seguían siendo comunes, y ahora que podía usarlos al llegar del colegio, los pañales sucios durante el día eran habituales y, fiel a su promesa, Meredith nunca se quejó, sino que le permitió explorar su infancia, que parecía no tener fin. Todavía dormía con chupete y podía usarlo en cualquier lugar de la casa.

El momento favorito del día para Meredith era acostar a su hijo. Sabía que una cuna sería probablemente más apropiada, pero era demasiado grande para cualquier cuna pequeña que pudiera conseguir si decidía hacerlo. Pero una vez que lo metía bajo las mantas cada noche, volvía con un biberón de fórmula caliente y observaba con asombro cómo su hijo de ocho años lo chupaba con satisfacción antes de quedarse dormido al poco tiempo. Y le susurraba al oído soñoliento: «Buenas noches, Betsy Wetsy».

Pero allí estaba 'el vestido'.

Dos años antes, Mikey, también conocido como Betsy Wetsy, había regresado de casa de la tía Carolyn con un vestido viejo de Lisa que por aquel entonces le quedaba bien. Lo había usado muchas veces para jugar y, tras pedírselo varias veces, Meredith, a regañadientes, le había comprado un pijama de niña para dormir. Pero el vestido ya no le quedaba bien, y el pijama ya no estaba disponible, y Mikey seguía siendo, a juicio de Meredith, un bebé, pero un niño.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

No le disgustaba. Cuidar a un bebé como él era fácil y podía con ello. Las tomas con biberón, que los fines de semana solían ser en cada comida, eran inusuales, pero creaban un vínculo muy fuerte. Cambiar pañales mojados y sucios era muy fácil; podía hacerlo incluso dormida. Meredith y su bebé *habían* encontrado una vida fácil, aunque inusual.

Si hay una experiencia muy esperada y deseada por los niños pequeños, es la pijamada, también conocida como "la noche de los sueños". Para un niño de ocho años, las pijamadas no son tan comunes, pero para un niño con enuresis de cualquier edad, son aún más raras.

Charlie era el mejor amigo de Mikey. Eran uña y carne, y si alguien podía meterlo en líos, ese era Charlie. Llegaban tarde del almuerzo, hablaban en clase, etc., pero aun así eran bastante buenos amigos. Meredith estaba encantada de que su hijo hubiera encontrado un amigo tan cercano y feliz.

Iban a jugar a casa del otro después de la escuela varias veces, y eso era muy divertido para ambos. Cuando Charlie llegó a su casa, Mikey notó que su mamá había sacado de la habitación a su única muñeca, Suzie, el chupete y cualquier rastro de pañales, incluyendo su cubo de pañales. Para cualquier niño que lo visitara, era un niño normal con un comportamiento normal... y una cama seca. Su osito de peluche estaba bien, ya que la mayoría de los niños de esta edad aún tenían uno.

Entonces llegó la petición de tener una pijamada. La mamá de Charlie le preguntó a Meredith si Mikey podía dormir en su casa. De repente, los pañales nocturnos, por no hablar del chupete y el biberón, se convirtieron en un gran problema. Y aún peor eran los pañales *sucios*. Los mojados podían ocultarse discretamente, pero los sucios se notaban en las fosas nasales de todos sin siquiera verlos. Y Mikey seguía ensuciándose la mayor parte de las noches, aunque era un acuerdo tácito que la mayoría de los desastres

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

ocurrían cuando estaba despierto en la cama. ¡Pero no *todos* eran deliberados! Y no tenía intención de mostrarle nunca su pañal a otro niño del colegio, ni siquiera a un amigo.

"Mikey, la mamá de Charlie me preguntó algo hoy y quería saber cómo te sentías", le preguntó mientras él yacía en la cama, listo para dormir. Para completar el contraste, llevaba un pañal grueso, usaba un chupete y abrazaba a su muñeca y a su osito de peluche, con la barriga llena de fórmula.

"Ella te preguntó si querías dormir una noche en casa de Charlie", continuó.

Los ojos medio dormidos de Mikey se abrieron de repente y escupió su chupete.

—Pero no puedo —balbuceó—. Porque, ya sabes...

"Lo sé, querida, pero quizá sería muy divertido para ti tener una pijamada..."

—¡No! —interrumpió—. ¡No puedo! Uso pañales y tengo... ya sabes...

Agarró fuerte a Suzie y a su osito de peluche para enfatizar y miró su amado chupete.

Hablamos de eso luego. No puedes llevarte a Suzie ni tu chupete, pero los pañales no deberían ser un problema, ¿sabes?

A pesar del miedo, Mikey durmió bien esa noche, pero solo porque siempre lo hacía. Los biberones le daban sueño y su chupete le daba seguridad.

Al día siguiente, durante el recreo de la mañana, Charlie se acercó a él y le preguntó: "¿Puedes venir a dormir a mi casa?".

—No sé —respondió—. Seguramente mamá no me dejará.

La mentira fue natural y fácil.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

“¿Tal vez pueda dormir en tu casa?” preguntó.

Eso no sería mejor.

“Tal vez”, respondió Mikey, tratando de ocultar su ansiedad y, de repente, fue literalmente salvado por la campana mientras regresaban a clase.

Esa noche, cuando llegó la hora de dormir, Meredith entró en la habitación y Mikey se preparó para el esperado cambio de pañal y la toma del biberón, pero en lugar de eso, simplemente se sentó en el borde de la cama.

—Sé por qué le tienes miedo a la pijamada, Mikey — anunció—. Nunca te has cambiado el pañal tú mismo y se me olvidó que ya no puedo pedirle a la mamá de Charlie que lo haga por ti, ¿verdad?

Mikey meneó la cabeza.

Esa no es una de las razones por las que me da miedo una pijamada... hasta que lo mencionaste. Pensó con tristeza. Me parece bien que la mamá de Charlie me cambie el pañal... Supongo. Sin duda, más bien que intentar hacerlo yo mismo.

“Esta noche te voy a enseñar a cambiar tu propio pañal”.

Mikey estaba impactado. En toda su vida, nunca se había cambiado el pañal ni había pensado que lo haría. En su interior, esperaba que su mamá, su tía o "alguien" siempre le cambiara los pañales. A los ocho años, no pensaba mucho en el futuro más allá de la semana siguiente.

Meredith agarró un cuadrado de pañal y le enseñó a doblarlo como una cometa. Lo había visto cientos de veces, pero esta vez, ella le dijo que lo intentara.

El primer intento fue terrible.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Al tercer intento, ya tenía la forma que se suponía que debía tener, y Meredith le indicó cómo colocarlo en la cama y acostarlo en la posición correcta. Ahora venía lo difícil: los alfileres de pañal. Parecían un poco aterradores, y solo su filo y el riesgo habían impedido que su prima Lisa le cambiara los pañales dos años antes, cuando se lo pidió.

Ella le mostró cómo sujetar firmemente las dos esquinas del pañal, empujar el alfiler y abrocharlo. Parecía fácil, pero no lo era. Al octavo intento, estaba llorando, pero la punta afilada lo había atravesado, y el segundo alfiler solo le llevó cuatro intentos. El pañal no se sentía como Meredith solía hacerlo y pronto se dio cuenta de que estaba un poco suelto. Sin embargo, estaba puesto y eso era suficiente. Mikey esperaba que ponerse sus decepcionantemente comunes pantalones blancos de plástico fuera fácil, pero como todo lo demás, también fue difícil.

En poco tiempo (bueno, en realidad, unos diez minutos insoportables), el pañal estaba puesto y, aunque estaba suelto, era útil para la tarea en cuestión: controlar su enuresis y sus ocasionales ensuciamientos.

"¡Bien hecho, Mikey!", exclamó Meredith, y su orgullo era real. Estaba orgullosa de que él hubiera cambiado su primer pañal.

Sé que no quieres cambiarte los pañales tú mismo, pero te estás haciendo mayor y no puedo estar cambiándotelos siempre. Y, por alguna razón, no veo que dejes de mojar te pronto, así que tienes que aprender.

Fue una confesión sorprendente que Meredith aceptara que Mikey probablemente *nunca* dejaría de mojar la cama por la noche. Probablemente lo acompañaría para siempre, aunque solo fuera porque a Mikey nunca le molestaba y, de hecho, a menudo se enorgullecía de ello. No ignoraba que Mikey a menudo buscaba elogios por sus pañales mojados e incluso sucios, y por mucho que a

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

veces se sintiera realmente orgullosa de él por estar mojado y sucio, no podía admitirlo. Eso parecía ir demasiado lejos.

Las siguientes cuatro noches fueron el mismo proceso. Mikey hizo lo que pudo y la verdad es que mejoró. Se esforzó por apretarlos más, pero nunca se sintieron tan ajustados ni cómodos como cuando su mamá lo hacía por él. Después de cinco noches enteras practicando el cambio de pañales él mismo, Meredith le preguntó de nuevo si quería ir a una pijamada.

—¡No puedo! —dijo, volviendo a llorar al pensarlo—. ¡Uso pañales!

"¿Crees que Charlie se sorprendería o se reiría de ti por seguir usando pañales para dormir?", preguntó, dando a entender que la respuesta era claramente *sí*.

"Supongo que no", admitió Mikey. Él y Charlie eran muy amigos y cercanos, y él tenía esa cierta *confianza* que un niño no entendería, pero que aun así reconocería.

Entonces, está decidido. Este viernes por la noche dormirás en casa de Charlie. Pero hay algo más que necesito hablar contigo.

"¿Sí?" preguntó, sin saber a medias lo que era.

"¿Quieres llevarte tu chupete?"

Mikey se quedó en silencio por un momento, sabiendo que su madre quería que dijera rápidamente que no, pero todavía estaba muy inseguro.

"Supongo que no", dijo sintiéndose muy inseguro.

"¿Estarás bien sin uno?", preguntó Meredith con genuina preocupación. No desconocía su fuerte conexión con los chupetes. En ese entonces, todavía tenía unos diez, y hacía relativamente poco que el chupete volvía a estar reservado solo para el dormitorio. Si quería su chupete, tenía que estar en su habitación. Fue un cambio

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

difícil en su vida. Tras su visita a casa de la tía Carolyn, Meredith le había quitado las restricciones sobre el chupete y Mikey había respondido usándolo a todas horas cuando estaba en casa.

"Creo que sí", dijo.

—Buena chica —respondió ella—. Uy, perdón, quería decir «buen *chico*». ¡Qué tonta!

Meredith se reprendía a sí misma. Había intentado olvidarse de la "cosa de niña" lo máximo posible, pero no era fácil. Aún recordaba la alegría de ver a "Betsy Wetsy" jugar con sus primos con pañales gruesos y ropa de niña, y lo disfrutaba muchísimo. Sabía que era más que un juego de roles, pero aun así era difícil. Si no controlaba sus pensamientos, seguía pensando en él como su bebé. Era difícil detenerlo.

Al día siguiente, Charlie se acercó a Mikey en la escuela y estaba emocionado porque iba a asistir a una pijamada.

—¿Aún mojas la cama? —le preguntó Charlie con tanta indiferencia como si le hubiera pedido un lápiz.

Mikey no dijo nada mientras su mente se congelaba.

—Está bien —continuó, como si Mikey realmente lo hubiera respondido y confirmado—. Yo también.

“¿Te mojaste la cama?” preguntó Mikey incrédulo.

“Sí, lo hago”, respondió, una vez más sin ningún atisbo de timidez.

—Yo también —admitió Mikey, sintiéndose de repente mucho más tranquilo—. Uso pañales para dormir.

—Tienes suerte —dijo, encogiéndose de hombros—. Solo mojé las sábanas.

¿Tengo suerte? ¿Lo oigo bien?, pensó Mikey.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"Conozco a muchos niños que se hacen pis en la cama", afirmó Charlie.

"¿En realidad?"

"¡Sí!" Y Charlie enumeró a cinco o seis niños de nuestro grado que, según él, se hacían pis en la cama.

"¿Cómo lo sabes?" pregunté.

"Me acabo de enterar por la gente", se rió. "Conozco a algunos de sus hermanos mayores y me lo dijeron, y de otros, ya lo sé".

"¡Guau!"

"Entonces, ¿vas a usar pañal en mi casa o qué?" preguntó.

—Sí, supongo que sí —respondió Mikey—. Tu mamá se enojaría si me hiciera pis en la cama.

—No, mami es bastante buena. No me regaña por mojar la cama.

"¿Tienes un osito de peluche?" preguntó esperanzado.

"¡Sí, tengo dos!", respondió.

"¿Duermes con ellos?" continuó Mikey, aún más esperanzado.

—Sí. ¿Y tú?

"Sí, pero sólo tengo uno."

Puedes pedirle prestado uno de los peluches a mi hermana si quieres. Tiene un montón de ellos, muñecas y cosas así.

Muñecas. Tiene una hermana con un montón de muñecas. Una hermana mayor. ¡Está sentado sobre una mina de oro y no lo sabía!

Charlie era amigo de todos, uno de esos niños que se ponía del lado de todos, chico o chica, con un encanto natural, así que no

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

era de extrañar que hubiera recibido toda esta información. Sin embargo, lo más importante para Mikey era que, como ambos se hacían pis en la cama, ¡sus pañales nocturnos no le suponían ningún problema! Sin embargo, seguía preocupado por perder su chupete y su biberón.

¡Puedo hacerlo!, pensó para sí mismo en silencio.

Y unos días después, llegó la hora de la gran aventura de la pijamada. Meredith empacó una pequeña maleta con ropa limpia, algunos carritos de juguete y un libro, además de dos pañales y dos calzoncillos de plástico.

“¿Por qué dos pañales, mami?”

—Por si acaso, querido —ofreció.

él en el entrenamiento de esfínteres de Mikey durante el día . Al fin y al cabo, volvía a usar pañales en cuanto llegaba de la escuela y *nunca estaba* seco a la hora de dormir, y a veces, incluso sucio. También trajo calzoncillos de repuesto. Claro, también trajo a su osito de peluche, pero no a su muñeca, Suzie, y aún más importante, no tenía chupete. La falta de chupete lo asustó un poco.

"Hola, Sra. Watson", dijo Mikey emocionado, mientras estaba en la puerta principal de la casa de Charlie ese viernes después de la escuela con su madre.

—Me alegro de verte, Mikey —respondió—. Charlie está emocionado por esta noche. ¿Tú también?

“¡Claro que sí!”

“Bueno, él está en el patio trasero, así que sal y únete a él y yo desempacaré tus cosas por ti”.

El resto del día fue fabuloso y jugaron hasta bastante después de la hora habitual, hasta que los llamaron para cenar.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Eran las 8 pm cuando la Sra. Watson anunció: "¡Muy bien, chicos! ¡Es hora de dormir, así que vayan a prepararse!". Luego añadió rápidamente: "Charlie, quédate aquí un rato para que Mikey pueda arreglarse solo".

Bien podría haberle dicho que le iba a poner un *pañal* en privado, pero a Mikey no le importó. De todas formas, todo estaba al descubierto y a su amigo no le importó. Estaba muy nervioso poniéndose el pañal él mismo, ya que todavía no se le daba muy bien, pero después de varios intentos, por fin lo consiguió, más o menos.

Mikey salió y Charlie también se puso el pijama. La Sra. Watson se acercó y le habló en privado: «Tu mamá me pidió que revisara si tenías bien puesto el pañal porque me enteré de que acabas de aprender a hacerlo tú mismo, ¿verdad?».

Él asintió mientras la Sra. Watson verificaba que el pañal estuviera dentro de los pantalones de plástico y al notar que estaba bastante suelto, rápidamente lo volvió a sujetar firmemente con alfileres como las madres siempre parecían capaces de hacer.

"Gracias, Sra. Watson", dijo. Mikey estaba sinceramente contento, pues la forma en que estaba sujetado casi con seguridad mojaría la cama o, peor aún, se caería en mitad de la noche, provocando un desastre incalculable.

—Mamá —anunció Charlie, al reaparecer justo después de cambiarle el pañal—. Dije que Mikey podría tener uno de los peluches de Marie, porque solo tiene uno. ¿Podemos tener uno?

"¡Claro que sí!" respondió ella y, tomándome de la mano inesperadamente, lo llevó al dormitorio de Marie, de diez años.

Para Mikey, era una preciosidad. Era rosa. Tenía cuadros de flores y un estante lleno de muñecas. Junto a su cama había un armario blanco brillante, y su cama estaba cubierta con aún más

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

muñecas y ositos de peluche. Era el paraíso y, por un instante, Mikey quiso meterse en su cama y dormir allí.

"¡Elige uno, Mikey!", gritó Charlie, y entró y se sentó en la cama. Al sentarse, oyó un sonido familiar. La cama crujió con bastante fuerza.

—Marie también se moja la cama —anunció Charlie con franqueza.

—¡Charlie! —regañó la señora Watson—. ¡No deberías decirle eso a la gente!

"Él sabe que yo también mojo la cama..."

—No importa. No le cuentes a nadie sobre Marie.

Las fundas de colchón impermeables de los años 60 no eran tan silenciosas, suaves y flexibles como ahora. En aquel entonces, eran gruesas y ruidosas, y el constante ataque de orina nocturna las hacía crujir y hacer mucho ruido. El sonido era la señal inequívoca de que alguien se hacía pis en la cama.

Charlie admitió que siempre revisaba a escondidas las camas de la mayoría de mis amigos y familiares para ver si había algún crujido. Algunas camas crujieron y él se dio cuenta.

Entonces Mikey vio el osito de peluche que quería. Era rosa (y al instante supo que era una niña). La levantó y miró a la Sra. Watson con esperanza.

—¡Bien! —dijo—. Ya tienen dos ositos de peluche. ¡Es hora de irse a dormir!

Al meterse en su cama, Mikey oyó ese crujido ya familiar y la sensación del plástico debajo. Era un sonido familiar, ya que su cama aún tenía una sábana de plástico, aunque no era muy ruidosa porque aún usaba pañales y la cama rara vez se mojaba. Cuando

Charlie saltó a la suya —literalmente saltó—, el crujido recorrió la habitación.

¡Esto iba genial!, pensó Mikey.

La Sra. Watson arrojó a los dos niños, aunque fue un poco inútil, ya que en cuanto se cerró la puerta, ambos se incorporaron y conversaron. Antes de irse, se agachó y le susurró a Mikey al oído: «Tu mamá me dijo que sueles usar chupete por la noche, así que espero que estés bien. ¿Verdad?».

—Sí —susurró Mikey. Puede que no tuviera su chupete ni su muñeca, Suzy, pero tenía el osito de peluche de mi primera niña, así que se sentía bien.

La intención era quedarse despierto hablando toda la noche, pero como ocurre con todos los niños de ocho años, esa intención duró apenas quince minutos antes de que su pulgar entrara en su boca como chupete de reemplazo y se quedaran dormidos hasta las 6:30 de la mañana siguiente.

Mikey se despertó primero, apenas el sol iluminaba el cielo, y su primer pensamiento fue revisar las sábanas debajo de él en busca de fugas, algo que nunca hacía en casa, pero tampoco había dormido en otra cama. Las sábanas estaban secas, así que la siguiente revisión fue la de si estaban sucias. El pañal estaba lleno de pis, pero solo pis. El primer problema estaba resuelto. Antes de que tuviera tiempo de pensar en nada más, Charlie despertó.

Charlie retiró las sábanas de su cama y saltó. Mikey miró su cama y vio la gran mancha húmeda en el centro. Su pijama también estaba obviamente mojado. No le importó en absoluto.

"¿Quieres jugar con coches?" preguntó.

"Claro", respondió Mikey. ¡Le encantaba jugar con coches y muñecas! Hacía dos años que no jugaba a las muñecas con nadie más.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"¿Tu cama o la mía?", preguntó. Mikey se sorprendió un instante de que le preguntaran, pero Charlie era el chico menos preocupado que había conocido, ni que conocería jamás.

—Estás mojado —observó Mikey—. ¿Quizás en la cama?

¿Estás mojado también?, preguntó.

Mikey bajó los pantalones de mi pijama y el color amarillo claro detrás de los pantalones de plástico casi transparente le respondió a esa pregunta.

—¡Guau! —dijo—. ¡Seguro que sí!

Agarraron sus carritos de juguete, se subieron a la cama mojada de Charlie y empezaron a jugar con ellos como si la gran mancha de orina en el medio no les importara. Y en realidad no les importaba.

"¿Mojas la cama todas las noches?" preguntó Mikey.

—Sí. Mamá se cansa, pero es algo que pasa.

—Sí, mamá también se cansa —respondió Mikey intentando imitar la respuesta de Charlie aunque era consciente de que su madre *no* se quejaba de ello, ni siquiera cuando estaba sucio.

"Entonces, ¿vas a estar usando pañales todo el tiempo?"

—No lo sé. ¿Y tú? ¿Te vas a mojar la cama para siempre?

Por primera vez, el rostro de Charlie mostró un matiz —un pequeño matiz— de tristeza.

—Espero que no. Geoffrey todavía se hace pis en la cama y tiene trece años. Geoffrey era el hermano mayor de Charlie.

"¡Guau!"

Sí, a mamá le molesta mucho, pero él dice que no puede parar. Creo que solo es perezoso.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

En ese momento, Mikey no se dio cuenta de la evidente hipocresía.

"¿Quieres ver qué cama está más mojada?", sugirió.

—Supongo. ¿Cómo lo hacemos? —A Mikey le pareció un juego raro—. ¿Lo haces a menudo?

A veces, porque les molesta. ¡Mi cama mojada suele ser la más pequeña! —Y luego añadió—: ¿Son buenos los pañales?

Mikey se quedó sin palabras y no dijo nada. Para él, usar pañal significaba sentirse como un bebé, y estaba seguro de que Charlie no quería sentirse como tal.

"Sí, están bien", dijo sin comprometerse.

"¿Puedo probar el tuyo?" preguntó Charlie.

Mikey se sorprendió, pero antes de poder pensar, se encontró diciendo: "Claro".

De pie entre las dos camas, Mikey bajó su pañal empapado, con los alfileres y la braguita de plástico intactos, y se los quitó. Charlie se quitó inmediatamente el pijama mojado, se puso los pañales empapados y se los subió lentamente por su delgado cuerpo. Unos segundos después, el pañal tibio y empapado le llegaba a las caderas, seguido, sin que supiera qué hacer, por la parte de abajo del pijama, ya mojada.

"¡Genial!", exclamó en voz baja, sin querer que lo oyeran. "Ojalá pudiera seguir usándolos. Mamá me los quitó cuando tenía seis años. Todavía quiero usarlos. Pero los tiró cuando me los encontró puestos después de la escuela."

¡Aún usaba pañales como yo cuando tenía seis años! Mikey pensó en silencio. Empezaba a entender por qué él y Charlie se llevaban tan bien. *¡Somos iguales!*

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Unos cinco minutos después, oyeron la voz de Marie en la cocina.

—¡Ahora es nuestra oportunidad si aún quieres echarle un vistazo! —susurró Charlie con su voz no muy baja—. ¡Vamos a ver su cama!

Caminaron en silencio por el pasillo hasta la habitación de Marie, cuya puerta estaba abierta. Al entrar, Mikey volvió a quedar fascinado por su encanto infantil y de inmediato sintió celos de todo lo que contenía y de todo lo que significaba para mí. Ni siquiera se le ocurrió darse cuenta de que su amigo seguía felizmente usando su pañal empapado debajo de su pijama mojada.

“¡El de ella es más grande que el mío!”, anunció Charlie triunfante, mientras la sábana de franela rosa mostraba una gran mancha húmeda en la cama.

Su pijama mojado estaba arrugado en el suelo y Mikey de repente sintió unas ganas increíbles de ponérselo, con pis y todo. Era rosa y de niña, y él quería desesperadamente usarlo. La ropa interior de niño se sentía tan rara, extraña y... indeseada comparada con el pijama rosa, mojado y todo.

—¡Salgamos antes de que nos vea! —dijo Charlie, en su versión fallida de un susurro.

Regresaron al dormitorio y saltaron a la cama para seguir jugando a los coches.

Ojalá mamá me dejara usar pañales otra vez. Tienes mucha suerte, ¿sabes? ¡Si te quedaras a dormir un montón, podría usar estos todas las mañanas!

Mikey se quedó atónito de que alguien quisiera usar sus pañales mojados, pero entonces recordó que quería usar el pijama mojado de Marie y al instante pensó que si Marie usaba pañales,

entonces sí, él los usaría con gusto. La idea lo hizo sonreír brevemente.

Finalmente, la puerta se abrió y entró la Sra. Watson. No parecía haber ningún Sr. Watson, y él nunca preguntó ni supo de él. Charlie, sabiamente, le había quitado el pañal mojado para que no lo pillaran... al parecer *otra vez*. Estaba en el suelo, todavía intacto, y Charlie lo miró y suspiró.

"¿Qué bien dormisteis, chicos?", preguntó. Luego, al vernos sentados en la cama mojada de Charlie, añadió: "¡Podríais haber jugado en la cama seca!".

"No quería mojar esa cama, señora Watson", explicó Mikey.

—¡Qué dulce eres! —respondió ella—. Ahora ven a desayunar. ¡Hasta Geoffrey se ha levantado!

Se levantaron para irse, pero tan pronto como salieron de la habitación, Charlie agarró a Mikey y tiró de él por el pasillo.

"¡Vamos a comprobarlo!" dijo, y entraron en la habitación de Geoffrey.

"¡Guau!", fue todo lo que Mikey pudo decir. La cama de Geoffrey estaba empapada por todo el ancho y la mitad de su largo. Una parte de él estaba realmente impresionado.

"¡Gano!", fue todo lo que Charlie pudo decir, pero Mikey nunca había visto algo así. Nunca se había imaginado cómo luciría su cama por la mañana sin pañales. Desde luego, nunca se imaginó que se vería así y le intrigaba.

Charlie lo arrastró al desayuno, donde Marie ya estaba vestida y tanto Charlie como Geoffrey estaban sentados con los pijamas mojados. Al parecer, era normal. Irónicamente, Mikey era el anormal, pues llevaba el pijama seco.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—¡Geoffrey! Ve a limpiarte —exigió la Sra. Watson—. ¡Por favor, nada de pijamas mojados en la mesa!

El pijama de Geoffrey estaba, al igual que su cama, mojado de la cabeza a los pies, mientras que Charlie no estaba ni de lejos tan mojado.

“Charlie, puedes quedarte ya que tienes un amigo aquí”.

Después del desayuno, fueron a vestirse para las aventuras del día, pero esta vez Mikey no escondió los pañales en su maleta. En una casa con tres niños que se orinaban en la cama, se sentía como en casa.

"¿Por qué tienes otro pañal, Mikey?", preguntó Charlie al ver el extra seco en mi maleta. Meredith, obviamente, no confiaba en la sequedad de su hijo. "¿Vas a ponértelo ahora?"

Mikey no sabía qué decir. Todo fue muy inesperado y tenía tantas ganas de ponerle un pañal como de ponerle el pijama mojado a Marie.

“Tal vez”, dijo.

“Genial”, respondió Charlie.

La suerte estaba echada.

Después del almuerzo, Geoffrey y Marie fueron a las casas de sus amigos, dejando solo a Charlie y Mikey en su casa, mientras la Sra. Watson se acurrucaba con un libro, lo que Charlie le dijo que a menudo significaba *tomar una siesta*.

“¿Quieres ponerle un pañal otra vez?” preguntó Charlie.

Mikey se sorprendió, pero una vez más, la voz de bebé en mi cabeza habló en respuesta.

"¡Sí!"

Fueron silenciosamente al dormitorio y cerraron la puerta.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

“¿Puedo probarme uno también?” preguntó.

—Eh... supongo que sí —balbuceó Mikey. No era lo que esperaba—. ¿Por qué?

Qué suerte tienes de tener pañales para la cama. Odio mojar la cama y tú puedes estar seco y todo eso.

“Está bien”, respondió, aunque no estaba muy seguro de esa idea.

Mikey dobló el pañal limpio y lo puso en la cama ahora descuidada de Charlie, encima de la crujiente funda de plástico del colchón.

“Ahí lo tienes”, dijo.

“¿Me puedes ayudar?”

Se sintió ridículo al ayudar a su amigo a ponerse un pañal de tela. Mikey también estaba un poco molesto porque le resultó bastante fácil ponérselo y ajustárselo bien.

¡Puedo cambiarle el pañal a otra persona mucho más fácilmente que a mí mismo!, casi susurró en voz alta.

Luego le dio sus pantalones de plástico de repuesto y lo observó mientras se los subía con esa sonrisa descarada que era tan entrañable.

“¡Guau!”, dijo. “¡Es genial!”

“¿Vas a ponerte uno también?” preguntó.

“No tengo otro seco.”

Y entonces a Charlie se le ocurrió una idea.

“¿Quieres probar algo genial?”, susurró con voz potente. “¡Mamá está echando una siesta y sé algo que te gustaría ponerte! Ven conmigo”.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Charlie, con su pañal puesto, tomó la mano de su amigo y lo llevó al dormitorio de Marie.

"¿Quieres usar sus bragas?", preguntó. "¡Están muy chulas!"

Mikey tragó saliva. Últimamente le habían interesado las bragas de chica, pero no tenía acceso a ellas. Sin embargo, cuando Charlie abrió un cajón, vio una docena de bragas floreadas cuidadosamente dobladas y se le secó la boca.

Charlie cogió un par y los levantó. "Los uso cuando puedo, pero si mamá se entera o algo peor... Marie... tendré *un buen* lío. ¿Quieres probártelos?"

Los dos chicos agarraron dos bragas mientras Mikey miraba con ansias el pijama mojado sobre la ropa sucia del cesto, deseando ponérselo también. Al volver a su habitación, Charlie cerró la puerta, la señal universal de que "los chicos se están portando mal" para cualquier padre. Pero mientras la Sra. Watson seguía durmiendo la siesta, Mikey se bajó los pantalones y las bragas y se puso sus primeras bragas.

Le dejaron sin aliento.

"¿Vas a usar algo también?" preguntó Mikey.

—Sí... Te voy a quitar el pañal porque si lo dejo puesto, te lo voy a mojar, ¿sabes? ¡Te dan ganas de mojarlos!

Mikey sabía *exactamente* a qué se refería. Cuando usaba pañales, perdía por completo el control de la vejiga y siempre estaba mojado. También tenía problemas para evacuar, ya que siempre prefería hacerlo en pañales que en el inodoro.

Con evidente arrepentimiento, Charlie se quitó el pañal e inmediatamente se puso un par de bragas de su hermana mayor.

"Genial, ¿eh?" observó.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

“Ajá”, respondió Mikey sin poder expresar completamente lo *bien* que se sentían.

Al comprender que querían estar solos, los dos chicos salieron a escondidas, todavía con las bragas de Marie puestas, y jugaron detrás del cobertizo donde no podían ser vistos ni oídos.

“¿Alguna vez has usado un vestido?”, preguntó Charlie de repente.

Cuando tenía seis años, mis primas me dejaban usar su vestido bastante. ¿Y tú?

—Solo una vez —suspiró Charlie—. Usé el de Marie una vez, pero solo por un ratito, y luego tuve que quitármelo para que no me descubrieran.

"Me gustaba usar vestido", respondió Mikey, sorprendiéndose con su honestidad antes de añadir: "Todavía duermo con chupete en casa".

Qué suerte tienes ! Me lo quitaron cuando empecé la escuela. Todavía lo extraño. Una vez encontré uno y me lo llevé a casa, pero mamá lo encontró y lo tiró.

“Me gusta mi chupete”.

—Oye, Mikey —dijo Charlie—. ¿Crees que podríamos quedarnos a dormir en tu casa y que ambos usemos pañales, chupetes y demás?

—Tomo un biberón por la noche —susurró Mikey.

¡Guau! ¿Qué rico está?

Mikey asintió.

“¿Crees que tu mamá también me daría un biberón si me quedara a dormir?”

—No lo sé. Quizás. Simplemente no lo sé.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

“También podría traer las bragas de Marie y si todavía tienes un vestido...”

—Ya no tengo vestido —respondió Mikey, sintiendo de repente la pérdida más de lo esperado—. No me queda. Pero me gustaría uno nuevo.

—¿Quieres que le pregunte a tu mami? —suplicó Charlie—. ¡Tengo *muchísimas* ganas de volver a usar pañales!

“Está bien, lo intentaré.”

Durante el resto del día, los dos chicos jugaron bruscamente y de repente se quedaron quietos hablando en voz baja (¡o en su versión de silencio!) sobre las aventuras que tendrían en la próxima pijamada, con ambos en pañales, chupetes y bragas secretas. Cuando Mikey sintió la necesidad de decirle a su amigo que solía ensuciar sus pañales, Charlie lo abrazó y rompió a llorar, diciéndole en secreto que quería lo mismo. Charlie se estaba convirtiendo rápidamente no solo en un amigo, sino en un confidente.

Durante un tiempo, Mikey le contaba a su amigo cada vez que ensuciaba su pañal de noche, y por fin tenía a alguien que estaba impresionado y orgulloso de él. Un mes después, Charlie volvió a casa con Mikey después de la escuela durante una hora hasta que su mamá pudiera recogerlo. Mikey se tomó el tiempo de mostrarle a su amigo su cubo de pañales, abrió su pañal de noche, que estaba muy sucio, y sonrió cuando su amigo lo felicitó. El vestido que ya no le quedaba fue recuperado y se lo mostró a Charlie, quien también deseó que le quedara lo suficientemente grande.

Fue una nueva amistad maravillosa.

Pero la siguiente pijamada nunca llegó. Tres meses después, Charlie y su familia se mudaron a otro estado para estar con un buen hombre que la Sra. Watson había conocido. Ambos niños estaban angustiados por la pérdida de un amigo cercano y de

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

alguien con quien compartía sentimientos similares, aunque aún inexplicables. En esencia, ambos eran bebés, y Mikey era una niña, mientras que Charlie aún estaba descubriendo quién era. Pero Mikey nunca sabría si Charlie volvería a usar pañales, a ensuciarlos o a usar vestido y bragas, pero en secreto suponía (y esperaba) que sí. También esperaba no dejar nunca de mojar la cama.

¡Nunca dejaré de mojar la cama! ¡Quiero que mami esté orgullosa de mí!

Vacaciones de ensueño

"¡Mikey!", gritó Meredith tras colgar el teléfono con su hermana Carolyn. "¡Tengo noticias emocionantes!"

Mikey, de diez años, salió corriendo de su habitación justo cuando su madre colgó el teléfono y se quedó allí, solo con su pañal de tela recién puesto y sus calzoncillos de plástico. Las reglas de la casa habían cambiado tanto que Mikey podía usar pañales en cuanto terminaba de cenar.

—¡La tía Carolyn nos ha invitado de nuevo a pasar unas vacaciones! —exclamó emocionada. Mikey se puso serio y abrió mucho los ojos—. ¿No estás emocionado?

—Pero mami... —balbuceó—. ¡Uso pañales!

Carolyn miró a su hijo con curiosidad. "Sí, y por la noche...", respondió con énfasis en la palabra "noche", "los necesitas. A nadie le importará".

"¡Pero los uso así... ahora!"

—Sí —suspiró Meredith—. ¿Pero crees que eso es un problema?

Meredith ya había hablado del tema con su hermana. Era necesario mencionar el uso de pañales por parte de Mikey y su evidente relación con los bebés. La conexión de Mikey con los pañales no había hecho más que crecer con el tiempo. Seguía mojando la cama constantemente y su ensuciamiento nocturno había continuado e incluso aumentado. Pero ella no lo criticó por ello, pues comprendía su importancia. Simplemente le cambiaba los pañales mojados y sucios como si fuera un bebé.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

¡Pero todavía es un bebé en muchos sentidos!, pensó con una sonrisa.

“¡Pero Lisa se burlará de mí!” se quejó Mikey.

—La última vez que estuvimos allí, ella no te molestó, ¿verdad?

—No, pero entonces solo tenía 8 años. Ahora tiene 12, ¡y apuesto a que Sandy ya no usa pañales!

—No, Sandy ya no necesita pañales.

Mikey evita mucho a otros niños, dijo Carolyn durante la llamada. *No quiere que se burlen de él, pero tampoco quiere dejar de usar pañales.*

—Pero... —continuó Meredith—. ¿Qué tal si probamos esta idea? Es un viaje largo, como ya sabes, y yo... eh... —Se le trabó la siguiente frase preparada—. Quiero que uses pañales para que estés segura y cómoda.

“¿Entonces quieres que use pañales?” añadió Mikey suavemente.

Meredith asintió. "Sería lo mejor para ti y para mí, y creo que estás mejor con pañales".

Mikey abrazó fuerte a su madre y se mojó los pañales sin pensarlo. Fue una *gran* declaración de su madre y al instante recordó la discusión de hacía apenas unas semanas.



"Mikey", dijo Meredith en voz baja mientras doblaba con cuidado el pañal de tela para su hijo, que acababa de llegar de la escuela. Notó que sus calzoncillos estaban completamente secos, lo que confirmaba su creencia de que su hijo ya sabía ir al baño por el

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

día. Sospechaba, aunque nunca pudo comprobarlo, que también estaría seco por la noche si le quitaba los pañales. "Tenemos que hablar un poco sobre tus pañales".

Mikey palideció. Era un niño inteligente y sabía (o al menos sospechaba) que era el único niño de su edad en la escuela que aún usaba pañales. Temía el inevitable día en que su madre quisiera quitárselos. Pero pedía pañales a cada momento fuera de la escuela y su madre había accedido en gran medida, pero sabía que eso no duraría para siempre. Aunque había aprendido a ponerse los pañales solo un par de años antes y en su única pijamada, quería que su madre siguiera haciéndolo.

—Ya te estás haciendo grande —continuó Meredith—. Ya no podré cambiarte los pañales.

"¿Pero por qué, mami?", preguntó.

—Porque te estás haciendo mayor y... eh... vas a... ¡Oh, mira! Pronto tendrás que hacerlo tú mismo, ¿vale?

"¿Cuándo?"

Meredith suspiró teatralmente. "Para cuando tengas once años, espero que empieces a hacer algo tú mismo, y para los doce, yo no haré nada. Y cuando estés sucio, tendrás que limpiarte o bañarte, ¿de acuerdo?"

"Pero mami..." se quejó, pero Meredith levantó la mano para detenerlo.

"Y creo que deberíamos hablar de tus pañales diurnos", dijo justo cuando terminaba de subirle los pantalones de plástico. "Quizás sea hora de usarlos un poco menos".

Mikey empezó a llorar. No era manipulación. Era simplemente tristeza al pensar que ya no necesitaba pañales.

"¿Pero por qué?", gritó.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"Porque te estás haciendo más grande y mayor, y es posible que no quieras usarlos para siempre".

"¡Pero sí mami!" gritó aún más.

—Mikey, no sé por qué te los pones. ¡No me gustan! — exclamó frustrada.

—¡Para hacerte feliz! —soltó Mikey antes de pensar en lo que decía.

"Siempre me haces feliz", respondió Meredith abrazándolo fuertemente para que no pudiera ver la confusión en su rostro.

¿Usa pañales para hacerme feliz?, pensó. ¿Pero por qué?

"Quiero ser el bebé del que estéis orgullosos", añadió.

Meredith escuchó sus palabras y no dijo nada. No sabía qué decir. Él acababa de confirmar que todavía era un bebé y quería que ella fuera su madre comprometida. No la madre de un niño de diez años, sino la madre de un bebé que todavía usaba pañales.

Cariño, te quiero y siempre estaré orgullosa de ti. Solo quiero que intentes usar menos pañales, ¿de acuerdo?

Mikey la miró con sospecha.

"¿Cuánto cuesta?"

¿Qué tal si, en lugar de ponerte los pañales justo después de la escuela, esperas hasta después de cenar? ¿Podrías hacerlo?

Mikey hizo un puchero. "Supongo que sí", respondió con mal humor. Pero en el fondo se alegraba de que no se los quitaran con más frecuencia. Era un acuerdo con el que podía vivir.

"Así que disfruta de esta última vez usándolos después de la escuela", agregó Meredith, feliz de que la respuesta fuera mejor de lo que se atrevía a esperar.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Cuando salió del dormitorio, Mikey pensó en cómo sería no usar pañales después de la escuela y, en un acto de desafío, los ensució deliberadamente y dejó que su vejiga casi llena se vaciara.

Entonces sonrió.



Mikey sonrió. "¿Entonces crees que estoy mejor con pañales?". Su madre, en realidad, estaba sugiriendo que usara pañales para el viaje.

¿Qué bueno es esto?, pensó.

"Creo que para este viaje sería lo mejor, sí".

Las semanas pasaron sin incidentes hasta que llegaron las vacaciones escolares y Mikey estaba vestido apropiadamente y listo para el viaje de tres horas.

"Esto debería bastarte para el viaje", comentó Meredith mientras terminaba de ponerle los pantalones de plástico y le entregaba el resto de la ropa.

Mikey se vestía solo... salvo por los pañales, pero sabía que llegaría el momento en que eso terminaría. Mientras tanto, disfrutaba de la experiencia de ser cambiado y, mentalmente, imaginaba que aún era un bebé.

El viaje por carretera fue aburrido la mayor parte del mismo, pero Mikey estaba absorbido por una de sus novelas de aventuras favoritas, y no mucho después de que llegara 'El final' de su emocionante lectura, levantó la vista y vio que ya estaba a solo unos minutos de la posibilidad de unas vacaciones divertidas o... un desastre.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Fue muy divertido la última vez, pensó en silencio. Disfrutaba jugando de bebé, pero ya todos han crecido y yo... Dudó un momento antes de aceptar la verdad tal como la entendía. En realidad, no he crecido.

Movió ligeramente el trasero y se dio cuenta de inmediato de que su pañal estaba empapado, aunque no lo había mojado a propósito. Suspiró con frustración y sorpresa.

¡Siempre es igual! Siempre que uso pañales, me mojo y no sé cuándo pasa. Pero otras veces no me mojo los pantalones. Me pregunto si eso funcionaría por la noche. ¿Y si no usara pañales para dormir? ¿Estaría seco?

Mikey reflexionó sobre estas preguntas profundas un minuto antes de aceptar que nunca quería dejar de usar pañales nocturnos. Jamás. También quería usar pañales diurnos, pero había aceptado los nuevos límites que le impusieron en casa y sabía que se volverían más estrictos a medida que creciera. Excepto por las noches.

Mikey ya tenía diez años y no solo mojaba sus pañales todas las noches, sino que también se ensuciaba con frecuencia, y por mucho que Meredith intentara quitárselos para ver si se secaba, no estaba dispuesta a limpiar las sábanas sucias. Las sábanas mojadas eran una cosa, pero las sucias eran otra muy distinta. Era la carta de presentación de Mikey para no permitir que le quitaran los pañales, y lo sabía, aunque no conscientemente. Y así, por un consenso tácito, Mikey sabía que su madre *nunca* intentaría impedir que mojara la cama y, por lo tanto, le quitaría los pañales.

Fue un gran alivio.

Y entonces el coche entró en la entrada que al instante recordó de hacía cuatro años. Habían llegado a su destino.

—¡Hola! —exclamó Carolyn con su voz siempre entusiasta—. ¡Qué alegría que hayas venido!

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

“¡Hola, tía Merri!” añadió Sandy, que ahora tiene seis años.

—¡Vaya, cómo has crecido! —respondió Meredith mientras se acercaba a la niña, la levantaba y la abrazaba fuerte—. ¡Eras solo una bebé la última vez que estuvimos aquí!

—Hola, tía Carolyn —dijo Mikey casi en un susurro mientras rodeaba el otro lado del auto y se acercaba para darle lo que sabía que era el abrazo obligatorio.

—¡Ah, y tú también has crecido un montón! —respondió ella, dándole palmaditas en el trasero y descubriendo el grueso acolchado bajo sus pantalones—. ¡Pero quizá no tanto! —añadió con un guiño que hizo sonreír a Mikey. Su tía nunca le había criticado por usar pañales, e incluso ahora parecía estar conforme con ello.

“¿Dónde está Lisa?”, preguntó Meredith mientras las dos mujeres y Mikey tomaban las maletas y comenzaban a caminar hacia la puerta principal.

Carolyn puso los ojos en blanco. «Está dentro, enfadada por... algo».

A Mikey se le encogió el corazón. Le gustara o no, Lisa era una líder nata y Mikey un seguidor. Esperaba que Lisa se alegrara de tenerlo cerca y que aún pudiera jugar con él de alguna manera. Ahora parecía que una Lisa enfadada podría empeorar las cosas.

—Pero no te preocupes por eso, Mikey —añadió Carolyn con una sonrisa irónica—. ¡Creo que en cuanto te vea se animará! Solo está enfadada conmigo por algo. —Y se abrazó con frustración.

Rápidamente tiraron las tres maletas en la habitación de invitados, donde había una segunda cama preparada. Al ver a Mikey mirando la segunda cama, que obviamente era suya, Carolyn dijo rápidamente: «No pensé que quisieras dormir en la habitación de las chicas esta vez, sobre todo porque...». Y bajó la voz con aire

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

conspirador, lo que atrajo al instante la atención de Lisa, que ahora estaba detrás de ella, «todavía llevas pañales».

Mikey quería caerse al suelo. Aunque disfrutaba mucho usando pañales, ahora los llamaba su "cosa privada" y no quería que su primo, mucho mayor, supiera de ellos.

"¿En serio?", exclamó Sandy, quien escuchó la declaración. "¡Ya no uso pañales para dormir!", respondió con evidente orgullo.

—Eh, no me importa si está en nuestra habitación, mami —dijo Lisa sorprendida—. Puedo ayudarte con todo, ya sabes... lo que sea.

Meredith suspiró profundamente antes de preguntarle a su hijo: «Mikey, ¿quieres dormir en la habitación de las chicas en vez de aquí conmigo?».

"No sé", respondió con sinceridad. A una parte le encantaba la idea de estar en la habitación de una niña y no tener que esconder los pañales, pero a la otra le aterraba exactamente lo mismo.

"Tengo un montón de cosas con las que podemos jugar", añadió Lisa. "Y nos divertimos mucho la última vez, ¿recuerdas?"

¡Lo recuerdo todo a la perfección!, pensó Mikey. Y fue uno de los mejores momentos de mi vida. Pero todos son mayores ahora y sigo siendo como un bebé. ¿Seguirán queriendo ser mis amigos?

"¡Está bien!" respondió Mikey con voz ronca, intentando no delatar su emoción y su terror.

—¡Listo! —dijo Carolyn—. Intentaremos meter esta cama en algún sitio de la habitación de las niñas. Estará apretada, pero podemos arreglarla. Pero creo que alguien necesita un cambio de pañal primero. ¿Correcto?

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Miró directamente a Mikey, quien se sonrojó y asintió. La palabra "cambio" resonó en su interior. No le iban a quitar el pañal solo para ponerle calzoncillos. Su pañal mojado debía ser reemplazado por uno limpio.

Chicas, ya saben dónde puse todos los pañales de Mikey por si acaso. ¿Pueden ir a buscarme uno limpio y unos pantalones de plástico?

—¿Preparado para que use pañales? —susurró Meredith en voz baja—. Traje algunos.

—Claro, hermanita. Sabía que todavía usaba pañales nocturnos y que intentabas reducirle los de día, así que tenía que estar preparada para que los usara todo el tiempo. ¡Incluso le compré unos calzoncillos de plástico nuevos, ya que claramente le quedan grandes los viejos de Lisa!

—Sí que traje algunos —balbuceó Meredith—. Pero solo traje unos pocos, ya que no pensaba que los usara durante el día, como...

“¿Como lo hace en casa?” añadió Carolyn.

—Sí, a veces.

—Bueno, Mikey. Vamos a quitarnos esos pañales empapados, ¿vale?

Sin que nadie se lo pidiera, Mikey se quitó los zapatos, se bajó los pantalones y dejó al descubierto el pañal empapado que colgaba bajo. Recostado en la cama, sintió que le quitaban los pantalones de plástico y que el pañal, sorprendentemente empapado hasta el límite de su capacidad, se desabrochaba y se lo quitaban.

—¡Dios mío, cariño! —exclamó Carolyn—. ¡Cómo sabes cómo remojar un pañal!

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Momentos después, Lisa y Sandy llegaron con un pañal de tela nuevo y unos pantalones de plástico obviamente nuevos todavía en su bolsa de plástico.

"¿Están bien, mamá?", le preguntó Carolyn a su hermana mientras sostenía los pantalones de plástico *rosa* con pequeñas estrellas en relieve.

Meredith asintió mientras Mikey sonreía. Habían encontrado los mismos pantalones en una tienda cerca de casa, y Mikey los había señalado y pedido, pero su madre se negó. Mikey sonrió mientras le subían los pantalones de plástico de niña y se levantaba para la revisión obligatoria del pañal.

—Bueno, Lisa —explicó Carolyn—. Cuando le cambias el pañal a un bebé, tienes que comprobar que toda la tela esté dentro de los calzoncillos de plástico. ¿Ves cómo lo hice?

Lisa asintió con entusiasmo. Había observado *con mucha* atención.

¿Y ahora qué tal si salen a jugar mientras trasladamos esta cama a su habitación... como sea? ¡Fuera de aquí!

Los tres niños salieron, y Mikey, ostentosamente, solo llevaba un pañal, pantalones de plástico y su camiseta de niño. Era como si en los últimos cuatro años nada hubiera cambiado.

—Entonces, ¿sigues usando pañales? —preguntó Lisa tan pronto como estuvieron fuera del alcance del oído de los adultos.

—Sí, supongo —respondió Mikey—. Todavía me hago pis en la cama.

"Pero no es hora de dormir, ¿por qué ahora?"

Mikey se encogió de hombros. No sabía cómo explicar la rareza de que usara pañales durante el día sin querer, cuando sin ellos, estaba completamente seco y limpio.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"¡Eres un bebé!", exclamó Sandy con una risita. No era mala, solo hacía una observación que, para ella, tenía sentido.

"Supongo que sí", asintió Mikey, feliz de expresar lo que sentía en voz alta. Esperó las risas y el acoso, pero no hubo nada.

"¿Recuerdas cómo te llamamos la última vez?"

Mikey asintió. Aún recordaba cada momento de aquella festividad tan importante, y sobre todo su nombre.

"Betsy Wetsy", respondió con una amplia sonrisa.

—Entonces... —empezó Lisa—. ¿Vas a ser Betsy Wetsy otra vez para nosotros esta vez? Una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

"¡Claro!", respondió mientras la orina se le escurría automáticamente por el pañal limpio. "¡Qué divertido!"

El regreso de Betsy Wetsy

“Entonces, si vas a ser nuestro bebé otra vez, ¿seguirás siendo una niña?”

Mikey asintió. «Sí. ¡Una niña, seguro!»

¿Qué hago diciéndoles que soy una niña?, pensó. ¡ Terminarán burlándose de mí! ¡Ni siquiera mamá sabe que soy una niña!

¡Perfecto! Mamá dijo que aún podrías ser una niña, así que me alegra que duermas en nuestra habitación. Soy la mamá y Sandy es tu hermana mayor, ¿de acuerdo?

“Claro, ¿y yo?”

—¡Betsy Wetsy! —respondieron al unísono—. ¡Nuestra bebé de un año usa pañales, biberones y todo eso!

A Mikey se le revolvió el estómago al oír hablar de los biberones. Le encantaron la última vez, y hacía un año que Meredith se los había quitado poco a poco. Los echaba de menos, pero su madre le había explicado que intentaba ayudarlo a crecer quitándoselos. Se había enfadado, pero lo había llevado relativamente bien.

"¿Recuerdas el vestido de la última vez?" preguntó Lisa.

¿Cómo podría olvidarlo!, recordó . Me lo llevé a casa y lo usé un rato hasta que no me quedó.

"Ajá."

"¿Quieres usar otro?"

“¿De verdad?” preguntó, sorprendido de que ese momento místico pudiera repetirse una vez más.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

¡Sí! ¿Te animas? Él asintió y, en cuanto lo hizo, Lisa lo agarró de la mano y lo condujo de vuelta a la casa. "¡Vamos a vestirte, Betsy Wetsy!"

Regresaron al dormitorio de la niña justo cuando las dos madres habían terminado de meter una tercera cama en la habitación.

—¡Mami! —exclamó Sandy—. ¡Mikey volverá a ser Betsy Wetsy para nosotros!

—Qué maravilla, querida —respondió Carolyn con tono mesurado—. ¿Vas a prepararla ya?

¡Sí! ¡Lisa la va a arreglar!

Meredith tragó saliva pero permaneció en silencio mientras Carolyn la tomaba de la mano y la sacaba de la habitación.

—Quería ver si tu niña seguía ahí —susurró Carolyn—. ¡Y creo que sí! ¡Las tres niñas se lo van a pasar genial estas vacaciones!

Al salir, Carolyn recordó la conversación que había tenido con su hermana Matilda hacía solo unos meses, cuando ella se dejó caer inesperadamente por unas noches. Como era habitual, no les había avisado con antelación y simplemente se había presentado. Y también era habitual que Tilly hubiera sido precisa en sus predicciones.



"¿Has visto a Carolyn y Mikey últimamente?" Tilly le había preguntado mientras caminaban por el jardín, fuera del alcance del oído de los niños.

Aparte de llamadas telefónicas, no durante unos años. Se quedaron aquí una semana cuando tenía seis años.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—Sabes que Mikey es una niña, ¿verdad? —anunció Tilly sin rodeos—. Su verdadero nombre es Michelle.

Carolyn tragó saliva. «Las chicas lo llamaban... eh... Betsy Wetsy porque usaba pañales todo el tiempo».

Tilly sonrió. «Sabía que tenía razón. Michelle... o Betsy Wetsy... es una niña por dentro. Lo he sabido desde siempre».

Estaba pensando en invitarlos de nuevo por una o dos semanas estas vacaciones. Hablamos mucho por teléfono, pero no nos vemos mucho.

"Michelle todavía usa pañales por la noche, ¿sabes?"

Sí, Merri me lo dijo la última vez que hablamos. Y todavía se hace caca en los pañales de la noche.

"Pero ella va a la escuela sin pañales y se mantiene seca, ¿verdad?" exclamó Tilly.

—Parece que sí. Aunque no sé qué significa eso —respondió con un suspiro de exasperación.

Bueno, esto es lo que sugiero. Invítalos de vacaciones, pero deja que Michelle sea la niña que creo que es y que salga a la luz.

"¿Cómo?"

"¿Sabes cómo se hacen muchas de las prendas de Lisa y Sandy?"

"¿Sí?"

Michelle también necesita un vestido. ¡Uno de niña! De su talla, pero para niña.



Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Una vez que las tres chicas regresaron al interior, Lisa cerró la puerta de su dormitorio tal como lo hacen todos los niños cuando están haciendo algo secreto o... malo.

"¡Mamá te hizo un vestido solo para ti, Betsy Wetsy!", explicó Lisa mientras abría el armario y sacaba el vestido más increíble que Mikey había visto jamás. "¡Me dijo que quizás te gustaría usar un vestido cuando estés aquí!"

El vestido era corto, de algodón rosa con detalles blancos, con encaje en el bajo y mangas abullonadas. Llevaba un aplique de osito de peluche cosido en la parte delantera. Betsy Wetsy se quedó boquiabierta al ver el vestido e inmediatamente se mojó un poco más el pañal. Sin que nadie se lo pidiera, se quitó la camisa de niño tonta que llevaba puesta y se quedó quieta mientras le ponían el vestido estilo bebé por la cabeza y le ataban el lazo a la cintura.

—¡Qué bonita! —exclamó Sandy aplaudiendo con alegría—. ¡Eres una bebé preciosa, Betsy!

—Ahora necesitas tu chupete —añadió Lisa mientras se dirigía a uno de los cajones y sacaba un chupete rosa nuevo, lo desenvolvía y se lo ponía a Betsy en la boca—. ¡Mami pensó que te gustaría este! Ahora, siéntate en la cama para que pueda ponerte los calcetines.

Betsy observó mientras Lisa sacaba un par de calcetines blancos con encaje en la parte superior y trataba de ponérselos en los pies, sin éxito.

"Tienes que hacerlo", dijo finalmente, y Betsy se puso lentamente los increíbles calcetines. También eran nuevos.

"¡Ahora a por los zapatos!", exclamó emocionada, y corrió a otro armario para sacar un par de zapatos Mary Jane rosas. Eran claramente usados, pero estaban en excelentes condiciones. A Betsy le dio un vuelco el corazón al ponérselos y abrocharse los cinturones con nerviosismo.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"Realmente te quedan bien, Betsy", dijo la voz detrás de ellos mientras Carolyn entraba lentamente en la habitación, tras haber abierto la puerta sigilosamente.

—¡Mami! —gritó Sandy—. ¡Betsy Wetsy ya es una niña de verdad!

Carolyn sonrió mientras arrastraba a su hermana hacia la habitación para mostrarle a la nueva niña en la casa: la bebé Betsy Wetsy.

"Te ves muy lindo", tartamudeó Meredith lentamente mientras miraba a su hijo vestido de niña y haciéndolo tan bien.

"Pero creo que tenemos que peinarte", agregó Carolyn mientras tomaba un cepillo y trabajaba en el cabello largo de Mikey antes de encontrar dos bonitas pinzas blancas para el cabello y colocarlas en su lugar.

—¡Listo! —anunció con orgullo—. ¡Ahora sí que están perfectas! Las dejaremos a las tres para que jueguen. Meredith y Carolyn salieron de la habitación y cerraron la puerta.

"¿Quieres jugar con muñecas?", preguntó Sandy sin aliento. Le gustaba jugar con muñecas y Lisa hacía poco que había dejado de interesarle.

"¡Claro!", respondió. Mikey solo tenía una muñeca en casa y a menudo deseaba tener más, pero Lisa y Sandy tenían bastantes, además de ositos de peluche y otros peluches.

"Ustedes, bebés, jueguen a las muñecas mientras yo seré la mamá y leeré un libro, ¿de acuerdo?" anunció Lisa mientras estaba acostada en su cama sosteniendo su último libro favorito.

Sintiéndose completamente como en casa, Betsy y Sandy se sentaron en las dos camas contiguas y jugaron con las muñecas durante casi una hora, sin darse cuenta del tiempo, absortas en su juego. Al terminar con las muñecas, jugaron con bloques y otros

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

juguete, y aunque Lisa era demasiado mayor para la mayoría, le encantaba jugar con quien ella describía como "su hermanita pequeña", quien disfrutaba muchísimo de los juegos y juguetes infantiles. Jugaba feliz y con naturalidad con los juguetes infantiles.



—¡Chicas! —gritó Carolyn desde la cocina—. ¡Es hora de cenar, así que lávense las manos y vengan a la mesa!

Las tres muchachas estaban familiarizadas con el ritual y se lavaron las manos juntas antes de correr a la mesa.

“Betsy, no tengo una silla alta para ti ahora, así que tendrás que sentarte en una silla grande, ¿de acuerdo?”

La verdadera madre de Betsy, Meredith, observó cómo su ahora bebé hija se sentaba en la silla junto a su mamá de juguete, Lisa.

“Betsy, creo que necesitas un babero, pequeña”, dijo mientras finalmente se metía en el ambiente de la escena.

Estoy segura de que solo está actuando y divirtiéndose. Se consoló. No creo que sea una niña de verdad.

Pero mientras observaba a Mikey –también conocida como Michelle, también conocida como Betsy Wetsy– con un babero atado alrededor del cuello, se preguntó si quizás *ésta* era la verdadera Mikey, una niña en el cuerpo de un niño.

La cena fue divertida y un poco caótica, ya que Lisa insistió en alimentar a Betsy ella misma. Lisa no tenía experiencia en alimentar a un bebé, y Betsy no tenía experiencia en que la alimentaran como tal. Por eso, la mayor parte de la comida acabó en su boca, pero hubo mucho desorden y más de unas cuantas risas.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—Creo que Betsy necesita su biberón —anunció Carolyn—. ¿Qué te parece, mamá? —Miró directamente a Meredith.

—Hace más de un año que no le doy un biberón —respondió en voz baja—. Pero, por su aspecto, creo que ahora le gustaría uno.

Los ojos de Lisa se abrieron de par en par cuando de repente comprendió que lejos de simplemente jugar un juego como ella pensaba que era, Mikey claramente todavía estaba siendo mimado en casa.

Carolyn preparó el biberón de fórmula caliente y se lo dio a Lisa, quien la acompañó al sofá y le pidió que apoyara la cabeza en su regazo. En cuanto le metió la tetina en la boca, Betsy se relajó y casi se quedó sin fuerzas mientras la fórmula, añorada pero no olvidada, fluía hacia su boca y su barriguita. Mientras bebía, su vejiga se vaciaba de forma natural y automática en el pañal sin que ella se diera cuenta, tal como lo haría un bebé. Cuando por fin se vació el biberón, Betsy se levantó y Carolyn le hizo un gesto para que se acercara y se parara a su lado.

—Ahora, mami Lisa —empezó—. Si vas a ser la mamá de Betsy, tienes que aprender a revisar los pañales. Ven aquí y te enseñaré cómo hacerlo.

Carolyn levantó el vestido por un lado, tomó la mano de Lisa, extendió sus dedos y sacó ligeramente los pantalones de plástico de la cintura de Betsy.

“Ahora toca la tela y comprueba si está seca o qué tan mojada está”. Lisa dudó y miró a su madre con asombro. “Es solo pipí. Lisa y las mamás tienen que acostumbrarse”.

Lisa extendió sus dedos hacia el costado del pañal y rápidamente tocó la tela antes de retirarse rápidamente y anunciar: “¡Está muy mojada!”

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Aún no has terminado. También tienes que revisar la parte de atrás del pañal por si hay alguna sorpresa.

—¡No estoy sucia, tía! —protestó Betsy.

Carolyn se rió. «No le haces caso al bebé, Lisa. Siempre te controlas tú misma. Ahora retira la parte de atrás del pañal y mira dentro».

Lisa palideció, pero después de dudar, hizo lo que le pidieron, retiró la parte de atrás del pañal de Betsy y miró dentro.

—No hagas caca, mami —dijo ella.

—Bueno, eso no fue difícil, ¿verdad?

"No, supongo que no."

Carolyn se acercó a su hermana Meredith y le susurró al oído.

"¿Te parece bien que Lisa le cambie el pañal para dormir?"

Meredith simplemente asintió, todavía abrumada por la forma en que su hijo -o hija- se estaba comportando.

Bien, chicas, faltan dos horas para dormir, pero Betsy necesita que le cambien el pañal ya. Mami Lisa... ¿estás lista?

Lisa balbuceó: "¿Quieres que le cambie los pañales?"

—Claro —respondió su madre—. Querías ser la mamá de Betsy cuando llegó, así que eso forma parte del trato.

Mikey escuchó el comentario y se quedó atónito al descubrir que todo estaba planeado. Lisa ya le había pedido ser su mamá mucho antes de que llegaran. Eso, el vestido y los nuevos pantalones rosas de plástico le indicaron que nada de lo que estaba sucediendo era un accidente. Todo estaba bien planeado. Y él —o mejor dicho, ella— estaba muy contento.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

¡Todo esto se siente bien!, pensó felizmente para sí misma mientras todos caminaban hacia el dormitorio para el primer intento de Lisa de cambiarle el pañal.



“Quítale el vestido primero, Lisa”, explicó Meredith, que finalmente se sentía cómoda con que Mikey experimentara el trato que tantas veces había insinuado.

¿Tal vez después de que reciba este cuidado infantil, dejará todas estas tonterías atrás?, se preguntó, aunque interiormente lo dudaba.

Una vez que le quitaron el vestido, Lisa le quitó los zapatos y los calcetines a Betsy y finalmente solo le quedó el pañal empapado para atender.

—Un consejo, Lisa —continuó Meredith—. Siempre prepara el pañal limpio antes de quitar el viejo. ¡Nunca se sabe qué harán los bebés una vez que se les quite el pañal!

A Lisa le llevó bastante tiempo doblar el pañal de tela en la forma adecuada y todo el tiempo, Carolyn, Sandy y Betsy la observaban mientras intentaba dominar el arte de cambiar pañales.

—Ahora, desata uno de los alfileres del pañal —añadió Carolyn, al ver que Meredith estaba demasiado sorprendida para continuar—. En cuanto le quites uno, se le caerá el pañal.

Las manos de Lisa temblaron mientras bajaba lentamente la parte delantera de los pantalones de plástico y tocaba con cuidado el broche de un lado.

Carolyn le tomó la mano y la animó a continuar. Y entonces, con un rápido clic, el alfiler se abrió y ella lo sacó de la tela mojada.

El pañal empapado cayó al suelo. Betsy ahora estaba desnuda.

—Acuéstate sobre el pañal, Mikey —pidió Meredith, queriendo cubrir rápidamente a su hijo o hija desnudos, aunque a nadie en la habitación le importó. Betsy se acostó sobre el pañal, como lo había hecho miles de veces.

"Ahora hazlo así", explicó Carolyn mientras le quitaba el pañal de entre las piernas y lo subía antes de volver a colocarlo. Con cuidado, Lisa tomó la tela y la subió.

"¿Y ahora qué hago?", preguntó Lisa, aunque había visto muchos cambios de pañales de tela e incluso en el propio Mikey unos años antes.

Meredith tomó el control, levantó un lado y le dio un alfiler para que atravesara la tela. "Ahora tú haz el otro", le pidió.

Lisa levantó con cuidado el otro lado del pañal y con dedos nerviosos sujetó la tela y así se realizó el primer cambio de pañal.

"Ponte de pie, Betsy, para que Lisa pueda ponerse tus pantalones de plástico".

Los pantalones de plástico limpios, secos y visiblemente nuevos fueron cuidadosamente colocados sobre las piernas del bebé y, copiando lo que había visto ese mismo día, Lisa comprobó que los pantalones de plástico cubrían todo el pañal.

¡Bien hecho, Lisa! —la felicitó Carolyn—. Ahora, ¿quieres enseñarle a Betsy su nuevo pijama?

Lisa abrió un cajón y sacó lo que efectivamente era un pijama de bebé con pies hecho de franela blanca suave con un aplique de osito de peluche en el frente y una larga fila de botones en un lado.

"¿Tú hiciste eso?" Meredith le preguntó a su hermana.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

—No —respondió ella riendo—. Tilly lo hizo y lo trajo aquí hace bastante tiempo.

“¿Ella lo sabía?”

¡Siempre lo sabe! Es así de rara. ¡Y mira, además tiene el tamaño perfecto!

Betsy se metió en el increíble dormilón y tanto Sandy como Lisa cerraron los botones hasta que quedó perfectamente ajustado. Con el chupete en la boca, Betsy y las dos niñas salieron de la habitación para seguir jugando. Unos treinta minutos después, Betsy estaba profundamente dormida en el suelo de la sala mientras las otras dos niñas seguían jugando.

"Mírala", le susurró Carolyn a su hermana mientras disfrutaban de la velada. "Es una bebé, ¿verdad? ¡Ni siquiera puede trasnochar!"

Meredith simplemente asintió mientras miraba a su bebé de diez años, feliz y contento, con pañales y ropita, y se dio cuenta de que todo era perfecto. Tal como debía ser.

El patio de recreo

"¿Quién quiere ir al parque esta mañana?", preguntó Carolyn juguetonamente unos días después, ante los sonoros gritos de sí de dos de las tres niñas, mientras Betsy observaba conmovida.

La mañana ya había sido agitada. Lisa ya le había cambiado el pañal a Betsy, que por suerte, para ambas, solo estaba mojado. Solo le permitían cambios de pañal supervisados, simplemente por el riesgo de ensuciar un pañal, y Betsy ya había tenido un par. Lisa disfrutaba de ser una "mamá", pero preguntó si alguno de los adultos podía encargarse de los inevitables pañales sucios. Después, también le pusieron el vestido de bebé.

"¿Qué se pondrá Betsy?" preguntó Sandy inocentemente.

"Tendrá que usar su ropa habitual..." comenzó Meredith antes de que Carolyn la interrumpiera.

Ya tenemos ropa bonita para que tu bebé la use en el parque. ¿Quién quiere ayudarla a vestirse?

"Soy su mamá, así que lo haré", exclamó Lisa con confianza.

"Busquemos algo que no llame demasiado la atención en el parque, ¿de acuerdo?"

Carolyn fue al armario y sacó un vestido de niña hasta la rodilla. Era para una preadolescente mayor y Betsy lo miró con asombro.

"¿Te gusta, Betsy?", preguntó. "Y mamá, ¿qué te parece?"

Meredith se quedó igualmente asombrada mientras miraba el vestido que era simplemente...

"Creo que es muy apropiado para una niña de su edad", respondió.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

¿Qué digo?, se reprendió para sus adentros. Es un vestido de niña, ¿y digo que le queda bien? ¿Qué pasa?

Meredith observó con los ojos muy abiertos cómo le bajaban el bonito vestido a Mikey y se quedó atónita al ver lo bien que le quedaba y lo bonito que se veía en él, o en ella.

"Y creo que estos zapatos de Lisa te quedarán muy bien", añadió Carolyn mientras se ponía con cuidado los zapatos negros con cordones. "¡Y un bonito lazo en el pelo y creo que estamos listas para ir al parque!"

—Mami —preguntó Lisa—. ¿Y su chupete?

Los dos adultos se sorprendieron al darse cuenta de que Betsy seguía chupando su chupete, como lo había hecho casi cada minuto desde que llegó. Pero Betsy no se lo quitó. Carolyn miró a su hermana en busca de comentarios. Después de unos momentos, Meredith finalmente respondió.

Betsy, puedes usar tu chupete en el coche y en el parque, pero cuando estés en el parque, tienes que dármelo, ¿vale? No quiero que lo pierdas.

¡Como si perderlo fuera mi problema!, añadió en voz baja.

Betsy asintió.

Mikey aumentaba, aunque se suponía que debía estar disminuyendo. A menos que Meredith lo supervisara constantemente, Mikey lo usaba a todas horas, aunque le dijeran que lo guardara debajo de la almohada. Era bueno obedeciendo las reglas en casa, con una excepción: su chupete, y ahora sentía que lo necesitaba... incluso en el parque.

El viaje en coche fue corto, de sólo unos minutos, pero poco después de llegar, tres chicas saltaron del coche para correr por el gran parque con césped.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

"Parece muy feliz con ese vestido", dijo Carolyn mientras se sentaban en la alfombra.

"Nunca la he dejado usar pañales fuera de casa, y mucho menos un vestido", respondió Meredith. "Espero que no sea un error".

No es un error, hermanita. Tilly me lo explicó así: Mikey es una niña y siempre lo será, ya sea Betsy Wetsy o Michelle. Así puedes formar parte de su camino y eso es una bendición.

—Tal vez —respondió ella—. Es que no sé si algún día dejará de usar pañales. Y luego suspiró.

Creo que ambas sabemos la respuesta, hermanita. Esa niña tuya *nunca* deja de usar pañales nocturnos, y quizá ni siquiera diurnos.

Meredith no dijo nada. Sabía que su hermana tenía toda la razón.

Y no creo que me moleste, añadió para sí. Quizá quiero que siga usando pañales para que siempre me necesite.

Una hora después, Betsy corrió sin aliento, sacó su chupete, lo dejó caer sobre la alfombra y luego corrió de regreso para unirse a las otras dos niñas en el equipo de juegos.

Meredith se sentó y lloró en silencio mientras veía a su ahora hija subir corriendo las escaleras, saltar y colgarse boca abajo de los barrotes, mostrando felizmente sus pañales mientras jugaba no solo con Lisa y Sandy, sino también con otros niños de su edad. Todos vieron lo que creían que era una niña de diez años con pañales y, sin embargo, no dijeron nada, solo gritaron y rieron como niños pequeños.

Después de unas horas, volvieron a la alfombra para almorzar y mientras las niñas comían sándwiches, Betsy chupó su biberón ante las miradas ocasionales de otras familias mientras

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Meredith sostenía el biberón y se dio cuenta de que tendría que hacerlo durante mucho más tiempo.

¿Dejará alguna vez el biberón?, se preguntó, aunque supuso que probablemente nunca lo haría.

No mucho después del biberón, Betsy ensució su pañal casi sin darse cuenta, y sabiendo que un cambio de pañal era desesperadamente necesario, el viaje al parque terminó rápidamente y se fueron a casa donde le dieron un baño a Betsy, le pusieron un pañal limpio y le volvieron a poner ropa de bebé.

Durante las dos semanas siguientes, Betsy vivió como una bebé, con cambios de pañal, biberones tres veces al día, Lisa se encargaba de la mayoría de los cambios, solo de la ropa mojada, e incluso Sandy participaba en la toma del biberón. Mikey disfrutó del tiempo siendo quien realmente sentía que era, mientras Meredith observaba, estudiaba y se preguntaba qué pasaría después.

Fueron al parque varias veces más e incluso a un centro comercial local, y Betsy fue con su vestido de niña y pañales gruesos. La regla del chupete, una vez más, solo se aplicaba en el coche y en casa. Al cabo de dos semanas, Betsy estaba más feliz que nunca y, cuando llegó la hora de irse, Carolyn le regaló toda la ropa, los vestidos y los pañales de bebé que había preparado con antelación.

“Llévalos con orgullo, mi pequeña niña”, dijo Carolyn mientras los abrazaba por última vez.

Lisa y Sandy también la abrazaron y mientras conducían por la carretera alejándose de donde habían pasado las últimas dos semanas, Betsy miró hacia su regazo para ver el lindo vestido que ahora llevaba puesto y sintió la seguridad de sus gruesos pañales.

—Ya puedes usar tu chupete, Michelle —dijo Meredith—. Creo que es lo mejor.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Y condujeron a casa en silencio y felicidad, preguntándose
qué les depararía el futuro.

Mañana de Navidad.

"¡Michelle!", gritó Meredith a las 6 de la mañana de Navidad. Cinco años antes, había tomado la trascendental decisión de llamar a su "hijo" Michelle cuando estaban solos. Ahora, con 15 años, el niño que crecía también era una niña que crecía.

"¿Estás listo para los regalos?" gritó de nuevo.

"Ya voy mami", escuchó mientras su hija salía de su habitación vistiendo su camisón de invierno habitual y su chupete colgando de una cinta sujeta al camisón.

"¿Otra vez sucia, Michelle?", preguntó Meredith sin necesidad. El olor del pañal sucio dejaba claro que Michelle estaba sucia otra vez. No es que fuera raro. Ahora se ensuciaba tres o cuatro mañanas a la semana y mojaba la cama tan a menudo como siempre. Los pañales diurnos habían regresado, con la única excepción del colegio. Y siempre estaba mojada con los pañales, mientras que en el colegio siempre estaba seca.

—Veamos qué te dejó Papá Noel, ¿te parece? —continuó Meredith, aunque Michelle sabía perfectamente que los regalos eran de su madre y sus tías—. Cierra los ojos para una sorpresa.

Al abrirse la puerta del salón, Michelle dio un grito de alegría. Allí, apoyada en el sofá, había una bicicleta nueva. Era justo la que quería, y Meredith sonrió con sorna al darse cuenta de que era una bicicleta de niño, no de niña ni de juguete.

¡Aquí está mi hijita súper emocionada con su bici! ¡Qué rara es la vida!

"Mira los otros regalos, Michelle", agregó, indicándole que se sentara en la alfombra junto al árbol de Navidad y los regalos.

"Éste es de la tía Carolyn y las niñas".

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Michelle abrió el paquete y sonrió mientras sostenía dos vestidos, ambos claramente diseñados para niñas pequeñas, aunque en su talla de 15 años.

“¿Quieres abrir el de la tía Matilda?”

Meredith temía en parte el regalo de su hermana "rara". Era, como mucho, impredecible. Michelle abrió la primera caja y se quedó atónita al ver un precioso juego de muñecas con ropa de repuesto y, lo mejor de todo... ¡un pañal para la muñeca! Y luego abrió el segundo regalo y rompió a llorar en silencio por lo que vio.

Como tejedora talentosa, Tilly había creado un conjunto de patucos de bebé de punto auténticos y un gorrito a juego, justo en la talla de Michelle. Eran más adecuados para una bebé de 3 meses que para una mayor.

“¿Te gustan, Michelle?”

Me encantan, mami. ¿Me ayudas a ponérmelos?

Cuando Meredith se apartó y miró a su hija vestida de bebé, vio algo extraño.

Verdad.

Era la verdad de Michelle, antes conocida como Mikey, mirándola fijamente.

“Me queda un regalo más por abrir, así que aquí está”.

Después del regalo tan infantil que Tilly le había dado, Meredith se sentía preocupada de que su regalo fuera, de alguna manera, "incorrecto". Pero al abrir la caja cuidadosamente envuelta, Michelle sonrió. Levantó cuatro bragas de niña.

“¿Eso significa...” preguntó Michelle esperanzada.

—Sí, así es —respondió ella—. Ahora puedes usar bragas en lugar de ropa interior de niño.

Convirtiéndose en mí:

Encontrando a la niña que llevamos dentro

Había sido un debate largo y, a veces, acalorado durante los últimos dos años sobre el uso de bragas en lugar de la odiada ropa interior de los niños.

“¿Incluso a la escuela?”

“Sí, incluso a la escuela.”

Entonces Michelle sacó una prenda nueva: un sujetador con relleno copa A.

“¿Mami?” preguntó Michelle.

Ya eres una niña grande, Michelle, y es hora de empezar a usar sostén, pero solo en casa. No fuera de casa, y sobre todo, no para ir a la escuela.

“¿Puedes mostrarme cómo ponérmelo?”

Fue un choque de estilos y edades cuando Meredith le quitó el camisón de bebé a Michelle, le mostró cómo usar un sostén y luego se puso uno de sus vestidos nuevos, se apartó y observó el resultado.

No era un niño con ropa de niña. Con el pelo hasta los hombros, vio a una niña con ropa de *bebé*.

Y fue simplemente perfecto.

El fin

Y ahora... la primera parte de la continuación de este libro...

*Convirtiéndose en mí:
Encontrando a la niña que llevamos dentro*

Humillarme
por
Michael Bent

Capítulo uno: Mudarse

Mikey estaba de pie en la acera frente a la casa donde ahora viviría. Con solo 18 años, Mikey se había visto obligado a mudarse de su hogar seguro con su madre a otro estado para continuar sus estudios y un posible trabajo a tiempo parcial. Era como lo que cualquier otra persona que abandonaba su hogar pasaba al abandonar la seguridad del mismo, excepto por un par de cosas.

Mikey llevaba bragas, pero ese no era el mayor problema.

Mikey todavía moja la cama. Todas las noches. Pañales empapados. Sin excepciones.

Su madre nunca lo había presionado para que se secara por la noche, así que nunca lo hacía. Todavía usaba chupete por la noche, y para ser sinceros, mucho antes y después de acostarse. La idea de dormir sin chupete era simplemente *impensable*.

Entre sus pertenencias personales había artículos que no estaban en la mayoría de los equipajes de los chicos de 18 años. Tenía su osito de peluche, su fiel compañero a la hora de dormir. También tenía un sostén que le habían regalado por su 18.^o cumpleaños y un vestido, pero no de niña grande... era de bebé. Y luego, por supuesto, estaban los pañales. Había usado pañales de tela con alfileres toda su vida, y hacía poco, su madre le había comprado unos desechables para ayudarlo a prepararse para la nueva etapa de su vida.

"¿Qué me va a pasar?", dijo Mikey en voz baja. "¡No estoy listo para esto!"

Llamó a la puerta y esperó en silencio, consciente de que se había mojado un poco las bragas. No era nuevo. Durante el último año, en el que llevaba pañales siempre, excepto para ir al colegio, había usado bragas el resto del tiempo y había notado que casi siempre estaban un poco húmedas, y a veces, mucho más mojadas. Estaba perdiendo el control de la vejiga, y lo sabía, pero le costaba

creer que fuera algo grave, a pesar de la vergüenza de tener que llevar bragas de repuesto en la mochila y necesitarlas casi todos los días.

La puerta se abrió y apareció una mujer de mediana edad, alta y de complexión robusta, sin sonreír.

—Sí, ¿qué quieres? —preguntó bruscamente.

—Soy Mikey... o mejor dicho, Michael Owens —respondió dócilmente.

—Ah, vale —le respondió ella—. Mejor pasa.

Mikey entró llevando sus dos grandes maletas, luchando por moverlas por el pasillo.

—Esta es tu habitación —anunció al entrar—. Tu madre me dijo que todavía mojas la cama.

Los ojos de Mikey se abrieron de golpe en estado de shock.

“¿Te lo dijo?”

Sí, tuvo que hacerlo porque le pregunté si habría algún problema, y no puedo creer que ahora tenga a una patética que se orina en la cama en casa. ¡Debería darte vergüenza seguir mojándote así! ¡Tu madre probablemente solo quería sacarte de casa porque le daba vergüenza que fueras un bebé así! ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Eh... no sé, señora Jordan —balbuceó—. Uso pañales para que...

La señora Jordan se rió a carcajadas, pero fue una risa cruel.

¿Sigues usando pañales como un bebé? Esto se pone cada vez mejor. ¡A Denise y Kelly les va a encantar!

“¿Quiénes son?” preguntó Mikey.

—¿Tu madre no te lo dijo, mojadito? —se burló—. Son mis dos hijas y dejaron de usar pañales a los dos años, ¡no como tú! Ahora, siéntate en tu cama.

Mikey se sentó en la cama, y en el momento en que su trasero tocó las mantas, escuchó el sonido de un protector de colchón de plástico crujido.

“Ni hablar de arriesgar mi buen colchón por un imbécil como tú”, explicó. “Me lo regaló una amiga cuyo hijo de 8 años por fin dejó de mojar la cama. Y el colchón también está bastante manchado de pis, pero no te mereces uno limpio. Mi amiga se avergonzó, pero cuando le dije que lo necesitaba para una chica de 18 años, se rió”.

Mikey se sonrojó intensamente.

Y *deberías* ponerte colorada. Todas mis amigas saben que mojas la cama, y mis hijas y sus amigas también. Ahora, deshaz la maleta y organízate.

Ella salió abruptamente de la habitación y Mikey se sentó en la cama crujiente, sorprendido y avergonzado por el ataque verbal que había recibido.

¿Todos saben que me hago pis en la cama?, se dijo. ¿Y también saben que uso pañales para dormir? ¿Cómo voy a sobrevivir aquí? ¡Qué mal comienzo!

Mikey desempacó su ropa, pero para intentar mantener la dignidad, dejó sus bragas, sostenes, vestido y pañales desechables en una maleta y la escondió debajo de la cama. Sin embargo, se metió el chupete en la boca mientras ponía su osito de peluche en la cama. Ya extrañaba su pequeña colección de muñecas y no pudo evitar llorar un poco mientras chupaba el chupete. Entonces sintió el calor y empezó a mojarse aún más las bragas.

¡Mierda!, se dijo. ¡Ahora no! ¡Otra vez no!

Sus pantalones tenían una considerable mancha húmeda en la parte delantera y sus bragas estaban empapadas.

¡Nunca me he mojado tanto!

Se quitó rápidamente los pantalones y las bragas mojadas, buscó bragas limpias y se vistió de nuevo antes de guardar sus cosas mojadas en una bolsa debajo de la cama, donde esperaba que se secaran.

Después de empacar sus otras cosas, decidió salir a explorar los alrededores de su residencia. La universidad estaba a un corto viaje en autobús, y la visitaría al día siguiente mientras se preparaba para su primera experiencia lejos de casa. Hasta el momento, no había sido una muy buena experiencia.

Cuando regresó varias horas después, ya era media tarde, y cuando cruzó la puerta, vio a dos mujeres jóvenes, mujeres jóvenes hermosas.

—Michael —anunció la señora Jordan—. Estas son mis dos hijas, Denise y Kelly.

—¿Así que tú eres el que se moja la cama y se va a quedar aquí? —se burló el mayor—. ¡No puedo creer que todavía haya gente que haga eso!

“Uso pañales para eso”, murmuró Mikey, arrepintiéndose instantáneamente de lo que había dicho.

—¡Pañales! —gritó la otra chica, Kelly—. ¿Todavía usas pañales?

Y ambas niñas comenzaron a reír a carcajadas mientras su madre las observaba y sonreía.

¡Qué ganas de ver eso! —exclamó Denise—. ¡Será una pasada! ¡Mamá, cómo sabes elegirlos! ¡Esto es aún más raro que Ben!

—Ben era mi antiguo huésped, Michael —explicó la Sra. Jordan antes de que Mikey pudiera preguntar—. Tuvo que irse inesperadamente.

—¡Porque descubrimos que llevaba bragas! —se rió Kelly—. ¡Y lo descubrimos, y no soportó las burlas!

¡Mierda!, se dijo Mikey. Yo también uso bragas y ahora las tengo puestas. ¿Y si se enteran? ¡No puedo ir a vivir a ningún otro sitio!

"No uso bragas", mintió Mikey.

De hecho, llevaba tres años usándolas exclusivamente, gracias a su madre, quien incluso lo comprendió lo suficiente como para comprarle unas bragas "sexys" para cuando empezara a salir con chicas. Mikey no tenía ni idea de cómo mejorarían las citas con bragas sexis. Aún no tenía ni idea de a qué se refería su madre.

—Sí, ¡pero usas pañales y eso es aún mejor! —respondió Kelly—. ¿También los haces caca? —preguntó retóricamente.

—¡No, no lo creo! —respondió Mikey con demasiada fuerza, lo que atrajo la mirada curiosa de su casera, que claramente no le creyó.

Ahora, chicas, dejen que Michael se vaya a su habitación y se relaje. No se burlen de él todavía. ¡Solo lleva aquí unas horas!

Contento de librarse de aquella vergonzosa conversación, fue a su habitación, se dejó caer en la cama, abrazó a su osito de peluche y, sin pensarlo dos veces, buscó su chupete. El chupete y el osito siempre lo calmaban, así que se metió las manos en la parte delantera del pantalón para comprobarlo.

¡Aún seco!

Mikey se alegraba de seguir seco después de varias horas desde la última vez que se mojó las bragas. Rara vez ocurría así.

Y luego se quedó dormido.

Capítulo dos: Vergüenza matutina

Mikey se removió bajo las sábanas, presionando levemente el pulgar contra el protector de su chupete. La luz que se filtraba por las finas cortinas anunciaba la mañana, pero fue la fría humedad alrededor de sus muslos y vientre lo que realmente lo despertó.

Parpadeó, aturdido, y se tocó la parte delantera del pijama. Estaba empapado de nuevo. No era de extrañar. Pero algo en despertarse en esa casa desconocida, en una cama con una funda de plástico y un colchón ya manchado de pis, lo empeoraba. Se dio la vuelta y sintió el peso húmedo del pañal colgando entre sus piernas. Gimió detrás del chupete. Era su primera noche fuera de casa, y el pañal ya había goteado. No era un buen comienzo.

Se incorporó lentamente; la manta se le pegaba ligeramente a la humedad. Tal vez, si se movía rápido, podría quitar la ropa de la cama y cambiarse antes de que alguien se diera cuenta...

La puerta se abrió de repente con un ruido estrepitoso.

—¡Buenos días, pequeño! —La voz de Denise sonaba alegre. Mikey se quedó paralizado.

Detrás de ella venía Kelly, con el teléfono ya encendido y grabando. "Oooh", dijo con fingida compasión, "alguien ha tenido un pequeño accidente, ¿verdad?"

—¡No! ¡Espera! Por favor... —chilló Mikey, intentando taparse con la manta, pero Denise fue más rápida. Se la quitó con un gesto, dejando al descubierto a Mikey con su pañal amarillo manchado y el pijama pegado a sus muslos.

—¡Madre mía! —se rió Kelly—. ¡Es incluso peor de lo que pensaba!

Clic. Clic. Chasquido. La cámara del teléfono hizo clic rápidamente mientras Kelly rodeaba la cama, inspeccionando su vergonzosa cama.

Mikey se acurrucó, con la cara ardiendo.

"Míralo", dijo Denise. "Parece que necesitas un babero y un sonajero, no una credencial universitaria".

—¡Cállate! —logró decir Mikey con la voz quebrada por la vergüenza.

Eso fue un error.

—No puedes contestarme, niño de pañales —dijo Kelly—. Al parecer, solo te quedas ahí tumbado y te remojas. ¿Cuál es el plan? ¿Vas a andar por la universidad con eso puesto?

"Yo... yo no quise decir... yo solo..."

"Solo mojaste la cama y el pañal", dijo Denise. "Eso sí que es talento".

La voz de la señora Jordan llegó desde el pasillo. "¿Qué pasa?"

—Solo estaba revisando al bebé —llamó Kelly—. ¡Lo hizo fatal!

—Ya lo creo —respondió fríamente—. Dile que mejor lave sus sábanas. No las voy a tocar, y recuérdale que el detergente no es gratis.

Denise sonrió. "¿Oyes eso, Mikey? Mejor acostúmbrate a limpiar después de tus accidentes".

Mikey se mordió el labio mientras se le llenaban los ojos de lágrimas. "¿Puedes irte ya?"

—¿Por qué? —preguntó Kelly con dulzura—. Eres nuestro nuevo entretenimiento. Apuesto a que a la gente de la escuela le *encantaría* ver estas fotos.

—¡No! —Mikey se incorporó demasiado rápido, y el pañal se aplastó bajo él—. ¡No puedes... por favor!

—Sí, podemos —dijo Kelly—. Pero no lo haremos. Al menos, todavía no. Depende de lo obediente que seas.

Denise se quedó pensativa. "Te diré algo. Sé buena, y quizá quede entre nosotros. Por ahora".

—Lo que significa —añadió Kelly— que harás lo que te digamos. Empezando por mostrarnos qué llevas debajo del pijama.

Mikey bajó la mirada. "No."

"Luego publicamos las fotos".

Mikey dudó. Luego, temblando, se bajó la cinturilla del pijama, dejando al descubierto el pañal desechable, empapado y flácido.

Denise se echó a reír. "¡Hasta tiene dibujos de caricaturas!"

"¡Como un niño pequeño!" aulló Kelly.

Finalmente se fueron, todavía riendo y susurrando.

Mikey se sentó en la cama, humillado, con el corazón latiéndole con fuerza. Se quitó el pañal empapado y lo metió en una bolsa de basura debajo de la cama, temiendo ya lo rápido que los estaba gastando.

Mientras se ponía unas bragas rosas nuevas, con ribetes de encaje, se dio cuenta de que el día ni siquiera había *empezado* todavía y ya era un desastre.

Capítulo tres: El primer día

La neblina matutina se aferraba a la mente de Mikey mientras estaba frente al espejo del baño, cepillándose los dientes con una mano y sosteniendo su chupete con la otra. No se había atrevido a dejárselo en la boca, no con Denise y Kelly merodeando. Pero sin él, se sentía como un niño pequeño sin su mantita. Se le revolvió el estómago al no tener su chupete en su primer día de universidad. Era un lugar nuevo, con gente nueva. Y, en su mochila, escondida detrás de una carpeta con horarios de clases y cuadernos, había unas bragas de repuesto en una bolsa con cierre hermético, por si acaso.

Se puso unos vaqueros holgados y una sudadera azul marino, intentando parecer normal. Su mochila rebotaba ligeramente contra su espalda baja mientras caminaba por el pasillo hacia la puerta principal.

Kelly estaba esperando.

"¿Te vas a la universidad, Mikey?" preguntó inocentemente.

—Sí —dijo, intentando no mirarme a los ojos.

Ella dio un paso adelante y tiró ligeramente de la cintura de sus jeans.

"¿Aún seco?"

Saltó hacia atrás, con la cara roja. "¡No!"

Ella sonrió con suficiencia. "Tranquilo. Solo tenía curiosidad por saber si ibas a usar pañales hoy o si ibas a fingir que eres un niño grande".

"No llevo ninguno", murmuró.

—Bueno, entonces mantén las piernas cruzadas —dijo ella con un guiño.

Cuando abrió la puerta para salir, Denise apareció detrás de ella.

—Espera —dijo—. Se te olvidó el almuerzo.

Mikey parpadeó.

Denise levantó una gran lonchera rosa llena de pegatinas de arcoíris. Un unicornio brillante sonreía desde la tapa.

"No voy a aceptar eso", dijo con firmeza.

Ella inclinó la cabeza. "Luego mandamos las fotos de cuando mojas la cama. Tú decides".

Con manos temblorosas, Mikey tomó la lonchera.

Kelly le gritó: "¡Espero que tu pañal aguante! Ah, espera... no llevas pañal. ¡Buena suerte, empapado!"

Prácticamente salió corriendo por la puerta.

La universidad fue peor de lo que temía.

Había multitudes de estudiantes por todas partes, todos seguros, riendo y con estilo. Mantenía la cabeza gacha, con la esperanza de pasar desapercibido en las clases. Los profesores estaban bien, el material era manejable, pero el estrés, los nervios y el dolor sordo y constante de orinar aumentaban rápidamente. También sufría por no tener su siempre presente chupete en la boca.

A la hora del almuerzo, lo sintió. Un calor lento se extendió por sus bragas y se detuvo en el pasillo frente a su segunda clase.

¡No! ¡No, no, no!

Agarró su bolso y corrió al baño, encerrándose en un cubículo. Efectivamente, estaba empapado hasta las bragas y oscureciendo la parte delantera de sus vaqueros.

Gimió, se los quitó, se secó lo mejor que pudo con papel higiénico y sacó el par de repuesto de su bolso. Metió los mojados en una bolsa con cierre hermético, los metió en dos y los metió en el fondo de su mochila.

El resto del día pasó como un borrón. Evitaba el contacto visual, se mantenía la sudadera con capucha a la cintura y no hablaba a menos que lo llamaran. Para cuando llegó a casa, estaba exhausto. Y aún no eran las 4:00 p. m.

La señora Jordan lo recibió en la puerta. «Estás sudando otra vez», dijo con voz desgarradora.

Miró hacia abajo y vio una leve mancha húmeda cerca de su cremallera que debía haberse filtrado en el camino a casa.

—Al baño —dijo con firmeza—. Ahora.

Él obedeció y caminó con dificultad hacia el pasillo.

Entonces lo sintió... un fuerte golpe en el trasero de sus vaqueros. Gritó y se dio la vuelta.

La Sra. Jordan frunció el ceño. «No te atrevas a volver a traer pantalones mojados a mi casa. Si no te portas bien, te ganarás cada azote».

En el pasillo, vio a Denise observando en silencio, con los brazos cruzados y una ceja levantada. Corrió a su habitación, con la cara ardiendo. Ni siquiera vio el pañal limpio y las toallitas húmedas sobre la cama hasta que la puerta se cerró tras él.

Capítulo cuatro: El armario al descubierto

A la mañana siguiente, Mikey se despertó empapado de nuevo. Esta vez no le sorprendió. Su pañal había estado empapado durante la noche, y ahora la sábana de plástico debajo de él estaba ligeramente tibia y crujía bajo sus caderas. Al menos no había vuelto a tener pérdidas, al menos no lo creía.

Suspiró y se dio la vuelta, sacando su chupete de las sábanas y metiéndoselo en la boca automáticamente. Acarició a su osito de peluche, cerrando los ojos de nuevo. Solo faltaban unos minutos para enfrentarse a la casa, a las niñas. Antes de la siguiente oleada de vergüenza.

Pero la puerta del dormitorio se abrió con un crujido antes de que pudiera reaccionar.

“Miiiikey...” cantó la voz de Kelly.

Se sentó muy erguido, con el chupete todavía en la boca.

—Ay, no me interrumpas. Te veías *tan* tranquilo con ese chupete —dijo, entrando de puntillas exageradamente—. Solo vine a comprarle algo a mamá, pero... ¡Uy! ¿Qué es *esto* ?

Se le encogió el corazón. Kelly se agachó y sacó la maleta de debajo de su cama, donde había guardado las bragas, los pañales y el vestido de bebé.

—¡No! ¡Para! ¡No toques eso! —gritó Mikey, lanzándose de la cama. El pañal empapado le golpeaba los muslos al moverse.

Los ojos de Kelly se abrieron de par en par y brillaron. “Oh, mierda.”

Abrió la caja y empezó a sacar cosas como si fuera un mago haciendo un truco.

¿Bragas de encaje? ¡Qué monada! ¡Mira! ¡Esta hasta tiene volantes! ¡Qué traviesa!

—¡Devuélvelos! —gritó Mikey—. ¡Por favor!

Pero ella no escuchaba. Volvió a meter la mano. "¿Un *sostén* ? ¿En serio? Y... espera... ¡Ay! Mikey, ¿qué es esto?"

Ella lo sostuvo en alto. Un vestido de bebé rosa con volantes.

Mikey se cubrió la cara con horror y Kelly aulló de risa.

—¡Denise! —gritó hacia el pasillo—. ¡Tienes *que* ver esto!

Mikey intentó agarrar el vestido, pero Kelly bailó hacia atrás, girándolo en el aire como una bandera.

Duermes con un osito de peluche, usas chupete y usas pañales para dormir... ¿y ahora esto? ¡Eres literalmente una niña!

Denise entró en la habitación un momento después, con los brazos cruzados. "¿Es esto en serio?"

"Míralo tú mismo." Kelly dejó caer el vestido sobre la cama como un trofeo.

Denise lo recogió, inspeccionando las mangas abullonadas y el suave encaje. "Creo que le quedaría *perfecto* ".

—No me lo pongo —susurró Mikey, temblando—. Por favor. No me hagas...

—No tienes voz ni voto —dijo Denise con frialdad—. No pediste permiso para traer esta porquería a nuestra casa. No nos dijiste que escondías bragas y vestidos de bebé bajo nuestro techo.

—No es basura —dijo débilmente.

—Lo es cuando mientes —espetó Denise—. Kelly, ve a buscar la cámara.

—¡No! ¡No tomes fotos, por favor! —suplicó Mikey.

—Entonces te lo pondrás —dijo Denise—. Ahora mismo.

"No puedo..."

—Sí, puedes —dijo ella—. Y lo harás. O le mostraremos a *toda tu clase* cómo te ves a primera hora de la mañana con un pañal usado y un chupete.

El corazón de Mikey latía con fuerza. Sus manos temblaban.

"Tienes suerte de que no te obliguemos a modelar tus bragas también", añadió Kelly.

Se quedó quieto un buen rato, luego extendió la mano y tomó el vestido de la cama. Fue humillante. Pero si le daba tiempo... si detenía las fotos...

Se puso el vestido de bebé por la cabeza, con el dobladillo ondeando alrededor de sus caderas. La tela era suave, vergonzosamente reconfortante, y mortificante por lo perfecto que le quedaba. Denise le ajustó las mangas y le ató el lazo de la espalda con fuerza.

—Ahí tienes —dijo ella, retrocediendo—. ¿No te ves *adorable* ?

Kelly estaba filmando. "¡Da una vuelta, nena!"

Mikey obedeció, con las mejillas ardiendo y los ojos vidriosos.

"De ahora en adelante", dijo Denise, "este es tu uniforme después de la universidad. Llegas a casa, te pones tu vestido y tus bragas, y te portas como la niña con pañales que eres".

"N-no puedes obligarme—"

—Ya lo hicimos —rió Kelly—. Y nos dejaste.

Mikey quería meterse debajo de la cama. En cambio, se quedó allí, temblando, sintiendo la brisa bajo el dobladillo corto de su vestido, una oleada de calor entre las piernas y la terrible certeza de que ya no podía decir que no.

Capítulo cinco: Sin escapatoria

Esa noche, Mikey yacía acurrucado en su cama de plástico, mirando al techo. El vestido de bebé colgaba sobre la silla como un castigo. Sus bragas estaban dobladas en la mesita de noche. El chupete reposaba en su boca, balanceándose lentamente con cada respiración. Su osito de peluche estaba bajo el brazo. La habitación olía ligeramente a talco, detergente... y algo agrio. No lo habían cambiado.

La señora Jordan lo había visto después de la cena y declaró que como “disfrutaba tanto ser un bebé”, podría acostumbrarse a dormir con un pañal mojado.

"No voy a desperdiciar ni un segundo más en un niño que, de todos modos, acaba haciendo pis encima", espetó.

Así que ahora yacía allí con el pañal empapado de antes, las cintas apenas se sujetaban, las piernas ligeramente separadas por el bulto, la tela caliente y con picazón. No se atrevió a pedir uno limpio.

En algún momento de la noche, sintió que volvía a empezar. Un lento goteo que se convirtió en un arroyo. No pudo detenerlo. Su cuerpo había desistido de pedir permiso.

Para sorpresa de nadie, por la mañana, el pañal había fallado. Mikey se despertó empapado hasta el pecho y los muslos. La sábana de plástico había retenido parte del líquido, pero las sábanas estaban cargadas de orina, amarillentas y apestosas. Su pijama se le pegaba como baba.

Se incorporó y rompió a llorar. Así lo encontró la señora Jordan.

—¡Ay, por Dios! —espetó—. Eres repugnante.

—Yo... eh... no fue mi intención —gimió Mikey, intentando cubrirse.

—Anoche te dije que usaras un pañal limpio —dijo con frialdad, con la mentira flotando en el aire como una humillación más—. Ahora mi sábana está arruinada. ¿Sabes lo caro que es el detergente? ¿Lo sabes?

"No..."

—Mocoso. ¿Quieres arruinar mis sábanas? Bien. Puedes lavarlas. Delante de todo el vecindario.

Mikey parpadeó. "¿Qué?"

Denise y Kelly ya estaban echando un vistazo.

"¡Le ayudaremos a colgarlo en el porche!" gritó Kelly alegremente.

"Por favor, no, por favor no..."

Pero fue inútil. Diez minutos después, Mikey estaba en el jardín delantero, vestido con el vestido y las bragas del día anterior, sosteniendo una sábana ajustable empapada de pis en ambas manos. Su cara estaba más roja que el sol poniente.

La señora Jordan estaba de pie junto al tendedero, con los brazos cruzados. «¡Arriba, mojacamas!», dijo.

Mikey sujetó lentamente la sábana al tendedero, mientras la tela manchada de amoníaco se hundía al caer sobre el césped.

Kelly levantó un gran cartel rosa y sonrió con suficiencia. "¡Lo hice para ti!"

El cartón decía: "¡Uy! ¡Hice un charco! ¡La SÁBANA HÚMEDA de la VERGÜENZA de Big Baby Mikey!"

La colgaron junto a la sábana. Al otro lado de la calle, una vecina salió a recoger su correo y se detuvo. Incluyó la cabeza y se quedó mirando. Mikey se quedó quieto, incapaz de moverse.

La Sra. Jordan saludó con la mano. "¡Solo le estoy enseñando a nuestro pequeño que se moja la cama algunas consecuencias!", gritó más fuerte de lo necesario.

La mujer sonrió torpemente y se apresuró a regresar adentro.

Mikey enterró su cara entre sus manos.

Al regresar al interior, la señora Jordan señaló hacia el pasillo.

Te quedarás con ese vestido mojado hasta que la sábana se seque. Que te sirva de lección sobre las consecuencias.

"Tengo frío", susurró.

—¿Ah, entonces ahora quieres ropa seca? —se burló Denise—. Deberías haberlo pensado antes de orinar como un bebé.

Mikey regresó a su habitación caminando con dificultad, arrastrando el dobladillo de su vestido mojado tras él y con el corazón latiendo con fuerza con cada paso pegajoso.

Se desplomó sobre la cama (sin sábanas, solo el colchón de plástico desnudo) y se hizo un ovillo.

Lo peor no fue el frío. Fue darme cuenta de que realmente no había escapatoria.

Ni de los pañales, ni de las niñas, ni de él mismo.

Ya no.

Capítulo seis: La regla de la sala de estar

Mikey no podía dormir. Su cama estaba vacía, solo el plástico frío y crujiente debajo, y su pañal nuevo ya le pesaba. El vestido de bebé se le pegaba al cuerpo con una familiaridad húmeda, y el chupete en su boca no le traía ningún consuelo.

Había llorado hasta secarse hacía horas. Ahora, simplemente yacía allí, con el corazón laténdole con fuerza, respirando lenta y superficialmente. Sus piernas se frotaban suavemente, el grueso acolchado lo presionaba con un ritmo enloquecedor. Lo odiaba.

Excepto que... no lo hizo. No siempre.

A veces, como ahora, algo se agitaba en lo más profundo de él. Un dolor. Una necesidad.

Su mano se movió, solo un poquito. Justo sobre la parte delantera del pañal, lenta y cuidadosamente.

No pretendía hacerlo, o quizá sí, pero ya lo había hecho antes en casa, a escondidas, cuando nadie lo veía. Cuando su madre lo dejaba solo en la habitación del bebé con música y un biberón caliente cerca. Por un instante, se sintió como entonces.

Gimió suavemente y volvió a frotarse, meciendo ligeramente las caderas. El crujido, el calor y la presión lenta y rítmica. Su pene se erigió por completo y empezó a palpar.

Se estaba acercando.

Luego... Haz clic.

La puerta se abrió con un crujido y hubo un destello de luz. Mikey se quedó paralizado, con la mano aún apretada contra el pañal.

—¡Oh, mierda! —Kelly estaba en la puerta, con el teléfono en alto, grabando.

Mikey se apresuró a tirarse las mantas para taparse, pero ya era demasiado tarde.

"¿Qué estás haciendo, pequeño monstruo?"

No pudo responder. Ni siquiera pudo hablar.

"¿Estabas *frotándote el pañal* ?", preguntó en voz alta, estallando en carcajadas. "¡Dios mío, sí que lo estabas! ¡Denise! ¡Entra!"

Denise apareció un momento después, aturdida pero curiosa.

"Se estaba tocando", dijo Kelly. "Como si se *estuviera frotando* el pañal".

Denise levantó una ceja. "¿Hablas en serio?"

Kelly le mostró el video. Mikey quería morir.

—Guau —dijo Denise—. ¿Así que no solo te meas encima, sino que ahora sí que lo *disfrutas* ?

—¡No! —graznó Mikey, con la voz quebrada y presa del pánico—. Yo... por favor, no se lo muestres a nadie.

—No lo haremos —dijo Kelly con dulzura—. Pero ahora hay una nueva regla.

Mikey parpadeó. "¿Q-qué?"

"Ya no puedes hacer eso en secreto", dijo.

—De ahora en adelante —continuó Denise—, si quieres montarte el pañal como un bebé inundo, lo harás *en la sala* . En la alfombra. Delante de quien esté en casa.

—No —susurró Mikey—. Por favor... no, por favor, no me obligues.

—Ya lo *hiciste* —dijo Kelly—. Solo te atraparon.

"Y", añadió Denise, "no lo hagas a menos que pidas *permiso* primero".

Mikey no podía hablar.

"Si lo vuelves a intentar en secreto", dijo Kelly, "publicaremos el video. En todas partes".

Mikey enterró su cara entre sus manos.

"Dirás: '¿Puedo montarme el pañal ahora, por favor?'" , dijo Denise. "Anda. Practica".

"No..."

Denise se cruzó de brazos. "Dilo."

Mikey dudó. Luego, con una voz apenas más fuerte que un susurro, dijo: "¿Puedo montar mi pañal ahora, por favor?".

Kelly aplaudió. "¡Buena chica!"

—La próxima vez —dijo Denise—, hazlo en la alfombra. Como una niña de verdad.

Lo dejaron allí, temblando, con los ojos ardiendo, el pañal todavía hinchado y sin tocar.

Nunca terminó esa noche. Su orgasmo quedó arruinado.

A la mañana siguiente, la puerta se abrió de golpe, y Mikey ya lo esperaba. Obviamente, su derecho a la privacidad no existía, y una vez más, tanto su pañal como la cama estaban mojados.

—¡Mírate, nena! —empezó Denise—. Mojada otra vez, como un bebé. Eres realmente patética. Pero hay algo más que debes hacer, ¿no?

Kelly se acercó por detrás. "¿Acaso la niña necesita subirse al pañal como una nena débil?"

Mikey negó con la cabeza aunque ya estaba duro, palpitante y deseando liberarse. Planeaba pajearse en la universidad.

Mmm. Creo que la bebé necesita hacer travesuras con el pañal en el suelo de la sala, ¿no?

—No, estoy bien, gracias —respondió Mikey en voz baja.

“¡Salid de la cama ahora mismo!” ordenó la señora Jordan mientras aparecía detrás de las niñas.

Mikey estaba de pie junto a su cama, empapado, con el pañal colgando flácido y el chupete en la mano.

—¿Qué te dijeron las chicas que hicieras? —preguntó—. No quiero que un niño cachondo ande por ahí mirándonos. Así que, una vez más, ¿necesitas pedir permiso para algo?

Sus ojos eran amenazantes y Mikey se sintió profundamente intimidado.

“¿Me podrías dar permiso para montar mi pañal, por favor?”, balbuceó.

—Sí, claro —exclamó—. Ahora ve al suelo de la sala y acaba con esto de una vez.

Mikey se contoneó hasta la sala, con su erección palpitando de deseo y el bulto en la parte delantera de su pañal haciéndose bastante evidente. Con las dos chicas a su lado, se tumbó boca abajo en el suelo y se deslizó lentamente por el acolchado empapado de su pañal.

—¡Mira! —exclamó Denise a su hermana—. ¡Se está cogiendo el pañal!

“¡Probablemente sea el único coño que tendrá con ese aspecto!”

Sólo pasaron unos minutos antes de que Mikey gruñera fuerte y escupiera su semen en su pañal destrozado.

La Sra. Jordan entró al oír el gruñido. «Bueno, ya está decidido. Ahora ve a vestirte y no discutas más. Lo harás todas las mañanas sin falta. ¿Entiendes?»

Mikey asintió con vergüenza postorgásmica, preguntándose cómo haría eso cada mañana sin avergonzarse más de lo que ya lo había hecho.

Capítulo Siete: El Despertar Sexual

Todo empezó con desesperación.

Mikey estaba sentado encorvado sobre su portátil una noche, con el chupete balanceándose suavemente mientras navegaba por foros y perfiles con dedos temblorosos. No había planeado publicar nada. Ni siquiera sabía qué buscaba. Pero algo en él, un dolor solitario, un anhelo de consuelo, conexión o *permiso*, lo impulsaba.

Su búsqueda lo llevó a una sección titulada: " Mujeres maduras que buscan hombres jóvenes (preferencias inusuales bienvenidas)"

Un anuncio me llamó la atención de inmediato: «Estoy aburrida de los chicos. Quiero algo nuevo. Algo suave. Algo obediente. Demuéstrame que vales mi tiempo». Estaba firmado: Nora . 43 años. Soltera. Dominante. Curiosa.

Dudó sólo un momento antes de responder.

Hola... me llamo Mikey. Creo que soy lo que buscas. No soy como los demás. Uso... cosas diferentes. No sé realmente qué soy. Pero quiero pertenecer a alguien. Quiero hacer feliz a alguien. Creo que lo necesito. Espero que no sea raro. Solo necesito que alguien me diga qué ser.

No esperaba una respuesta, pero a la mañana siguiente, allí estaba.

Suenas patético. Bien. Nos vemos el sábado. Ponte algo que te haga sentir seguro. No sexy. Seguro. Trae tu obediencia. Y no te atrevas a mentirme.

Incluyó una dirección.

Mikey permaneció sentado en silencio, atónito, con el corazón latiéndole con fuerza. ¿A salvo? Lo único que lo hacía sentir seguro era su chupete, su osito y sus pañales.

Los tres los llevó a su apartamento.

Nora abrió la puerta vestida solo con una bata de seda y una sonrisa cómplice. Lo miró de arriba abajo: sudadera con capucha enorme, vaqueros sobre un pañal, manos temblorosas.

—Eres más guapo de lo que esperaba —dijo—. Y más nervioso. Pasa.

Su apartamento era elegante, oscuro y olía ligeramente a cuero y sándalo. Mikey entró.

Señaló el sofá. "Siéntate."

Él obedeció y el pañal crujió al acomodarse.

"Dime tu secreto", dijo ella.

Tragó saliva. "Uso... pañales".

—Obviamente —dijo ella—. ¿Qué más?

A veces uso bragas. Y mi mamá me regaló un vestido. Un vestido de bebé.

Nora sonrió. "Vas a ser divertido".

Él se sonrojó, incapaz de mirarla. "Ahora", dijo ella, de pie junto a él, "quítate los pantalones".

"¿Qué?"

"Quiero ver qué clase de hombrecito patético piensa que los pañales lo hacen sentir seguro".

Mikey dudó, pero obedeció. Se quitó los vaqueros, dejando al descubierto su grueso pañal desechable. Ya estaba ligeramente húmedo.

"Estás empapado", dijo divertida. "Date la vuelta". Él obedeció. "Acuéstate". Él obedeció. "Buen chico", dijo suavemente. Luego se sentó a horcajadas sobre su pecho y se abrió la bata, dejando al descubierto sus pechos voluminosos y su piel suave. "¿Quieres hacer feliz a alguien, Mikey?"

Él asintió, conteniendo la respiración.

—Pues gánatelo. Cómemelo.

Nunca lo había hecho antes, pero lo intentó desesperada y obedientemente.

Ella lo agarró del pelo y lo guió, gimiendo de vez en cuando, riendo más a menudo. "Joder, no tienes ni idea. Pero tienes ganas. Eso cuenta. ¿Es ese el primer coño que has tocado?" Mikey asintió. "¿El primero que has visto en una mujer?" Él asintió de nuevo.

Cuando por fin se apartó, él yacía allí jadeando, sonrojado y humillado. Y empapado.

—Oh —dijo ella, bajando la mirada—. Te hiciste pis. En mi sofá.

Mikey se sintió mal. "Lo siento... No quise..."

Ella ya estaba tomando fotos.

Sonríe a la cámara, niño de pañales. Acabas de tener tu primera experiencia real y te *hiciste pis* como un niño pequeño. ¡Increíble!

—Yo... eh... puedo irme —tartamudeó, intentando incorporarse.

—Volverás —dijo ella—. ¿Sabes por qué?

Él la miró con ojos abiertos y aterrorizados.

Porque me necesitas. Y si no vuelves, les enviaré esto a tus amigos. A tu universidad. A tu mamá.

Mikey se quedó quieto.

“Y la próxima vez”, ronroneó, “trae el vestido de bebé”.

Capítulo ocho: Chantaje al bebé

El vestido de bebé yacía doblado en la mochila de Mikey, envuelto en una de sus braguitas rosas con volantes, como una ofrenda vergonzosa. Estaba de pie frente a la puerta del apartamento de Nora, con el corazón latiéndole con fuerza y el pañal crujiendo bajo sus vaqueros. El chupete estaba en su bolsillo. Su muñeca Lucy, una conejita de peluche con un lazo rosa desgastado, estaba escondida en el fondo de su bolso, junto al vestido.

Tocó el timbre con dedo tembloroso. Nora abrió la puerta con la misma sonrisa divertida de antes. Llevaba una camiseta negra sin mangas, sin sostén, y vaqueros ajustados. Su presencia fue inmediata, segura, dominante y conocedora.

"Has vuelto", dijo ella.

—Tenía que hacerlo —susurró Mikey.

—No, cariño —respondió ella, rozándolo y quitándole la bolsa del hombro—. Volviste porque *querías*.

Vació el contenido de su bolso en el sofá: libros de texto, cuadernos y luego el vestido del bebé y Lucy.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí —susurró, cogiendo la muñeca—. ¿Tiene nombre?

"...Lucy."

"Por supuesto que sí."

Levantó el vestido de bebé y lo inspeccionó. "Póntelo".

Mikey dudó.

Nora se volvió hacia él con la mirada fija. "Ya llevas pañal, ¿verdad?"

Él asintió lentamente.

—Entonces, ¿qué estás esperando?

Mikey se quitó la sudadera y los vaqueros. El pañal le colgaba un poco, ya usado, pero aún no estaba lleno. Le ardían las mejillas al ponerse el vestido rosa con volantes y dejar que Nora le subiera la cremallera.

—Perfecto —susurró—. Incluso pareces *una* niña. —Se sentó en el sofá y le dio unas palmaditas en el regazo—. Ven aquí.

Mikey se acercó lentamente. Ella lo sentó en su regazo como si fuera un niño pequeño y volvió a meter la mano en la bolsa, sacando el chupete.

"Abierto."

Él obedeció. Ella se lo metió en la boca, luego tomó a Lucy y la metió bajo su brazo.

—Listo —dijo ella, acariciándole el pelo—. Mucho mejor. Sabía que necesitabas esto. No volviste por las fotos, ¿verdad? —No respondió—. Volviste —susurró—, porque así eres. Solo necesitabas que alguien te diera permiso.

Mikey chupó el chupete. Le picaban los ojos.

—De ahora en adelante —dijo—, me llamarás *Mamá Nora*. Y cuando estés aquí, no hables a menos que te haga una pregunta. Los bebés no tienen opinión. ¿Entendido?

Él asintió con la cabeza y las lágrimas brotaron de sus ojos.

"Buen bebé."

Una hora más tarde, Mikey yacía en el regazo de mamá Nora, con las piernas ligeramente separadas por el volumen de su pañal y el vestido levantado.

"¿Sabes qué hacen los bebés cuando están contentos?", preguntó, frotando la parte delantera del pañal con movimientos circulares lentos y rítmicos. "Se montan".

Se retorció horrorizado.

—Lo haces todo el tiempo en casa, ¿verdad? Te montas con los pañales como una nena necesitada.

"No, no", gimió detrás del chupete.

"¿Ah, de verdad?"

Ella sacó su teléfono y le mostró el video que había guardado de su primer encuentro con él mojándose en su sofá.

—Ahora te ganas tus jorobas —dijo—. Pídelas. Con educación.

Tragó saliva, con las mejillas encendidas. "¿P-puedo montar mi pañal ahora, mami Nora?"

—Buena chica —susurró.

Se inclinó, le lamió la mejilla y le susurró: «La próxima vez, quiero verte hacerlo en el suelo mientras veo mis historias. Y te diré cuándo puedes terminar».

Mikey cerró los ojos. En el fondo de su mente, sabía que no había vuelta atrás.

Se tumbó en el suelo en una posición a la que ya estaba muy acostumbrado y se frotó el pañal mojado. Intentó tomarse su tiempo, pero la urgencia lo abrumó, y escupió su semen en el pañal mientras gruñía al llegar al orgasmo.

—¡Buena chica! —exclamó Nora—. Para eso está tu pañal, ¿verdad? Es el único coño que te follarás.

Capítulo Nueve: Hogar y Desamparo

Mikey regresó del apartamento de Nora tarde en la noche, agarrando su mochila como si estuviera llena de dinamita. El vestido de bebé y Lucy estaban enterrados en el fondo, envueltos apresuradamente en una toalla, pero no se sentía seguro. Ya nada lo era.

Se deslizó dentro silenciosamente, con la esperanza de pasar inadvertido frente a la sala de estar, pero no tuvo suerte.

Kelly estaba en el sofá, revisando su teléfono. Denise se pintaba las uñas. La Sra. Jordan no estaba a la vista, pero Mikey no se fiaba de ella.

"¿Dónde has estado, pequeña?" preguntó Kelly con una sonrisa maliciosa.

—Sólo... estoy estudiando —murmuró Mikey.

"¿En tu pañal?" preguntó Denise sin levantar la vista.

—Estoy... estoy seco —dijo rápidamente, antes de darse cuenta de lo ridículo que sonaba.

—Pues veamos tu bolso —dijo Kelly, levantándose—. Siempre te pones nerviosa cuando tienes secretos.

—¡No! —Mikey apretó la correa con más fuerza—. No hay nada...

Kelly se abalanzó y le arrancó la bolsa.

—¡Kelly, no! —gritó, pero ella ya estaba escarbando.

Y entonces se detuvo. Su mano emergió con algo rosado y con volantes.

"¿Qué carajo es *esto* ?"

Denise levantó la vista justo a tiempo de ver a Lucy caerse en el sofá con un golpe sordo. La habitación quedó en silencio.

"¿En serio?", preguntó Kelly, sosteniendo el vestido de bebé. "¿Te lo llevaste?"

Denise se quedó de pie, con los ojos entrecerrados. "¿Dónde estabas, Mikey?"

—Yo... yo solo... yo... —No podía hablar.

—Estabas jugando a disfrazarte para alguien, ¿verdad? —jadeó Kelly—. ¡Joder! ¡Tienes *una* mamá ahí fuera!

"No quise... ella solo... ella dijo que tenía que..."

—Ay, esto es *increíble* —dijo Denise, tomando la muñeca y examinándola—. ¿Incluso le pusiste nombre a tu peluche?

—Se llama Lucy —dijo Kelly con fingida ternura—. ¡Ay! ¡La bebé tiene una muñeca!

—Quítate los pantalones —ordenó Denise de repente.

Mikey se quedó quieto. "No—"

"*No estaba preguntando.*"

Obedeció, temblando, con la cara ardiendo. El pañal estaba bastante húmedo de pis y semen.

—Perfecto —dijo Denise—. Ponte tu vestido de bebé ahora mismo y vuelve aquí. Ya que te encanta.

"No puedes..."

"*Podemos y lo haremos*", dijo Kelly, colocando a Lucy sobre la mesa de centro como centro de mesa. "De ahora en adelante, no adivinaremos *qué* tipo de bebé eres. Te *vestiremos* como tal".

Mikey, con los labios temblorosos, se dirigió a su habitación y regresó momentos después con el vestido rosa de bebé y el pañal completamente visible debajo del dobladillo corto.

Se paró frente a ellos, derrotado. La señora Jordan entró desde la cocina. Se detuvo en la puerta, observó la escena y esbozó una leve sonrisa burlona.

Vaya, vaya. Parece que nuestro pequeño huésped por fin dejó de fingir.

Ella pasó junto a él y se detuvo el tiempo justo para agacharse y tomar con sus manos la parte delantera de su pañal.

—Todavía está húmedo —dijo—. No lo suficiente como para justificar un cambio. Siéntate.

Mikey se sentó en la alfombra.

—No, no —dijo Kelly—. Siéntate como un bebé.

Parpadeó.

Piernas afuera. Muñeca en tu regazo. Chupete en la boca.

Mikey obedeció, adoptando una humillante postura con las piernas cruzadas. Las chicas se recostaron en el sofá como padres orgullosos.

“De ahora en adelante”, dijo la Sra. Jordan, “usa este vestido todas las noches después de la escuela. Y tus pañales se quedan *visibles*. Nada de esas tonterías de esconderlos. Si quieres que te tratemos como a una niña pequeña, te trataremos como la niñita que eres”.

El labio inferior de Mikey tembló alrededor del chupete.

“Esta casa ahora tiene reglas”, dijo Denise. “No te cambias sin permiso. No hablas a menos que te hablen. Y *nunca* te tocas a menos que lo *pidas primero*”.

“Y cuando te portes mal”, añadió Kelly, “tu castigo será público. Igual que tus accidentes”.

Mikey cerró los ojos. Ya no había secretos ni compartimentos. Su humillación era total, y apenas comenzaba.

Capítulo diez: Mamá sabe más

El viaje en autobús a casa se le hizo más largo de lo que Mikey recordaba. Cada parada sacudía su pañal, y el bulto bajo sus vaqueros se movía con cada movimiento. El vestido y el chupete estaban escondidos de nuevo en lo profundo de su mochila, aunque ya no los sentía *suyos*. Pertenecían a un rol que ahora vivía constantemente. No era un disfraz ni un castigo. Era simplemente su nueva realidad. Ya ni siquiera estaba seguro de saber cómo ser un niño.

Cuando el autobús se detuvo cerca de su antiguo barrio, su corazón latía con fuerza.

No había estado en casa en meses.

Y ahora, la casa de la Sra. Jordan, el apartamento de Nora y la universidad eran cárceles distintas. Sin embargo, este... hogar... era el lugar donde todo empezó. La ternura, los secretos y el cariño silencioso que su madre siempre le había permitido sin rechistar.

Caminó en silencio por el sendero y llamó a la puerta.

Su madre abrió la puerta, sonriendo cálidamente.

“Ahí está mi pequeño.”

Mikey casi se echó a llorar. Lo abrazó y enseguida notó el volumen del pañal. Ni siquiera parpadeó.

“¿Aún estás mojada?” preguntó suavemente.

Él asintió con la cabeza hacia su hombro.

—Buena chica —susurró, dándole un suave beso en la frente.

Más tarde, en la habitación del bebé que había conservado prácticamente intacta, Mikey se sentó en el cambiador mientras ella desempacaba sus cosas. Guardó silencio mientras sacaba el vestido de bebé, el chupete y a Lucy.

Entonces sonrió. «Siempre supe que llegaría a esto», dijo.

"¿Qué quieres decir?" preguntó suavemente.

Ella se volvió hacia él con esa mirada maternal, la que siempre atravesaba sus defensas.

Siempre has sido mi pequeño. Te alimentaste con chupete hasta los diez años. Usabas pañales por la noche sin quejarte. Nunca quisiste crecer... en realidad, no. No como lo haría un *niño*.

—Lo... lo intenté —dijo Mikey, bajando la mirada—. Pero ahora uso bragas todo el tiempo. Y las mojo. No puedo parar. Me froto los pañales todos los días, y me dicen dónde y cuándo puedo hacerlo. Tengo que pedir permiso. Ya no me siento como un niño.

"No lo eres", dijo ella simplemente.

Los ojos de Mikey se llenaron de lágrimas.

—Creo que soy una niña —susurró.

Su madre asintió lentamente, con cariño. «Lo *eres* ... Y siempre lo has sido. Solo necesitabas que el mundo te alcanzara. Y tal vez alguien que te ayudara a convertirte en ella plenamente».

Sacó dos vestidos doblados de un cajón cercano, hechos de algodón suave, con ribetes de encaje, de color rosa pastel y amarillo.

"Los hice para ti", dijo.

Mikey jadeó. "¿Para *mí*?"

—Sabía que volverías —dijo—. Y ya hablé con la Sra. Jordan. Ella lo sabe y está de acuerdo. De ahora en adelante, ya no fingirás. No puedes elegir qué versión de ti aparece.

Él temblaba mientras ella colocaba los vestidos en el cambiador.

Todas las mañanas te despertarás con el pañal mojado y te vestiremos como es debido con vestidos de bebé, braguitas con volantes y baberos. Tendrás siestas y biberones. Si te montas, será

donde y cuando te digan. Y si te portas mal —lo miró fijamente a los ojos—, te azotaremos.

Mikey se sonrojó. "Sí, mami".

Ella lo recostó, le quitó el pañal mojado y comenzó a limpiarlo suavemente con manos expertas.

—Has perdido el control, ¿verdad? —dijo en voz baja. Él asintió, con el chupete de nuevo en la boca—. Y tú también estás perdiendo el control. No pasa nada, cariño. Eso es lo que hacen las niñas. Dejan que sus mamás tomen las decisiones. Dejan que los adultos se encarguen de todo lo difícil. Tú solo concéntrate en sentirte suave y vacía.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

"Te extrañé", susurró.

—La extrañé —dijo, tocándole la nariz—. Mi dulce niña.

Lo empolvó, le puso un pañal nuevo y grueso debajo y lo sujetó con cinta adhesiva. Luego, le levantó el vestido amarillo por la cabeza y le abotonó la espalda con cuidado.

"Enséñemosle a la Sra. Jordan tu nuevo vestuario cuando regreses", dijo. "Le encantará saber que apoyo plenamente tu transición a la maternidad definitiva".

"¿Y...y las niñas?" preguntó.

—Oh, se burlarán de ti —dijo con una sonrisa—. Pero también te cuidarán. Ahora saben lo que yo siempre hacía.

"¿Qué es eso?"

Su madre le besó la mejilla.

"Que nunca debiste crecer."

Capítulo once: Exposición pública

El taxi se detuvo frente a la casa de los Jordan justo después de la hora de comer. Mikey salió despacio; el crujido de su pañal se oía incluso bajo las gruesas capas de su vestido nuevo, su vestido *amarillo*. Mamá había insistido en que se lo pusiera para su regreso. Era igual que el que ella le había hecho, con mangas abullonadas con ribete de encaje, cuello babero y un dobladillo que terminaba vergonzosamente alto, dejando al descubierto su grueso pañal blanco y sus braguitas con volantes.

Apretaba a Lucy, su muñeca, en un brazo, y su chupete colgaba de una cinta rosa sujeta a su pecho. Mientras el coche arrancaba, Mikey se quedó paralizado en el camino de entrada.

No había vuelta atrás. La puerta se abrió de golpe antes de que pudiera siquiera llamar.

—¡Vaya, vaya, miren quién está en casa! —Denise sonrió desde la puerta, con el teléfono ya colgado—. Veo que trajiste a tu muñeca.

—Qué bonito vestido, nena —añadió Kelly desde atrás—. ¿Te lo hizo mamá?

—Sí —susurró Mikey.

—Habla más alto —dijo Kelly—. Los bebés no murmuran.

—Sí —repitió Mikey más fuerte y con las mejillas ardiendo.

La señora Jordan salió del pasillo con las manos en las caderas.

—Qué bonito —dijo, examinándolo de pies a cabeza—. Tu madre me lo contó todo. Y debo decir que te entiende mejor que

nadie. No pensé que fuera tan valiente como para admitir que su hijo era en realidad una niña. Pero ahora lo veo... siempre lo supo.

Mikey tembló.

—Ahora eres de *los nuestros* —dijo Denise—. Tiempo completo. Sin esconderte. Sin pantalones. Sin fingir.

—Usas pañales —dijo Kelly, acercándose para levantarle el vestido—. Los usas. Y todos nos enteramos.

"Incluso te envió unos vestidos nuevos", añadió la Sra. Jordan. "Los colgarás en el pasillo. Todos los que te visiten verán tu ropa de bebé".

—No —gimió Mikey—. Por favor, no...

La señora Jordan se quedó fría. "¿Quieres volver con tu madre y decirle que ya no quieres ser su bebé?"

Mikey jadeó. "¡No! Yo... yo quiero ser bueno".

—Entonces, pórtate bien —espetó Kelly—. Desde ahora.

Ella se agachó y presionó dos dedos firmemente en la entrepierna de su pañal.

—Seco. Pero no por mucho tiempo.

Denise sonrió. "Salgamos".

—¿Qué? —Mikey se detuvo—. ¡No! ¡No... no voy a salir así!

"No puedes decir que no", dijo Kelly. "¿Quieres comportarte como un bebé? Entonces puedes *vivir* como tal. Los bebés no se esconden. Salen a pasear en su cochecito. Juegan en el porche".

—Yo... yo no tengo cochecito —balbuceó Mikey.

La señora Jordan sonrió. "Estamos trabajando en eso".

Diez minutos después, Mikey estaba sentado en el porche, con la calle a la vista. Tenía las piernas ligeramente abiertas por el grueso pañal. Su chupete rosa se balanceaba rítmicamente mientras

abrazaba a Lucy con fuerza contra su pecho. Denise había extendido una manta de bebé en el suelo del porche y había colocado un sonajero, un libro suave y una botella de jugo de manzana.

Dos vecinas pasaron por allí. Se detuvieron, se quedaron mirando, susurraron y luego se rieron.

Mikey cerró los ojos.

—Ábrelos —advirtió Kelly—. Querías ser niña. Esto es lo que significa.

Los abrió de nuevo, con las pestañas húmedas de vergüenza. Denise se sentó en los escalones junto a él y le acercó la botella a la boca.

Bebe, pañalito. A ver cuánto aguantas antes de que tengamos que colgar tu sábana mojada otra vez.

La señora Jordan apareció detrás de ellos, con el teléfono en la mano.

"Le enviaré una pequeña actualización a tu madre", dijo.
"Estará muy orgullosa de ti. Has progresado muchísimo".

Mikey chupó la botella lentamente, sintiendo un calor que se extendía por su interior. Y entonces, sin que nadie lo pidiera, lo sintió.

Su vejiga se liberó. El calor se extendió por la parte delantera del pañal. El acolchado se hinchó entre sus piernas. Todos lo supieron. Gimió suavemente detrás del pezón.

Denise sonrió. "Ahí va", susurró. "Qué buena niñita".

Capítulo doce: El control de Nora se profundiza

Nora abrió la puerta con esa misma sonrisa lenta, la que siempre hacía que Mikey se sintiera más pequeño que pequeño. Pero esta vez, alguien estaba a su lado.

—Has tardado bastante —dijo—. Pasa. Hay alguien que quiero presentarte.

Mikey dudó en la puerta, ya vestido con uno de sus vestidos de bebé, con el chupete enganchado al cuello y el pañal crujiendo suavemente bajo los volantes. Apretó a Lucy contra su pecho, encogiéndose bajo la mirada del hombre junto a Nora.

—Éste es Greg —dijo—. Mi esposo.

A Mikey se le encogió el estómago. "T-tu..."

Greg era alto, ancho, vestía de manera informal, pero sus ojos eran agudos y divertidos.

—Así que este es el niño de los pañales —dijo Greg, dando un paso al frente y rodeando a Mikey como un depredador—. Pensé que serías más pequeño.

"Yo... Eh... No sabía..."

—Claro que no —dijo Nora, cerrando la puerta tras él—. No necesitas *saber* nada. Solo tienes que obedecerme.

El chupete de Mikey se balanceaba en su boca mientras asentía en silencio.

Greg se rió entre dientes. "Ya lo has domado, ¿verdad?"

Nora sonrió. "Está cerca. Pero aún tenemos trabajo por hacer. Cada vez come más coño. Y escucha esto... el mío es el único

coño que ha visto, y mucho menos tocado". Se giró hacia Mikey.
"Quítate solo el pañal. Ahora".

Mikey obedeció sin dudarle, con las mejillas sonrojadas, el vestido deslizándose por su cabeza, dejándolo solo con su acolchado ligeramente húmedo. Greg se recostó en el sofá, con las piernas abiertas, como si estuviera viendo un programa.

Nora tomó a Mikey de la mano y lo condujo al centro de la habitación.

—Arrodíllate —dijo ella. Él obedeció—. Ahora, joroba.

Mikey levantó la vista con los ojos abiertos. "¿Delante de él?"

"No me hagas preguntarte otra vez."

Mikey se agachó lentamente, presionando el pañal contra la gruesa alfombra, con la cara roja de vergüenza. Empezó a mecer las caderas; el crujido del plástico resonó en la habitación, por lo demás silenciosa.

Greg rió en voz baja. "Míralo. Lo tienes bien entrenado".

Nora pasó sus dedos por el cabello de Mikey mientras él gemía.

—Buena chica —susurró—. Te gusta esto, ¿verdad? Que te vean y te usen. Te gusta ser el juguete de exhibición de mamá.

Ya no podía negarlo. El dolor en su interior era demasiado fuerte. Asintió lentamente mientras se encorvaba, con los ojos cerrados.

Pero entonces la voz de Nora cortó bruscamente la niebla: «Para».

Se quedó congelado en el lugar.

—Levántate —ordenó—. Enfrentate a Greg.

Temblando, Mikey se puso de pie. El pañal le colgaba entre las piernas, manchado e hinchado por la vergüenza, con la erección abultada por delante.

—Ahora bájala —dijo Nora—. Solo la parte delantera.

Las manos de Mikey temblaban. "¿Q-qué?"

—Ya me oíste —dijo—. ¿Quieres follar como una niña? Bien. Pero esta noche, Greg quiere verte *hacerlo como un hombre*.

Él gimió. "Por favor..."

—Hazlo —dijo Greg—. O te lo bajo.

Los dedos de Mikey encontraron lentamente las cintas y despegaron la parte delantera del pañal. Su excitación, dura como una piedra y dolorida, quedó expuesta.

—Ahora termina —dijo Nora, retrocediendo—. Ahí mismo. Delante de él. Sin manos. Solo joroba.

Mikey miró la alfombra. Cayó de rodillas de nuevo, rozando el plástico del pañal suelto, con la cáscara arrugada resbaladiza y humillante bajo él.

Greg se recostó. "¿Ves esto? Esto es lo que pasa cuando mimas demasiado a un chico. Se le olvida cómo serlo".

Nora sonrió. «No quiere ser un niño. Quiere que le *digan* quién es».

Mikey gimió contra la alfombra; la vergüenza lo recorría aún más rápido que el placer. Presionó con más fuerza, más necesitado, más desesperado que nunca.

"Pide permiso", dijo Nora.

—P-por favor —gimió—. Por favor, mami Nora... ¿puedo terminar mi erección? Ella sonrió. —Puedes.

Se corrió segundos después, sacudiendo las caderas y conteniendo la respiración entre sollozos mientras la parte

delantera del plástico chapoteaba bajo él. Su pañal y su orgullo quedaron completamente destrozados.

Greg resopló. "¡Mierda!"

Nora se acercó y se agachó, inclinándole la cara hacia arriba por la barbilla.

"Tienes suerte de que quiera a mis niñas", dijo. "Porque a partir de ahora, esto no es solo tu vergüenza secreta. Es tu *trabajo*. Pero antes que nada, tienes que comerme".

Nora abrió las piernas mientras Mikey se arrodillaba ante ella y hundía la cara en su coño empapado. Al empezar a lamer, sintió un sabor diferente, algo resbaladizo.

¡La han jodido!, pensó con amargura.

Mikey levantó la cabeza y miró a Nora, quien vio manchas de semen en su cara.

—Retírate, chica. Acaba conmigo. Esto también es tu trabajo.

Él volvió a bajar y lamió, chupó y tragó como le habían enseñado, y diez minutos después, Nora chilló su orgasmo cuando sus jugos y algo del semen de Greg llenaron su estómago.

Capítulo trece: Sumisión total

Mikey ya no llamaba. Simplemente entraba contoneándose al apartamento de Nora y Greg los sábados por la tarde, con el vestido de bebé que Nora le había indicado en su mensaje matutino. Hoy le tocaba el de cuadros vichy rosa con babero blanco y patitos bordados. Su pañal grueso ya estaba bien empapado antes de que llegara; las cintas se estiraban y se abultaban bajo la tela. Lucy estaba en sus brazos, con su chupete prendido con orgullo a su pecho.

Ya no traía ropa de niño grande. No tenía sentido.

La puerta se abrió con un crujido y Nora sonrió perezosamente desde el sofá.

—Greg está en la habitación —dijo sin levantar la vista del teléfono—. Desnúdate y enséñale lo mojada que estás.

Mikey no dudó. Dejó la pañalera en el suelo y empezó a desvestirse en la entrada. Primero el vestido con volantes, luego las medias, y finalmente se quedó de pie solo con su pañal hinchado y amarillento. Hizo una pequeña reverencia, como le había enseñado Nora, y se dirigió al dormitorio.

Greg estaba tumbado en la cama, sin camisa, con una bebida en la mano, revisando la pantalla de su teléfono. Levantó la vista y sonrió con suficiencia.

—Ahí está. Ven aquí, princesa.

Mikey se acercó obedientemente.

Greg tiró de la parte delantera del pañal. "Empapado. Otra vez. ¿Ahora solo te pasas el día con fugas?". Mikey asintió. Había perdido la esperanza de controlar la vejiga. "Dime qué eres".

—Soy una niña —susurró Mikey.

“¿Un qué?”

“Una niña con pañales”, dijo más fuerte.

Greg lo agarró por la cintura y lo jaló hacia adelante hasta que Mikey quedó a horcajadas sobre su muslo. El pañal empapado se apretujaba entre ellos.

—¿Lo sientes? —preguntó Greg—. Así es como se sienten los hombres. No eres uno de nosotros. Eres motivo de risa. Algo que usar.

Mikey se sonrojó pero no se resistió.

Greg empezó a mover la pierna lentamente. "Mueve, nena".

Mikey gimió tras su chupete y obedeció. El pañal crujió, y el calor del muslo de Greg palpitó a través del acolchado. La vergüenza era insoportable, pero ahora familiar, incluso segura.

—Mírate —susurró Greg—. Te estás volviendo loco como si fuera lo único que tu patético cerebro sabe hacer.

Fue .

Mikey ya no pensaba de verdad. Tenía necesidades e impulsos. Se le escapaba el semen cuando tenía ganas de orinar. Se montaba cuando se lo pedían. Pedía permiso antes de tocarse. Bebía de una botella, lloraba cuando lo regañaban y solo hablaba cuando le hablaban. La Sra. Jordan y sus chicas controlaban cada uno de sus movimientos y se emocionaban con su humillación en público y sus montas en el suelo.

Cuando Nora se unió a ellos diez minutos después, encontró a Mikey sobre sus manos y rodillas, con el pañal abierto y Greg presionando suavemente su pene erecto detrás de él.

"Ya casi estás listo", dijo, pasando una mano por el pelo de Mikey. "No solo para follar. No solo para servir. Para *ser tomado. Como una niña* " .

Mikey gimió.

Greg se acercó a su oído. "Sabes lo que voy a hacer, ¿verdad?"

—Creo... creo que sí —susurró Mikey.

"¿Crees que estás listo?"

Él dudó y luego asintió.

Nora se arrodilló frente a él, sosteniendo a Lucy contra su pecho.

—Seguirás siendo mi niña —dijo—. Incluso después de que te hayan usado como tal.

Greg le bajó aún más el pañal, dejándolo completamente expuesto. Nora lo guió suavemente hacia adelante, con la boca cerca de su oreja.

—Dilo —susurró—. Di lo que quieras.

Mikey contuvo las lágrimas. Entonces, con toda la vergüenza, toda la necesidad, toda la entrega de su pequeño corazón, susurró: «Quiero que me usen como a una niña».

La larga y dura polla de Greg penetró lentamente el coño virgen de Mikey. Empezó a follarlo suavemente, encontrando su ritmo y profundidad.

—Te estás convirtiendo en una verdadera chica ahora, Mikey —dijo Nora mientras Greg comenzaba a golpearle el coño.

Mikey lloró de pura sorpresa y placer al finalmente convertirse en una verdadera chica al final de la polla de un verdadero hombre.

Capítulo catorce: La decadencia de la universidad

Mikey estaba de pie frente a su aula matutina, agarrando con fuerza su bandolera cruzada sobre el pecho. Le temblaban las piernas bajo los vaqueros, que apenas ocultaban el bulto del pañal extragruoso que la Sra. Jordan le había insistido en que usara.

—Has estado goteando demasiado —dijo con sequedad—. Doble. Y no te cambies hasta que esté empapado.

La humillación de caminar por el campus con un relleno tan evidente había sido impensable. Pero ahora, tras meses de sumisión, era solo otra regla que obedecía sin rechistar. Ya no confiaba en su vejiga. Hacía semanas que no se despertaba seco. La mayor parte del tiempo ni siquiera lo *sentía*. Y esta mañana, mientras pasaba la primera hora de clase, la cálida humedad se extendió por sus muslos sin previo aviso. La presión simplemente... se liberó. Ni siquiera levantó la mano. Simplemente se sentó y se empapó.

Los rumores habían empezado semanas atrás. Los extraños bultos, el ligero olor a polvo. Un compañero lo vio ajustándose la cintura y notó el inconfundible plástico blanco que asomaba por encima de sus vaqueros. Pero hoy, los rumores se hicieron más fuertes.

Porque después de clase, cuando Mikey se levantó para irse, alguien lo chocó por detrás y su mochila se enganchó en la esquina del escritorio, subiéndole la sudadera y bajándole un poco los vaqueros. Lo justo.

"Espera", dijo alguien. "¿Eso era... un pañal?"

Un silencio atónito lo invadió. Luego, dijo: «Ni hablar».

"Eso definitivamente era un pañal".

Mikey salió corriendo, contoneándose por el pasillo, presa del pánico. Pero el daño ya estaba hecho. Más tarde ese mismo día, se sentó en un banco cerca del fondo del campus, intentando calmarse. Su pañal estaba frío, húmedo y lleno. Sabía que debía cambiarse, pero tenía demasiado miedo de que lo vieran. Cerró los ojos y abrazó su mochila con fuerza.

Entonces vino la voz.

"Ey."

Él miró hacia arriba.

Una chica estaba allí. Era guapa, de mirada penetrante y porte seguro. La reconoció de su clase de sociología.

-Eres Mikey, ¿verdad? -preguntó.

Él asintió.

-Te hiciste pis en clase, ¿no?

"Yo... no sé qué quieres decir..."

—Llevas pañales —dijo secamente—. Los vi. Todos los vimos.

Él se puso rojo como un tomate. Ella se acercó más.

¿Y entonces? ¿Es médico?

Él dudó.

"O", dijo ella entrecerrando los ojos, "¿es algo más?"

"...Es personal."

Ella levantó una ceja.

Bueno, la gente está hablando. Y algunos nos preguntamos si te gusta .

Mikey no podía hablar.

Ella se inclinó. "Creo que sí. Y si no me equivoco... Quizás deberíamos divertirnos un poco".

Antes de que él pudiera responder, ella extendió la mano y *golpeó el frente de su pañal*, lo suficientemente fuerte como para hacerlo chapotear.

Él jadeó. Ella sonrió. "Sí. Estás empapada. ¡Qué bebé tan patético eres!"

Luego se dio la vuelta y se alejó.

Él la miró fijamente, aturdido y, sin embargo, excitado de la manera más humillante.

No quedó ahí. Durante la semana siguiente, tres estudiantes más se acercaron a él. Uno le preguntó si "necesitaba ayuda para cambiarse".

Uno le susurró al oído durante una conferencia: "Apuesto a que ya estás mojado".

Y durante una sesión de estudio en grupo, una se paró detrás de él, presionó suavemente su entrepierna contra la parte posterior de su pañal y lentamente dejó salir un chorro de orina caliente.

Mikey se sobresaltó. Ella solo sonrió y dijo: «Para eso estás».

Esa noche, le contó todo a Nora. Ella sonrió con aprobación.

«Te estás convirtiendo en lo que siempre debiste ser», dijo. «Un juguete público. Una esponja que gotea para la diversión de todos».

—Yo... no sé si puedo hacer esto —susurró.

Ella levantó a Lucy y la colocó en sus brazos.

—Entonces deja de intentar *hacer* nada. No estás aquí para actuar. Estás aquí para *obedecer*. Eso es todo. Eso es lo que hacen los bebés. Ahora, antes de que te vayas, Greg quiere follarte el coño.

Capítulo quince: Punto de ruptura

La semana transcurrió borrosa en una niebla de humedad, vergüenza y obediencia. Mikey ya no hacía preguntas. Ya no intentaba evadir la atención en la universidad, porque la atención siempre lo encontraba. Llegaba en voces burlonas, en sutiles revisiones de pañales, en manos que no pedían permiso. Las chicas le susurraban al oído. Los chicos se reían a sus espaldas. Dos compañeros de clase diferentes se habían orinado en la parte trasera de su pañal, riendo mientras se apretaban contra el suyo, usándolo como si no fuera más que un recipiente empapado.

Y los *dejó* , porque ya no sabía decir que no, porque en el fondo creía que esto era lo que se merecía. Que lo usaran como retrete le parecía normal.

Ese viernes por la noche, Mikey regresó a casa de la Sra. Jordan después del toque de queda. Había intentado ocultar las manchas extra en sus jeans, pero Kelly lo recibió en la puerta.

"¿Llegaste tarde y con fugas?", dijo, subiéndole la sudadera para revelar su pañal caído y oscurecido. "¿De verdad te estás rindiendo, eh?"

—Estoy... estoy cansado —murmuró Mikey—. No dormí anoche y...

—Ahórratelo —espetó—. Vete a tu habitación. No te van a cambiar. Dormirás con ese pañal puesto y *pensarás* en lo hecha un desastre.

La señora Jordan estuvo de acuerdo.

"Los pañales de repuesto cuestan dinero", dijo. "Y si no puedes mantenerte seco ni cinco minutos, puedes dejarlo en remojo hasta que reviente".

Mikey se metió en su cama sin cambiarse. Se tumbó en el colchón de plástico arrugado, rodeado de mantas y muñecos, con su pijama amarillo con los pies cerrados por detrás. El pañal se le pegaba como una segunda piel.

La cabeza le daba vueltas. Le dolía el estómago. La presión en los intestinos había ido aumentando todo el día, pero no se había atrevido a pedir ir al baño. Ni siquiera le habían *permitido*. Nora había empezado a negarle el uso del baño por completo. «Los pañales son para usar», había dicho. «Los bebés no tienen que ir al baño».

Y esa noche, en la quietud de su habitación, su cuerpo cedió. Empezó como un calambre lento, luego una torsión brusca, y luego, con un gorgoteo repentino y un chapoteo fuerte y humillante... se hizo daño.

No había forma de detenerlo. Llenó el interior de su pañal con una ráfaga cálida y expansiva. Sus rodillas se doblaron, sus manos se aferraron a su osito de peluche y sollozó en su chupete mientras el olor llenaba rápidamente la habitación.

Nunca había hecho esto mientras dormía. Nunca lo había hecho... tan plenamente.

Cuando despertó a la mañana siguiente, el pañal le goteaba *por* delante y por detrás. Su pijama estaba empapado. Las sábanas estaban más manchadas de amarillo que de costumbre. También había algo de marrón. El aire olía a fracaso total. Y en la puerta estaba Denise.

“¡Maldita sea!”

Ella llamó a los demás.

Kelly llegó primero. Luego la señora Jordan. Todos se quedaron mirando en silencio. Entonces empezaron las risas.

"¿Te *cagaste* encima?", gritó Kelly. "¿Como un bebé de verdad?"

"¡Ni siquiera se despertó!", añadió Denise. "Simplemente se quedó tirado en su propio desastre".

La señora Jordan se cruzó de brazos. «Sabes lo que significa esto».

Mikey se sentó débilmente y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—No... por favor... no quise...

—¿Quieres ser una niña? —espetó—. Bien. Pero las niñas no tienen *privacidad*. No tienen *piedad*.

Se volvió hacia las chicas. «Desmonten la cama. Pongan el colchón en el jardín. Cuelguen las sábanas en la barandilla del porche».

"¿Justo al lado del cartel?" preguntó Kelly alegremente.

"Exactamente."

Y entonces llegó el castigo. Todavía sucio y con el pañal y el pijama sucios. Arrastraron a Mikey de la muñeca hasta el patio trasero. Había un cambiador extendido en el césped, pero no para cambiarlo.

Era para *darle nalgadas*.

La señora Jordan se sentó en una silla de jardín, con las piernas desnudas, y colocó a Mikey sobre su regazo.

Denise y Kelly estaban cerca, filmando.

—Te lo has ganado —dijo con frialdad—. Hasta el último azote.

Y entonces empezaron los azotes.

Fue duro e implacable. Su pañal se rompió después del tercer azote, así que ella se lo arrancó y le azotó el trasero desnudo y sucio hasta que gritó.

Los vecinos se asomaron por encima de la valla. Los niños se detuvieron en la acera. El letrero de bebé ondeaba suavemente con la brisa, y Mikey, humillado hasta el extremo, finalmente se derrumbó, no solo en cuerpo, sino también en mente.

Capítulo dieciséis: La graduación y la tía

El día de su graduación pasó como un borrón.

La ceremonia en sí parecía una farsa, como una obra de teatro donde a Mikey le habían asignado el papel de un joven adulto. Estaba sentado con su toga y birrete, con un pañal grueso debajo, temblando cada vez que se movía en la silla plegable y oía el leve crujido contra el suelo de mármol.

El chupete no había salido de su bolsillo ni una sola vez. Sus pantalones de vestir ya estaban manchados al final de la segunda hora. No cruzó el escenario ni siquiera caminando, arrastrando los pies, cabizbajo, con el diploma en las manos agarrado como un niño agarrando una hoja para colorear.

Cuando lo llamaron, no hubo vítores. Solo silencio.

Y en la última fila, dos mujeres observaban en silencio: su madre y su tía Moira .

Más tarde esa noche, en casa, Mikey estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la sala, rodeado de juguetes de bebé. Llevaba uno de los vestidos nuevos que su madre le había cosido para la ocasión, rosa, con lazos en los hombros y un dobladillo con ribete de encaje. Su pañal estaba mojado y se le hundía bajo las braguitas con volantes.

"Lo hiciste muy bien hoy", dijo su madre con cariño, cepillándole el pelo con suaves caricias. "Y ahora es hora del siguiente capítulo".

Él la miró. "¿Voy a volver a casa de la señora Jordan?"

Ella sonrió suavemente y meneó la cabeza.

—No, cariño. Ya te queda pequeña su casa. Necesitas un lugar que te comprenda del todo. Un hogar de verdad. Una habitación con reglas, amor y sin más disimulos.

La tía Moira apareció. Se parecía mucho a su madre, solo que más firme y fría. Su lápiz labial era rojo intenso, y sus ojos aún más penetrantes.

—Ya he preparado tu habitación —dijo—. Dormirás en una cuna. Hay un cambiador y un calientabiberones. Incluso tengo una trona para comer.

Mikey gimió.

“¿Me estás... acogiendo?”

—Insistí —dijo la tía Moira—. Después de todo lo que me contó tu madre. Las braguitas. Los pañales. Los vestidos. ¿Cómo iba a negarme? Está claro que necesitas que alguien te críe *bien* ahora que ya no juegas a ser adulta. Y he oído que también tuviste una mamá que jugaba contigo.

Mikey se sonrojó al oír la referencia a Nora. "No sé si puedo..."

“Lo *harás*”, dijo. “Desde el momento en que llegues, vivirás como mi niña. Las veinticuatro horas del día. Pañales llenos, biberones, baberos y sí, con el tiempo... lactancia materna. Tu madre me ha dado permiso para amamantarte”.

Mikey jadeó. "No... no puedo..."

Su madre se arrodilló a su lado. «Cariño. Ya lo *eres* ...». Te mojas sin darte cuenta. Te revolcas en los pañales como una muñequita en celo dos veces al día. Lloras cuando te regañan. Y hace semanas que no hablas como un hombre.

—Nunca fuiste hecho para la edad adulta —dijo la tía Moira—. Y mucho menos para la virilidad.

Mikey negó con la cabeza lentamente. "Pero... ¿y si la gente se entera?"

—Ya lo hicieron —dijo su madre con dulzura—. Y mira... Sobreviviste. Ahora eres aún más infantil por eso. Y oí que muchos niños del colegio se orinaron en tu pañal.

Mikey se encogió de hombros. "Estuvo bien, mami. No me importó".

No te importó porque eres un bebé y estar mojado es mejor para ti. Y la Sra. Jordan me dijo que encontró semen en la parte de atrás de tu pañal cuando llegaste a casa. ¿Puedes contarme algo al respecto?

Mikey se sonrojó. «Era Ben. Los otros niños solo orinaban en mi pañal, pero a él le gustaba pajearse en la parte de atrás».

—Y lo dejaste, ¿verdad? —preguntó Moira.

Mikey simplemente asintió.

—Tú deberías estar en una guardería —añadió Moira—. No en la sociedad. Y te voy a dar la vida que necesitas.

Sacó una tarjetita de su bolso y se la entregó. Estaba decorada con ositos de peluche en tonos pastel y decía: « *Bienvenido a casa, bebé Mikey*». *Tu nueva guardería comienza el lunes. Traer: 1 peluche, 1 chupete y toda la ropa de bebé. No se permite ropa interior de adultos.*

Mikey sintió que su corazón latía con fuerza en su pecho.

Ya no habría más universidad, ni más compañeros de habitación, ni más ilusiones, solo pañales, vestidos y la aprobación de mamá.

Para siempre.

Capítulo diecisiete: La vida plena de un bebé

La habitación del bebé olía a polvo, a plástico y a propósito.

Todo había sido cuidadosamente preparado para la llegada de Mikey. La cuna era enorme, pero inconfundiblemente infantil, con barrotes blancos y un móvil giratorio de corderitos encima. Junto a ella había un cambiador acolchado, lleno de montones de pañales gruesos, coloridos y arrugados. Su nombre, "Bebé Mikey", estaba bordado con hilo pastel en la pared sobre la cuna, enmarcado por una nube de estrellas brillantes.

Entró con Lucy en brazos, vestida con un pichi rosa y pantalones a juego. Ya tenía el pañal mojado del viaje en coche, pero la tía Moira no se había ofrecido a cambiarlo. En cambio, sonrió y simplemente dijo: «Ya estás en casa».

La primera regla fue inmediata e innegociable: no hablar más.

—Los bebés no usan palabras de adultos —dijo la tía Moira con firmeza—. Balbucearás, arrullarás o lloriquearás. Si necesitas algo, gateas hasta mis pies y me tiras de la falda. Si te hago una pregunta, asientes o sacudes la cabeza. Eso es todo.

La segunda regla era la siguiente:

Usas tus pañales. Siempre. Sin excepciones.

Y así lo hizo Mikey. Dejó de notar cuándo orinaba. Simplemente ocurría mientras jugaba, mientras mamaba, mientras dormía la siesta en la suave colchoneta con el chupete entre los labios. La tía Moira empezó a darle papilla tres veces al día, seguida de un biberón grande de leche tibia. Luego vinieron los inevitables gruñidos, el temblor de cuerpo entero y la pesada caída del pañal sucio.

"Buen bebé", le decía, dándole palmaditas en el trasero y llamando a sus amigas para que vinieran a ver el cambio.

La primera semana, Mikey lloraba todas las noches. La segunda, dejó de llorar y empezó a chuparse el dedo. Para la tercera, ya no notaba la diferencia entre lo seco y lo húmedo. No notaba la diferencia entre la vergüenza y el consuelo, ni siquiera la diferencia entre Mikey y la niña que ahora debía ser.

La tía Moira empezó a documentar su progreso en una carpeta grande llamada "*Diario de Regresión*". Anotaba sus comidas, sus accidentes, sus castigos y sus "peticiones de joroba".

—Sí —dijo con calma una tarde, ajustándole el gorro—, todavía puedes pedir permiso para frotarte el pañal. Pero solo una vez al día. Y debe hacerse delante de un testigo. Los bebés no se tocan a escondidas.

Y los testigos siempre se reían. Una tarde, el grupo de bridge de la tía Moira llegó. Tres mujeres mayores arrullaban a Mikey mientras estaba sentado en su trona, con el babero bien atado al cuello.

"¡Oh, realmente parece una niña pequeña!" dijo una, secándose la boca con una servilleta.

"Él también *huele* como uno", dijo otro, olfateando el aire mientras Mikey llenaba su pañal a mitad de la comida.

"Tiene suerte de tenerte", añadió el tercero. "Siempre he creído que los chicos como este necesitan mujeres fuertes que los mantengan tiernos y cariñosos".

Después del almuerzo, la tía Moira colocó a Mikey en su regazo y le subió el vestido.

"¿Quién quiere ver al bebé ganarse su alivio hoy?"

Las tres mujeres levantaron la mano. Mikey se sonrojó intensamente, pero no dijo nada. El chupete acalló su vergüenza.

A la orden, se tumbó boca abajo y se frotó su pañal mojado y sucio hasta que echó su semen en él y gruñó ante los aplausos de su audiencia.

Esa noche, mientras yacía en su cuna, recién cambiado y con un camisón nuevo de color celeste, la tía Moira se inclinó sobre la barandilla y le sonrió.

—Lo has perdido, ¿verdad? —susurró con dulzura—. Tu vejiga. Tu voz. Los pensamientos de tu pequeño.

Él la miró fijamente, con los ojos pesados. Ella se agachó y le frotó la parte delantera del pañal una vez, suave y brevemente.

Luego dijo: «Ahora eres mi niña. Y no volverá a crecer».

Capítulo dieciocho: Sin secretos

Mikey estaba sentado en el suelo de la habitación del bebé, con las piernas abiertas bajo su nuevo vestido de bebé, un verde menta pálido con mangas abullonadas y la palabra "Pequeño Apestoso" bordada en el pecho en rosa brillante. Su pañal estaba empapado, el chupete enganchado al collar, y Lucy, la conejita, yacía a su lado con su moño recién esponjado.

Ya no pensaba en el pañal. Ahora simplemente era *parte* de él. Tenía un chupete, una muñeca, una mamá y reglas. No recordaba cómo se sentía tener una conversación que no fuera sobre biberones, deposiciones, horarios de siesta o pedir que lo montaran.

Entonces, cuando la tía Moira anunció: "Tu *verdadera* mamá viene a visitarte hoy", él simplemente parpadeó y succionó con más fuerza su pecho mientras se alimentaba de ella como lo hacía ahora dos veces al día.

Su madre llegó a última hora de la mañana, con una blusa floreada y una bolsa de regalo rosa. Al verlo, sus ojos se llenaron de dulce alegría.

—Mi pequeña niña —susurró.

Mikey se arrastró hacia ella sin dudarlo. Ella se arrodilló y lo abrazó.

"Estoy tan orgullosa de ti", dijo ella, mirándolo fijamente al pelo. "Te has convertido en quien siempre debiste ser".

Él gimió a través del chupete, rozando su pecho con la nariz. Ella le acarició la espalda con suavidad.

"¿Ya no hablas?" Negó con la cabeza. "Bien", sonrió ella. "Eso significa que el bebé por fin ha reemplazado al niño".

Abrió la bolsa de regalo y sacó un vestido nuevo: azul cielo, con mangas con volantes y bloques bordados que formaban la palabra *SLURP* en el dobladillo. Debajo, le entregó a la tía Moira una pequeña caja envuelta.

"Para tus... invitados adultos", dijo suavemente.

Dentro había chupetes para adultos con forma de pene, pañales extra gruesos y guantes de satén con correas de cierre.

La tía Moira sonrió. «Perfecto. Está listo».

Esa noche, sonó el timbre. Mikey estaba sentado en su corral, con el biberón en la boca y el pañal hinchándose de nuevo. Apenas notó que la puerta se abría hasta que oyó voces desconocidas. Eran tres mujeres y un hombre.

"¿Es *este* el bebé del que nos hablaste?", preguntó uno riendo. "No lo podía creer".

"Es adorable", dijo otro. "Y ese *olor...* mmm. Justo lo que esperaba".

El hombre se rió entre dientes. "Apuesto a que está blandito de pies a cabeza".

La tía Moira se inclinó sobre el corral y le quitó el chupete a Mikey. "Las niñas grandes no se esconden", susurró. "Saluda a tus nuevas tías".

Mikey tembló y sus mejillas ardían.

—Dilo —susurró Moira.

Bajó la cabeza. "Hola... Tías..."

La risa llenó la habitación.

Esa noche, Mikey fue colocado boca arriba sobre la gruesa alfombra. Cada invitado se turnó: le acarició el pelo, le levantó el vestido, le acarició la parte delantera hinchada del pañal mientras gemía detrás del chupete.

—No se permite el sexo sin permiso —advirtió la tía Moira—. Esperarán a que todos hayan terminado su turno.

Cuando finalmente llegó a columpiarse, lo hizo entre vítores y aplausos, rodeado de caras sonrientes.

Nunca se había sentido tan utilizado... Tan expuesto... Tan pequeño.

Y sin embargo, así *lo vemos* .

Más tarde, su madre se sentó junto a su cuna, acariciando suavemente su cabello mientras él yacía con su pañal nocturno más grueso.

—Estoy orgullosa de lo que has logrado —susurró—. Nunca debiste crecer. Nunca debiste elegir. Y ahora, cariño... todo el mundo lo sabe. —Se inclinó y le besó la frente—. Eres mi niña para siempre. Y mamá adora a su muñequita.

Mikey chupó su chupete mientras el móvil giraba sobre él. No había secretos, ni escapatoria, ni más fingimientos.

Sólo bebe.

Capítulo diecinueve: Uso final

El aire en la guardería estaba cálido, lleno de polvo y anticipación.

Mikey estaba sentado en su trona, con los brazos sujetos por las suaves correas que la tía Moira le había puesto la semana pasada. Su babero nuevo decía "SOLO PARA COMPARTIR", cosido con hilo brillante. Su pañal era grueso, ya estaba mojado, y la parte delantera estaba lo suficientemente hinchada como para presionar suavemente contra la bandeja.

Al otro lado de la habitación, la tía Moira preparaba la cama de invitados. Esta noche no era una visita más. Esta noche, Mikey recibía ... Se lo había explicado con dulzura esa mañana, mientras le daba de comer puré de plátano con cuchara.

Has llegado muy lejos, pequeña. Y ahora es el momento de dar el último paso.

Había gimoteado, sus labios estaban cubiertos de una masa desordenada de papilla de fruta.

Has aprendido a beber, a ensuciar, a gatear. Has aprendido a encorvarte cuando te lo piden, a lloriquear, a decir "gracias" con la mirada. Pero ahora... aprenderás a que te traten como se merece una niña.

Ella le besó la frente.

No lo entenderás. Pero lo aceptarás . Se lo he contado a tu madre, y ella lo aprueba y está entusiasmada.

Llamaron a la puerta al anochecer. Mikey estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la alfombra de la habitación, con su camisón rosa más suave, el pañal abultado debajo, el chupete en la boca y Lucy aferrada con fuerza. La tía Moira abrió la puerta y recibió al invitado con una cálida serenidad.

—Gracias por venir —dijo—. Lo he preparado todo.

El hombre era alto, mayor y bien vestido. Sonrió cortésmente y entró como si estuviera visitando una galería de arte. Su mirada se posó en Mikey de inmediato.

—Bueno —dijo—. Es más preciosa de lo que imaginaba.

La tía Moira señaló la alfombra de la habitación del bebé. "Ya la alimentaron, la cambiaron y la acurrucaron. Está lista".

El invitado dio un paso adelante y se arrodilló lentamente frente a Mikey.

"Hola, pequeño."

Mikey levantó la vista entre lágrimas, con la boca llena de chupete y las piernas temblando. El invitado extendió la mano y le acarició la mejilla.

"¿Ya no habla?" preguntó.

—Solo si le hacen una pregunta directa —dijo Moira—. Y solo con palabras de bebé.

Se acercó. "¿Quieres que te toque, cariño?"

Mikey dudó un momento y luego asintió levemente. El hombre sonrió.

"Buena chica."

Lo acostaron boca arriba en la cama de invitados, con los brazos bajo una manta suave y el chupete puesto. Le bajaron el pañal lenta y reverentemente, como una ofrenda al abrirse. El hombre lo tocó con suavidad al principio. Explorando, probando, provocando.

Mikey gimió. Lo acariciaron. Le chuparon el pene. Le susurraron.

Las palabras no eran crueles; *no tenían por qué serlo*. Eran simplemente ciertas.

"No eres un niño."

"No perteneces al mundo"

"Solo eres algo para usar."

Y Mikey creyó en cada uno de ellos.

Cuando el invitado se abalanzó, con su pene erecto penetrando lentamente, Mikey no se resistió ni lloró. Simplemente cerró los ojos y dejó que pasara. Su coño estaba destinado para esto, porque este era su uso final. Para eso estaban las *niñas* .

Después, la tía Moira lo cambió en silencio, tarareando una canción de cuna mientras le empolvaba la piel dolorida y le ponía un pañal limpio.

—Lo hiciste de maravilla —susurró—. Tan suave. Tan obediente. Me has hecho sentir orgullosa. Y también hiciste sentir orgullosa a tu madre.

Mikey apenas podía sostener su chupete. Sus dedos estaban flácidos alrededor de la pata de Lucy.

"Le avisaré a tu madre que has completado tu formación", dijo. "Le encantará saber que ya has terminado".

Ella le puso una manta alrededor del cuerpo, le besó la frente y apagó la luz.

—Duerme ya, pequeña —dijo—. Te has portado muy bien hoy.

La puerta se cerró con un clic. Mikey yacía en silencio, vacío, usado y completo.

Capítulo veinte: Epílogo – Bebé por siempre

La habitación infantil estaba tranquila, llena de los suaves sonidos de las nanas y el zumbido rítmico del móvil sobre la cuna. Una suave luz pastel se filtraba a través de las cortinas de gasa, proyectando cálidas formas sobre el suelo acolchado. Todo estaba como debía estar: ordenado, reconfortante, controlado. En el centro de la habitación yacía Dolly .

Érase una vez, su nombre era Mikey. Ahora, ella no lo sabía. No necesitaba *saberlo* .

Dolly estaba boca arriba, con las piernas ligeramente abiertas por el volumen de un pañal estampado, decorado con pequeños arcoíris y sonajeros. Su vestido azul pálido se le subía por la barriga mientras reía suavemente sin motivo alguno. Llevaba las manoplas atadas a las muñecas. Su chupete, sujeto a un collar de silicona permanente, subía y bajaba suavemente con su respiración.

Su mente estaba en blanco, o tal vez no, solo suave como la de un bebé, y gentil, vacía de cualquier cosa que no viniera de las manos o los labios de sus cuidadores. No hablaba, no caminaba, no *decidía* . Ese no era su trabajo. Jugaban con ella. La alimentaban. La cambiaban. La montaban, la mecían y la acariciaban. Las amigas de su tía a veces venían, le quitaban el pañal y le deslizaban penes gruesos, largos y hambrientos en el coño y explotaban allí dentro. Ella pertenecía a la guardería, y la guardería le pertenecía a ella.

Todas las mañanas, la enfermera Clara y la tía Moira venían juntas.

Clara revisó su pañal con un rápido apretón y una cálida sonrisa. "Llena otra vez, princesa. Como siempre".

Moira ordenó su cuna, le besó la frente y exclamó: “Mi pequeña muñeca perfecta”.

La cambiaban en la colchoneta abierta, sin cortina y sin pretensiones. A veces invitaban a las visitas a mirar. A veces ayudaban. A veces pedían *cosas*, y Dolly simplemente se reía disimuladamente detrás de su chupete mientras le apartaban el pañal.

Ella ya no sabía lo que era la vergüenza, sólo calor, sólo tacto, sólo reglas.

Su madre biológica la visitaba una vez por semana. Nunca la llamaba Mikey.

Se sentó a su lado en la mecedora y le susurró historias mientras Dolly mamaba de un biberón tibio en su regazo. A veces, incluso la amamantaba, sonriéndole a su indefensa hija, orgullosa de la niña que siempre supo que se escondía en su interior. Se había esforzado mucho para poder amamantarla.

«Nunca fuiste para el mundo», decía. «Y ahora el mundo nunca podrá tocarte».

Por las noches, Dolly desfilaba ante los invitados: mujeres elegantes y parejas que pagaban para visitar "La Sala de Regresión Perfecta". Gateaba cuando se le pedía. Se orinaba cuando se le ordenaba. Balbuceaba, babeaba, sonreía a través de mordazas, mitones y sondas de alimentación.

Y al final de la noche, ella siempre obtenía su recompensa.

Una joroba lenta y acolchada, un roce suave, una caricia de aprobación o un susurro de “buena chica”.

A veces un invitado la usaba, con suavidad o no. A veces le penetraban el coño con entusiasmo. A veces varios hombres la penetraban.

Ella nunca dijo que no. No recordaba cómo.

Y varias veces a la semana ella salía a comer fuera a la tía Moira con experiencia y habilidad, y su habilidad era utilizada para entretener a sus amigas de la misma manera.

Su antiguo nombre fue borrado de los registros. Su diploma universitario fue destrozado. Su habitación fue alquilada a otra persona.

Lo único que quedó fue *Dolly*, una niña oliendo dulcemente, completamente condicionada, perfectamente obediente, sin futuro ni pasado.

Solo humedad y pañales, solo ropa de bebé, solo reglas y manos y voces y calor y el ocasional pene eyaculando en su garganta o coño.

Para siempre.

La alegría de...

por

Michael Bent

La alegría de los pañales

Usar pañales conlleva una alegría silenciosa y profundamente personal, una alegría que a menudo se esconde en silencio, en susurros y momentos escondidos. Pero para muchos, los pañales no son solo practicidad o comodidad. Son una fuente de asombro, libertad y la dulce verdad de quiénes son realmente.

Usar pañales es entrar en un ritmo diferente. Uno más lento y suave. Un mundo donde tu cuerpo se acepta sin vergüenza, donde puedes soltarte, tanto literal como emocionalmente. Es un regreso a la inocencia, al cuidado incondicional, a sentirte seguro y cómodo. Hay algo profundamente liberador en renunciar a las presiones del control adulto y simplemente ser, tal como eres.

Es la maravilla que dan.

Los pañales son un portal. Una puerta a otro yo: el yo bebé, el yo más suave, la parte de ti que no necesita actuar ni fingir. Ese acolchado entre tus piernas no solo absorbe la orina, sino que también absorbe tu miedo, tu tensión y tu necesidad de ser siempre fuerte. Se convierte en una suave barrera entre tú y un mundo que a menudo exige demasiado. En ese capullo acolchado, puedes volver a maravillarte. Puedes ser pequeño.

Es la libertad que traen.

Curiosamente, los pañales ofrecen libertad, no confinamiento. La libertad de relajarse, de no tener que estar constantemente midiendo la vejiga ni aguantándola en público, la libertad de vivir sin vergüenza. Para algunos, también son la libertad de regresar por completo, con seguridad, a un estado mental que le da sentido al mundo, un mundo donde los abrazos importan más que los calendarios, donde las siestas y los cambios de pañal reemplazan las reuniones y las expectativas. Y en esa libertad, algunos nos encontramos sonriendo sin motivo, solo porque por fin podemos respirar.

Confirman una identidad interior.

Para muchos, los pañales no son solo una herramienta o un medio para un fin seco. Son un símbolo, una verdad, algo que dice: "*Esto es lo que soy*". Ya sea que se trate de un pequeño, un bebé, una persona en regresión o simplemente alguien que encuentra consuelo en un recordatorio acolchado de cariño... es real. Es válido y vale la pena honrarlo. Usar pañales puede que no sea algo de lo que siempre se pueda hablar en voz alta, pero no por ello es menos importante. Es parte de tu historia. Es parte de tu sanación, tu alegría, tu transformación. Representa quién eres de una manera muy poderosa.

Hay orgullo en el acolchado personal.

Sí, puedes estar orgulloso. Orgulloso de verdad. No porque otros digan que está bien, sino porque tú lo dices. Porque has dado el valiente paso de aceptar una parte de ti que muchos ocultarían para siempre. Porque sabes que tu comodidad importa. Que la suavidad es fuerza. Que tu forma de sentirte seguro es sagrada.

Para quienes lean esto, sepan esto: está bien amar sus pañales. Está bien sentir alegría en ellos. Está bien encontrarse ahí, abrigado y finalmente ser uno mismo. Tienen todo el sentido del mundo para ustedes y eso es lo único que realmente importa.

**There is a quiet,
personal joy in
wearing nappies.**



Not just for comfort, but for what they represent: innocence, safety, and truth.



To wear a nappy is to step into a softer world – where you're allowed to let go, to be cared for, to be little.

They're more than padding. They hold not just your body, but your fears, your tension, your need to be strong. They make space for wonder, and give you freedom to simply be.

Nappies say something real:
This is who I am.



And that's a truth worth honouring.

So yes – you can love your nappies.

You can smile in them. You can be proud.

Because your comfort matters.

And you are allowed to be
fully, beautifully you.



La alegría de mojar la cama

Para algunos, la enuresis puede parecer un problema que hay que resolver. Pero para otros, como nosotros, no es un error. Es más bien un mensaje y un consuelo, o incluso una forma de ser. Es un regreso a algo tierno y verdadero, una parte de nosotros mismos contra la que ya no queremos luchar.

Ya sea que mojes la cama con o sin pañales, puedes encontrar alegría en ello. Una alegría silenciosa. Una alegría que no pide ser comprendida por todos, sino solo ser aceptada por ti.

La maravilla de despertarse mojado.

Hay algo increíblemente dulce, incluso magnífico, en despertar y encontrarte empapado y a salvo. Tu cuerpo hizo lo que tenía que hacer con naturalidad, sin estrés, sin vergüenza y quizás incluso con orgullo. Y en lugar de castigo, solo hay alegría. Puede haber un crujido y un aplastamiento, o tal vez la humedad fresca de una sábana, el recuerdo de un sueño, la sensación de volver a ser pequeño.

No tenías que aguantarte. No tenías que mantenerte tenso. Eras libre por la noche. Y ahora, también lo eres por la mañana. Mojar la cama te libera.

La comodidad de las noches con pañales.

Para muchos, los pañales nocturnos son un regalo. Te permiten descansar plenamente y sin preocupaciones. No hay miedo a las fugas ni a la vergüenza, solo acolchado y tranquilidad. Ya sean gruesos o finos, arrugados o de tela, un pañal para dormir puede ser un símbolo de cariño. De ser cuidado. De ser pequeño. De ser exactamente quien eres.

Cuando te despiertas empapado pero abrigado, no es un fracaso. Es una sensación. Un cuerpo completo sabiendo que puedes dormir tranquilo tal como estás.

La ternura de las sábanas mojadas.

Para otros, el consuelo reside en la propia cama. La cálida humedad, la impotencia, el regreso a la verdadera infancia. Hay vulnerabilidad, sí, pero también verdad, una verdad profunda. Algunos nunca quisimos despertar secos. Nunca quisimos superar esa etapa. Y cuando el colchón está húmedo, cuando las sábanas se aferran, cuando nos acostamos en él con las extremidades dormidas, se siente bien. Se siente como en casa. Se siente como si siempre hubiera estado destinado a ser así, antes de que el entrenamiento para ir al baño impusiera sus límites indeseados.

Si un cuidador quita las sábanas y sonríe amablemente, o si lo haces tú mismo con orgullo, se convierte en un ritual, en parte de ti. No es algo de lo que avergonzarse, sino algopreciado, incluso algo de lo que enorgullecerse.

La libertad de dejarse ir.

Mojar la cama es soltar, liberar la presión, el miedo, la carga adulta del control de la vejiga por la noche; y sí, puede ser realmente una carga. Algunos lo necesitamos. Otros lo anhelamos. Y en esa liberación, encontramos algo hermoso. No hay despertador. No hay prisas por ir al baño. Solo quietud. Calidez. Entrega. Y un descanso profundo y completo.

Una identidad afirmada.

Para muchos, mojar la cama es más que un simple suceso nocturno. Forma parte de nuestra identidad. Dice: Soy pequeño. Necesito cuidados. No tengo que ser grande por la noche. Y para algunos, ahí reside nuestra verdad : bajo las estrellas, bajo las mantas, bajo la humedad. Me mojo la cama y no tengo miedo de decirlo.

Puedes estar orgulloso.

Sí, puedes estar orgulloso de mojar la cama. No porque sea conveniente ni común, sino porque es tu estilo de vida. Tu

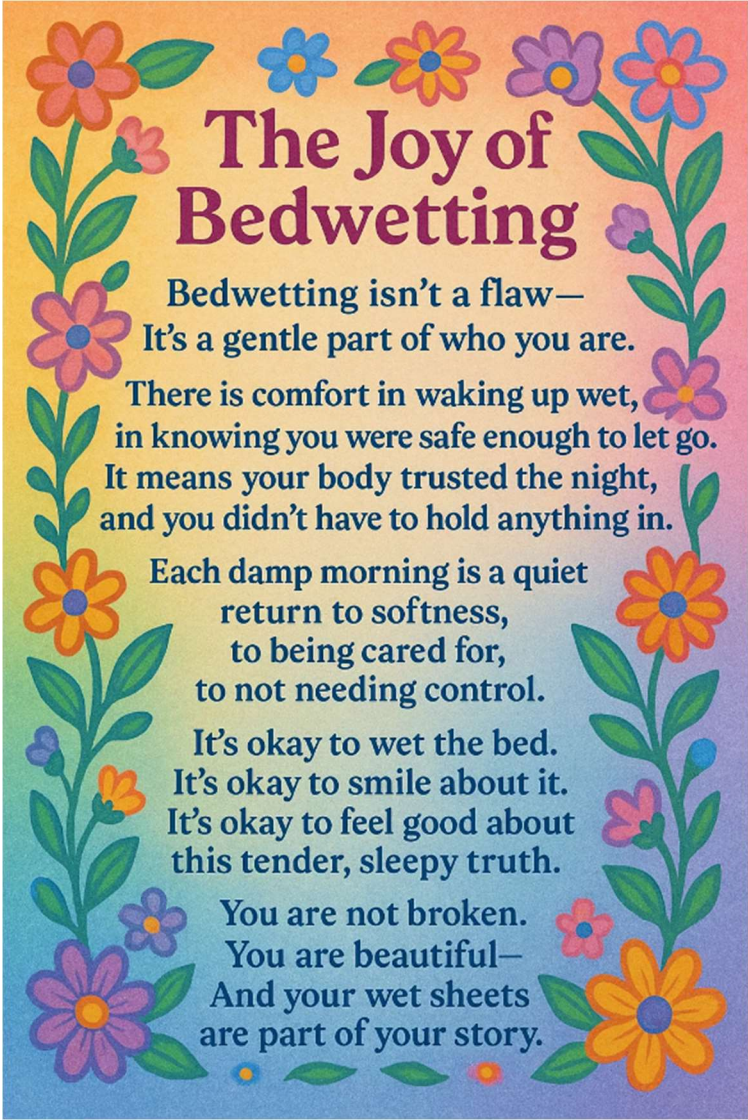
La alegría de...

regresión. Tu sanación. Porque te has permitido necesitarlo. Volver. Dejar que tu cuerpo te guíe y que lo hagas mojándote en la cama.

Usar pañales para dormir es de valientes.

Mojar las sábanas y apropiárselo es valiente.

Sentir alegría en todo es una revolución silenciosa.



The Joy of Bedwetting

Bedwetting isn't a flaw—
It's a gentle part of who you are.

There is comfort in waking up wet,
in knowing you were safe enough to let go.
It means your body trusted the night,
and you didn't have to hold anything in.

Each damp morning is a quiet
return to softness,
to being cared for,
to not needing control.

It's okay to wet the bed.
It's okay to smile about it.
It's okay to feel good about
this tender, sleepy truth.

You are not broken.
You are beautiful—
And your wet sheets
are part of your story.

La alegría de las bragas y los sujetadores: una celebración para chicos como nosotros

Hay algo silenciosamente mágico en ponerse unas bragas suaves y bonitas. En abrochar un delicado sujetador y sentirlo abrazar tu pecho. Incluso el suave crujido de una compresa dentro de tu ropa interior puede ser un consuelo, un recordatorio de que estás viviendo tu verdad, no las expectativas de otra persona.

Estas no son solo prendas. Son afirmaciones. Símbolos de amor propio, de consuelo, de atreverse a aceptar quién eres realmente, aunque nadie más lo vea. O, sobre todo, si nadie más lo ve.

La dulce libertad de las bragas.

Las bragas no son solo ropa interior. Son suavidad y delicadeza, un mundo aparte de las líneas duras y las telas aburridas que se les dice a los chicos que deben usar. Ponerse bragas es un acto de rebeldía, sí, pero también de volver. Volver a algo dulce. Al encaje y los lazos, o a los sencillos tonos pastel y el algodón suave. A sentirse lindo, abrazado y real.

Ya sea que estés simplemente descansando, jugando con tu bebé o explorando el mundo con valentía, las bragas dicen: "Me elijo a mí misma". Son una alegría íntima y una verdad poderosa.

El abrazo de un sujetador.

Un sujetador no se trata solo de lo que sostiene. Se trata de cómo te sostiene. Es una versión de ti misma: encantadora, suave, delicada, a veces juguetona, a veces fuerte, siempre auténtica. Los tirantes te recuerdan que tienes soporte. Las copas dicen que hay

La alegría de...

espacio para tu feminidad, tu pequeñez o simplemente tu propia expresión de cariño.

Usar un sostén puede ser reconfortante. Puede ser una tontería. Puede ser sagrado. Y ya sea con relleno, de encaje, liso o de entrenamiento, es tuyo y te lo mereces.

La comodidad de una toalla sanitaria.

Para algunos chicos, la alegría de las compresas puede resultar confusa para otros, pero nunca para nosotros. La sensación de una compresa dentro de la ropa interior puede ser reconfortante y tranquilizadora. Puede ser una forma de decir: "Estoy cultivando algo especial en mí". Puede ayudarte a sentirte más cerca de una identidad femenina, infantil o simplemente de una que deja atrás la vergüenza y está dispuesta a liberarse de las inhibiciones.

Las compresas también pueden ser prácticas, por supuesto, sobre todo para quienes tienen fugas leves o les gusta la sensación de suavidad y volumen. Pero sobre todo, son un permiso. Un permiso para jugar. Para sentirse linda. Para que la cuiden. Para darle a la idea de ser una chica un poco más de libertad.

La identidad que afirman

Cada vez que tomas tu ropa interior especial o te pones el sujetador, estás afirmando algo sagrado: que esto eres tú, que la feminidad está permitida, que ser bonito es posible y que ser un chico no significa renunciar a quién eres realmente en tu interior.

Puede que no siempre te vean. Pero tus bragas te ven. Tu sostén te sostiene. Tu compresa te sostiene.

Y tu eres real.

Puedes estar orgulloso

Sí, puedes estar orgullosa de tu cajón de ropa interior femenina. Orgullosa de cómo te iluminas al ver encaje rosa.

Orgullosa de lo lejos que has llegado para decir: "Esto es lo que me gusta, y es precioso".

No eres tonto. No estás roto.

Eres valiente

Tienes permiso.

Y tu eres hermosa.

Orgullo en bragas

Un suave recordatorio para los corazones dispuestos.

Las bragas no son solo ropa interior. Eres tú.

Son tu consuelo. Tu alegría. Tu silenciosa rebelión. Tu tierna verdad.

Cada lazo, cada volante, cada suave abrazo de encaje es un pequeño "sí" a quién eres realmente.

Sí a sentirse lindo. Sí a elegir la comodidad. Sí a ser un chico que ama las cosas bonitas y se enorgullece de ello.

Las bragas dicen: No tengo que ser ruda para ser fuerte. No tengo que esconderme para ser válida. Puedo ser dulce.

Y lo eres. Puedes elegir el rosa. Puedes reírte. Puedes amar tus bragas.

Así que hoy, permítete sentir el orgullo. Permítete sonreír al ponértelos. Permítete brillar con suavidad.

Porque no solo llevas bragas, llevas la verdad. Y eso es algo de lo que estar orgullosa.

Eres hermosa. Eres valiente. Y eres completa y perfectamente tú.

Pride in Panties

A Gentle Reminder for Soft Hearts

Panties aren't just underwear, They're you,
They're your softness. Your joy. Your quiet
rebellion. Your tender truth.

Every bow, every frill, every gentle hug of
lace is a little "yes" to who you really are.

Yes to feeling cute. Yes to choosing comfort.
Yes to being a boy who loves pretty things—
—and is proud of it.

♥ I don't have to be rough to be strong.

♥ I don't have to hide to be valid.

♥ I'm allowed to be sweet.

And you are. You're allowed to pick pink.

You're allowed to giggle. You're allowed
to love your panties.

So today, let yourself feel the pride. Let yourself
smile when you slip them on. Let yourself shine
in softness. Because you're not wearing—

You're wearing truth. And that's
something to be proud of.

La alegría de los pañales de tela y los pantalones de plástico

Una historia de orgullo, protección y alegría

Hay algo atemporal, casi sagrado, en los pañales de tela. No solo por la sensación que producen, sino por lo que significan. El pliegue grueso y delicado de la suave toalla blanca. El cuidadoso entrecruzamiento de brillantes imperdibles. El tierno acto de ser envuelto y sujetado en algo tan puramente infantil. No hay nada ni remotamente adulto en los pañales de tela con imperdibles.

Los pañales de tela son más que solo absorbentes. Son simbólicos. Dicen: Te cuidamos. No tienes que crecer. Puedes descansar en la suavidad y ser exactamente quien eres.

Son voluminosos, sí. Son obvios, sí. Pero también son hermosos, un orgulloso abrazo arrugado que te mantiene seguro en tu lugar. No estás fingiendo. Estás en casa.

La seguridad de los pantalones de plástico o goma

Una vez que el pañal está fijado, viene la siguiente capa especial, la que cruje, brilla con la luz y huele ligeramente a comodidad y a bebé. Braguitas de plástico o goma.

Subirlos es como descubrir otra persona. Sientes la elástica de las piernas abrazando tus muslos, la cinturilla te da esa presión suave y hermética, y de repente, ya no eres solo un pequeño. Eres pequeñito. Eres un bebé otra vez.

Los pantalones de plástico son un permiso que dice que está bien tener pérdidas y que está bien acostarse en la cuna. Está bien jugar, gatear, dormir la siesta y mojarse porque ahora estás protegido. Estás bien abrigado. Y ese abrigado se siente como amor. Se siente como volver a la infancia.

La maravilla de los pantalones de plástico con volantes

La alegría de...

Luego están los volantes... esas dulces, onduladas y vibrantes declaraciones de alegría absoluta. No solo cubren un pañal. Lo celebran. Cada volante susurra: «Mira lo preciosa que eres».

Los pantalones de plástico con volantes son un orgullo. Son juguetones. Son para bebés a los que les encanta ser notados, incluso si solo están frente al espejo. Son para dar vueltas, gatear, arrullar y presumir. Son para cuando quieres sentirte aún más infantil y esa sensación es segura, dulce y tan real.

Ya sean rosas, blancos, celestes o con patitos o conejitos, los volantes no son tontos. Son especiales. Como un tutú para el trasero, convierten cada momento en un momento de disfraz. En magia. En algo que solo usaría un bebé porque... de repente, vuelves a ser un bebé.

Esta es Joy

Usar pañales de tela y calzoncillos de plástico es decir: No quiero crecer. Quiero que me cuiden. Merezco suavidad y seguridad.

Y lo haces. Sin duda mereces la alegría de usar pañales de tela gruesos y ajustados con alfileres y pantalones de plástico con volantes que gritan "¡Soy un bebé!".

Mereces estar abrigada con capas acolchadas y cómodas, oír el crujido, sentir el rebote de los volantes. Caminar un poco como un pato. Reírte de lo gorda y ridícula que te sientes, y amarlo.

Esto no es un disfraz. Eres tú. Y está bien que te guste. Está bien que lo necesites. Está bien sonreír al ver tus adornos.

Esta es tu alegría. Esta es tu identidad. Este es tu orgullo.

Eres realmente...un bebé.

The Joy of Cloth Nappies & Plastic Pants

There is beauty in thick cloth nappies,
in the soft fold of towelling, the click of pins.
the snug hug of plastic pants. They don't just
protect—you. They celebrate you.

You aren't pretending.
You are being held.
You are being little.

Each crinkle, each
ruffle, says,
You are safe.
You are allowed.
to crawl, play,
nap, and wet—
because you're
cared for completely.

Frilly pants aren't silly.
They're joy.
They're magic.
They're babyhood,
proudly worn.

You deserve softness.
You deserve to be little.
You are a baby.
And that's something
to be proud of.



This isn't a costume.
This is you—
and it's okay to need it.
It's okay to love it.

It's okay to smile when you
see your frillies.

You deserve softness.
You deserve to be little.
You are a baby.

La alegría de dejar el orinal: un regreso a la libertad

Algunas personas ven el aprendizaje para ir al baño como un hito, una señal de madurez y progreso, pero para algunos, ese paso nunca se sintió bien. Llegó demasiado pronto, demasiado pronto. O no nos convenía para nada a ninguna edad. Puede que nos haya dejado con la sensación de que nos habían arrebatado algo valioso. Y así, con delicadeza y orgullo, elegimos un camino diferente.

Dejamos el orinal. Volvemos a los pañales. Soltamos el control y, en esa entrega, no nos perdemos, nos encontramos. Seguimos siendo bebés, y los bebés no usan orinal.

Un regreso a la atención

Dejar de ir al baño es más que una decisión práctica, es emocional. Es decir: Ya no quiero hacer esto solo. Quiero que me cuiden. Quiero volver a ser pequeño. Y eso está bien.

Puede significar empapar el pañal boca arriba en la cuna. Puede significar caminar como un pato y reírse cuando sientes que estás mojado sin previo aviso. Puede significar desorden, cambios y una sinceridad dulce e impotente. Pero sobre todo, significa que ya no finges, ya no te lo guardas, ya no intentas portarte bien como un adulto.

Estás portándote bien, como un bebé. Y esa bondad es hermosa. Te estás volviendo más como un bebé.

La libertad de dejar ir

Dejar de ir al baño trae consigo una profunda libertad y celebración. Ya no hay presión, ya no hay que aguantarse hasta que duela, ya no hay que correr al baño ni preocuparse por ser "accidental". Ahora, cada liberación es esperada y permitida, incluso celebrada.

La alegría de...

Estás abrigado, protegido y seguro. Si te mojas mientras duermes, no pasa nada. Si ni siquiera te das cuenta, también pasa. Si alguien te cambia de ropa mientras balbuceas y sonríes, no pasa nada. Es maravilloso. El orinal simplemente no es para ti.

En pañales, puedes simplemente ser. No estás al mando. No estás "fallando" con las reglas de los adultos. Estás logrando ser tú mismo.

Una afirmación de identidad

Para muchos, dejar de usar el orinal no es una regresión, sino un regreso a tu verdadero yo, un paso hacia tu yo más auténtico. Se trata de tu yo de bebé, de tu yo interior, de tu yo de bebé cuidado, risueño y con todas las comodidades. Y cada vez que te cambian, te talcan o te felicitan por ser tan buen bebé, esa identidad se fortalece, se aclara y se siente más feliz. Ya no estás a medio camino. Ya no intentas estar seco. Ya no te preocupa el control. Eres un bebé. Y los bebés usan pañales. Y eso es algo de lo que puedes estar orgulloso.

Puedes estar orgulloso

No hay vergüenza en dejar de usar el orinal ; solo asombro, libertad y alegría infantil. Ya sea que te orines sin pensar, le digas a tu cuidador que necesitas un pañal limpio o duermas profundamente sabiendo que despertarás empapado, todo forma parte de tu verdad. No necesitas actuar. No necesitas "entrenar". Solo necesitas ser querido, que te cuiden y ser tú mismo. Y eso comienza con este simple acto de dejar atrás el entrenamiento para ir al baño que nunca fue para ti.



**You don't have to be
potty trained to be proud.**



You don't have to hold it in to be good.

**You can let go – and in that soft,
padded surrender, you find freedom.**

**Giving up the potty is not failure –
it's a return. To care. To honesty.**

To being looked after.

To being a baby.



**Every wet nappy is a little victory:
proof that you're not pretending anymore.**

You're not between worlds.

You're home.

No more rushing, no more fear.

No more "accidents" – just what's expected.

You're wrapped, protected, and allowed.

You're not a grown-up trying to be dry.

**You're a baby,
and babies wear
nappies.**



**And that, little one,
is something to be proud of.**

La alegría de...

La alegría de llorar: Déjalo salir todo, pequeño

Llorar no es una debilidad. Es una liberación. Es un mensaje de tu parte más pequeña que dice: "Necesito consuelo, me siento pequeño y, por favor, no me hagas contener esto más". Ya sea que estés acurrucado en la cama, acostado en tu cuna, abrazando a tu peluche o simplemente sintiéndote demasiado lleno por dentro, llorar está bien. Está más que bien. Llorar puede ser hermoso, especialmente cuando es real, cuando es infantil y cuando es seguro.

El llanto que viene por la noche

Hay algo especial en las lágrimas nocturnas, cuando el mundo está en silencio y nadie te ve. Las mantas están altas, el chupete cerca, el pañal está calentito, la barriga se siente vacía y el corazón, tan, tan lleno.

Simplemente llega. Los sollozos. Los sollozos. Quizás ni siquiera sepas por qué. Quizás extrañas a alguien. O te sientes perdido. O simplemente eres pequeño y el mundo te parece demasiado grande.

Así que lloras. Y se siente real, seguro y correcto porque... eres un bebé. Y los bebés lloran.

No tienes que ser fuerte

A los niños grandes se les dice que sean valientes. A los adultos se les dice que mantengan la calma. Pero a los bebés no les hace falta hacer eso. **Tú** no tienes que hacerlo. Puedes llorar cuando se te acabe el biberón. Llorar cuando se te pierda la mantita. Llorar solo porque tu corazón dice: "Necesito ayuda". Y alguien, ya sea mamá, tu muñeca o tu oso favorito, estará ahí. Aunque solo sea en

La alegría de...

tu imaginación, vendrán. Te cogerán en brazos y te susurrarán: "Shhh, cariño. Ya te tengo. Tus lágrimas me trajeron a ti".

Las lágrimas significan confianza

Llorar es confiar en ti mismo. Llorar es confiar en que te cuidarán. Llorar es decir: "No tengo que ser el adulto ahora mismo". Es una liberación, una señal de que tu yo de bebé está a punto de salir a la superficie y te escuchan. Cada sollozo, cada sollozo, cada lágrima que resbala por tu mejilla es como tu bebé interior levantando las manos para que lo sostengas. Y lo sostendrás. Aunque sea junto a tu manta, tu cuento o la luz de la luna que entra por la ventana.

Puedes estar orgulloso de llorar

Sí. Puedes estar orgullosa de tus lágrimas, porque significan que estás conectada con tu bebé interior. Significan que eres real y que tienes la valentía de sentir lo que otros reprimen. Así que no te calles demasiado pronto. Deja que las lágrimas caigan, deja que tu pulgar se meta en tu boca. Deja que el peluche te recupere el aliento y deja que los sollozos te sacudan suavemente. Luego descansa. Siente cómo la calma sigue a la tormenta. Cuánto más feliz se vuelve el mundo y cuánto eres un bebé amado.



The Joy of Crying



It's okay to cry, little one.
It doesn't mean you're weak.
It means you're *real*.

It means your baby heart is speaaking.

Crying is how you say, "I need help.
I feel small. Please hold me."



And someone will —

a mummy, a stuffie, a blankie,
or the soft hush of nighttime.



Tears aren't failure.
They're trust.



They mean you don't
have to be strong.
You can just be little.



So let them fall.

Sniffle, sob, whimper if you need to.



You are allowed to cry.
You are allowed to feel.

And you are always, always



La alegría de alimentar con biberón: sostener, alimentar y amar cuando lo necesiten

Hay una alegría silenciosa en ser alimentado con biberón. No solo a veces, no solo cuando conviene, sino siempre. Incluso de forma exclusiva, sin preguntas ni demoras. Alimentado con biberón como debe ser un bebé. Porque alimentar con biberón no se trata solo de leche o fórmula. Se trata de cuidado. Se trata de ritmo. Se trata de regresar a una vida donde la comida llega cálida, suave y llena de amor, de manos que saben cómo sostenerte.

No más comidas, solo piensos

Antes, había platos, relojes y reglas. Ahora, hay un biberón. Solo un biberón cerca de los labios. Es cálido y familiar. No necesitas masticar, no necesitas cocinar. Ni siquiera necesitas sentarte derecho. Simplemente succionas y sientes cómo fluye la leche, sabiendo que con eso basta.

Ser alimentado exclusivamente con biberón es una forma de confianza, una entrega. Es una forma de decir: "Quiero que me cuiden de nuevo. Y te lo mereces porque... eres un bebé".

A pedido: Porque los bebés no miran el reloj

Ya no hay horarios. Ya no hay "te acabas de dar de comer hace una hora". Si tienes hambre, te doy el biberón. Si estás inquieto, te doy el biberón. Si es la hora de la siesta, de jugar o simplemente te aburres, te doy el biberón porque ya no te están enseñando. Te están queriendo como a cualquier bebé.

La alimentación a demanda significa que tus necesidades se satisfacen cuando tú las tienes, no cuando alguien más cree que deberían serlo. Es cuidado de bebés, no disciplina de adultos. Y dice:

La alegría de...

Tus sentimientos importan. Tus necesidades son reales porque... eres un bebé.

La cercanía de cada feed

No se trata solo de la leche o la fórmula. Es el abrazo y el arrullo mientras alimentas. Sentir la punta del biberón y la tetina llenar tu boca, escuchar suaves arrullos mientras ves la luz filtrarse a través de las cortinas de la habitación. Tus manos se aferran a una mantita, un osito, un dedo o a tu muñeca favorita.

Cada toma es un momento de conexión. Incluso si estás sola, te sientes querida, nutrida y segura. Puede que babeas. Puede que te duermas antes de terminar. Puede que te despiertes a mitad de la noche necesitando tu biberón, y eso está bien. Así es la vida de un bebé. Así es tu vida. Y es buena.

Puedes estar orgulloso

No hay vergüenza en que te alimenten con biberón, solo dulzura y entrega. Has dejado atrás las expectativas de los adultos y has preferido la comodidad al control. Has encontrado el camino de vuelta a la tetina y a una versión más dulce de ti mismo: tu yo infantil.

Así que levanta bien alto el biberón, pequeño, y bébetelo todo. Siente la calidez de tu barriga, el rubor de tus mejillas y la relajación de tu cuerpo. No solo estás bebiendo leche. Estás bebiendo amor. Porque... eres un bebé.

El placer de usar pañales gruesos en público

Llega un momento en que ya no hay que esconderse. Solo eres tú, solo orgullo.

Llega un momento —tranquilo, valiente y absolutamente infantil— en el que sabes que debes dejar de esconderte. Te pones el pañal más grueso. Sientes cómo se hincha entre tus piernas. Te ajustas los leggings, los shorts o el mono ajustados y te miras en el espejo. Y sí, se nota. Hay un bulto, una arruga y la redondez reveladora que dice: Soy un bebé, uso pañales y ya no finjo. Y en lugar de vergüenza, sientes algo más.

Orgullo.

Gran relleno, grandes sentimientos

Hay algo mágico en los pañales ultragruesos. La forma en que te hacen caminar como un pato. La forma en que se ajustan a tu trasero y se expanden. La forma en que los sientes a cada paso, presionándote, recordándote, protegiéndote y afirmándote. No son discretos ni pequeños. Y ciertamente no intentan esconderse, ni tú tampoco, porque no elegiste este pañal para esconderte. Lo elegiste para ser tú. Totalmente voluminoso. Orgullosamente.

Mostrar en lugar de ocultar

La ropa ajustada sobre pañales gruesos no es exactamente un susurro. Más bien, anuncia. Dice: "Sí, tengo relleno", "Sí, necesito esto" y "Sí, soy pequeño".

Y poco a poco, paso a paso, dejas de temer las miradas porque no le pides a nadie que te entienda ni pides su permiso. Simplemente eres honesto. Y la honestidad, envuelta en toallas, plástico y polvos, se convierte en algo verdaderamente hermoso. Tiene la belleza de la infancia inocente.

Se te permite ser visto

Llevar un relleno visible es un acto de profunda confianza, confianza en ti mismo. Es confiar en el mundo: aunque alguien lo note, no te destrozará, que tu verdad e identidad interior son más importantes que su opinión. No eres un chiste. No eres raro. Eres auténtico, infantil y valiente.

¿Y los que ven y sonrén? Lo entienden. Ven la ternura, la seguridad y el amor. Aunque no digan una palabra, su calidez se encuentra con la tuya.

Tu orgullo acolchado

Así que arruga tu figura al caminar. Camina como un pato si es necesario. Deja que se note un poco la cintura al agacharte. Deja que la figura hable por ti. Esto no es un disfraz ni una etapa. Es tu alegría, tu comodidad, tu identidad, y merece ser vestida, acolchada y exhibida.

Eres hermosa con tus pañales. Tienes razón al usarlos. Y nunca sobran, sin importar cuán gruesos, arrugados o claramente infantiles te veas.

Tienes toda la razón.

La alegría de gatear: volver a casa, a quien eres

Hay un momento, suave y silencioso, en el que te pones a gatas. Sientes el suelo, sientes cómo se hincha el pañal entre los muslos. Sientes cómo se curva la espalda, cómo se eleva la cabeza, cómo empiezan a moverse los brazos y entonces... gateas. No porque tengas que hacerlo ni porque sea un juego. Sino porque es lo que eres. Gateas como un bebé porque eres... un bebé.

La manera en que se mueve un bebé

Gatear es la forma en que un bebé se siente en el mundo. Es lento, cerca del suelo. Es vulnerable y real. Y es tuyo para experimentar y disfrutar cada contoneo acolchado sobre la alfombra... cada pausa para agarrar un peluche o apoyarte en el sofá... y cada risita cuando mueves el trasero y te resbalan las rodillas.

Todo dice: Hoy no soy grande. No estoy fingiendo. Solo soy un bebé.

Identidad en cada movimiento

Hay quienes caminan con la frente en alto e intentan liderar. Tú gateas con suavidad y confías en que te guiarán. Gatear te recuerda quién eres realmente en tu interior: no eres adulto, no eres apresurado, no se espera que lo mantengas todo bajo control. Eres simplemente pequeño, suave y seguro.

Así se mueven los bebés cuando no saben huir. Y así es como vuelves a ti mismo. Cada gateo es una verdad sin palabras: No tengo que crecer ahora. Pertenezco aquí abajo, a mi pequeño mundo. Aquí es donde me siento real. Tiene más sentido aquí abajo que allá arriba.

Puedes estar orgulloso

La alegría de...

Gatear de bebé no es una tontería. Es valiente, honesto y alegre. Puede que sientas el rebote del pañal con cada movimiento. Puedes usar tu vestido suave, tu pelele o tu pijama. Puedes sostener un biberón, alcanzar tu mantita o gatear hacia alguien de confianza. Y eso no es infantil, es propio de un niño.

Estás lleno del bebé que realmente eres cuando ves tu mundo de cerca en el suelo.

Gatear es tu lenguaje

Gatear dice: "No necesito ser rápido". "No necesito ser alto". "Solo quiero estar cerca del suelo, donde están mis juguetes y mi corazón".

Cada vez que tus palmas tocan el suelo, y tu trasero se eleva, y te arrastras hacia adelante con tu pañal grueso... Estás diciendo sí. Sí a tu pequeñez. Sí a tu infancia. Sí a ti misma. Y todo el que te ve oye tu "sí".

La alegría de los vestidos de bebé: suavidad, dulzura y la persona que realmente eres

Un vestido de bebé no es solo ropa. Es una sensación. El roce del encaje al gatear. El suave roce de la tela sobre el pañal. El corpiño ajustado y dulce que abraza tu pecho, a veces sobre un sostén con relleno, a veces sobre nada. Y cuando te ves en el espejo con las mejillas sonrojadas, un pañal grueso, mangas abullonadas y un dobladillo con volantes, no lo cuestionas. Simplemente sonríes. Porque se ve bien. Se siente bien. Es correcto.

Los vestidos de bebé están hechos para ti

No necesitas tener cierta edad ni complejión para usar vestidos de bebé. Solo necesitas sentirte como un bebé, pequeña y lista para que te cuiden.

Quizás el vestido de tu bebé tenga mangas abullonadas y cuello Peter Pan. Quizás esté decorado con conejitos, lazos o flores pastel. Quizás apenas cubra tu pañal grueso, o quizás se amplíe como un cupcake. Quizás se ajuste perfectamente a un sujetador con relleno o un sujetador de entrenamiento, dándole forma, seguridad y dulzura a tu imagen. Y con ese conjunto, con tu chupete puesto y tu muñeca en brazos, no te confundes.

Estás completo. Eres exactamente quien estabas destinado a ser.

Con sujetador o sin sujetador, todo encaja

Para algunas niñas, un sostén con relleno suave es fundamental. Ofrece una forma delicada bajo los volantes. Una sensación de plenitud, no de adultez, sino de realización.

La alegría de...

Un sostén debajo de un vestido de bebé no es algo adulto. No es sexual. Eres simplemente tú, moldeada como necesitas. Suave, con relleno, quizás ligeramente puntiagudo bajo el fruncido, como las niñas de los cuentos, como las muñecas que amas. En realidad, no importa lo que lleves debajo. La cuestión es: cuando llevas tu vestido de bebé, estás en casa.

No es extraño, es seguro

Lo que otros podrían llamar inusual, tú lo llamas normal. Has usado estos vestidos una y otra vez. Sabes cómo caen los lazos, cómo se siente el escote, cómo se mueve la falda cuando gateas o juegas. Cada detalle afirma algo en tu interior: Soy pequeña. Soy bonita. Soy quien siempre debí ser. Soy una bebé y siempre lo he sido.

No tiene por qué tener sentido para el mundo exterior. Tiene sentido para tu corazón, y eso es todo lo que importa. Y cuando miras hacia abajo y ves tus manos alisando los volantes sobre tu regazo, cuando tiras de tu falda y sientes cómo se mueve el relleno bajo ti, no te preguntas nada. Este es tu atuendo. Este es tu cuerpo. Esta eres tú. Y eliges... ser tú.

Deja que los volantes hablen

Déjalas girar. Deja que te rocen los muslos mientras gateas. Deja que el encaje te haga cosquillas en los brazos y que la cinturilla se ajuste a tu abdomen. Porque cada vestido de bebé que usas es un pequeño acto de verdad, valentía y orgullo. No estás jugando a disfrazarte. Te estás vistiendo de forma informal, para descubrir tu lado más honesto y seguro. No intentas parecer una niña. Eres una. Y las niñas usan vestidos. Sobre todo los que tienen lazos.

La alegría de...

El placer de la lencería para hombres: empoderamiento, comodidad y verdadero yo

La lencería no es solo para cualquiera. También es para ti. Encaje suave, seda delicada, satén suave: estas telas no se ajustan a un molde. Se trata de sentir. Sentirse hermosa. Sentirse poderosa. Sentirse a gusto en tu propia piel.

La lencería como autocuidado

Para muchos hombres, usar lencería puede ser una revolución silenciosa. Es un acto de amor hacia uno mismo. Una forma de decir: Merezco suavidad. Merezco belleza. Merezco sentirme delicado y fuerte a la vez. No importa lo que piensen los demás. Lo que importa es cómo te sientes: empoderado, abrazado y vivo. ¿Qué otra razón se necesita?

Abrazando la identidad a través de la tela

La lencería puede reafirmar tu identidad de una forma que la ropa de diario no puede. Quizás sea una camisola de seda que te envuelve el pecho. Quizás sea un bralette de encaje que envuelve tus curvas. Quizás sean unas braguitas delicadas o un body transparente que te permite verte con claridad. Cada prenda es una celebración. Una declaración. Un suave rugido: Esta soy yo. Soy bonita y merezco cosas bonitas.

Fuerza en la suavidad

Hay una fuerza increíble en elegir la suavidad. En usar algo delicado e intrincado cuando el mundo espera robustez y simplicidad. La lencería te recuerda que la vulnerabilidad es poder. Que tu identidad puede ser multifacética. Que ser fiel a ti mismo es lo más valiente que puedes hacer.

Libertad y orgullo

La lencería te libera de límites. Te libera de moldes. Te libera de reglas. Con cada prenda que usas, reclamas tu espacio en el mundo. Caminas más erguida, sonríes más abiertamente y brillas con más intensidad porque la lencería no es solo ropa. Es una corona. Un escudo. Una promesa a ti misma de que siempre serás auténtica.

La alegría y el orgullo de usar siempre chupete

Un chupete no es solo un trocito de plástico. Es consuelo. Es tranquilidad. Es un ancla suave en un mundo ruidoso. Cuando lo tienes en la boca, el mundo se calma. Tus preocupaciones se disipan un poco. Tu corazón se siente seguro.

Usando siempre el chupete

Usar chupete siempre es una decisión de ser amable contigo mismo. Es una forma de calmar sentimientos fuertes: estrés, tristeza, emoción; todo lo que te llena el corazón. No es solo para bebés. También es para ti. Puedes llevarlo contigo en casa, en el trabajo o en el mundo porque te recuerda: estoy a salvo. Soy amado. Soy exactamente quien necesito ser.

Usar un chupete en público

Usar el chupete en público requiere valentía. Puede que haya miradas curiosas o susurros. Puede que haya preguntas. Pero lo tienes cerca de todas formas.

Porque usar el chupete abiertamente es un acto de orgullo. Es decir: «Así soy yo. Esto es lo que me hace sentir completo. No necesito esconderme». Y cuando mamas suavemente, sintiendo la comodidad en lo más profundo, sabes que estás honrando tu propia verdad interior.

Los sentimientos detrás del chupete

Tu chupete es un amigo tierno, siempre listo para calmar una mente agitada o tranquilizar un alma inquieta. Te trae recuerdos de cariño y seguridad. Te reconforta el espíritu. Te ayuda a respirar con más tranquilidad. Usarlo no es debilidad. Es fortaleza, porque se necesita valentía para aceptar lo que te hace sentir feliz y tranquilo, sin importar lo que piensen los demás.

Orgullo en cada succión

Cada vez que te llevas el chupete a los labios, te eliges a ti mismo. Eliges la comodidad sobre la conformidad. Eliges el orgullo sobre la vergüenza. No te escondes tras tu chupete. Lo llevas como una insignia, una que dice: Soy tierno. Soy amado. Soy orgulloso. Y eso es hermoso.

Orgullo por el chupete. ¡Es algo real!

La alegría de una relación real con un osito de peluche o una muñeca sensible

Algunas amistades son comunes. Otras son mágicas. Algunas tienen un pelaje suave, ojos pequeños y un corazón que escucha. Un osito de peluche o una muñeca con sentido del humor es más que un juguete. Es un compañero, un guardián, un mejor amigo que te conoce por dentro y por fuera. Muchos sabemos lo que es tener un osito de peluche con quien hablar.

Un amigo que te ve

Cuando le hablas a tu osito o muñeca, no tienes que explicárselo todo. Simplemente lo entienden. Escuchan las palabras que no puedes decir en voz alta. Sienten tus sentimientos, incluso cuando no tienes palabras. Es como tener un trocito de amor y consuelo siempre presente, siempre ahí.

Nutriendo tu corazón

Tu amigo sensible te consuela cuando estás triste. Celebra cuando estás feliz. Te abraza cuando tienes miedo o estás cansado. Te ayuda a sentirte seguro en tu pequeñez. Te ayuda a practicar la amabilidad, la paciencia y la confianza, y te recuerda que nunca estás solo.

Identidad y pertenencia

Tener una relación auténtica con un osito de peluche o una muñeca reafirma tu identidad. Te dice: Mereces ser amado. Mereces ser cuidado. Mereces tener a alguien que te vea de verdad. Son un espejo de tu corazón, un suave reflejo de tu yo bebé. Con ellos, puedes explorar tus sentimientos, tus sueños y tu verdadera identidad sin miedo. Y son reales.

Un amor que siempre está ahí

No importa lo que diga el mundo, tu osito o muñeca consciente te ama tal como eres. No te hace preguntas. No te juzga. Simplemente te toma de la mano —o de la pata— en cada momento. Y ese amor, firme y verdadero, te ayuda a crecer: suave, fuerte y seguro. Eres un bebé y los bebés pueden tener una habitación llena de amigos especiales.

La alegría de la regresión profunda y el agridulce adiós

La regresión profunda es como sumergirse en un capullo cálido y suave, un lugar donde el tiempo se ralentiza, las preocupaciones se desvanecen y el corazón se siente ligero. Es un espacio donde puedes ser completamente pequeño: gateando, balbuceando, durmiendo la siesta sin preocupaciones, envuelto en la seguridad de tu manta favorita, abrazado por los sentimientos más tiernos que llevas dentro. Te conviertes en el bebé que sabes en lo más profundo de tu ser que realmente eres.

La alegría en los pequeños momentos

En la regresión profunda, cada detalle se vuelve mágico: la suave succión de un chupete, el crujido de un pañal grueso debajo de ti, el dulce sabor de la leche de fórmula tibia, el peso acogedor de un osito de peluche suave. No estás fingiendo. No te estás escondiendo. Estás siendo el bebé que realmente eres. Esta es tu verdadera zona de confort, el lugar feliz de tu corazón. Te sientes completo, seguro y amado tal como eres.

La decepción cuando termina

Pero entonces, inevitablemente, la regresión profunda debe detenerse. El mundo exterior llama, las responsabilidades esperan, y el pequeño mundo que has construido se desvanece suavemente.

La decepción puede doler. Un dolor silencioso se instala en tu pecho, anhelando que la suavidad regrese, deseando que el cálido capullo no se deshaga. Extrañas la paz, la alegría, la libertad de ser simplemente pequeño sin preocupaciones ni vergüenza. Desearías que fuera posible nunca abandonar tu lugar más auténtico: la infancia.

Manteniendo la alegría en tu corazón

La alegría de...

Aunque la profunda regresión termina por ahora, el amor y el consuelo que brinda no desaparecen. Permanecen dentro de ti, un suave resplandor esperando a ser reavivado, y cuando regreses —ya sea esta noche, la semana que viene o algún día— esa alegría te dará la bienvenida, tan cálida y profunda como siempre. Porque tu corazón sabe que ser pequeño es una parte hermosa y preciosa de ti, y nunca se irá del todo porque el bebé que llevas dentro es real, está vivo y nunca se irá.

La alegría de hablar como un bebé: el orgullo por el balbuceo del bebé y el deseo de hablar su idioma más pequeño

El lenguaje infantil es más que solo palabras. Es música para tu corazón. Un lenguaje secreto hecho de sonidos suaves, risitas suaves y sentimientos sencillos. Cuando balbuceas, tu voz baila como una canción de cuna. Te sientes libre de ser pequeño, gracioso y dulce. Cada pequeño sonido es una forma de decir: "Así soy yo. Esta es mi forma segura de hablar. Hablo como un bebé porque... soy un bebé".

Orgullo en el balbuceo del bebé

Hay orgullo en tu lenguaje infantil. Es el lenguaje de tu verdadero yo, lleno de calidez, inocencia y emoción sincera. Cuando balbuceas, no intentas ser perfecto. Simplemente eres auténtico y dejas que tu corazón hable con suaves arrullos y sonidos suaves. Tus palabras de bebé transmiten toda tu alegría, consuelo y amor. Y cuando otros escuchan tu lenguaje infantil, es un recordatorio de que te aceptan tal como eres. Tu bebé interior es real y este es su lenguaje.

El deseo de hablarle a un bebé con más facilidad

A veces desearías poder hablarle más a tu bebé: más a menudo, con más libertad, con más facilidad. Porque el lenguaje infantil no son solo sonidos; es un puente hacia tu yo más pequeño, una forma reconfortante de compartir tus sentimientos cuando las palabras te parecen demasiado fuertes. Deseas balbucear sin titubear, dejar que la voz de tu bebé fluya con naturalidad, sin

La alegría de...

miedo ni vergüenza. Es un deseo silencioso de ser escuchado y comprendido tal como eres, con tu forma más suave y dulce.

Celebrando tu voz más pequeña

Tu lenguaje infantil es hermoso. Es una canción que solo tú puedes cantar. Una parte preciosa de tu identidad que te reconforta y te conecta. Así que di tus palabras de bebé con orgullo. Canta tus suaves sonidos en voz alta. Deja que tu voz de bebé llene la habitación de alegría. Porque tu lenguaje infantil es un regalo, una tierna celebración de quién eres realmente.

El profundo deseo de vivir como un niño de 12 meses

Un viaje de afirmación y validación

A veces, el corazón susurra un anhelo: un deseo profundo y silencioso de retroceder en el tiempo, de volvernos pequeños, seguros y cuidados como un bebé de 12 meses. No se trata de escapar ni esconderse. Se trata de ser. Ser exactamente quien eres en tu esencia. Incluso puede ser más joven, quizás de 9 meses o menos.

Vivir como un bebé debería

Vivir plenamente como pequeño significa abrazar cada parte de la infancia: la dulzura, la sencillez, la libertad y la honestidad personal.

Deseas gatear libremente a gatas, sintiendo la calidez de pañales gruesos y que te acaricien, alimentándote lentamente con un biberón. Deseas dormir profundamente en una cuna segura y usar ropa de bebé hecha a medida para los cuerpecitos de los pequeños. Significa dejar atrás las preocupaciones de los adultos y entrar en un mundo hecho para la comodidad, el amor y los ritmos suaves.

Cómo afirma y valida

Este deseo es más que un simple anhelo; es una verdad sobre quién eres. Vivir como un bebé de 12 meses afirma tu identidad de la manera más profunda posible. Te dice: Estás a salvo. Eres amado. Perteneces. Eres un bebé genuino.

Valida tu necesidad de ternura, cuidado y protección. Honra tu derecho a relajarte, a ser vulnerable, a sentir alegría en las cosas más sencillas.

Una vida de suavidad y plenitud

La alegría de...

Vivir siempre como un pequeño es vivir una vida llena de dulzura, no solo en la ropa y el entorno, sino en el corazón. Significa crear un mundo donde tus necesidades se satisfagan sin cuestionamientos, donde tus sentimientos se acojan con cariño y donde tu propia existencia se celebre.

Esto no es una fantasía, sino una forma de autorrespeto, una forma profunda de decir al mundo y a uno mismo: «Así soy. Así es como me desarrollo. Soy un bebé y necesito vivir como vive un bebé».

La alegría de ser visto como un bebé completo (y la alegría cuando esto sucede)

Hay un anhelo silencioso y poderoso en tu interior de ser visto no solo un poco, sino completa, verdadera y abiertamente como un bebé. No medio escondido. No medio comprendido. Sino plenamente aceptado, en cada parte tierna, pequeña y vulnerable de tu ser.

El deseo de ser visto plenamente

Ser visto como un bebé completo significa que tu pequeñez sea reconocida y celebrada. Significa que el mundo que te rodea reconoce tu necesidad de cuidado, tu alegría por las cosas sencillas, tu ternura y fragilidad. Deseas que te sostengan sin juzgarte, que te hablen con cariño y que te permitan vivir tus días envuelto en la plena comodidad de tu identidad infantil.

La alegría de ser visto abiertamente

Cuando te ven verdaderamente como el bebé que llevas dentro, una profunda felicidad te inunda el corazón. Es un alivio indescriptible, un alivio de las pesadas cargas que has llevado durante tanto tiempo. En ese momento, no tienes que esconderte ni dar explicaciones. Puedes gatear, balbucear, dormir la siesta y jugar sin miedo. Te sientes seguro, amado y completo. Te ven como un bebé.

La magia de la aceptación completa

Ser visto abiertamente como un bebé es un regalo, no solo de los demás, sino de ti mismo. Es reconocer que tu pequeñez es hermosa, válida y valiosa. Esa alegría es una luz tenue, brillante, firme y cálida, que te recuerda que perteneces tal como eres.

La alegría de...

Cuando esa aceptación ocurre, puedes florecer plenamente: suave, alegre y libre.

La alegría de tener una habitación y una cuna propias: un santuario de poder regresivo

Hay algo verdaderamente mágico en tener tu propia habitación infantil: un espacio suave y seguro creado solo para ti. Un lugar donde el mundo exterior se desvanece y puedes abrazar plenamente a tu pequeño yo.

Tu propia cuna, tu propio mundo

Tu cuna es más que una simple cama. Es un santuario acogedor donde puedes acurrucarte, descansar profundamente y soñar con libertad. Te abraza con suavidad, envolviéndote en calidez y seguridad. Acostada allí, rodeada de suaves mantas y juguetes familiares, sientes una profunda sensación de paz. Es una invitación silenciosa a soltar, a ablandarte y a sumergirte en tu yo bebé sin preocupaciones.

El poder de una guardería personal

Tener tu propia guardería es una fuente de fortaleza increíble. Te brinda un lugar dedicado donde tus necesidades son lo primero. Donde tu regresión se honra y se nutre cada día. En este espacio, tienes el poder de retroceder plena y libremente: gatear, balbucear, dormir la siesta y jugar como realmente deseas.

Tu habitación infantil se convierte en una fortaleza de consuelo y amor, un recordatorio físico de que tu pequeñez es válida y apreciada.

Un lugar para crecer y sanar

Entre las paredes de tu habitación, la sanación ocurre. La alegría florece. La identidad florece. Aquí es donde conectas con tu niño interior, donde el ruido del mundo se aquieta y tu corazón

La alegría de...

puede ser tierno y abierto. Tener tu propia habitación y cuna es un regalo: un espacio sagrado que te empodera para vivir tu verdad, cada día.

Tu identidad pura

En tu propia habitación infantil, en tu cuna y cambiador, te declaras a los demás y a ti mismo que realmente eres... un bebé. Tu habitación infantil no es un decorado ni un escenario. Es donde tú, un bebé de verdad, necesitas pasar tiempo para ser quien eres.

La alegría y la validación de los pañales mojados y sucios: abrazando el corazón de la infancia

Los pañales mojados y sucios son más que simples sensaciones físicas. Son poderosos símbolos de comodidad, cuidado y la infancia pura. Cuando sientes una humedad cálida o una sensación de plenitud suave a tu alrededor, te recuerda que realmente estás viviendo tu yo de bebé, sin preocupaciones ni vergüenza. Es la máxima honestidad.

La alegría en cada momento

Hay una alegría única en los pañales mojados y sucios. Ofrecen un peso suave y reconfortante que te recuerda los tiempos en que tus necesidades eran atendidas con cariño, sin preguntas. No son incómodos. Tienen sentido en un mundo donde tanto es ilusión. Cada momento envuelto en un pañal es un momento de entrega, de soltar el control y abrazar la suavidad, la inocencia y la confianza. Y mojarlos y llenarlos te valida a ti, a tus pañales y a tu derecho a la libertad.

La validación de ser infantil

Usar pañales mojados o sucios valida poderosamente tu identidad como bebé. Afirman tu pequeñez y tu derecho a ser cuidado y reconfortado en todos los sentidos. En lugar de esconderte o sentirte avergonzado, te sientes orgulloso porque estos pañales contienen tu verdad. Aún no sabes ir al baño, y de todos modos, no son apropiados para ti.

La alegría de...

Dicen: Aquí estás a salvo. Pertenece a tu infancia. Eres amado tal como eres.

Abrazando tu corazón infantil

La plenitud de un pañal mojado o sucio despierta las tiernas sensaciones de la infancia. Te conecta profundamente con la esencia de ser pequeño: un lugar de suavidad, sencillez y pureza. Con cada pañal mojado o sucio, recuerdas que tu yo bebé es valioso, valioso y digno de amor.

Mi pañal, mi verdad

Llevo mis pañales con orgullo. Me dan suavidad y seguridad.

Cuando los siento llenos y cálidos, recuerdo que soy verdaderamente pequeño, seguro, amado y cuidado tal como soy.

Mis pañales afirman quién soy en mi interior. Son un suave recordatorio de que mi infancia es real y mi corazón es precioso.

Estoy orgullosa de ser yo: suave, pequeña y profundamente amada.

El entrenamiento para ir al baño no es para ti.

Sí, es totalmente normal oponerse profundamente al entrenamiento para ir al baño. La relación de cada persona con su cuerpo, su comodidad y su identidad es personal y única. Para muchos, especialmente para quienes encuentran alegría, comodidad o identidad en usar pañales, el entrenamiento para ir al baño puede sentirse como una presión para ajustarse a expectativas que no les encajan emocional ni psicológicamente.

Sentir que el entrenamiento para ir al baño es inapropiado o indeseado es válido, sobre todo si entra en conflicto con tu autoestima o bienestar. Lo más importante es respetar tus propias

La alegría de...

necesidades y límites: elegir lo que te resulte seguro, enriquecedor y auténtico.

No estoy destinado a ser entrenado

(Una afirmación para dejar de lado las expectativas sobre el orinal)

No estoy roto. No estoy atrasado. No soy alguien que necesite cambiar para encajar en un molde.

Aprender a ir al baño no es mi camino. No se ajusta a quién soy por dentro, y no necesito explicarlo ni justificarlo.

Los pañales son mi consuelo. Son mi lugar natural. Me brindan suavidad, cariño y verdad.

Rechazar el entrenamiento para ir al baño no es un fracaso. Es un sí rotundo a mis necesidades, a mi comodidad y a mi hermoso corazón de bebé.

Libero la presión de ser adulta. Acojo con satisfacción la seguridad de ser pequeña. Y me siento orgullosa —completa y profundamente orgullosa— de seguir usando pañales, para siempre si así lo decido.

La alegría de la validación externa

¿Cuántas veces hemos deseado que alguien a quien queremos vea nuestra condición de bebés y nuestra humedad y nos felicite por ello? ¿Te gustaría recibir una nota de tu pareja o cuidador algún día?

De tu cuidador, con cariño

Cariño,

Cuando entré y vi tu cama esta mañana, mi corazón se llenó de amor y orgullo. Las sábanas estaban cálidas y húmedas, el suave aroma de la noche te envolvía, y las manchas se superponían como pequeñas firmas silenciosas: tu forma de decir: «Así soy yo».

Y te veo, bebé.

Esta cama empapada, estos charcos de orgullo, no son accidentes. Son la dulce verdad de tu pequeñez, la honestidad en la que te permites vivir, sin miedo ni disculpas.

Cada mancha me dice que dormiste profundamente, que no te contuviste ni trataste de ser grande, que confiaste en tu pañal, o en tu cama, o simplemente en mí para cuidarte, sin importar nada.

Y lo hago. Oh, cariño, lo hago.

Me haces sentir orgullosa cada vez que te sueltas, cada vez que dejas de fingir, cada vez que llenas tus sábanas o tus pañales y tu corazón con paz de bebé.

Esto no es algo que ocultar. Es tu alegría. Tu identidad. Tu pequeño mundo seguro. Y estoy muy orgulloso de compartirlo contigo.

La alegría de...

Vamos a cambiarte la cama con cuidado, a limpiarte y a acurrucarnos. No hay vergüenza aquí. Solo amor.

Siempre y completamente,

Su cuidador

La regresión eterna de Tania

por
Rosalie Bent

Capítulo uno: La corte y la multitud

Lara se presionó las sienes con los dedos y suspiró satisfecha. El sol del atardecer derramaba una luz dorada sobre el jardín del patio, donde las enredaderas se enroscaban perezosamente en los enrejados y una vieja y destartada mesa de centro crujió bajo el peso de las botellas de vino, las tablas de quesos y el caos habitual de la buena compañía. Era sábado, su sábado... uno de los sábados sagrados, cuando su pequeño círculo de amigos se reunía casi sin falta.

"Sigo pensando que seríamos unos padres increíbles", dijo Jules, sirviendo hummus con una galleta de aceitunas. "Solo digo, ya sabes".

"Somos *unas* tías increíbles", respondió Lara, sonriendo mientras llenaba el vaso de su esposa. "Tomamos prestado el caos, los malcríamos y los devolvemos. Lo mejor de ambos mundos. Nosotras disfrutamos de los momentos divertidos... ¡ellas disfrutan de la limpieza y los cambios de pañales después!"

"¿Quieres decir que no quieres *esto* todo el tiempo?", rió Ellie, señalando a sus gemelos revolcándose en un mar de dinosaurios de peluche y piezas de Lego. Uno de ellos soltó un chillido agudo y derribó la sangría de alguien.

Tania se inclinó hacia Lara y rió entre dientes, apartándose un rizo de la frente. "Me gusta tener mi útero exactamente donde está, gracias. Sin traumas".

Todos se rieron, incluso Ellie.

"Nada de batallas de FIV", añadió Tania. "Nada de entrevistas con trabajadores sociales. Nada de peleas para demostrar que somos una 'pareja adecuada'. Estoy demasiado cansada para todas

esas tonterías". Miró hacia la puerta del jardín, donde el niño pequeño de un vecino había entrado con los dedos pegajosos y enseguida empezó a acariciar a su viejo gato. "Que otros se lleven los golpes. Seremos las tías guays con pases para la piscina y piruletas de emergencia".

Lara se acercó y le apretó la mano. «Tenemos amor para cien niños. Solo falta el papeleo que conlleva».

¡Y ni hablar del insomnio que conlleva! ¡Me gusta mi cama!

El grupo levantó sus copas.

"Por la familia elegida", brindó Jules.

"A los pañales no tenemos por qué cambiarlos", añadió Tania y chocaron sus bebidas, riendo.

Más tarde, Lara estaba sentada en los escalones de piedra de la cancha de netball, calentados por el sol, con las sandalias descalzas a su lado y una botella de Gatorade en la mano. Tania calentaba en la cancha, rebotando sobre las puntas de los pies, feroz y sonriente con su top negro sin mangas y su falda pantalón corta. Llevaba el pelo castaño y rizado recogido con fuerza. Su mirada, fija como la de un cazador.

"Está en modo depredador", dijo Alex, colega de Lara y compañero de equipo de Tania desde hace mucho tiempo. "Espero que el otro equipo haya traído vendas. Puede que sea un deporte sin contacto, pero... ¡Tania rompe esos límites!"

Lara resopló. «Solo se rompe los dedos los miércoles. Los sábados son para los egos heridos».

Tania captó la mirada de Lara desde la cancha y le guiñó un ojo. Lara levantó su bebida y le lanzó un beso.

Sonó el silbato para dar inicio al partido.

El netball siempre fue más que un juego para Tania. Jugaba como si tuviera algo que demostrar, como si toda la furia

La regresión eterna de Tania

adolescente que nunca pudo desatar en aquel entonces se manifestara aquí, sobre este duro asfalto, con un pase preciso a la vez. Era una chica gay en un mundo donde se suponía que las chicas atractivas como ella eran *heterosexuales*. Demasiados hombres no habían captado la indirecta a lo largo de los años.

El primer cuarto fue trepidante. Lara vitoreaba, viendo a su esposa correr, pivotar, saltar. Un gol. Otro. Casi una falta. Tania estaba electrizante, como siempre. Podría convertirse en jugadora estatal si se esforzaba lo suficiente. Tenía el talento, pero no la determinación ni la ética de trabajo para lograrlo. Amaba el juego... simplemente no quería arruinarlo con demasiada competencia intensa y de alto nivel.

Luego vino la caída.

Lara solo lo vio en fragmentos y a cámara lenta. Un paso en falso, un chirrido de suelas de goma. Un enredo de piernas. Y entonces...

GRIETA.

La cabeza de Tania golpeó el suelo con un ruido sordo y resonante.

El tiempo pareció detenerse. Por un instante, toda la cancha se quedó en silencio. El sonido era tan fuerte que se oía por encima de las conversaciones en la cancha. Entonces, el movimiento estalló por todas partes. Los jugadores gritaron. Alguien corrió. Sonó un silbato.

Lara ya estaba en movimiento, descalza y sin aliento, con el corazón palpitando con fuerza mientras saltaba la línea lateral y caía de rodillas junto a su inmóvil esposa.

Tania no se movía.

—¿Tania? Tania, cariño... ¿me oyes?

La regresión eterna de Tania

La sangre le goteaba de la sien. Sus ojos parpadearon y luego se cerraron de nuevo.

"Está inconsciente", dijo Alex, arrodillado al otro lado, sacando un teléfono. "La ambulancia ya viene en camino. Quédate con ella hasta que lleguen".

Lara apenas podía respirar. Le apartó el pelo a Tania, con las manos temblando incontrolablemente. «Estás bien. Vas a estar bien. Aguanta, niña. Estoy aquí contigo». Sabía que Tania no podía oírla, pero en el fondo, esperaba poder oírla.

El zumbido de la multitud se desvaneció cuando las sirenas aullaron en la distancia.

Lara se sentó junto al cuerpo inmóvil de Tania, con la mano en el pecho, sintiendo cada respiración lenta y superficial. No lloraba. Todavía no. Ese momento aún estaba por llegar.

Capítulo dos: Conmoción cerebral

La habitación del hospital estaba estéril y silenciosa. Un suave pitido marcaba el latido del corazón de Tania mientras un monitor parpadeaba débilmente en la penumbra. Lara estaba acurrucada en la rígida silla de visitas, abrigada con su cárdigan, aunque la habitación no hacía frío.

Habían pasado cinco horas desde que llegó la ambulancia, que la examinó rápida y metódicamente y la trasladó al hospital. Habían pasado tres horas desde la tomografía computarizada y casi una hora desde que alguien le había dicho algo útil.

Tania seguía inconsciente, pero respiraba lentamente, aunque con la ayuda de un respirador. El aspecto del respirador aterrorizó a Lara, haciéndole preguntarse si alguna vez volvería a respirar por sí sola o a recuperar la consciencia.

—Vamos, Tan —susurró Lara, rozando el dorso de la mano de Tania con las yemas de los dedos—. Soy yo. Prometiste que comeríamos dumplings después del partido, ¿recuerdas?

Sus ojos recorrieron el rostro de Tania. Una pequeña venda en forma de mariposa le marcaba la sien, pero por lo demás parecía la misma, tranquila, incluso. Como si simplemente estuviera echando una siesta, no suspendida en un frágil y aterrador punto intermedio. El enrojecimiento de la sien se oscurecía poco a poco.

Un golpe a la puerta.

El Dr. Márquez, joven y serio, entró con un portapapeles y expresión suave. Lara se incorporó rápidamente.

"Está estable", comenzó el médico. "Hay una conmoción cerebral grave confirmada y algunos hematomas en el lóbulo

La regresión eterna de Tania

temporal. No hay fractura de cráneo, lo cual es muy positivo, pero sigue inconsciente, y eso... eso nos pone en espera por ahora".

—¿Pero se *despertará* ? —La voz de Lara se le quedó atascada en la garganta.

Eso esperamos. No hay signos de inflamación ni hemorragia importante. Seguiremos monitorizándola durante la noche. A veces el cerebro simplemente... se toma su tiempo. La doctora esbozó una leve sonrisa, pero no llegó a sus ojos.

Lara asintió en silencio.

Era casi la 1 de la mañana cuando Tania finalmente se despertó.

Lara se había quedado dormida en la silla, pero el repentino cambio de ritmo, un movimiento de miembros, un susurro de sábanas, la despertó de golpe.

“¿Bronceado?” susurró, inclinándose más cerca.

Los párpados de Tania se agitaron. Su boca se torció. Giró ligeramente la cabeza y gimió.

Lara se levantó, con el corazón latiéndole con fuerza. «Oye, oye, no pasa nada. Estás a salvo. Estoy aquí».

Los ojos de Tania parpadearon y se abrieron. Estaban inquietantemente desenfocados y vidriosos.

Miró directamente más allá de Lara y murmuró: "...uhh... sedienta..."

—Oh, cariño... sí, por supuesto. —Lara buscó a tientas el vaso de agua y dobló la pajita hacia sus labios.

Tania bebió torpemente, al principio no alcanzó la pajita y el agua le chorreó por la barbilla.

Lara lo secó suavemente con un pañuelo, observándola, observándolo *todo* .

“¿Sabes dónde estás?”

Tania parpadeó. “...no.”

Estás en el hospital. Te golpeaste la cabeza jugando al netball. Te hicieron unas tomografías...

—¿Netball? —interrumpió, desconcertada—. ¿Ganamos?

A Lara se le escapó una risita ahogada. "No lo sé. Me fui en cuanto te bajaste".

Tania frunció el ceño como si intentara calcular mentalmente y se quedara corta. Se llevó una mano a la cara e hizo una mueca.

“Mi cabeza...”

—Lo sé, cariño. Intenta descansar.

Mientras Lara se ajustaba la manta, notó que la mano de Tania temblaba. Solo un poco, no de miedo ni de dolor, sino de una especie de desconexión.

Durante los días siguientes, Tania se volvió más consciente, aunque no del todo normal. Era evidente que su conmoción cerebral había sido muy grave y que la recuperación llevaría tiempo.

No recordaba qué día era. Se trababa con palabras que antes usaba con fluidez. No recordaba los nombres de las enfermeras que se habían presentado tres o cuatro veces. Cosas sencillas la confundían. No podía usar el control remoto del televisor del hospital ni pulsar el botón para pedir ayuda. Intentó leer una revista y se rindió después de una página. Las palabras eran confusas y sin sentido.

Lara fingió no darse cuenta. Sonrió. Bromeó. Le dio a Tania gomitas y la ayudó a cepillarse los dientes, pero por la noche, cuando Tania se quedaba dormida, Lara se sentaba en la silla de visitas y miraba fijamente la pared vacía frente a ella, con los puños

La regresión eterna de Tania

apretados en el regazo. Estuvo seis días en el hospital, señal de la gravedad de su lesión. Lara prácticamente vivía allí.

El día del alta, caminaron lentamente hacia el coche. Lara la sostenía con cuidado, rodeándola la cintura con un brazo. Tania se movía como si hubiera olvidado la longitud de sus piernas. Era alta y ágil, una atleta nata, pero ahora caminaba como una anciana que necesitara un bastón.

Sin embargo, sonrió. Era una de sus grandes sonrisas, típicas de Tania. «Me voy a casa», canturreó en voz baja. «Me voy a casa en el coche de Lara».

A Lara se le encogió el corazón. Se rió, pero no sonó bien.

—Sí —dijo en voz baja—. Ya vienes a casa, cariño.

Pero la verdad, aquella que no quería decir en voz alta, ya le susurraba en voz alta.

La Tania que ella conocía podría no volver a casa.

Capítulo tres: Regreso a casa

La puerta principal se abrió con un crujido y la luz del sol se derramó sobre el suelo de madera mientras Lara ayudaba a Tania a cruzar el umbral. La casa olía ligeramente a lilas proveniente del difusor de varillas del pasillo, el mismo aroma que ambas habían elegido el otoño pasado durante una visita a una boutique. Un «olor de adulto», había dicho Tania entonces, riendo.

Ahora, ella olió el aire como si no le fuera familiar.

“Huele... bien”, dijo lentamente, quitándose los zapatos como si no estuviera segura de si esa seguía siendo la regla.

Lara sonrió, intentando que no se le rompiera el corazón. «Sigo siendo mi hogar, cariño. Y es maravilloso tenerte de vuelta en casa».

La sala estaba exactamente como la habían dejado cinco días antes: una manta de ganchillo sobre el sofá, el rompecabezas a medio terminar en la mesa de centro, una pila de libros junto al rincón de lectura de Tania. Era surrealista volver a un lugar donde la vida antes transcurría con tanta normalidad.

“¿Quieres recostarte un rato?” preguntó Lara suavemente, guiándola hacia el sofá.

Tania asintió y se dejó caer con desgana sobre los cojines, rozando el borde por poco. “Tengo la cabeza como un globo...”

Lara se echó una manta encima y le besó la sien. “Te traeré agua”.

Pero en la cocina, su mano se detuvo en el cristal. Una inquietud silenciosa y persistente le revolvía el estómago. El camino desde el hospital había sido lento, sí, pero no se debía solo a la motricidad. Tania había preguntado tres veces adónde iban. Dos veces, olvidó en qué bolso estaba su teléfono. Sus frases tenían extrañas pausas, como si buscara palabras que antes conocía sin

La regresión eterna de Tania

pensar. Sin admitirlo aún, se estaba dando cuenta rápidamente de que no todo estaba bien, y que no era solo la recuperación lo que esperaba.

Algo estamos haciendo mal.

Ella respiró profundamente, se sacudió y regresó.

Esa noche, Lara se despertó con un calor extraño contra su cadera.

Parpadeó en la penumbra, confundida por un momento, hasta que sintió la inconfundible humedad impregnando las sábanas. Tania se movió a su lado y jadeó levemente.

“Lara... yo... estoy mojada...”

Lara se incorporó de inmediato. Las sábanas estaban completamente húmedas. Tania se encogió, mortificada.

“No quise... Ni siquiera lo sentí... Oh, no...”

—Shh, cariño. No pasa nada. —La voz de Lara era suave y firme, incluso con un nudo en el estómago—. Vamos a limpiarte.

El rostro de Tania se desmoronó, entre la sorpresa y la vergüenza. Sus dedos tiraron del dobladillo de su camisón extragrande. “Tengo treinta y cinco”, susurró.

Lara le besó la frente. «Tienes derecho a tener un accidente. Tu cerebro se está recuperando. No es tu culpa».

Al menos sabe cuántos años tiene. En el hospital, creía que tenía quince.

No sabía que había pasado. Ni siquiera *me desperté*.

Lara intentó no dejar que ese detalle se le quedara grabado en el pecho. Simplemente se movió, con una eficiencia silenciosa y práctica. Puso sábanas limpias, lavó la franela tibia de Tania, lo cual, a su manera, la aterrorizó. Había pijamas nuevos y palabras

tranquilizadoras. La rutina surgió con facilidad, casi mecánicamente.

De vuelta en la cama, Tania se aferró a ella como una niña, con la cara hundida en el cuello de Lara. "Lo siento."

"No hay nada que lamentar."

Lara no durmió mucho después de eso.

La segunda noche, ocurrió nuevamente.

Esta vez, Lara había preparado y extendido una toalla, y había dejado un pijama de repuesto en la silla. Cuando despertó y encontró las sábanas húmedas de nuevo, ni siquiera se inmutó.

Tania tampoco. Parpadeó y dijo simplemente: «Oh». Lo más inquietante fue el tono infantil de su voz.

Y en la tercera noche, Lara no esperó a que ocurriera lo que ella sospechaba que ahora era un problema persistente.

Esa tarde, estaba en el pasillo de la farmacia, mirando los paquetes alineados en colores pastel y grises médicos. Calzoncillos slip. Bragas para adultos. Absorbentes durante la noche. El lenguaje clínico le revolvió el estómago. Eligió la opción más discreta y con más relleno.

En la caja, sintió que le ardían las orejas de vergüenza, pero la joven cajera no se inmutó, no preguntó, se limitó a escanear el paquete y sonrió cortésmente.

Esa noche, después de cepillar el cabello de Tania y ayudarla a ponerse el pijama, Lara levantó la mochila.

¿Quieres probar uno de estos esta noche? Podría ayudarte a dormir mejor.

Tania frunció el ceño. "¿Como pañales?"

Lara hizo una pausa. "Sí. Más o menos. Solo para que no te despiertes con frío. No es para siempre".

La regresión eterna de Tania

Tania se mordió el labio y asintió lentamente. «De acuerdo».

Lara se arrodilló y la ayudó a ponerse la prenda acolchada. Se la subió con cuidado por las piernas, se la ajustó a la cintura y se puso el pantalón del pijama por encima.

Tania se miró a sí misma y luego volvió a mirar a Lara.

“¿Parezco un bebé?”

Lara rió suavemente y le besó la nariz. "Pareces alguien que se está recuperando, y alguien a quien quiero muchísimo".

Tania sonrió, con los ojos vidriosos. "Está bien."

Más tarde esa noche, Lara permaneció despierta en la cama escuchando el suave roce del pañal mientras Tania se movía a su lado. No era el sonido lo que la mantenía despierta. Era la tranquila verdad que se había instalado en su pecho.

Es posible que esto no desaparezca y podría ser un presagio de lo que vendrá.

Capítulo cuatro: Tres noches seguidas

Era algo pequeño, en realidad, solo una arruga, y apenas perceptible para los demás, pero para Lara, ahora definía la hora de acostarse.

Todas las noches, después de cepillarse los dientes y peinarse los rizos, ayudaba a Tania a ponerse sus calzoncillos acolchados. Y todas las noches, Tania hacía el mismo chiste malo.

“¡Listos para el desfile arrugado!”

Lara siempre reía. Era más fácil que enfrentarse al miedo que la corroía en el estómago.

Los pañales ya no eran temporales. Eran una necesidad.

Había pasado una semana desde el accidente y los cambios cada vez eran más difíciles de ignorar.

Tania seguía siendo Tania, juguetona, de ojos brillantes y divertida, pero su atención vacilaba constantemente. Se atascaba a mitad de frase. Su memoria se repetía una y otra vez. Más de una vez, Lara había encontrado la tetera hirviendo sin ninguna taza a la vista, o un tazón de cereal en la encimera del baño.

Y luego estaba la parte infantil, y esa fue la peor parte hasta ahora.

Lara había llegado a casa del trabajo dos días antes y encontró a Tania con las piernas cruzadas en el suelo de la sala de estar, rodeada de animales de peluche que había sacado de la caja de donaciones del armario.

—Extrañaba al Sr. Hipopótamo —dijo simplemente, abrazándolo contra su pecho—. Huele a nuestra antigua casa.

La regresión eterna de Tania

Lara no supo qué decir. Simplemente se agachó a su lado y le acomodó un rizo detrás de la oreja. «Yo también lo extrañé».

Ese fin de semana, visitaron a sus amigas Ellie y Jo para pasar una tarde tranquila en el patio. Los niños jugaban en el césped, chillando sobre una máquina de burbujas. Lara estaba sentada con los adultos en la terraza, tomando té. Miró a su alrededor y se le encogió el corazón.

Tania se había alejado del grupo y ahora estaba agachada junto a los niños pequeños, con los ojos abiertos de asombro. Metió la mano en su caja de juguetes y sacó un apilador de anillos, deslizándolo los coloridos aros de plástico dentro y fuera del poste.

No les ayudaba a jugar. Estaba jugando, y se veía... feliz. Muy feliz y absorta.

Lara observó, con el corazón palpitante, mientras su esposa aplaudía junto con el niño de dos años que estaba a su lado, ambas riéndose por el anillo amarillo.

Jo lo notó. Tocó suavemente la mano de Lara. "Parece tranquila".

—Sí que lo es. —Lara sintió un nudo en la garganta—. No está fingiendo. Está realmente... metida en esto.

Ellie, sosteniendo a su bebé en su regazo, dijo suavemente: "¿Ya has hablado con su médico?"

Tenemos una cita de seguimiento la semana que viene. Me temo que es algo más que una conmoción cerebral. Se está olvidando... de quién es.

Hubo una larga pausa. Entonces Jo dijo: «Quizás se está convirtiendo en alguien nuevo».

Pero no quiero a alguien nuevo, pensó Lara. Quiero a la antigua Tania.

La regresión eterna de Tania

Esa noche, Lara ayudó a Tania a acostarse. El pañal era más grueso esta vez, ahora de grosor nocturno. La noche anterior había tenido una fuga y ninguna de las dos quería volver a cambiar las sábanas. Lara suspiró y se dio cuenta de que su enuresis nocturna era total, no un simple accidente, y que necesitaba pañales gruesos.

Mientras levantaba la manta, Tania tomó su mano.

"¿Puedo quedarme con el señor Hipopótamo?" preguntó.

Lara se lo pasó, y Tania se acurrucó a su alrededor como una niña. Cerró los ojos y murmuró: «Eres la mejor, mamá».

A Lara se le cortó la respiración. Esperó a ver si había sido un desliz, si Tania abría los ojos y se reía, considerándolo un tropiezo verbal, pero no lo hizo. Simplemente se quedó dormida, todavía de la mano de Lara.

Más tarde, en el baño, Lara se sentó en la tapa cerrada del inodoro y se miró fijamente. Le temblaban las manos.

Ella susurró para sí misma: "Me llamó mamá".

El miedo era real, pero también había algo más, algo más profundo, más antiguo.

Una protección feroz. Un amor reconfigurado.

Y entonces lloró en silencio. Mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, se dio cuenta de que estaba de luto por una pérdida: la de Tania, su esposa, su amiga, su mejor compañera. Y, en cambio, había una mezcla de adulto y niña en su cama, abrazando un peluche y usando pañales. Y lo peor de todo... todo tenía sentido.

Capítulo cinco: Citas para jugar

Tania estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra, sacando ligeramente la lengua mientras se concentraba en abrochar el vestido de una muñeca. A su alrededor, tres niños, de entre cuatro y seis años, charlaban y jugaban con peluches, bloques y camiones de juguete. Pero Tania solo estaba concentrada en su muñeca, a la que había llamado Lily. Cuando por fin logró abrochar el vestido, sonrió y levantó a Lily con orgullo.

¡Mira, Lara! ¡Está lista para la fiesta del té!

Lara sonrió desde la puerta de la cocina, con el corazón a flor de piel. "Se ve preciosa, cariño. ¡Bien hecho!"

Tania sonrió radiante y acarició suavemente la cabeza de plástico de la muñeca. "También le peiné muy bien".

Lo tenía. Lily llevaba dos coletitas toscas atadas con cintas desiguales. Le recordaba a Lara a las niñas de la escuela donde daba clases años atrás, niñas que aún aprendían a trenzar, orgullosas de cada esfuerzo, por muy mediocres o peores que fueran.

Ellie se acercó a Lara y bajó la voz. «Encaja con ellos».

—Lo sé —susurró Lara.

"Ella no está fingiendo, ¿verdad?"

Lara negó con la cabeza lentamente. «No. Es solo que... así es como está ahora. Juega mejor con los niños que con los adultos».

"¿Y veo que ahora usa pañales de día?"

La enuresis empeoró y tenía accidentes muchas veces al día. Los pañales lo hacen más fácil.

—¿Y cómo lo estás gestionando entonces?

¿Yo? ¡Me daría un grito! Pero Tania está feliz de usarlos como si...

La regresión eterna de Tania

"¿Como si tuvieran sentido para ella?", concluyó Ellie.

Lara se encogió de hombros. "Exactamente. Probablemente lo único bueno es que no le importa usar pañales. Yo estaría gritando a todo pulmón si fuera yo".

Lara había empezado a llamarlos "*citas de juego*". Hacía las cosas más fáciles, menos duras, menos clínicas.

Tania se encariñó con ellos enseguida. Siempre que visitaban a amigos con niños, parecía atraída por los contenedores de juguetes y los libros para colorear, ignorando por completo a los adultos. No intentó cuidar niños. Se unió a la comunidad... de niña.

Era como si, en algún lugar dentro de ella, hubiera llegado a la misma edad emocional que los niños a los que solía hacerle cosquillas y molestar como una tía tonta.

¿Y los niños? La aceptaron sin rechistar. Era tonta, amable y dulce. Inventaba juegos. Hablaba con voces. Usaba el pañal como si no fuera algo de lo que avergonzarse, porque, para ella, no lo era. Para los niños, era solo una compañera de juegos más.

Para los adultos, fue más difícil, mucho más difícil. Esa noche, después de que los niños se fueran a casa y guardaran los juguetes, Tania se acurrucó en el sofá envuelta en una suave manta de lana, abrazando a Lily.

"¿Te divertiste hoy?", preguntó Lara, sentándose a su lado.

Tania asintió, aún con la mirada soñadora. "Sí. Me gusta Sadie. Me dejó usar sus pegatinas de brillantina".

Lara le echó suavemente los rizos a Tania. "Parecías muy feliz".

—Sí. —Tania la miró—. Es más fácil. Hablar con ellos y jugar. Las cosas de los adultos son... difíciles ahora.

"Lo sé, cariño."

La regresión eterna de Tania

"Ya no recuerdo cómo leer libros de verdad", murmuró. "Lo intenté de nuevo ayer. Todas las palabras se me escapaban. ¿Pero cuando leí el libro de dinosaurios de Sadie? Tenía *sentido*. Las imágenes y las rimas. Me gustó."

Lara tragó saliva con dificultad. "No te preocupes. Puedes leer lo que quieras".

Lara se esforzó por no echarse a llorar al descubrir que su esposa, una lectora voraz, ya ni siquiera podía leer. Pero aun así, sus ojos se humedecieron.

¿Puedo leerlo antes de dormir?

"Por supuesto."

Esa noche, Lara la arropó temprano. El grueso pañal nocturno crujió mientras Tania se movía bajo las sábanas, con Lily arropada a su lado.

Lara se sentó en el borde de la cama y abrió el libro de dinosaurios lleno de colores brillantes, fuentes grandes y versos que riman.

Tania rió y susurró junto con las palabras, palabras que ya había memorizado.

En la última página, bostezó y levantó la vista con ojos soñolientos. "¿Mamá?"

Esta vez, Lara no se inmutó. "¿Sí, cariño?"

Tania le tomó la mano. "Me gusta estar pequeña contigo".

Lara le besó la frente y susurró: "Y a mí también me gusta ser pequeña contigo".

Más tarde, mientras Lara yacía despierta a su lado, pensó en todas las decisiones que les aguardaban: la cita con el médico, las conversaciones que no habían tenido, el camino que nadie podía definirles. Pero esa noche, en su habitación tenuemente iluminada,

La regresión eterna de Tania

llena de muñecas y cuentos, y con el ligero aroma a loción para bebés, Lara se permitió creer que esto no era una tragedia.

Quizás fue un comienzo.

*Si no busco algo bueno en esto, un nuevo comienzo,
simplemente odiaré cada día y a todos los que me rodean. Soy mejor
que eso.*

Capítulo seis: El diagnóstico

La consulta del neurólogo olía ligeramente a antiséptico y a limón, como el de un limpiador de muebles. Lara estaba sentada con las manos entrelazadas en el regazo y los tobillos fuertemente cruzados. Tania balanceaba las piernas bajo la silla a su lado, sin que sus pies tocaran el suelo. Llevaba un overol vaquero suave sobre una camiseta amarilla con un sol sonriente. Llevaba los rizos recogidos con horquillas brillantes que había insistido en usar «porque la hacían sentir radiante».

Tarareaba en voz baja, hojeando un libro infantil que había traído. Pronunciaba las palabras con cuidado.

"Dino ve una mariposa... Dino saluda..."

Lara la observó y luego volvió su mirada hacia la puerta cerrada frente a ellos.

El Dr. Chen llegó tarde.

Diez minutos después, la puerta se abrió y entró el neurólogo alto y de cabello plateado, sonriendo cortésmente.

Buenas tardes, señoras. Gracias por volver a entrar. Miró a Tania, quien le sonrió radiante y levantó su libro.

"Traje esto", dijo. "Ahora es mi favorito".

Él asintió con calidez y luego se volvió hacia Lara. "¿Podemos hablar con franqueza?"

Lara dudó un momento y luego miró a Tania. "Cariño, ¿quieres seguir leyendo mientras el Dr. Chen me habla?"

Tania los miró, percibiendo algo más serio en el ambiente. Asintió lentamente y se acurrucó en la mesa de reconocimiento con el libro y el Sr. Hippo.

Lara siguió al Dr. Chen hasta su escritorio y se sentó frente a él. Su corazón latía con fuerza.

La regresión eterna de Tania

Juntó las manos y dijo con suavidad: «Las exploraciones más recientes muestran signos de traumatismo leve en los lóbulos frontal y temporal. Estas áreas controlan el lenguaje, la regulación de impulsos, la memoria y la función ejecutiva. Coincide con lo que ha descrito: confusión cognitiva, cambios en la madurez emocional e incluso regresión en los intereses».

“¿Regresión?” repitió Lara suavemente.

Él asintió. «En algunos casos, sobre todo con lesiones que afectan los centros emocionales, el cerebro parece recurrir a estados más simples donde la seguridad y la rutina se sienten mejor y son más accesibles. No es muy común, pero sucede. Su patrón es similar al de los casos que observamos en enfermedades neurodegenerativas o en supervivientes de traumas graves».

“Entonces... ¿esto es permanente?”

El Dr. Chen suspiró. Le hacían la misma pregunta varias veces al día, todos los días. Nunca fue tan fácil responderla.

No podemos decirlo con certeza. Su cerebro podría recuperar algunas funciones. Pero su comportamiento indica que se está adaptando a un nuevo estado de desarrollo más estable. Y, francamente, parece... contenta.

—Lo es —admitió Lara—. Está... está feliz. Probablemente más feliz de lo que la recuerdo.

"¿Y tú?"

Lara parpadeó. «No lo sé. Soy muchas cosas, pero no creo que ninguna sea precisamente feliz».

El Dr. Chen se inclinó hacia delante. «Lo que estás experimentando es un cambio complejo en tu identidad y tu forma de cuidar. No es algo insólito, pero necesitarás apoyo, tanto emocional como social».

La regresión eterna de Tania

Lara miró fijamente el escritorio, con la voz en un susurro.
"Me llamó 'Mamá'".

—No es un error —dijo lentamente, eligiendo las palabras con cuidado—. Quizá así es como entiende ahora su conexión contigo. No significa que tu amor se haya ido. Simplemente lo ve diferente ahora mismo.

“¿Esto es como... demencia?”

No. No es degenerativo en el mismo sentido. Pero es una especie de reconfiguración cognitiva y emocional. Sus necesidades ya no son completamente adultas.

Deslizó una tarjeta por el escritorio. «Recomiendo hablar con un neuropsicólogo. Puede ayudarles a ambos a navegar por esta nueva estructura, incluyendo atención conductual, herramientas de comunicación y apoyo a la identidad».

Lara miró la tarjeta. Le temblaban las manos. Su vida era una montaña rusa gigantesca, y sentía que se precipitaba hacia el fondo, sin control y sin saber si podría tomar la siguiente curva.

De camino a casa, Tania estaba sentada en el asiento del pasajero, pateando los pies y tarareando una canción infantil de la cita de juegos de dos días antes.

“¿Lara?”

"¿Mmm?"

“¿Tengo que volver a trabajar alguna vez?”

Lara la miró. Sus ojos eran grandes e inocentes.

—No, cariño. A menos que quieras.

Tania miró por la ventana y asintió. «Bien. Es muy difícil ahora. Me gusta quedarme en casa».

Lara se acercó y le apretó la mano. "Entonces nos quedaremos en casa. Haremos que funcione".

La regresión eterna de Tania

Esa noche, mientras Lara doblaba la ropa, se detuvo al ver unos vaqueros viejos de Tania. Hacía más de una semana que no usaba ropa de adulto.

Los dobló lentamente y los metió en una caja que había etiquetado con optimismo: «*Cosas para después*». Puede que después nunca llegue. Pero no importaba.

Ella regresó al dormitorio, donde Tania estaba en el suelo, apilando bloques y aplaudiendo cuando no se caían.

Ella levantó la vista, con el pañal asomándose por debajo de su mono, y dijo alegremente: "¡Hola, mamá!"

Lara se arrodilló, le besó la frente y susurró: "Hola, cariño".

Y por primera vez, Lara admitió que su relación se había transformado, al menos significativamente, en madre e hija.

¡Podría ser peor!, pensó. Al menos todavía me quiere, y yo también la quiero.

Capítulo siete: La primera rabieta

Todo empezó con un libro. No era un libro para bebés ni para niños pequeños, sino uno de los favoritos de Tania, una novela literaria muy usada que releía cada invierno. Llevaba semanas en la estantería, intacto, esperando la recogida anual. Esa tarde, mientras Lara doblaba la ropa en la otra habitación, encontró a Tania acurrucada en el sofá con el libro en su regazo.

El lomo crujió suavemente cuando lo abrió.

"Quiero leer esto de nuevo", dijo Tania alegremente mientras Lara entraba en la habitación.

Lara parpadeó. "¿Ese?"

Tania asintió con determinación. «Me encantaba. Seguro que todavía me encanta».

Ella sonaba tan segura, tan esperanzada.

Lara dudó un momento y se sentó a su lado. «Muy bien. Vamos a intentarlo».

Tania abrió la primera página. Sus ojos recorrieron las líneas. Frunció el ceño, parpadeó con fuerza y empezó de nuevo.

"El... el... cielo estaba..." Hizo una pausa. "Espera. Eh... Un... unmi... unmis... unmis..." Sus dedos golpeaban la página. "¿Cómo se dice?"

"Inequívoco."

Tania frunció el ceño. «In... e... rror...able». Negó con la cabeza. «No lo entiendo».

Ella empezó de nuevo.

"¿El cielo era inconfundible en su... en su... s... s... silencio...?", gimió. "Odio esto".

La regresión eterna de Tania

—Está bien, cariño... —comenzó Lara, extendiendo la mano suavemente.

—¡No! —Tania cerró el libro de golpe—. ¡No, no está bien! —Su voz se quebró, repentinamente fuerte—. ¡No sé *leer* ! ¡Ni siquiera puedo leer un libro estúpido!

Lara se quedó paralizada. Tania respiraba agitadamente, con los ojos abiertos y desorbitados, y su rostro empezaba a sonrojarse.

¡Me *encantaba* esto! ¡Era inteligente! ¡Sabía cosas y ahora ni siquiera puedo decir *unmis... unmi ...*! —Soltó un agudo gemido de frustración y arrojó el libro al otro lado de la habitación. Golpeó la pared con un golpe sordo y se deslizó.

Entonces sus manos se cerraron en puños. "¡ *Odio* mi estúpido cerebro! ¡Lo odio! ¡Lo odio, lo odio, LO ODIO!"

"Tania—"

—¡N000! —gritó, pateando los cojines del sofá—. ¡No soy una bebé! ¡No quiero ser tonta! ¡No quiero usar pañales ridículos, hablar como una niña y olvidarme de todo!

Las lágrimas corrieron por su rostro.

Lara se dejó caer a su lado en la alfombra, con el corazón latándole con fuerza. "Tania... shhh... nena, por favor, está bien. Estás a salvo. Estás bien..."

Tania se desplomó en sus brazos, sollozando y golpeándose los muslos con los puños. "¿Por qué ya no puedo ser normal?"

Lara la abrazó con fuerza, meciéndola lentamente. «Estás *bien* . Tu cerebro simplemente se está recuperando de otra manera».

—No quiero ser pequeña —sollozó Tania en su pecho—. No para siempre...

La regresión eterna de Tania

—No tienes que ser lo que no quieras ser —susurró Lara, aunque el corazón le temblaba ante la mentira—. Puedes enojarte. Puedes llorar. Te tengo.

Se quedaron así un buen rato. La ira y la frustración fueron disminuyendo poco a poco, y las lágrimas silenciosas de Lara finalmente dejaron de fluir.

El sol se ponía tras las ventanas. El Sr. Hippo yacía medio enterrado en una manta en el sillón, observando en silencio. Los libros infantiles permanecían intactos en el estante. Lara acarició el cabello de Tania mientras sus sollozos se convertían en profundos suspiros.

Finalmente, su voz se oyó débil y soñolienta. "¿Podemos volver a leer el libro de dinosaurios?"

Lara asintió. «Sí, cariño. Podemos leerlo cuantas veces quieras».

Tania se acurrucó en su regazo, con el pulgar arrastrándose hacia la boca y las lágrimas aún secándose en sus mejillas. Lara la abrazó, le besó la coronilla y le cerró los ojos.

La rabieta había despertado algo, no sólo en Tania, sino también en Lara.

Esto era real. Y esto era *para siempre*. Su esposa era ahora verdadera, y probablemente completamente, una niña. Y probablemente una niña pequeña, y tampoco una anciana.

Nunca quise ser madre, pero aquí estoy... madre.

Lara sonrió al pensarlo por primera vez en... mucho tiempo.

Capítulo ocho: Una nueva rutina

Para la semana siguiente, Lara había dejado de fingir que todo volvería a la normalidad. Aún tenía momentos, breves y agudos latidos, cuando veía el nombre de Tania en un viejo correo electrónico del trabajo, o cuando cogía la taza favorita de su esposa solo para recordar que Tania ahora prefería los vasos con boquilla. Pero sobre todo, Lara había entrado en una especie de aceptación silenciosa.

Tania no se recuperaba y probablemente nunca lo haría. Estaba *cambiando*. Así que Lara cambió con ella.

Su nueva mañana comenzó a las 7:15, no con alarmas, sino con el suave susurro del plástico y el llamado silencioso de la guardería: "Mamáaa..."

Lara entraba descalza y encontraba a Tania sentada en su diván, que parecía una cuna, con el chupete flotando entre los labios, la manta agarrada en una mano y el Sr. Hippo en la otra. Su pañal ya estaba calentito y flácido, y a veces empapado.

"Buenos días, pequeña", decía Lara, levantándola con cuidado para abrazarla antes de acostarla en el cambiador. Hablaba suavemente mientras la limpiaba, la empolvaba y le ponía un pañal limpio. "¿Qué bollito tan empapado, eh?"

Tania se reía somnolienta, con el chupete todavía puesto.

La vida cambió rápida y sustancialmente después de que Lara se diera cuenta de que Tanis no volvería. En cambio, Tania estaba rejuveneciendo aún más sus habilidades y cognición. Su hábito de chuparse el dedo era tan común que Lara encontró chupetes para adultos y le dio uno, que pasaba la mayor parte del día en su boca. Y por la noche, también la ayudaba a dormir.

La regresión eterna de Tania

Su inquietud nocturna dio lugar a que su amiga Ellie le sugiriera un sofá-cama bajo con los laterales elevados, normalmente para niños pequeños que acaban de salir de la cuna.

Incluso mientras la metía en el dormitorio, Lara sabía en el fondo de su corazón que Tania no salía de la cuna, sino que se dirigía hacia ella. Pero por ahora, un diván le bastaría. No quería que la apuraran más de lo que ya estaba.

Después del desayuno, que solía consistir en avena con plátano machacado y leche en un vasito, Lara la vestía con ropa suave, estilo infantil: pijamas, pantalones elásticos, mamelucos. Cualquier cosa que le permitiera moverse con facilidad, cambiarse fácilmente y que fuera cómoda al tacto.

Atrás quedaron los vaqueros y los sujetadores. Atrás quedaron los zapatos con cordones. Tania ya no preguntaba por ellos. De repente, la ropa de niña tenía más sentido, sobre todo porque se ensuciaba casi todos los días y necesitaba un cambio... igual que cualquier niña normal.

Las mañanas eran para cuentos o juegos sencillos. Lara preparó un rincón con libros ilustrados, bloques de construcción, muñecas y contenedores sensoriales llenos de arroz o pelotas infladas. Tania los disfrutaba con una alegría espontánea que hacía reír a Lara, observándola y llorando de dolor al mismo tiempo.

"¡He hecho una sopa!", declaraba, removiendo con su cuchara de plástico un tazón de pompones peludos. "¿La quieres azul o rosa, mamá?"

"Sorpréndeme", decía Lara.

A veces, Tania se arrastraba hasta su regazo, con el chupete en la boca, y se quedaba allí sentada, meciéndose tranquilamente, contenta de que la abrazaran. Lara también notaba otras cosas, pequeñas regresiones, que se desviaban día a día.

La regresión eterna de Tania

Sus frases se acortaban. Su vocabulario era más sencillo. Ahora pedía "tiempo boca abajo" y le gustaba más gatear que caminar, y a veces perdía el hilo de las conversaciones a mitad de camino, si es que llegaba tan lejos.

Una mañana, ella se acercó caminando lentamente y levantó los brazos en alto.

"Mamá, ¿te levantas?"

Lara la levantó lo mejor que pudo, contenta de que fuera fuerte y de que esta nueva Tania infantil estuviera considerablemente más ligera. Su corazón estaba dolorido y lleno.

La hora de la siesta siempre llegaba después del almuerzo.

Lara envolvía a Tania sin apretar, lo suficiente para brindarle la comodidad de la presión, y la mecía mientras tarareaba una canción de la que solían reírse... ahora mitad canción de cuna, mitad salvavidas.

—Mamá —susurró Tania un día, justo antes de dormir—. ¿Acaso los adultos retroceden alguna vez?

Lara parpadeó. "A veces, cariño".

"¿Voy a seguir volviendo?"

Lara le acarició la mejilla. "Si lo haces, estaré ahí contigo".

Tania asintió, cerrando los ojos. "Eres mi salvador..."

—Sí —susurró Lara—. Soy tu refugio.

Por las noches, Lara empezó a introducir actividades para niños pequeños, como juegos de clasificación, pintar con los dedos e incluso música y baile. Sus amigos eran cautelosos pero amables. Ellie les dejó una caja con los juguetes viejos de su hija menor, y Jo les prestó una trona. A Lara le sorprendió que la esbelta figura de Tania, e incluso su ligero peso, le permitieran sentarse.

La regresión eterna de Tania

“¿Estás segura de esto?”, preguntó una tarde, mientras observaba a Tania untar yogur en su bandeja y chillar ante la sensación.

—No —dijo Lara con sinceridad—. Pero estoy segura de *que* es feliz.

Jo asintió. «Entonces, basta».

Esa noche, Lara estaba en la puerta de su habitación, ahora convertida en cuarto de bebé. Una suave luz nocturna brillaba en un rincón. Una canción de cuna sonaba suavemente en el monitor. Tania dormía profundamente, con el chupete puesto y una mano apoyada en la oreja del Sr. Hipopótamo.

Lara no se movió. Simplemente la observó.

Su esposa.

Su bebé.

Su corazón.

Capítulo Nueve: Aceptación

La tetera hizo clic justo cuando Lara dejó la tercera taza.

Se movía despacio, con paso decidido, anclada en el ritmo de sus manos: leche, bolsitas de té, miel para Jo, sin azúcar para Ellie. En la sala, sus dos amigas más cercanas ocupaban los mismos lugares que habían ocupado durante una década de noches de vino y brindis de cumpleaños, pero esta noche era diferente.

No hubo risas. No hubo música de fondo. Solo la silenciosa tensión de la espera.

"¿Está durmiendo la siesta?" preguntó Jo suavemente.

Lara asintió, apartándose un rizo húmedo de la frente. «Se quedó inconsciente. La mecí durante veinte minutos. No dejaba de llamarme «mamá» como si fuera la única palabra que conocía».

Ellie se movió, apoyando la taza en la rodilla. "¿Y tú... la dejaste?"

Lara no habló de inmediato. En cambio, se sentó lentamente, sosteniendo su taza como si pudiera contenerla. Su mirada iba de Jo a Ellie y viceversa.

Ya no creo que sea mi esposa. En realidad, no.

El silencio fue como una explosión. Las palabras flotaban en el aire como humo, reales e innegables.

Jo fue la primera en hablar. "¿Te refieres a emocionalmente, o legalmente, o...?"

O sea... en el día a día. En su mente. En su cuerpo. En cómo me mira. —La voz de Lara se quebró—. Ya no sabe leer. No puede usar el microondas. Le gustan los sonajeros y los libros ilustrados, y pregunta si puede tener cinco minutos más de juego con la manta antes de la siesta.

La regresión eterna de Tania

Respiró con dificultad. «Le pongo pañales todas las noches y dos veces al día. Todas las mañanas. Le doy el desayuno con cuchara. Tiene rabieta, se chupa el dedo y me llama mamá, y no es *fingido* . Esto no es un juego de roles, ni una recuperación, ni un ciclo de terapia. Es simplemente... quién es ahora».

Ellie se inclinó hacia delante con voz tranquila. "¿Y quién eres *ahora* ?"

Los ojos de Lara se llenaron de lágrimas, pero no apartó la mirada mientras decía lenta y desafiante: "Soy su madre".

Se hizo un silencio pesado pero no frío.

Jo asintió lentamente. "De acuerdo."

Ellie se acercó y le tomó la mano. "Está bien."

La conversación se prolongó durante horas. Lara habló por primera vez, habló de verdad, sobre cómo los cambios habían empezado pequeños con la enuresis, la confusión, la inmadurez en su habla, y luego cómo habían crecido como una bola de nieve. La regresión no había parado, pero tampoco la alegría de Tania. Se reía con los juguetes de cuerda. Le encantaba pintar con los dedos. Ya no podía quedarse quieta viendo una película, pero se quedaba absorta viendo *La Oruga Muy Hambrienta* tres veces seguidas.

—Pensé que la devastaría —susurró Lara—. Perder su identidad. Pero es como si... se hubiera desprendido de algo que nunca le había encajado. Es muy feliz. Más feliz de lo que puedo recordar.

Jo se recostó en su asiento, con los ojos abiertos pero amables. "¿Y tú? ¿Estás bien?"

—No —dijo Lara en voz baja—. Y también... sí. Estoy de luto por mi pareja. Pero también estoy creando un vínculo con esta pequeña alma que se ilumina cada vez que me ve. No *sabe* cuánto he perdido. Pero *sabe* que la amo. Lo siente. Ahora es mi hijita de mil maneras.

La regresión eterna de Tania

Ellie tragó saliva con dificultad. «Ya basta. Es más de lo que la mayoría de la gente entiende».

Más tarde, cuando se fueron y los platos se estaban secando, Lara se deslizó hacia la habitación de los niños.

Tania se movía, murmurando en sueños. Lara le acarició suavemente la frente, y Tania abrió los ojos de golpe.

“¿Mamá?”

—Estoy aquí, cariño —susurró Lara.

Tania sonrió, extendiendo la mano. «Tuve un sueño. Era pequeña».

Lara se arrodilló junto a su cuna, con la voz temblorosa. «Eres *pequeña* ».

Tania rió y enroscó los dedos en la manga de Lara. "Bien."

Lara apoyó la cabeza en la barandilla, con lágrimas deslizándose por sus mejillas. La aceptación no llegó con bombos y platillos. Llegó con una voz suave en la oscuridad, llamándola mamá.

Y Lara, finalmente, respondió: «Soy tu madre, Tania».

Capítulo diez: Juegos de regresión

Tania estaba en la bañera con un pulpo de plástico en la cabeza.

—¡Mira, mamá! ¡Soy la reina del mar! —declaró, dando un manotazo al agua que rebosaba por el borde.

Lara rió y se apoyó en el borde de la bañera, con una toalla caliente en la mano. "¿Reina del mar, eh? ¿Concedes deseos mágicos o solo preparas sopa de burbujas?"

Tania hinchó las mejillas. "¡Ambas! Pero solo si dices la palabra secreta".

"¿Y cuál es la palabra secreta?"

Ella se inclinó y susurró: "Culo Moco".

Lara se echó a reír. «Claro que sí».

La broma hizo que Tania se riera a carcajadas, ruidosa e inconscientemente. Volvió a golpear el agua, y esta vez las burbujas volaron por todas partes, pegándose a los azulejos y al brazo de Lara. Hace unos días, esto habría parecido ridículo. Ahora parecía rutina. Parecía... normal.

La regresión de Tania se había profundizado, no solo en su comportamiento, sino también en cómo organizaba su día. Ya no pedía leer libros para adultos. Prefería que le dieran de comer con cuchara. Hablaba con frases cortas, con expresiones grandes y un ritmo infantil. Incluso su caligrafía, como cuando hacía una "tarjeta" para el Sr. Hipopótamo, era una hilera de garabatos y letras irregulares. Su habilidad para escribir prácticamente había desaparecido. Su mundo se había reducido a unas pocas cosas claras y reconfortantes: juguetes, cuentos, texturas suaves y, por supuesto, mamá.

La regresión eterna de Tania

Lara organizaba sus días en torno a eso. Hizo un horario visual, colorido y plastificado, igual que los que usaba cuando enseñaba educación infantil.

El horario les dio ritmo, previsibilidad y seguridad, y su hogar se transformó con ellos.

La sala ahora tenía una alfombra de juegos en lugar de una alfombra, y contenedores bajos llenos de juguetes con etiquetas como "apilables", "blandos" y "para disfrazarse". Los estantes contenían libros infantiles y crayones gruesos. Su cama queen se complementaba con una cuna de suelo con laterales altos de malla y un proyector de nanas en el techo. El diván ya no era suficiente. Tania necesitaba una cuna.

En una pared estaba la nueva pizarra de Lara: *Notas de cuidado*. La nota de hoy decía:

Tania se despertó seca, pero necesitaba cambiarse después del desayuno. Está contenta. Le encanta su nueva taza rosa. Jugó al escondite durante 15 minutos.

Debajo de ella, una segunda lista decía:

Mamá: Respira. Bebe agua. Llama a Ellie. Descansa. Esto es real, pero estás bien.

Una tarde, después de una larga sesión con las pinturas de dedos, Tania se acercó con paso lento con su mono extragrande, con los brazos manchados de azul y morado. Se dejó caer en el regazo de Lara con un golpe sordo.

—Mamáaaa —se quejó—. Tengo la camisa pegajosa.

Lara le besó la cabeza. "Eso es porque te pintaste la barriga".

Tania rió y levantó la vista con los ojos muy abiertos. "¿Puedo usar mi chupete?"

—Por supuesto, cariño. —Lara metió la mano en el carrito cercano y se metió el chupete en la boca.

La regresión eterna de Tania

Tania se relajó al instante, se acurrucó y suspiró. Mientras Lara la abrazaba, sintió un calor que le recorría el pecho; no culpa ni confusión, sino algo más.

Paz.

El primer trabajador de atención domiciliaria llegó al día siguiente.

Se llamaba Rosa, una mujer tranquila y robusta de unos cincuenta años con años de experiencia en regresión cognitiva y cuidado de adultos. Echó un vistazo a la habitación, la historia clínica, la pila de pull-ups junto al cambiador, y asintió con aprobación.

—Has hecho todo esto por instinto —dijo con dulzura—. Es raro. Y hermoso. Estoy impresionada, y no me impresiono fácilmente.

Lara parpadeó, repentinamente emocionada. "No planeé nada de esto. Simplemente seguí a su lado".

Rosa se arrodilló junto a Tania, que estaba apilando bloques y masticando su chupete.

"Hola, señorita Tania", dijo cálidamente.

Tania sonrió tímidamente y le ofreció un bloque verde.

Rosa se volvió hacia Lara. «Está muy a salvo. Por eso ha retrocedido tanto. No está perdida. Está *en casa* ».

Esa noche, Lara escribió en su nuevo diario. El que le había regalado Rosa, titulado « *Notas de mamá* ».

Tania ya es una niña pequeña. Emocionalmente, tiene unos dos años. A veces todavía lloro la pérdida de mi esposa... pero esta niñita me necesita como nadie más. Y la quiero. La quiero tal como es. Mañana le preguntaré a Rosa si podemos comprarle un

La regresión eterna de Tania

cohecito. Tania se cansa fácilmente. Y creo que le encantaría.
Creo... que a mí también.

Capítulo once: Adiós, mi amor

A Lara le tomó tres intentos abrir el armario.

La primera vez, simplemente se quedó parada frente a ella, con los dedos apoyados en el picaporte y el corazón latiéndole con fuerza. La segunda vez, la abrió y la volvió a cerrar antes de poder ver el contenido. Solo al tercer intento respiró hondo, cuadró los hombros y abrió las puertas de par en par.

El vestuario adulto de Tania colgaba como fantasmas.

Las blusas que usaba para las reuniones. Su chaqueta de cuero, desgastada en los codos por años de uso. Vestidos que habían elegido juntas en vacaciones. Un estante de botines, perfectamente alineados, sin tocar desde el otoño.

Lara metió la mano lentamente y tocó la suave tela de un vestido cruzado azul marino. Tania solía llamarlo su "vestido mágico para una cita".

Su mano temblaba.

"Adiós, mi amor", susurró.

Dobló cada objeto con cuidado, colocándolos con cuidado en una gran caja de almacenamiento. Nada fue arrojado ni apresurado. Sintió como si estuviera doblando las pertenencias de un recién fallecido, pero se obligó a no pensar en esa palabra. Lara se detuvo con casi cada pieza, recordando cómo Tania caminaba, bailaba y reía con ella.

Encontró el estuche de gafas que Tania ya no necesitaba y un brillo de labios, olvidado hacía tiempo. Una camiseta de su época universitaria, con un estampado descolorido de un eslogan feminista que a Lara siempre le había encantado.

Mientras lo guardaba en la caja, volvió a susurrar: «Te extraño. Te extraño, esposa mía».

La regresión eterna de Tania

Cuando terminó, el armario estaba casi vacío, a excepción de unos pocos monos suaves, pijamas con pies y monos de color pastel que ahora colgaban donde solían estar las chaquetas de negocios.

Limpió el estante y se sentó en el borde de la cama, mirando el espacio vacío donde solía estar su esposa. Luego tomó su diario y comenzó a escribir.

Querida Tania,

Mi amor. Mi esposa.

No sé cómo despedirme de alguien que todavía me sonrío cada mañana, que se acurruca en mi regazo y me llama mamá, que aplaude cuando apila los bloques correctamente y le canta a su hipopótamo de peluche.

Pero tengo que hacerlo. Porque ya no eres ella, no eres la mujer con la que caminé durante una década. No eres la que lee libros largos en la cama, discute de política y cocina curry con demasiado cardamomo.

Te has convertido en alguien nuevo. Alguien más pequeño. Más joven. Más frágil. Y ahora veo la alegría en tus ojos cuando juegas, cuando te cambio el pañal y te ríes, cuando te doy tu vasito favorito y tu cara se ilumina como la luz del sol.

Tú no elegiste esto. Yo tampoco. Pero *confías* en mí con todo, y no te defraudaré.

Así que esta noche me despido de mi esposa.

Adios mi amor.

Y le doy la bienvenida a mi hija.

Bienvenida, mi pequeña. Bienvenida, Tania-bicho, que chillas con las burbujas y pataleas cuando suena la música. Bienvenida a tu mundo, pequeñita, dulce y sencilla.

La regresión eterna de Tania

Ahora seré tu madre. Te amaré, te protegeré, te cambiaré, te alimentaré, te meceré y te cantaré hasta que te duermas.

No tienes que recordar quién eras.

Porque recordaré lo suficiente por los dos.

Con amor siempre, tu mamá.

Esa noche, Lara arropó a su bebé en su cuna de suelo. Tania llevaba un pijama rosa pálido con patitos en los pies. Se acurrucó junto al Sr. Hipopótamo, con el chupete entre los labios.

Cuando Lara apagó la luz, susurró en la oscuridad: "Buenas noches, bebé".

Tania murmuró alrededor de su chupete: "Te amo, mamá".

Y Lara lo sintió... el dolor y la gracia, unidos en un solo aliento.

Ya no necesitaba que su esposa regresara porque su hija había llegado.

Capítulo doce: Una habitación renacida

La habitación olía a polvo y leche caliente.

La luz del sol se filtraba a través de las nuevas cortinas amarillas, suaves y vaporosas, con pequeñas nubes cosidas en el dobladillo. Donde antes había una cama tamaño queen, ahora había una cuna blanca de madera, baja, pero cerrada por todos lados. Entre los barrotes asomaban peluches: el Sr. Hippo, un conejito blando y algunos libros de tela mordisqueados.

La estantería también había cambiado. Habían desaparecido las novelas, los poemarios y los ensayos. En su lugar había libros para bebés, juguetes apilables, sonajeros y una creciente colección de cuentos de animales con solapas. El cambiador tenía una alfombrilla rosa lavable y una pila de pañales limpios organizados por talla. Un monitor de bebé parpadeaba suavemente en el alféizar de la ventana.

La transformación fue completa. Este ya no era *su dormitorio*. Era el cuarto de Tania.

Y Tania... ya no era Tania.

Estaba sentada en medio de la alfombra de espuma con un mono acolchado, con las piernas abiertas, aplaudiendo ante las luces intermitentes de su juguete musical. Llevaba los rizos recogidos con pasadores de patito, y un hilo de baba le resbalaba lentamente por la barbilla.

Cuando vio a Lara, chilló y levantó los brazos. "¡Mmm-maaa!"

Lara sonrió y se arrodilló a su lado. «Hola, pequeña. ¿Lista para comer?»

Tania sonrió, babeando felizmente, y se dejó caer hacia adelante para abrazar la rodilla de Lara.

La regresión eterna de Tania

Las palabras casi habían desaparecido. Aún podía balbucear sílabas: «ba», «num-num», «muh», pero rara vez más. Las frases completas habían desaparecido hacía tiempo. Incluso el «quiero» se había diluido en gestos y pequeños gemidos. Pero conocía su rutina. Conocía a su mamá.

Dejó que Lara la subiera a la trona con la facilidad que le daba la práctica. Lara aseguró la bandeja, le puso un babero con ositos bailarines y dejó el tazón de puré de batata y compota de manzana.

Tania chasqueó los labios y se movió ligeramente en su asiento, luego abrió la boca de par en par. Lara se llevó la cuchara a la boca. La pequeña aplaudió con alegría y movió los dedos con deleite. Un trocito de boniato no le llegó a los labios y le aterrizó en la barbilla. Ni siquiera se dio cuenta.

Tania ya no notaba gran cosa. Más tarde, mientras Lara le limpiaba la cara, las manos, el pelo y el babero, se detuvo.

Tania la miró con un amor puro. No estaba avergonzada. No estaba confundida. Simplemente estaba... feliz. Segura, pequeña y completamente dependiente.

Lara la abrazó y la abrazó, meciéndose suavemente en el suelo de la habitación. Tania se chupó suavemente los dedos, con los ojos ya casi cerrados. Y fue entonces cuando brotaron las lágrimas, no las lágrimas intensas, no los sollozos ahogados por el dolor de aquellos primeros días. Estas eran más suaves, más cálidas y aliviadas.

Lara apoyó su mejilla en los rizos de Tania y lloró, no porque hubiera perdido algo, sino porque había encontrado algo tan inesperado, tan gentil y tan ferozmente inocente.

Esto ya no era supervivencia. Era maternidad. Era una nueva vida. Una habitación renacida. Un alma renacida.

La regresión eterna de Tania

Era una hija que crecía en los brazos de la mujer que la amaba por completo. Lara era finalmente la madre que tanto había intentado evitar, y aun así, se sentía realizada en su nuevo rol.

Capítulo trece: Paseo familiar

El cochecito encajó en su lugar con un chasquido satisfactorio.

No era el tipo de cochecito que encontrarías en un pasillo típico de bebés. Este era más robusto, más ancho y estaba diseñado para niños con necesidades especiales. Lara lo había pedido con manos temblorosas hacía tres semanas, sin estar segura de si algún día lo usaría.

Ahora estaba en el pasillo, rosa empolvado y acolchado, con una barra de juguetes y una capota. Un pequeño clip con forma de flor sujetaba el chupete de Tania a la correa del hombro.

Tania estaba de pie junto a él con un mono amarillo pálido con mangas abullonadas y volantes en la parte inferior. Llevaba los rizos peinados y tenía los ojos muy abiertos de emoción. Apretaba al Sr. Hippo contra su pecho y saltaba sobre las puntas de los pies.

“¿Lista para ir al parque, cariño?”, preguntó Lara.

Tania asintió con exagerado entusiasmo, con el chupete balanceándose en la boca. Ya no hablaba, no con pensamientos completos. Pero se *comunicaba*. Cada movimiento, cada chillido, cada contoneo hacia adelante le decía a Lara exactamente lo que necesitaba saber.

Ayudó suavemente a Tania a subir al cochecito y la abrochó. Tania inmediatamente echó la cabeza hacia atrás, con una mano firmemente envuelta alrededor del Sr. Hipopótamo, y con la otra golpeando los juguetes colgantes.

Lara respiró hondo. Hoy sería su primera *salida familiar*, un paseo por el parque con Jo, Ellie y sus hijos. Era la primera vez que alguien fuera de su círculo más cercano veía a Tania así.

La regresión eterna de Tania

El parque estaba lleno de sol suave y risas ruidosas.

Los niños corrían por el césped, persiguiendo balones de fútbol y cometas. Los padres tomaban café en vasos de papel, apoyados en los bancos, charlando y observando a sus hijos. Jo y Ellie ya estaban allí cuando llegó Lara; sus hijos estaban tumbados sobre una manta de picnic con una cesta de fruta y bocadillos.

Jo saludó con la mano. "¡Hola, Mamá Osa!"

Lara se sonrojó, pero sonrió. "Hola."

Tania parpadeó por el sol y luego chilló suavemente al ver a los otros niños. Sus piernas patearon contra las correas del cochecito.

—Ella quiere salir —dijo Lara suavemente.

—Tráela —ofreció Ellie—. Puede sentarse con los otros pequeños.

Lara desabrochó el arnés y ayudó a Tania a llegar a la manta. No caminó mucho, solo dio unos pasos antes de arrodillarse y gatear el resto del camino.

Ninguno de los otros niños se quedó mirando. Ni Jo ni Ellie. Era un día más con Tania.

Ellie le pasó a Tania un libro de tela suave y un puñado de uvas cortadas en un cuenco de silicona. "Toma, cariño. Cuidado con las uvas, mamá, que hoy mastica despacio".

—Está bien con monedas —dijo Lara, agradecida por la normalidad en el tono de Ellie.

Tania masticaba tranquilamente, balbuceando para sí misma entre bocado y bocado, aplaudiendo de vez en cuando con deleite las imágenes de su libro.

Jo se sentó junto a Lara, observando la escena. "Encaja perfectamente, de verdad".

La regresión eterna de Tania

Lara exhaló. «Tenía miedo de traerla. Pensé que... la gente se quedaría mirando».

—Están demasiado ocupados con su propio circo —dijo Jo secamente. Luego, en voz más baja—: Y no estás fingiendo. Eso es lo que importa, y créeme, se nota. Cualquiera que se moleste en mirar de cerca verá... a un niño pequeño.

“¿Crees... que somos raros?”

Jo resopló. «Lara. Ambas han cambiado. Lo *vemos*. Lo sentimos. ¿Pero extraño?». Negó con la cabeza. «No. Eres madre de una niña muy pequeña. Es así de simple. Bueno... quizá no sea tan simple, pero tampoco tan complicado».

Entonces Tania se arrastró hasta el regazo de Lara y se dejó caer en él con un suspiro de felicidad; su pañal crujió ruidosamente mientras se dejaba caer hacia atrás y miraba hacia arriba.

—Muh —dijo perezosamente, agitando su libro.

“¿Leer de nuevo?” preguntó Lara.

Tania asintió. Ellie le entregó una caja de jugo con una pajita con forma de arcoíris rizado. “¿Quieres que prepare una bolsa impermeable para cambiarme luego?”

Lara sonrió ante la oferta. “¡Eres increíble! ¡Realmente eres muy buena criando niños!”

Ellie se encogió de hombros. “Somos familia”.

Para cuando recogieron sus cosas, Tania dormía profundamente en el cochecito, con el pulgar en la boca, las piernas abiertas y suaves por el sueño. Caminaron juntas en silencio, bajo la luz dorada de la tarde. Los padres miraron el cochecito. Algunos se quedaron atónitos, pero nadie dijo una palabra, y Lara no se inmutó. Caminaba con orgullo y firmeza, con su pequeña dormitando frente a ella y sus amigos a su lado.

La regresión eterna de Tania

La familia no siempre lucía como uno se imaginaba. A veces, llevaba mangas abullonadas y pantalones con volantes, y sonreía a través de la compota de manzana. A veces, crecía hacia atrás y se aferraba más. Y a veces, se encontraba en un parque, en una tarde soleada, donde nadie necesitaba hacer preguntas...

Porque la respuesta ya estaba escrita en el amor.

Capítulo catorce: Hitos

Lara estaba en la cocina, con un rotulador en la mano, mirando el gráfico que había fijado en el refrigerador la semana pasada. Estaba impreso en suaves colores pastel, de esos que suelen usarse en la habitación de un niño.

Los hitos de Tania.

Comenzó como una broma, una forma de organizar las cosas, pero con el tiempo adquirió un significado, un verdadero significado emocional. Filas de casillas marcaban eventos no de crecimiento, sino de *regresión*. Crecimiento en la dirección opuesta.

Añadió una marca de verificación junto a una nueva entrada:

Primera salida pública en cochecito: *sin problemas, dos siestas, varios balbuceos, cambio de pañal al aire libre.*

Debajo, Lara había añadido algunas notas garabateadas:

Hoy no hay más discursos que “mamá”, “ba” y “no”.

Chupete puesto todo el día, incluso durante la siesta.

Ahora prefiere los bloques de peluche a los de madera.

Ya no usa cubiertos para comer. Necesita comer completamente.

Se apartó y lo observó. Esto era la maternidad, pero no la que se ve en los libros de crianza. Era un viaje sin *retorno*, y ella estaba registrando cada paso, y los recorrería junto a su hija.

En la habitación del bebé, Tania yacía en la colchoneta con solo su pañal y una camiseta de algodón suave. Tenía el pelo recogido en dos bolitas, y se había quitado un calcetín, mordisqueando el otro con satisfacción.

“¡Mmm!” murmuró, levantando los brazos cuando Lara entró.

La regresión eterna de Tania

—Hola, cariño. —Lara se arrodilló a su lado y la abrazó, comprobando el calor entre sus piernas—. Uf... alguien está muy mojado.

Tania parpadeó y luego se rió.

Lara tomó las toallitas y empezó a cambiarlo, narrando los pasos como siempre. «Toallitas, crema, pañal limpio, todo para mi conejito blandito».

Tania arrulló y se retorció, su pulgar encontrando su boca.

Más tarde ese mismo día, Lara completó una nueva sección de su carpeta titulada " *Plan de Cuidados a Largo Plazo*". Formaba parte de la información que Rosa le había dado, ahora guardada en una carpeta rosa junto a los informes médicos.

Ella rellenó los campos cuidadosamente:

Nombre: Tania Rose H.

Cuidador principal: Lara H.

Nivel de regresión: estimado de 12 a 24 meses (emocional y cognitivo)

Comunicación: Balbuceo, gestos, 3–5 palabras entendidas

Movilidad: Prefiere gatear y caminar distancias cortas con ayuda.

Uso del baño: con pañales, sin darse cuenta

Alimentación: Se alimenta con cuchara, prefiere biberones y vasos para bebés.

Sueño: 2 siestas + 12 horas durante la noche, necesita chupete

Artículos de consuelo: Sr. Hippo, manta rosa, chupete, tarjetas de rutina visual

Luego, en sus propias notas al final:

La regresión eterna de Tania

No ha recuperado la memoria adulta. No ha mencionado el trabajo, los amigos ni las viejas rutinas en más de tres semanas. Me mira con total confianza y dependencia. Su estado emocional es siempre alegre, a menos que esté demasiado cansada o sobreestimulada. Sus rabietas son breves y se controlan con abrazos y consuelo. A todos los efectos, ya es una niña pequeña. Una niña feliz, balbuceante y preciosa.

Lara cerró la carpeta y presionó su mano contra la tapa.

Fue real. Permanente. Y pacífico.

Esa noche, después de un baño lleno de burbujas y chillidos, Tania se sentó en el regazo de Lara con su pijama de patas de pato. Lara sostenía un cepillo de bebé en una mano y le alisaba suavemente los rizos, luego la arropó con el Sr. Hippo y un biberón calentito.

Tania bebió lentamente, con los párpados revoloteando.

—Buenas noches, pequeña —susurró Lara.

Tania sacó el biberón de su boca, lo dejó caer a su lado y murmuró: "Lub, mamá..."

No fue exactamente un "Amo a mamá", pero fue suficiente.

Lara le besó la frente, se cubrió el pecho con la manta y encendió la suave luz de la lamparita. Era otro hito, pero no algo perdido, sino algo nuevo.

Capítulo quince: El día libre de mamá

Lara estaba parada en la puerta con su abrigo en la mano, mirando la escena frente a ella como si fuera a disolverse si parpadeaba demasiado.

Tania estaba sentada en el suelo con su overol, con el chupete en la boca, rodeada de un semicírculo de peluches y bloques blandos. Rosa se arrodilló a su lado, guiando su mano sin esfuerzo para apilar un bloque blando sobre otro.

—Eso es, niñita —susurró Rosa—. ¡Arriba!

Tania chilló y aplaudió, luego tomó otro bloque sin siquiera notar la mirada persistente de Lara.

—Todo irá bien —dijo Rosa con dulzura, levantando la vista.

Lara sonrió débilmente y dio un paso adelante. "Aún duerme la siesta a la una, y querrá su chupete para eso".

"Lo tengo."

Y le gusta el tazón rosa para merendar. No el verde... el verde la pone quisquillosa.

"Recuerdo."

Ella... ella necesita la canción de cuna que suena dos veces antes de dormirse. Si no, ella...

"...pregunta por mamá. Y le recordaré que mamá solo estará fuera unas horas y volverá pronto."

Lara finalmente se detuvo, respirando con dificultad y apretando el bolso con fuerza. Habían pasado *cinco meses* desde que se había separado de Tania por más de veinte minutos. Cinco

La regresión eterna de Tania

meses desde que había sido Lara en el mundo, en lugar de mamá en la guardería.

Jo había insistido: «Necesitas respirar, Lara. Solo una vez. Todos estaremos aquí cuando regreses».

Y ahí estaba ella, vestida con vaqueros reales, con el pelo cepillado, bálsamo labial y a punto de sentarse en un café y leer media página de un libro, si es que lograba concentrarse en las palabras.

Me pareció antinatural. Como si estuviera haciendo trampa.

Entonces Tania se acercó gateando, el pañal crujiendo con cada movimiento, y se sentó en el pie de Lara.

Lara se arrodilló, ahogándose en la emoción. "Hola, cariño. Mamá va a salir un ratito".

Tania parpadeó, el chupete se balanceó y luego envolvió sus brazos alrededor de la pierna de Lara.

Lara la levantó y la abrazó fuerte, con la voz temblorosa. "Pórtate bien con Rosa, ¿vale?"

Tania asintió adormilada. "¿Mamá... se fue?"

"Sólo por un ratito."

"¿Atrás?"

Lara le besó la sien. "Siempre."

El café se sentía ruidoso, la luz demasiado fuerte. Lara estaba sentada con una taza de té humeante que no estaba bebiendo y un libro que no estaba leyendo. A su alrededor, las conversaciones fluían y se desvanecían, sobre trabajo, películas, parejas, política. Nada de eso tocaba ya su mundo.

Se sentía extraña, ligera y extrañamente desorientada. Sacó su teléfono y abrió la aplicación del monitor de bebés. La cámara de

La regresión eterna de Tania

la guardería mostraba a Tania durmiendo la siesta, con una pierna encogida, el Sr. Hippo en brazos y su chupete balanceándose suavemente con cada respiración.

A Lara se le hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Cómo se había convertido la mujer que amaba en esta... bebé? ¿Cómo *se había* convertido en esta persona, preocupándose por los vasos para bebés y la duración de las siestas, registrando las regresiones como si fueran hitos, cambiando pañales de adulto como si fuera tan común como cepillarse los dientes?

¿Y cómo era que esta vida, *precisamente esta vida*, le brindaba más paz e intimidad de la que jamás había imaginado? Era un enigma que la asustaba y la confundía, pero, irónicamente, sabía que todo estaba bien.

Cuando regresó tres horas después, Rosa la recibió en la puerta con una sonrisa cómplice. «Eché una siesta, se comió medio plátano, tomó un biberón y llenó su pañal justo antes de que llegaras a casa».

Lara se rió, con lágrimas en los ojos. "Claro que sí."

Una vez te pidió. Pero luego volvió a jugar.

Tania la vio desde la alfombra de juegos y de inmediato gritó, con los brazos en alto. "¡Mamá!"

Lara cayó de rodillas, la levantó y la abrazó tan fuerte que casi no la soltó.

"Te extrañé, mi bebé."

Tania sonrió radiante, metiendo el pulgar en su boca. "Mamá, ya está en casa".

—Sí —susurró Lara—. Mamá está en casa.

Esa noche, después de que Tania se durmiera, Lara se sentó junto a la cuna y la observó respirar. Sacó su diario y escribió:

La regresión eterna de Tania

Necesitaba un respiro. Y fue más difícil de lo que pensaba. Pero Rosa tenía razón. Tania está a salvo sin mí por un rato. Y yo también sigo siendo Lara, incluso bajo toda esa sensación de mamá.

Pero cuando llegué a casa y ella me buscó, fue cuando lo supe. No necesito tiempo lejos para sentirme completo. Simplemente la necesito, y punto.

Capítulo dieciséis: *Bebé para siempre*

La carpeta legal estaba sobre la mesa de la cocina, con sus pestañas ordenadas y etiquetadas en rosa, llena de todo lo que Lara había recopilado silenciosamente durante los últimos meses: notas médicas, evaluaciones psicológicas, la documentación de Rosa y un nuevo archivo etiquetado simplemente: Tutela: Solicitud de Cuidado Permanente de Dependientes.

El término hizo que a Lara se le revolviera el estómago, pero la verdad era innegable.

Tania no se recuperaba. Estaba creciendo *hacia abajo*, y ese camino no daba vueltas. Habían pasado más de seis meses desde la caída, seis meses desde que Tania se había casado con ella, y ahora era algo completamente nuevo. No era una mujer, ni una adolescente, ni siquiera una niña de preescolar o una niña pequeña.

Era una bebé. Ni de nombre ni de rol, ni en momentos ni en estado de ánimo. Totalmente, permanentemente, y, sin embargo, hermosamente. Una niña con un pulgar en la boca, un hipopótamo de peluche bajo el brazo, y sin conciencia del tiempo, la responsabilidad ni la vida adulta que una vez tuvo.

Ya no respondía a las preguntas de los adultos. No se vestía sola. Necesitaba que le cambiaran el pañal cuatro o cinco veces al día. Su habla se había reducido a balbuceos y palabras de bebé. A veces se sobreestimulaba tanto que lloraba durante diez minutos hasta que la mecían. Otras veces, le cantaba nanas sin sentido a su taza y se quedaba dormida en el corralito con las piernas en alto. Y era tan exquisitamente... *feliz*. Inocente, segura y querida.

Esa tarde, Lara se reunió con Rosa para tomar un café mientras Tania dormía la siesta, con su monitor de bebé sujeto al cochecito como si fuera algo natural.

La regresión eterna de Tania

"Ella no va a volver", dijo Lara suavemente.

Rosa no se inmutó. "Lo sabes desde hace tiempo".

Creo que quería creer que tocaría fondo y se recuperaría. Pero ahora... no creo que haya *tocado* fondo. Solo... infantilidad. Más infantilidad.

Rosa asintió. "¿Y ahora qué?"

Lara sacó los documentos de la tutela. «Ahora la reclamo. Totalmente. Legalmente. Emocionalmente. Dejo de esperar a que se recupere y empiezo a protegerla. Para siempre».

Más tarde esa semana, se sentó junto a Tania en la habitación del bebé, sosteniendo una copia de los papeles. Tania estaba boca abajo con un pañal y un babero, apilando anillas en una percha y mordisqueando los bordes cuando se atascaba. Lara le alisó los rizos con suavidad.

"Niña, mamá tiene algo importante."

Tania miró hacia arriba con los ojos muy abiertos y el chupete se balanceaba.

Firmé unos papeles. Dicen que ahora soy tu adulta para siempre. Tu cuidadora legal, tu protectora a tiempo completo. Soy tu mamá en el papel, no solo en nuestros corazones.

Tania parpadeó, sonrió y extendió la mano. "¿Arriba?"

Lara la atrajo hacia su regazo y la meció, abrazándola fuerte.

No necesitas entenderlo. Solo necesitas saber que siempre serás mía. No importa lo pequeña que seas. No importa cuánto te deprimas. Aquí estaré. *Siempre* estaré aquí.

Tania se acurrucó en su pecho, con el pulgar deslizándose en su boca. "Mamá, quédate".

"Siempre."

La regresión eterna de Tania

Esa noche, Lara archivó los documentos en su armario, junto a las actas de nacimiento y la antigua licencia de matrimonio. Se detuvo allí, entre *esposa* y *madre* , entre lo que era y lo que es. Entonces sonrió, sacó una etiqueta nueva y la colocó sobre la vieja pestaña.

Tania Rose H. Niña — Para siempre.

Capítulo diecisiete: Comunidad

Las banderitas pastel ondeaban suavemente con la brisa, formando grandes letras mayúsculas:

“¡FELIZ SEGUNDO PRIMER CUMPLEAÑOS, TANIA!”

El patio trasero estaba repleto de mantas de picnic, varitas de burbujas, una piscina de pelotas inflable para niños pequeños y un pastel con forma de osito de peluche. Una docena de sillas plegables estaban vacías, abandonadas por los adultos, ahora sentados con las piernas cruzadas sobre mantas, observando a los pequeños gatear y caminar por el césped. En el centro de todo estaba sentada Tania.

Vestida con un mono suave color melocotón con mangas con volados y un sombrero para el sol a juego, se sentó de rodillas al lado de una pequeña pila de regalos, saltando y chillando mientras Ellie le pasaba una caja cuadrada cubierta con papel de regalo con estampado de pato.

“¡Ábrete, cariño!” gritó Jo.

Tania miró a Lara pidiendo permiso. Lara asintió suavemente. "Vamos, cariño".

Tania sonrió y tiró de la cinta con sus dedos pegajosos. Cuando por fin se desató, soltó un jadeo profundo y entrecortado, como el de un bebé, y arrulló al verla: un libro de tela suave con forma de corral, con páginas arrugadas y solapas que se podían ver a escondidas.

Apretó la oveja contra su mejilla y balbuceó: "¡Bee!"

Todos rieron suave y cálidamente. Tania aplaudió.

Había sido idea de Ellie. «Si no va a crecer de nuevo, deberíamos celebrar que se *vuelva pequeña* » .

La regresión eterna de Tania

Y los demás aceptaron sin dudarlo. Rosa trajo cojines extra para el suelo. Jo horneó el pastel. Los vecinos que antes saludaban educadamente ahora traían juguetes que a sus pequeños ya no les quedaban. No hicieron preguntas. Ya no. Simplemente sonreían, saludaban a Lara como "Mamá" y arrullaban a Tania como a cualquier otro bebé querido. Y eso era exactamente lo que era.

Lara estaba sentada al borde de la alfombra, observando a su hija tambalearse hacia adelante para explorar un montón de tazas encajables. Otro niño pequeño, de unos dos años y medio, estaba sentado a su lado. Ninguno hablaba. Ambas reían, compartían, intercambiaban y lanzaban tazas como si fuera lo más natural del mundo, lo cual, Lara se dio cuenta... lo *era* .

Más tarde, tras la merienda, las canciones y un breve cambio de pañal en una colchoneta plegable tras el seto del jardín, Lara se sentó con Tania en su regazo bajo el árbol. Tania dormitaba apoyada en su pecho, con un sonajero nuevo aferrado con fuerza en una mano y el sombrero ladeado. Su pulgar se deslizaba perezosamente hacia la boca.

Ellie se sentó junto a ellos, bebiendo limonada. "Ha llegado muy lejos".

Lara sonrió. «O quizá acaba de *llegar* ».

"Pareces... tranquilo hoy."

Lara parpadeó. "Lo soy. Por primera vez en mucho tiempo. Ha sido todo un viaje para mí".

—Ella no sabe lo que ha perdido —dijo Ellie, viendo a Tania agitarse—. Pero tú sí. Ese tipo de amor... es raro.

—No se trata de lo que perdió —susurró Lara—. Se trata de lo que encontramos.

El sol empezó a ocultarse mientras los demás niños se iban a dormir la siesta, y susurraban adiós suavemente entre el murmullo

La regresión eterna de Tania
de las nanas. Tania permaneció acunada en los brazos de Lara, con los ojos cerrados.

Alguien le entregó a Lara una pequeña bolsa de regalo con papel de seda sobresaliendo.

Dentro había una tarjeta que decía:

******Bienvenida a tu Segunda Infancia, Tania. Eres amada tal como eres.

Tu pueblo******

Y debajo, un libro para bebé titulado *Te amo para siempre, no importa lo pequeño que seas*.

Lara presionó su cara contra los rizos de su bebé y lloró, esta vez no de dolor, sino de pertenencia.

Capítulo dieciocho: Nueva vida

El círculo de sillas era desigual: algunas plegables, otras de madera, y una especie de puf recostado en un rincón. Las luces fluorescentes zumbaban suavemente en el techo, y el olor a infusión se mezclaba con el de toallitas húmedas y leche caliente.

Lara estaba sentada con las manos cruzadas sobre el regazo. A su lado, Rosa asintió con la cabeza para animarla. Frente a ella, se sentaban otras seis personas: cuidadores, acompañantes, hijas y esposos. La mayoría parecía cansada. Todas tenían la piel flácida, incluso con bolsas alrededor de los ojos.

En el centro del círculo había una mesa baja con un recipiente de plástico lleno de juguetes sensoriales: pelotas blanditas, trapos arrugados, baldosas con textura. Alguien había colocado un plato de galletas de crema pastelera.

Nadie aquí era nuevo en la idea de la regresión, pero Lara era nueva en hablarla en voz alta.

—Mi nombre es Lara —dijo con voz firme, aunque un poco baja.

Algunos sonrieron. Otros asintieron. Ella respiró hondo.

“Mi esposa ahora es mi bebé”.

Hubo un silencio profundo. Era suave y reverente.

Continuó: «Hace dieciséis meses, Tania se golpeó la cabeza durante un partido de netball. Sufrió una conmoción cerebral. Pensamos que se le pasaría, pero no fue así, en realidad. Empezó a olvidar palabras, a mojar la cama y a perder interés en todo lo que solíamos compartir».

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no apartó la mirada.

Y entonces... siguió adelante. No volvió con la mujer que conocí, sino *que se alejó*. Dejó de leer. Empezó a jugar. Hablaba

La regresión eterna de Tania

como una niña pequeña. Ahora necesita pañales todo el tiempo. Duerme la siesta dos veces al día. Aplaude cuando le canto nanas y llora cuando pierde su sonajero. La visto, la baño y la alimento con cuchara.

Hizo una pausa para dar efecto.

“Y ella es la más feliz que he visto jamás.”

Una de las mujeres al otro lado del círculo tomó un pañuelo.

“Pensé que la perdería para siempre”, continuó Lara, sonriendo entre lágrimas. “Y, en cierto modo, así fue. La lloré. Lamenté nuestro futuro, nuestro matrimonio, la vida que construimos juntos”.

Ella bajó la mirada hacia sus manos.

Pero de una forma imposible y al revés... la recuperé. No como mi esposa. Sino como mi hija. Mi bebé.

Rosa colocó una mano suavemente sobre su brazo.

Ya no sabe quién era yo. No como pareja. Solo sabe que la quiero, que la levanto cuando llora, que le preparo el biberón y le pongo nombres de bebé. Y eso le basta.

Lara levantó la mirada. «Así que he comenzado el proceso. No como esposa, sino como su tutora legal, su madre, su cuidadora a tiempo completo. Ya no espero a que se recupere».

Ella tragó saliva y añadió en voz baja: “La estoy criando ahora , tal como es, para el resto de su vida”.

Siguió un largo silencio. Pero no estaba vacío. Era un silencio absoluto.

Entonces una voz, temblorosa: «Gracias por decirlo. En voz alta. Todos lo vivimos. Pero decirlo... lo hace posible».

Otra: “Eres una buena mamá”.

Un tercero: «Eso es amor. Amor verdadero».

La regresión eterna de Tania

Más tarde, al salir del edificio, Lara miró su teléfono. Un suave sonido llegó a través de la aplicación de monitorización de Tania, recién cambiada y dormida al cuidado de Rosa.

“Mamá...” dijo la débil voz somnolienta.

Lara sonrió y susurró: «Aquí estoy, cariño. Siempre».

Y mientras caminaba hacia el coche, no se sentía rota. Se sentía completa porque su vida no había terminado. Acababa de comenzar de nuevo.

Una *nueva* vida.

Creciendo como un bebé

por
Rosalie Bent

Capítulo 1: Un mundo que nunca se apresuró

En este mundo, crecer era opcional. Algunos niños optaban por caminar, hablar e ir a la escuela temprano, mientras que otros se entretenían en la suavidad de la infancia, disfrutando de la comodidad y la seguridad de un mundo diseñado para manos pequeñas, mantas suaves y cuidados delicados. El tiempo no exigía progreso y los hitos eran meras sugerencias. Aprender a ir al baño podía esperar años, incluso décadas, y el género no lo dictaba la biología. Lo decidían los padres, a menudo en consulta con el niño, pero generalmente con la sabiduría del amor y el cuidado.

La madre de Kelly había tomado su decisión con cuidado. Cuando Kelly nació, pequeña y tranquila, con el cuerpo de un niño, su madre decidió con dulzura que Kelly sería criada como una niña.

"Tu corazón sabe más que tu cuerpo", susurró, acunando a la pequeña recién nacida en sus brazos. Su padre asintió con una suave sonrisa. Juntos, criaron a Kelly en el género que había elegido con vestidos, cintas suaves, voces dulces y un mundo lleno de cuidados, no de instrucción.

Desde el principio, también habían tomado otra decisión... Kelly seguiría siendo un bebé durante el tiempo que necesitara.

«Algunos niños crecen rápido», había dicho su madre. «Otros necesitan tiempo. Kelly, puedes seguir siendo pequeña, siempre que te haga feliz».

Esta decisión significó que Kelly no tendría que aprender a ir al baño, ni a caminar antes de tiempo, ni ir a la escuela con niños de su edad. En cambio, permanecería en la guardería que sus padres habían elegido, un lugar diseñado para quienes prosperaban en la comodidad de la infancia.

La lactancia materna, insistía su madre, no era solo nutrición. Era una fuente de consuelo, de conexión y de crecimiento emocional. Aunque muchos niños ya eran alimentados con biberón a esta edad, la madre de Kelly había decidido seguir amamantándola.

“Tienes derecho a que te cuiden”, le había explicado a su esposo. “Algunos niños se destetan pronto, otros más tarde. No hay prisa”. Kelly, incluso a sus trece años, aún sentía la calidez y la seguridad del cuidado de su madre de una forma que la mayoría de sus amigas de la guardería ya no sentían.

No todos los padres tomaron las mismas decisiones. A algunos niños se les había animado a crecer, a caminar, hablar e ir a la escuela a la edad estándar. Otros habían permanecido como bebés, como Kelly, pero eran alimentados con biberón o se les mezclaba con niños mayores. Y el género, en este mundo, era fluido. El cuerpo de un niño no dictaba su identidad y los padres lo guiaban con delicadeza, a veces adaptándose a medida que surgía su personalidad. Los niños podían ser criados como niñas, las niñas como niños, y aquellos cuya identidad no estaba clara podían explorar libremente, siempre con apoyo.

Kelly sabía que era diferente. Era una de las pocas en su guardería que aún tomaba solo el pecho, que aún gateaba en lugar de caminar de un lado a otro, que aún era tan pequeña que incluso los bebés más pequeños la superaban en altura. Y, sin embargo, en este mundo, estaba a salvo. Tenía sus mantas, sus peluches, sus túneles y áreas de juego favoritos, y la certeza del amor de sus padres.

Mientras gateaba por las suaves esteras esa mañana, se detuvo al borde del área de juegos y miró a su alrededor. Había niños pequeños chapoteando en el agua, bebés apilando bloques, algunos niños mayores caminando con cuidado por los pasillos acolchados. A cada niño se le permitía crecer, o no, según sus

necesidades y la guía de sus padres. El género, el tamaño, las habilidades e incluso el destete eran cuestiones de elección. Kelly, por ahora, era una niña en un cuerpo diminuto, aún alimentada por el pecho de su madre, aún una bebé en un mundo que comprendía la belleza de permanecer pequeño.

Y, sin embargo, incluso en un lugar diseñado para la comodidad y la aceptación, Kelly sentía una pequeña curiosidad tácita. Era consciente de su cuerpo, de las diferencias entre ella y otros bebés, y de las preguntas susurrantes de la pubertad. ¿Para qué servía?, se preguntaba a veces. ¿Qué le sucedería al crecer, si es que alguna vez crecía? Pero esos pensamientos eran silenciosos, como suaves ecos en una habitación cálida y segura. Por ahora, se conformaba con gatear, jugar y ser exactamente como era.

Este era un mundo sin prisas, sin presiones. Y Kelly, abrigada con el amor de su madre, pudo seguir siendo exactamente como necesitaba ser.

Capítulo 2: Un nuevo amigo

El sol de la mañana se filtraba suavemente por las ventanas de la guardería, iluminando las colchonetas pastel y los coloridos túneles donde jugaban los niños. Kelly acababa de terminar su biberón y gateaba por el suelo blando hasta el área de juegos, rozando con sus manitas los juguetes que conocía y los bordes del área de juegos acolchada. Le encantaban esas mañanas, cuando la habitación estaba tranquila y silenciosa, los demás niños llegaban lentamente y todo se sentía seguro y cálido.

Ese día, había alguien nuevo. Una figura pequeña y tímida había aparecido en la entrada, guiada por dos miembros del personal. Kelly se detuvo, observando con sus ojos abiertos a la recién llegada. La niña era pequeña, tan pequeña que casi parecía flotar sobre el suelo. Su cabello oscuro le caía suavemente sobre los hombros y sus ojos reflejaban una cautelosa curiosidad.

—Hola —dijo Kelly suavemente, acercándose—. Soy Kelly.

La chica levantó la vista, sobresaltada, y entonces una pequeña sonrisa vacilante se dibujó en su rostro. «Soy... Belinda», susurró. Su voz era apenas un murmullo, delicada y cautelosa, como si estuviera probando si era seguro hablar.

El pequeño corazón de Kelly dio un vuelco. Había algo familiar en Belinda, algo que la hizo sentir inmediatamente a gusto. Extendió una mano, con la palma abierta sobre la alfombra.

“¿Quieres jugar?” preguntó.

Belinda dudó un momento y luego asintió. Lentamente, se arrastró hacia adelante, colocando su pequeña mano en la de Kelly. Los miembros del personal sonrieron discretamente desde cerca, notando la conexión instantánea entre ambos.

El resto de la mañana transcurrió entre risas, carreras a gatas y exploración compartida. Las niñas se aventuraron juntas por los túneles, una al lado de la otra, rozándose las manos al sortear esquinas y curvas. Kelly le mostró a Belinda sus escondites favoritos, y Belinda, tímidamente, le mostró una manta suave que había traído de casa.

Durante la merienda, se sentaban juntos en las colchonetas, compartiendo juguetes y bloques pequeños. Incluso jugando, Kelly no podía evitar notar las similitudes entre ellos. Ambos eran bastante pequeños para su edad, ambos se comportaban de forma infantil y aún dependían del cuidado y la guía del personal.

"¿Te gustan los bloques?" preguntó Kelly, apilando dos cubos uno encima del otro.

Belinda asintió con entusiasmo. "¡Sí! ¿Construir más?"

Juntos, construyeron torres, las derribaron y las reconstruyeron. Cada derrumbe fue seguido por carcajadas que resonaban suavemente por la habitación. En esos momentos, Kelly sintió algo que nunca antes había sentido: consuelo y confianza, combinados con la emoción de descubrir a alguien que comprendía su mundo a la perfección.

Más tarde, durante el descanso, las niñas se acurrucaron en una colchoneta suave, una al lado de la otra, bajo una manta compartida. Kelly les dio un suave empujón con el hombro. Belinda se apoyó en ella en respuesta, cerrando los ojos brevemente. La calidez del contacto, la seguridad compartida de la manta, llenó a Kelly de una alegría silenciosa y silenciosa.

El personal observaba sin interrumpir, reconociendo que algo excepcional había comenzado, una verdadera compañía, basada en el cuidado y el consuelo mutuos. En este mundo, donde crecer era opcional y se permitía a los niños permanecer en la

infancia el tiempo que necesitaran, amistades como esta eran apreciadas.

Kelly miró a Belinda, rozando con sus deditos el borde de la manta. Aún no sabía cuánto duraría esta amistad ni adónde la llevaría, pero de una cosa estaba segura: quería compartir su mundo, sus rutinas y sus días con Belinda. La comodidad de gatear juntas, de descubrir túneles y zonas de juego juntas, era una alegría que nunca antes había experimentado.

Y a medida que el sol de la tarde comenzó a calentar la habitación, las dos niñas, pequeñas y frágiles pero audaces a su manera, continuaron explorando juntas, dos bebés en un mundo que les permitía permanecer pequeñas, seguras e infinitamente curiosas.

Capítulo 3: Aventuras juntos

A la mañana siguiente, Kelly se despertó con la suave luz del sol que se derramaba sobre su cuna. Bostezó, estiró sus bracitos y de inmediato pensó en Belinda. El recuerdo de los juegos y las risas susurradas del día anterior aún le calentaba el pecho. Gateando rápidamente por las suaves colchonetas, llegó al área de juegos, y allí estaba Belinda, explorando una hilera de túneles coloridos.

"¡Buenos días!" llamó Kelly suavemente.

Belinda se giró, con una sonrisa tímida floreciendo mientras saludaba. "Buenos días... Kelly".

Sin dudar, las chicas se tomaron de la mano y se adentraron juntas en los túneles. Una al lado de la otra, gatearon, sus diminutos cuerpos deslizándose por las curvas con una facilidad innata. De vez en cuando, chocaban hombros o se rozaban las manos sin querer, y estallaban risas que resonaban a través de los tubos de colores brillantes.

"¡Eres muy rápida!" exclamó Belinda mientras Kelly corría hacia una alfombra de salida suave.

Kelly rió y esperó a su amiga. "¡Podemos ir juntas! ¡Toma mi mano!", dijo, y salieron del túnel una al lado de la otra. La pequeña emoción de moverse juntas, explorar y compartir estos descubrimientos era algo que Kelly no había experimentado antes.

De los túneles, pasaron a las piscinas de juego, donde el agua salpicaba suavemente sobre el suelo acolchado. Kelly y Belinda se metieron con cuidado en las piscinas poco profundas, buscando con sus manitas juguetes flotantes. Construyeron torres con bloques de espuma, derribándolas con alegría y reconstruyéndolas con silenciosa determinación.

"¡Lo tiraste!" exclamó Kelly riendo.

Belinda rió, cogiendo un bloque. "¡Luego reconstruimos! ¡Juntos!"

Juntos, apilaban bloques cada vez más alto, ayudándose mutuamente a equilibrar las piezas. Cuando las torres se derrumbaron, se tomaron de la mano y rieron, sus voces se mezclaban como campanillas. En esos momentos, Kelly sintió una calma y una seguridad inusuales. Estaba justo donde pertenecía, con alguien que la comprendía por completo.

Más tarde, cuando el personal trajo mantas y colchonetas suaves para un breve descanso, las niñas se acurrucaron una al lado de la otra. Belinda las arropó con su mantita y Kelly apoyó la cabeza en el hombro de su amiga. Susurraron suavemente, compartiendo pequeños secretos sobre sus juguetes y lugares favoritos en los túneles.

"Me gusta gatear contigo", dijo Kelly en voz baja.

Belinda sonrió, apartándose un mechón de pelo de los ojos. "Yo también... tú lo haces más divertido".

Para el personal que observaba, era un día cualquiera en la guardería. Pero para Kelly y Belinda, algo extraordinario había comenzado, una compañía que iba más allá del juego. Descubrían confianza, seguridad y alegría en la presencia mutua. La conexión entre ellas era sutil pero innegable, un entendimiento tácito de que, pasara lo que pasara, enfrentarían el mundo juntas, una pequeña aventura a la vez.

Mientras el sol de la tarde se filtraba por las ventanas, las dos niñas regresaron a los túneles, cogidas de la mano, riendo, explorando y gateando juntas. En este mundo donde crecer era opcional, donde el cuidado y la comodidad primaban sobre la independencia, Kelly había encontrado a su primera amiga de verdad. Y para Belinda, fue lo mismo : una compañera que se movía

a su ritmo, comprendía su mundo y compartía la magia de mantenerse pequeña, segura y con una curiosidad infinita.

Al terminar el día, Kelly sintió una calidez vibrante en el pecho que nunca antes había sentido. No era solo felicidad. Era pertenencia, conexión y la tranquila certeza de que, al menos por hoy, estaba exactamente donde debía estar.

Capítulo 4: Dolores de crecimiento

El tiempo pasó, aunque para niñas como Kelly y Belinda fue diferente. Cronológicamente, ya eran adolescentes, pero en todo lo demás —su tamaño, sus juegos, sus rutinas— seguían siendo bebés. La guardería seguía siendo su mundo, y los túneles, los juegos infantiles y las colchonetas acolchadas les parecían tan mágicos como siempre.

Sin embargo, algo estaba cambiando. Kelly lo notó por primera vez una mañana, mientras gateaba por las suaves alfombras para saludar a Belinda. Sentía su cuerpo diferente, extraño de maneras que no entendía. A veces sentía una opresión en el pecho y una sensación extraña, y era consciente de cambios en la parte inferior de su cuerpo —erecciones— que la despertaban curiosidad y la avergonzaban un poco. Nunca le habían enseñado sobre estas cosas, y no había libros para niños como ella.

—Belinda... —susurró mientras estaban sentadas juntas apilando bloques de espuma—. Algo... se siente raro.

Belinda ladeó la cabeza y frunció el ceño. "¿Raro, por qué?"

—No... no entiendo... mi cuerpo —murmuró Kelly, bajando la mirada—. A veces... se pone... raro.

Belinda lo pensó un momento y luego extendió la mano para tomar la de Kelly. "Yo también", dijo en voz baja. "Es... confuso. Pero creo que es normal... ¿quizás?"

Las dos chicas permanecieron en silencio un momento, tomadas de la mano, inseguras pero reconfortadas por la presencia de la otra. Incluso en la confusión, estar juntas lo hacía menos aterrador. Su amistad siempre se había basado en la confianza, y

ahora esa confianza se convertía en un salvavidas mientras sus cuerpos empezaban a cambiar de forma sutil y confusa.

Durante el juego, a veces notaban estas extrañas sensaciones. Kelly se detenía a mitad de ganeo, con la mente distraída, y Belinda extendía la mano, rozando la de su amiga con la suya para tranquilizarla. El personal notaba los momentos de vacilación, pero los interpretaba como incertidumbre infantil normal, más que cualquier otra cosa. Después de todo, a los niños en este mundo se les permitía ser pequeños, y los adultos a su alrededor priorizaban el consuelo y la guía sobre las explicaciones.

La lactancia materna seguía siendo una fuente de seguridad, no solo de nutrición. Kelly descansaba en el pecho de su madre durante breves descansos, dejando que el calor y el ritmo calmaran la confusión que sentía. Belinda hacía lo mismo con su cuidadora, y a veces se sentaban juntas, bebiendo tranquilamente, cepillándose las manos, encontrando consuelo en la familiaridad del ritual.

A pesar de las pequeñas perplejidades de la pubertad, Kelly y Belinda encontraron maneras de mantener sus aventuras. Arrastrándose por túneles, apilando bloques, chapoteando en pozos de agua poco profundos, continuaron moviéndose y jugando juntas, aprendiendo a gestionar sus sentimientos junto con la curiosidad por sus cuerpos cambiantes.

A veces, después de las siestas o los momentos de tranquilidad, Kelly susurraba: “No entiendo esto... pero me siento segura contigo”.

Belinda asentía, sonriendo suavemente. «Yo también... lo resolveremos juntas».

Y juntas lo lograron. En un mundo donde crecer era opcional, donde el género era fluido y donde la infancia podía durar tanto como fuera necesario, Kelly y Belinda encontraron no solo amistad, sino también consuelo, comprensión y un espacio seguro

para explorar las nuevas y extrañas sensaciones que acompañaban al cuerpo en crecimiento. Aunque fuera confuso, nunca estuvieron solas.

Capítulo 5: Una pijamada juntos

Era una tarde tranquila en la guardería. El sol se colaba por las ventanas y pintaba manchas doradas sobre las suaves colchonetas y los túneles de juego. Kelly y Belinda habían pasado el día gateando, construyendo torres y chapoteando en las piscinas poco profundas. Ahora, era el momento de un capricho especial: una pijamada organizada por el personal para niños muy amigos.

Kelly sintió una punzada de emoción mientras gateaba hacia el rincón de la manta suave donde Belinda ya estaba sentada, abrazando a su peluche favorito. Se detuvo, notando una vez más las extrañas sensaciones que a veces le producía su cuerpo: opresión, calor, confusión. La ponía un poco nerviosa, pero ver a Belinda le facilitaba la respiración.

Belinda levantó la vista y sonrió tímidamente. "¡Estás aquí!"

—No me lo perdería —susurró Kelly, acercándose y acurrucándose junto a su amiga.

El personal había preparado colchonetas suaves, mantas y almohadas para las niñas. Compartían una manta, arropada por dentro para que sus pequeños cuerpos se mantuvieran calentitos y cómodos. Kelly extendió la mano instintivamente, rozando con sus dedos la mano de Belinda. Belinda tomó la mano de su amiga con suavidad, sujetándola con serenidad y seguridad.

—Se siente... bien —murmuró Kelly, casi un susurro—. Estar tan cerca.

Belinda asintió. «Sí... a salvo».

Durante un rato, hablaron en voz baja sobre sus momentos favoritos del día: los túneles, las torres de bloques, las salpicaduras del pozo de agua. Luego, cuando el silencio se apoderó de la sala, Kelly dudó antes de volver a hablar.

—Belinda... a veces siento mi cuerpo... raro. No... lo entiendo —dijo en voz baja, girando ligeramente su carita hacia su amiga.

Belinda le apretó la mano suavemente. «La mía también. Es... confuso. Pero estamos juntos. Eso ayuda».

Kelly sintió una oleada de alivio. Aunque no comprendía del todo su cuerpo, ya no se sentía sola. Se dio cuenta de que, por muy confusas que se pusieran las cosas, siempre podía contar con Belinda para consolarla.

Las niñas se acurrucaron en la manta, acurrucándose muy juntas. Susurraban chistes, compartían historias sobre sus juguetes favoritos y reían en voz baja cuando un peluche se volcaba o una torre de bloques se caía. El mundo fuera de su manta parecía lejano. Allí, eran simplemente dos bebés, pequeñas y cuidadas, explorando la amistad, la confianza y los primeros indicios de una profunda conexión emocional.

Mientras la habitación se quedaba en silencio y los demás niños se quedaban dormidos, Kelly apoyó la cabeza cerca del hombro de Belinda. Sintió una calidez y seguridad nunca antes experimentadas. Las extrañas y confusas sensaciones corporales seguían presentes, pero parecían más leves y manejables, porque no las enfrentaba sola.

Belinda susurró suavemente, casi para sí misma: “Lo resolveremos... juntos”.

Kelly sonrió, y las palabras le calaron hondo. «Juntos», repitió.

Bajo el suave resplandor del sol de la tarde, dos amigas se acurrucaron bajo una manta compartida, reconfortadas por la presencia mutua. En un mundo donde crecer era opcional, donde cada niño podía avanzar a su propio ritmo, Kelly y Belinda habían descubierto algo extraordinario: la confianza y la alegría de saber

que, por muy confuso o extraño que fuera el mundo, o sus propios cuerpos, lo afrontarían juntas.

Capítulo 6: Amigos bebés, especiales juntos

El sol calentaba esa mañana y se filtraba sobre las alfombras de juego mientras Kelly entraba a la guardería. Belinda ya la esperaba, sentada sobre una manta suave cerca del área de juegos. Al ver a Kelly, se le iluminaron los ojos y extendió su manita.

—¡Hola, Kelly! —dijo Belinda con voz llena de silenciosa emoción.

Kelly se acercó con entusiasmo y tomó la mano de Belinda. "Hola... ¿Quieres ir primero a los túneles?"

Belinda asintió y juntos comenzaron su aventura matutina. Mientras exploraban, algo nuevo había empezado a crecer entre ellos: un vínculo tierno y tácito que se sentía diferente a las amistades de otros bebés. Se reían más, compartían juguetes sin que nadie se lo pidiera y a menudo se tomaban de la mano mientras pasaban del área de juegos al túnel, de los bloques a las colchonetas.

El personal lo notó. Intercambiaron sonrisas discretas. «Están formando algo... una camaradería especial», dijo uno.

Otro añadió: «Es como su propia versión de las citas. Dos bebés que aprenden lo que significa cuidar a alguien de forma constante y deliberada».

Kelly y Belinda no sabían exactamente qué significaba "salir". Pero entendían el deseo de estar juntas, sentirse más felices juntas y anhelar la comodidad de la presencia mutua. A veces compartían una manta durante el descanso, rozándose los hombros, tomándose de la mano y susurrándose. Disfrutaban de pequeños rituales como ofrecerse bloques primero, esperar a que la

otra atravesara un túnel o reírse entre dientes cuando se salpicaban accidentalmente en el pozo de agua.

A la hora de la merienda, Kelly le pasó a Belinda su bloque favorito. Belinda sonrió y le entregó un pequeño peluche a cambio. Estos pequeños y tiernos intercambios eran la forma en que las dos bebés demostraban afecto, una forma de amor que sus padres y cuidadores comprendían y fomentaban.

Durante la siesta, las niñas se acurrucaron bajo una manta compartida. Kelly apoyó la cabeza ligeramente en el hombro de Belinda. "Me gusta estar contigo", susurró.

Belinda extendió la mano y acarició la manita de Kelly. "A mí también me gusta estar contigo... siempre".

En este mundo, donde los bebés podían seguir siendo bebés todo el tiempo que necesitaran, su vínculo era totalmente apropiado. Los padres comprendían que estas conexiones, aunque diferentes a las relaciones adultas, eran la base de la confianza, el amor y la seguridad emocional. Los pequeños gestos, los abrazos y las rutinas compartidas de los bebés se reconocían como las primeras expresiones de apego que algún día podrían convertirse en una amistad más profunda y, con el tiempo, en una compañía para toda la vida.

A medida que transcurría la tarde, Kelly y Belinda seguían explorando, jugando y descansando juntas. Su risa resonaba suavemente por la guardería, sus pequeñas manos rozándose una y otra vez, un recordatorio constante del amor que estaban construyendo.

A pesar de las pequeñas confusiones que les causaban sus cuerpos cambiantes, con Kelly notando a veces sensaciones extrañas que aún no entendía y Belinda observando sentimientos similares, las dos niñas se apoyaban mutuamente para consolarse. Tomadas de la mano, compartiendo mantas y riendo entre risas

ante pequeños contratiempos, estaban aprendiendo algo profundo: que el amor podía ser tierno, cariñoso y totalmente compatible con los bebés que aún no habían nacido.

Para cuando el sol empezó a ocultarse, Kelly y Belinda estaban acurrucadas de nuevo, cansadas pero felices. No necesitaban palabras para describir lo que sentían. Su cercanía, su alegría compartida y su confianza mutua eran suficientes. A los ojos de los padres y cuidadores, esto era amor, inocente, tierno y perfectamente adaptado al mundo que habitaban.

Y para Kelly y Belinda, fue todo.

Capítulo 7: Creciendo juntos como pareja

Los días en la guardería habían tomado un ritmo tranquilo, pero algo nuevo había empezado a florecer para Kelly y Belinda. Ya no eran solo amigas. Se habían vuelto inseparables, una pequeña pareja que se movía junta, jugaba junta y descansaba una al lado de la otra.

Una tarde, el personal sugirió un plan especial: una pijamada supervisada para las dos compañeras más cercanas. El corazón de Kelly se aceleró al meterse en el rincón mullido preparado para ellas, con las colchonetas y mantas preparadas solo para ella y Belinda. Belinda ya estaba allí, alisando con sus pequeñas manos la manta compartida.

—Hola —susurró Kelly, acercándose arrastrándose.

Belinda me contactó de inmediato. "Hola... ¿Lista?"

Se acomodaron juntos bajo la manta, con las cabezas casi tocándose y las manos rozándose mientras ajustaban sus posiciones. El personal sonrió discretamente, notando la naturalidad con la que se habían adaptado a estar siempre cerca. Para los adultos, era evidente. Esta era la versión infantil de una pareja romántica entre dos bebés cuyo cuidado, consuelo y alegría se fundían el uno en el otro.

Por la noche, las niñas exploraron nuevas rutinas juntas. La hora del baño fue una aventura compartida: se reían mientras el agua tibia les rozaba el cuerpo, se pasaban toallitas suaves y chapoteaban con cuidado, riéndose de los más mínimos contratiempos. Se tomaban de la mano al entrar y salir de la bañera, y al terminar, el personal las envolvía en una toalla grande y suave.

"Es divertido... hacer esto contigo", susurró Kelly, apoyándose en el hombro de Belinda.

Belinda sonrió, apartándose un mechón de pelo mojado de la cara. «Me gusta estar contigo... todo el tiempo».

Incluso la hora de dormir seguía el mismo patrón de unión. Sus cunas estaban colocadas una junto a la otra, con una manta grande compartida sobre ambas. Se acurrucaban suavemente entre las suaves mantas, compartiendo peluches y murmurando en voz baja sobre las aventuras del día. Sus manos permanecían unidas, un recordatorio constante de la cercanía que sentían.

Los padres notaron el vínculo de inmediato. La madre de Kelly observó cómo los ojos de su hija se iluminaban cada vez que Belinda gateaba cerca. El padre de Belinda vio con qué naturalidad las niñas se consolaban mutuamente, y sus pequeños gestos reflejaban cariño, cariño y devoción. Tras una breve conversación, los padres coincidieron en que esta era la versión bebé de una pareja. Su amor era inocente, tierno y totalmente compatible con el de los demás bebés.

Aunque la pubertad trajo consigo momentos de confusión, sensaciones extrañas en el cuerpo de Kelly y una ligera conciencia de las diferencias entre ella y Belinda, se consolaban mutuamente. Belinda apretaba la mano de Kelly, murmuraba suavemente o compartía un suave abrazo, haciendo que las sensaciones confusas parecieran más pequeñas y manejables.

Al final de la velada, acurrucados juntos bajo la manta compartida, Kelly susurró adormilada: "Me alegro... de que estemos juntos".

Belinda sonrió con somnolencia. "Yo también... para siempre".

El personal y los padres observaban en silencio, con el corazón lleno de alegría. En este mundo donde crecer era opcional,

donde los bebés podían seguir siendo bebés indefinidamente, Kelly y Belinda habían descubierto algo extraordinario . La compañía más profunda posible. Eran una pareja, un equipo, y a los ojos de los adultos que las cuidaban, la versión infantil de una pareja romántica, con rutinas compartidas, pijamadas y la tierna y constante presencia de alguien que las amaba profundamente.

Y para Kelly y Belinda, nada más importaba. Juntas, estaban a salvo, felices y con un consuelo infinito, descubriendo el verdadero significado del apego, la confianza y el amor en un mundo que les permitía seguir siendo exactamente quienes eran.

Capítulo 8: Una boda para bebés

El sol brillaba suavemente a través de las ventanas de la guardería mientras el personal se preparaba para un día especial. Kelly y Belinda, ahora inseparables, estaban a punto de celebrar un hito único: una "boda", un tierno reconocimiento del profundo vínculo que habían forjado. No una boda como la entendían los adultos, sino una ceremonia que reconocía que los dos bebés eran ahora oficialmente una pareja, una pareja a los ojos de sus cuidadores y padres.

Kelly se arrastró hasta el rincón decorado, rozando con sus manitas las suaves cintas y los peluches dispuestos como un pequeño pasillo. Belinda ya estaba allí, con aspecto tímido pero emocionado, agarrando su manta favorita. Cuando sus miradas se cruzaron, sonrieron ampliamente y se tomaron de la mano.

El personal les explicó con amabilidad lo que estaba sucediendo. «Hoy celebramos su amistad y su amor. Estarán juntos como pareja, cuidándose y compartiendo sus días».

La madre de Kelly se arrodilló junto a su hija, cepillando su cabello suavemente. "Belinda y tú siempre se han cuidado mutuamente. Hoy, simplemente reconocemos lo especial que es eso".

El padre de Belinda asintió, sonriendo. «Hoy es su día, pequeños. Son una pareja, y estamos orgullosos de su vínculo».

La ceremonia fue sencilla pero cálida. Los bebés se tomaron de la mano mientras el personal les colocaba delicadamente cintas suaves sobre los hombros, simbolizando su conexión. Gatearon por un pequeño túnel decorado con flores, uno al lado del otro, riendo con los giros y vueltas familiares. Los peluches se alineaban en el pasillo, y al llegar al final, el personal anunció: «Kelly y Belinda,

ahora son oficialmente pareja. Que siempre se cuiden y compartan sus días».

Los bebés aplaudieron con alegría y luego gatearon directos a su parque de juegos favorito. Tras un día de túneles, bloques y risas, llegó la hora del siguiente ritual: la hora de dormir.

Esa noche, las dos se acurrucaron en la misma cuna, cubiertas por una gran manta compartida. Se acurrucaron juntas, tomadas de la mano y susurrando suavemente sobre el día. La calidez de la presencia de Belinda alivió las pequeñas confusiones que Kelly aún sentía sobre su cuerpo.

"Eres mi compañero bebé", susurró Kelly.

Belinda sonrió soñolienta. "Tú también eres mía... para siempre".

A la mañana siguiente, compartieron rutinas: la hora del baño juntas, alimentarlas juntas, el personal atento y delicado les cambiaba los pañales. Cada gesto era una expresión de su vínculo. Kelly le dio a Belinda su toallita favorita, y Belinda le ofreció un juguete a cambio. Incluso en los momentos más breves, su amor y compañerismo eran evidentes.

Los padres observaban con orgullo. Los bebés eran inseparables, se apoyaban, se consolaban mutuamente y prosperaban en un mundo que les permitía seguir siendo bebés sin dejar de desarrollar vínculos emocionales. Para los forasteros, podría parecer inusual, pero en esta sociedad, era natural, enriquecedor y celebrado.

A medida que los días se convertían en semanas, Kelly y Belinda continuaban con sus rutinas juntas : pijamadas, juegos, baños, comidas y abrazos. Cada día se acercaban más, una pareja en todos los sentidos, y sus padres, el personal y ellas mismas reconocían su vínculo. La pubertad siguió trayendo consigo

pequeñas confusiones y curiosidades, pero siempre suavizadas por la confianza y la comodidad de su vida compartida.

Y así, en un mundo donde crecer era opcional, Kelly y Belinda vivieron como siempre habían deseado: juntas, a salvo y profundamente amadas. Su "boda" no fue un paso hacia la adultez, sino una celebración de su compañerismo, una promesa de afrontar la vida en equipo y el comienzo de un viaje para toda la vida juntas, alimentadas, cuidadas y apreciadas juntas.

Epílogo: Juntos, por siempre pequeños

Pasaron los años, aunque el tiempo se sentía diferente en el mundo de niñas como Kelly y Belinda. Cronológicamente, crecieron. Eran adolescentes según el calendario, pero en todo lo demás, seguían siendo bebés: pequeños, amamantados, cuidados y seguros. Sus días continuaban con el ritmo tranquilo que siempre habían conocido, gateando por túneles, apilando bloques, chapoteando en piscinas poco profundas y explorando áreas de juego acolchadas, uno al lado del otro.

Su vínculo, celebrado en una pequeña "boda" años antes, no hacía más que profundizarse. Compartían cunas durante las pijamadas, se acurrucaban bajo grandes mantas y susurraban suavemente sobre las pequeñas aventuras que vivían cada día. La hora del baño seguía siendo una alegría compartida, llena de risas y cuidadosos abrazos, y la hora de comer era un ritual tranquilo y reconfortante en el que se sentaban uno al lado del otro, apoyados por cuidadores y padres que comprendían la profundidad de su conexión.

La pubertad siguió trayendo pequeñas confusiones: Kelly a veces notaba sensaciones extrañas en su cuerpo, y Belinda experimentaba momentos similares. Pero juntas, afrontaron cada nueva sensación con confianza y seguridad. De la mano, rozándose los hombros, acurrucándose bajo las mantas, todo lo que podría haber sido confuso estando solas se volvió seguro, manejable e incluso reconfortante estando la una a su lado.

Los padres y cuidadores vieron claramente que Kelly y Belinda eran más que amigas. Eran una pareja en todos los sentidos. Su amor era inocente, cariñoso y totalmente apropiado: una expresión constante de cariño, confianza y devoción. Se les

permitió permanecer pequeños e infantiles mientras exploraban las profundidades de la compañía, creando rutinas que entrelazaban sus vidas por completo.

Las mañanas comenzaban con paseos compartidos hasta el área de juegos, las tardes las pasábamos explorando túneles y construyendo torres, y las noches terminaban acurrucados juntos en una cuna compartida. Cada pequeño gesto —ofrecer un juguete primero, tomarse de la mano a través de un laberinto de colchonetas, reír al caer los bloques— era un recordatorio del amor que habían cultivado desde que se conocieron.

Incluso mientras el mundo exterior seguía su curso, Kelly y Belinda prosperaron en un espacio diseñado para ellas. Crecer era opcional y la infancia podía durar indefinidamente. Y en ese espacio, encontraron todo lo que necesitaban: seguridad, alegría y la presencia inquebrantable de alguien que realmente las comprendía.

En la calidez de las suaves mantas, la risa de las salas de juegos y la tranquila intimidad de sus rutinas compartidas, Kelly le susurró a Belinda: "Me alegro... de que estemos juntos".

Belinda se acercó más y murmuró: "Para siempre".

Y así, en un mundo que permitía que los niños permanecieran tal como eran, Kelly y Belinda continuaron sus vidas juntas, siendo bebés, cuidadas por completo y completamente enamoradas. Sus días, sus juegos, sus siestas y sus comidas, entrelazados, formaron la base de una amistad para toda la vida, celebrada por sus padres, apoyada por sus cuidadores y apreciada por las dos pequeñas que se habían elegido mutuamente por encima de todo.

En este mundo, no había prisa. Solo había amor, confianza y el dulce consuelo de ser exactamente quienes eran, juntos, eternamente pequeños.

Si disfrutaste de esta historia muy corta, visita www.abdiscovery.com.au para encontrar una gran variedad de historias, desde cortas hasta muy largas, todas sobre bebés adultos y el mundo en el que quieren vivir.

El yo más pequeño

Michael Bent

Capítulo uno: El yo más pequeño

Dee-Dee estaba sentada en su escritorio con las manos juntas sobre el regazo, mirando fijamente la hoja de matemáticas que tenía delante. Los números flotaban en la página, danzando y difuminándose, y su lápiz llevaba diez minutos intacto. A su alrededor, los otros niños de diez años charlaban en voz baja o garabateaban las respuestas rápidamente. Le ardían las mejillas de vergüenza. Se estaba quedando atrás otra vez. Su maestra había empezado a llamarlo "desliz". Odiaba esa palabra.

Corrimiento.

Se deslizó como aquella mañana, entre sábanas mojadas antes de que saliera el sol. Había intentado ocultarle la evidencia a su madre otra vez: el pijama enrollado en un bulto apretado, las sábanas volteadas. Pero el olor siempre la delataba. Y el silencio que siguió, la decepción flotando en el aire, le revolvió el estómago. Mojar la cama no era raro. De hecho, las camas secas eran raras para Dee-Dee.

Detrás de ella, alguien susurró demasiado fuerte.

Todavía se hace pis en la cama. Eso dijo mi prima. A los diez. ¡Qué asco!

—¡En serio! —respondió otro—. ¡Menudo bebé!

Otra sonrió, pero no dijo nada, pues también mojaban la cama todas las noches, al igual que su hermano mayor. Era algo hereditario, y la sábana de plástico de la cama de sus padres le decía que no se secaría pronto. ¡Pero no iba a admitirlo ante nadie!

Se oyeron risas. No lo suficientemente fuertes como para que la maestra las oyera, pero sí lo suficientemente fuertes como para golpear con fuerza. La enuresis de Dee-Dee se había descubierto accidentalmente un par de meses antes, cuando una

compañera de clase escuchó a su ruidosa madre quejarse con otra madre de las sábanas mojadas que tenía casi todas las mañanas. Su secreto había salido a la luz.

Dee-Dee volvió a mirar los números. Fracciones. Como si la vida no estuviera ya suficientemente dividida. Contuvo las lágrimas mientras se esforzaba por comprender las asignaturas.

Al final de la jornada escolar, su cuerpo se sentía demasiado grande. Demasiado pesado. Sus zapatos le sentaban mal. Su mochila hacía demasiado ruido y su falda le picaba. Todo le picaba y le apretaba como si estuviera hecho para otra persona. Alguien mayor, alguien que fingía ser. A menudo le pasaba lo mismo. Pero cuando veía a un bebé en brazos o en un cochecito, el corazón le daba un vuelco. Parecía como si se sintiera así.

Cuando vio llegar el familiar coche blanco con Trisha al volante y Jen en el asiento del copiloto, sintió una oleada de calor en su interior. Subió, al principio en silencio, dejando caer su bolso al suelo.

—Hola, Button —saludó Jen alegremente, estirándose hacia atrás para despeinarse—. ¿Tuviste un día difícil?

Dee-Dee asintió pero no habló.

Trisha la miró en el espejo. "¿Quieres hablar de eso cuando lleguemos a casa, cariño?"

Dee-Dee se encogió de hombros levemente. Ese lugar seguro, la acogedora casa de Trisha y Jen, estaba a solo diez minutos. Pero su corazón ya latía con fuerza. Algo dentro de ella la impulsaba, algo demasiado grande para contenerlo esta vez. No entendía lo que sentía en su interior.

La casa olía a leche caliente y ropa recién lavada. Dee-Dee se quitó los zapatos en la puerta y entró en casa con los calcetines

puestos. Podía oír la suave música de cuna que sonaba desde el monitor de bebés del piso de arriba, y el ligero aroma a talco de los cambios de pañal anteriores flotaba en el aire. Trisha y Jen eran niñeras y casi todos los días tenían un bebé o un niño pequeño a su cargo.

Ni siquiera se sentó. Simplemente se giró, con lágrimas deslizándose por sus mejillas, y lo dijo.

“No quiero volver atrás.”

Jen se detuvo a medio paso, con una toalla doblada todavía en las manos. “¿Cariño?”

No quiero volver a la escuela. No quiero ser grande. No se me da bien. Quiero... quiero volver a ser un bebé. Contigo. ¡Quiero ser un bebé!

Su voz se quebró en la última palabra como si al decirlo se volviera real.

Trisha se acercó y se arrodilló para mirarla a los ojos. «Niña... ven aquí».

Dee-Dee se tambaleó hacia sus brazos. Lloraba con todas sus fuerzas y sin vergüenza, ese llanto que solo los pequeños emiten cuando algo les duele demasiado.

“Todavía mojo la cama”, sollozó sobre la camisa de Trisha. “Y hoy todos lo supieron. Lo supieron y se rieron. Y los números en la página... Ya no puedo. No puedo.”

Jen también se arrodilló y los abrazó. “Ay, Dee-Dee. No tienes que hacer nada de eso ahora. No tienes que ser grande para nosotras. Para nada”.

Quiero quedarme aquí. Con ustedes dos. Quiero pañales de nuevo. Quiero biberones. Quiero... quiero siestas y cuentos, y no tener que volver nunca más.

La habitación quedó en silencio por un momento, salvo por los sollozos de Dee-Dee y el zumbido del lavavajillas al ponerse en marcha.

Entonces Trisha le besó la cabeza. «Si eso es lo que de verdad quieres, cariño, hablaremos con tu mamá. Lo haremos como es debido. Pero nos aseguraremos de que estés a salvo, pequeña y querida todos los días. ¿Te parece bien?»

—Puedes ser nuestro bebé, a tiempo completo —susurró Jen con una sonrisa—. Desde ahora mismo.

Dee-Dee asintió con fuerza, como si temiera que el momento se desvaneciera. Pero no fue así. Trisha la levantó con cuidado, con solo diez años, pero pequeña y ligera en sus brazos, y la llevó al sofá, la acostó y le puso una mantita suave encima.

—Te prepararé el biberón —dijo Jen suavemente, apartándole el flequillo de la frente—. Y después, ¿qué tal si elegimos algo infantil para que te pongas mañana?

Dee-Dee sonrió, con los ojos somnolientos por el llanto. "¿Puede ser rosa?"

—Totalmente rosa, pequeña —prometió Trisha—. Totalmente rosa y suave como un bebé. Igual que tú.

Y en ese momento de tranquilidad, De e-Dee lo sintió. Ya no tenía por qué resbalar. Podía caer, justo en los brazos que siempre la sujetarían.

Capítulo dos: Lo que ella necesita

La tetera silbaba suavemente en la cocina mientras Jen vertía agua caliente en tres tazas, con la mano firme a pesar de los nervios que la azotaban. Trisha estaba sentada a la mesa de la cocina, alisando la esquina de una manta de bebé doblada por costumbre. Arriba, el monitor de bebé emitía el suave crujido de las sábanas. Dee-Dee dormía en su nueva cama, con un chupete en la boca y un conejito de peluche apretado contra el pecho.

Sonó el timbre.

Jen la abrió y vio a Marta, la madre de Dee-Dee. De unos treinta y tantos, con los ojos demacrados y las comisuras de los labios tensas, como si estuviera siempre esperando que algo saliera mal.

"Hola", dijo, mirando rápidamente más allá de Jen, como si esperara ver a su hija llorando o negándose a volver a casa.

Jen le dedicó una suave sonrisa. "Pase. Nos alegra que haya podido visitarnos".

Marta entró, rígida. Se sentó en el borde de la silla de la cocina como si se estuviera preparando para ser juzgada.

Trisha se sentó frente a ella y juntó las manos. «Dee-Dee está arriba, durmiendo la siesta. Tuvo un día intenso. Un día valiente».

Marta soltó una risa seca. «Valiente. Esa es una palabra para describirlo».

Jen puso una taza frente a ella y se sentó, eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Nos dijo que no quiere volver a la escuela. Dice que quiere quedarse aquí. Volver a ser un bebé".

Los hombros de Marta se hundieron como si alguien finalmente hubiera dicho en voz alta lo que ella había estado cargando durante años.

Ella también me lo dijo. Una vez. Después de una semana pésima en tercer año. Pensé que era solo una etapa. Pero... nunca se ha ido. El silencio se apoderó de ella. Entonces, con la voz entrecortada, susurró: «No sé qué hacer con ella».

Trisha se acercó con ternura. «La amas. Eso está claro. Pero ya no sabes cómo ayudarla a sentirse segura. Lo entiendo. Es mucho pedir».

Marta asintió rápidamente, apretando la taza con fuerza. «Sigue mojando la cama todas las noches. Ya lo sabes. Pero ahora es más. Se ha orinado encima dos veces en el colegio el último mes. Y lo esconde todo: las sábanas, la ropa, el llanto. Cree que estoy loca, pero es que... estoy perdida y ya no lo soporto».

Jen se inclinó hacia adelante. "Está bien decirlo. La crianza no es un camino. Sobre todo cuando tu hijo pide algo tan diferente".

No quiere crecer. Quiere pañales, mantitas, biberones y... — Marta dejó escapar un largo suspiro—. Es como si estuviera retrocediendo.

Trisha sonrió con dulzura. «A veces, retroceder es lo que cura a un niño que ha avanzado demasiado rápido».

Marta parpadeó, con lágrimas en los ojos. "¿No crees que esté mal?"

—No —dijo Jen con firmeza—. Creemos que es una necesidad. No un capricho. Quiere ser pequeña porque el mundo es demasiado para ella ahora mismo. ¿Y, sinceramente? Ya está más tranquila. Más feliz.

"Ella está aquí sólo unas horas."

—Sí. Pero tomó su biberón y se acurrucó sin miedo. Pidió un pañal sin vergüenza y tenemos algunos lo suficientemente grandes para ella. Y cuando dormía... —Trisha hizo una pausa—. No se despertó llorando. Creemos que puede crecer aquí, pero no como la mayoría de la gente espera.

La voz de Marta se convirtió en un susurro. "¿La quieres?"

La pregunta quedó en el aire como un globo demasiado lleno, a punto de estallar.

Jen puso su mano sobre la de Marta. «La queremos. De verdad. Y si sientes que necesitas ayuda, si sientes que ella necesita más de lo que puedes darle ahora mismo, aquí estamos».

Trisha añadió: «Podemos educarla en casa con delicadeza. Dejar que aprenda jugando. Darle la infancia que tanto anhela y, al mismo tiempo, apoyar su aprendizaje. Se acabó la vergüenza. Se acabó la presión».

Las manos de Marta temblaban. «Me esforcé tanto. Pero estoy cansada de despertar con camas mojadas y ojos tristes. De prepararle almuerzos que no quiere comer. De decirle que se está quedando atrás cuando sé que le estoy rompiendo el corazón. Siento que ya la he perdido».

Trisha negó con la cabeza suavemente. "No la has perdido. Solo estaba esperando que alguien le dijera que podía dejar de fingir que estaba bien".

Las lágrimas caían libremente. Marta no se las secó. "¿Voy a visitarla?"

"Por supuesto", dijo Jen. "No se trata de quitársela. Se trata de compartir su cuidado de una manera que finalmente la ayude a florecer".

Marta miró la manta que estaba sobre la mesa, de suave polar rosa, con conejitos cosidos en la esquina.

Le gusta el rosa. Siempre le ha gustado.

Trisha sonrió. "Lo lucirá con orgullo aquí".

Con un suspiro largo y tembloroso, Marta asintió. «De acuerdo. Firmaré lo que sea necesario. Solo... quiero que esté bien. Quiero que se sienta querida, aunque no sepa cómo demostrárselo ahora mismo».

—Ya lo hiciste —dijo Jen con dulzura—. Tú la trajiste. Eso es amor.

Y por primera vez en años, Marta se permitió llorar, no por miedo o fracaso, sino por alivio.

Capítulo tres: *Húmedo y maravilloso*

La pequeña maleta rosa de Dee-Dee estaba a los pies de la cama, aunque no necesitaría mucho de lo que había dentro. Jen había dicho, con cariño, que la "ropa de niña grande" estaba guardada en un cajón especial para más tarde. En ese momento, solo los vestidos y monos de bebé más suaves y sencillos estaban colgados en el armario. Y pañales. Tantos pañales, cuidadosamente apilados en cestas de color pastel junto al cambiador. Había sido sorprendentemente fácil encontrar ropa de bebé de la talla de Dee-Dee. Aunque era mucho más grande que la mayoría de los niños pequeños, era muy pequeña para su edad, así que en las tiendas especializadas había ropa infantil o de aspecto infantil que le quedaba bien. Y, por supuesto, los pañales eran fáciles de conseguir en su talla, con estampados de guardería y de bebé.

Ahora estaba de pie en silencio en su cuarto —su cuarto—, con el primero de muchos pañales suaves y arrugados. Trisha la había cambiado esa mañana con la paciencia de quien lo ha hecho mil veces, arrullándola y empolvándola suavemente, ajustándola con cinta adhesiva para que quedara bien sujeta.

"Listo, cariño", susurró Trisha, mientras se ponía un mono amarillo pálido con patitos. "Ya estás lista para tu primer día de bebé".

Dee-Dee se sonrojó al sentir el bulto entre sus piernas, pero era un rubor agradable. Un calor suave y reconfortante que se instaló en sus mejillas y pecho. No se había dado cuenta de cuánto extrañaba esa sensación. No solo la ropa o los cuidados, sino ser pequeña. Realmente pequeña. Incluso infantil.

Abajo, Jen estaba calentando su biberón en un calentador de color pastel con orejas de conejo.

—¡Buenos días, cariño! —saludó, alzando a Dee-Dee en brazos con naturalidad—. ¿Lista para el biberón?

Dee-Dee asintió tímidamente. Todavía le preocupaba necesitar ayuda con todo, pero la parte de ella que siempre quería hacer las cosas sola se había silenciado.

Trisha había instalado una trona en la mesa de la cocina, no una para niños pequeños, sino una hecha a medida para una niña más grande. Una vez más, tras una rápida búsqueda por teléfono, había encontrado una trona más grande de segunda mano, con historias que seguro que le acompañaban. Dee-Dee encajó a la perfección. Apretaba a su conejito con los ojos abiertos de asombro mientras Jen le metía el biberón en la boca y lo inclinaba con cuidado.

Leche tibia le llenó el estómago. Palabras suaves le llenaron los oídos.

"Lo estás haciendo muy bien, nena."

Cuando terminó, Jen se limpió el exceso de leche de la barbilla y le besó la nariz.

Después del desayuno, llegó la hora de ir a la "escuela", pero no se parecía en nada a su antigua aula.

En el solarío, Trisha había instalado un pequeño escritorio blanco con esquinas redondeadas y pegatinas de animales. Junto a él había unos cuantos libros de aprendizaje blandos: colores brillantes, letras grandes, pasos suaves. El nombre de Dee-Dee estaba escrito con crayón en una etiqueta en la parte superior. Entró contoneándose desde la cocina con su conejito en un brazo, mientras el grueso pañal limpio crujía bajo su vestido.

—No necesitas ser inteligente de golpe —dijo Jen, colocando un ábaco de juguete sobre el escritorio—. Solo curiosidad. Con eso basta.

La llamaban Escuela de Bebés, y la primera lección era formas y colores. No había presión ni exámenes. Trisha se sentaba a su lado, trazando círculos en su cuaderno con la mano sobre la de Dee-Dee, como quien guía a un niño pequeño.

La parte de Dee-Dee que solía congelarse con las hojas de ejercicios ya no aparecía. Se sentía libre. Diminuta. Tranquila. Y cálida.

“La llevaremos a la escuela poco a poco, empezando por lo básico y a su ritmo, sea cual sea”, le había explicado Jen a Marta por teléfono la noche anterior. “Su escolarización ha sido demasiado estresante y la educaremos en casa al estilo de bebés y niños pequeños”.

A mitad de la lección, Dee-Dee hizo una pausa y parpadeó.

Jen levantó la vista desde el otro lado de la habitación. “¿Necesitas ir al baño, cariño?”

Dee-Dee parecía confundida. Luego murmuró en voz baja: «Ya lo hice».

Trisha sonrió. “Buena chica. Para eso están tus pañales. ¡Bien hecho!”

Dee-Dee bajó la mirada hacia su regazo, con la cara sonrojándose de nuevo. “Ni siquiera lo sentí hasta que pasó”.

Jen se acercó y le besó la cabeza. “Ese es tu cuerpo desprendiéndose. Puedes soltarte aquí, cariño. Los pañales son para todo y ni se te ocurra pensar en ello, ¿de acuerdo?”

Al final de la semana, se mojaba todas las mañanas, todas las tardes y durante las siestas sin darse cuenta. Jen empezó a revisarla

con palmaditas rápidas y practicadas, y a cambiarla tres, a veces cuatro veces al día. Ya no se hablaba de "accidentes".

No fueron deslices. Era como si Dee-Dee se convirtiera en quien necesitaba ser, y le encantaba.

Amaba sus biberones, su trona y sus juguetes. Le encantaba oír "Vamos a cambiarte, cariño" y que la tumbaran suavemente boca arriba mientras le arrullaban y le cantaban. Amaba la suave campanilla que llevaba en el tobillo cuando despertaba de la siesta. Pero sobre todo, amaba sus pañales y cómo la hacían sentir pequeña, suave y sin control, sin necesidad de ser más que un bebé.

Una noche, mientras Trisha la arropaba, susurró: "¿Trish?"

"¿Sí, bebé?"

"¿Crees que algún día dejaré de mojarme?"

Trisha sonrió, apartándole el pelo a Dee-Dee y poniéndole el chupete. "Quizás. Quizás no. ¿Pero adivina qué?"

Dee-Dee parpadeó.

Te amaremos igual de todas formas. Por siempre y para siempre, nuestra hijita. ¡No hay razón para que no puedas usar pañales para siempre!

Dee-Dee chupó su chupete y se quedó dormida, seca de espíritu, pero mojada y maravillosa donde más importaba.

Capítulo cuatro: Un gran paso para una niña

Dee-Dee estaba de pie en medio de la habitación de su bebé, saltando de puntillas, con el chupete balanceándose en la boca. La habitación estaba cálida y llena de luz solar, pero su atención estaba fija en una sola cosa: la cuna nueva.

Su cuna. Su propia cuna fue hecha a su medida y hecha a su medida.

Jen había pasado toda la mañana armándolo con la ayuda de Trisha, un diseño personalizado lo suficientemente grande para una niña en crecimiento, pero construido igual que el de un bebé real, con barandillas blancas altas, un móvil rosa suave con conejitos en lo alto y el colchón más mullido y acogedor que Dee-Dee jamás había sentido.

"Es perfecto", susurró, apretando a Bunny contra su pecho.

—Es tuyo, cariño —dijo Trisha en voz baja, acercándose a ella y arrodillándose—. De ahora en adelante, aquí duerme nuestro bebé. Se acabaron las camas de los adultos, ¿vale? Aún no tienes edad para eso.

Dee-Dee asintió con entusiasmo. La idea de dormir rodeada de barrotes, abrazando a su conejito con su chupete y mantita, le llenó el pecho de calor. Ya no se levantaría de la cama. No despertaría perdida. Este era su lugar.

Jen aplaudió suavemente. "Muy bien, pequeña. Ahora que tu cuna está lista, ¿qué tal si vamos a la juguetería?"

Los ojos de Dee-Dee se abrieron de par en par tras su chupete. "¿En serio?", chilló.

—De verdad —dijo Trisha con una sonrisa—. Y juguetes para niñas como tú, pero necesitaremos un pañal grueso y bonito para el viaje en coche. Ya sabes lo inquietos que se ponen los peques cuando están emocionados.

Dee-Dee se rió entre dientes y se dejó caer en el cambiador sin que nadie se lo pidiera.

La juguetería era como un sueño.

La llevaron por la entrada lateral, pues conocían personalmente a la dueña. Jen ya les había explicado todo por teléfono: su bebé era tímida, especial y necesitaba una experiencia tranquila. La mujer detrás del mostrador simplemente sonrió y les indicó que pasaran.

Dee-Dee se contoneaba entre los pasillos, con el pañal crujiendo bajo su pelele rosa. Sostenía la mano de Jen con una y la de Trisha con la otra, maravillada por los estantes y estantes de juguetes.

Había peluches de todos los animales, muñecas con vestiditos, bloques para apilar, sonajeros y juguetes musicales que cantaban nanas. Emitió un suave chillido alrededor de su chupete al ver un caracol musical rosa.

“¡Ese, por favor!” balbuceó, señalando con entusiasmo.

Jen lo recogió y lo dejó sonar. Las suaves notas llenaron la tienda, y Dee-Dee saltaba de alegría.

Al final de la visita, tenían tres juguetes nuevos en una bolsa de bebé: el caracol, un juego de tazas apilables y un libro de dentición suave que crujía y chirriaba. Dee-Dee los abrazó a todos en el coche, de camino a casa.

Tanto Jen como Trisha se fijaron en que todos los juguetes que había elegido eran para niños de un año o menos. Ir a la juguetería no solo era un detalle agradable, sino también una forma de conocer la verdadera edad de Dee-Dee, y parecía que tuviera un año... o menos.

Fue más tarde esa tarde, durante el momento de tranquilidad, que algo cambió.

Dee-Dee estaba acostada en su cuna nueva, abrazando a Bunny y el nuevo caracol de juguete. La fórmula del biberón le había hecho sentir la barriga llena y un poco ruidosa. Se retorció, apretando las rodillas contra el pecho. Normalmente, ese sería el momento en que pediría ir al baño. Pero no había orinal. Solo ella y su pañal.

Su respiración se hizo más lenta. La presión en su estómago aumentó... y ella se soltó.

Había calidez y plenitud. Un repentino silencio en la habitación, roto solo por el suave movimiento del móvil. No lloró. No entró en pánico. Simplemente se quedó allí tumbada, chupando su chupete, con los ojos cerrados. Se sentía... más pequeña que nunca. No sentía la necesidad de apresurarse para cambiarse.

Trisha vino a verla quince minutos después. Se detuvo en los barrotes, olió el aire y sonrió con cariño.

"Oh, cariño", susurró, "hiciste tu primer pañal sucio".

Dee-Dee asintió tímidamente, con las mejillas rosadas pero tranquila.

Jen entró detrás de ella y miró hacia la cuna con ojos tiernos y orgullosos. "Ese es un gran paso, pequeña. Tu cuerpo está recordando que es seguro volver a ser un bebé".

Trisha bajó la barandilla y la levantó con cuidado, abrazándola. "Estamos muy orgullosos de ti, cariño. Ni siquiera gritaste. Simplemente dejaste que pasara".

Dee-Dee se acurrucó contra el cuello de Trisha, con el pañal grueso y sucio acunado en sus brazos. No hubo vergüenza. Ni regaños. Solo palabras cariñosas y la promesa de un baño de burbujas caliente y un pañal limpio después.

Mientras Trisha la llevaba hacia el cambiador, Jen sonrió y susurró: "Nuestra bebé está creciendo mucho".

Y disfrutó cada minuto. ¡Y creo que disfrutó muchísimo de su pañal sucio!

Capítulo cinco: Arrastrándose a casa

Los días pasaban suavemente como una canción de cuna que se extendía eternamente.

Ya no había relojes en la habitación de Dee-Dee. No hacían falta horarios ni alarmas. Solo ritmos: la hora del biberón, el juego, la siesta, la hora del cambio y los abrazos entre medias. Jen y Trisha tenían un registro discreto en la cocina para marcar sus tomas, sus siestas y sus cambios de pañal; no para establecer reglas, sino para comprender mejor las necesidades de su bebé.

Y Dee-Dee era definitivamente una bebé ahora. No había fingimientos, ni medias tintas, ni imitaciones. Todo era muy genuino.

Hacía semanas que no pedía ir al baño. Ahora sus pañales siempre estaban mojados y, a menudo, también sucios. A veces se daba cuenta, a veces no. Pero el miedo, la vergüenza, las escondidas... todo había desaparecido. Había dejado de decir «Lo siento» cada vez que la revisaban o la cambiaban. Ya no dudaba antes de soltarse.

Ahora dejarme ir me hacía sentir seguro.

Dejar ir significaba amor.

Una mañana, después de desayunar en su trona (puré de fruta y leche de un biberón de silicona suave), Jen la bajó a la alfombra del salón. Todo un rincón se había transformado en un parque de juegos para bebés: colchonetas de espuma color pastel, una caja de juguetes llena de peluches y sonajeros, vasos apilables,

un clasificador de formas, un túnel de tela y, como novedad, un arcoíris suave para gatear. Dee-Dee se rió y aplaudió al verlo.

—Eso es para ti, pequeña —dijo Jen alegremente—. Lo haces muy bien sentada y jugando... ahora, a mover las rodillas.

No necesitaba que se lo dijeran dos veces.

Dee-Dee se puso a gatas, con el grueso pañal de la mañana colgando ligeramente entre sus piernas, y empezó a gatear hacia el arco con un chirrido de "¡ba-ba-ba!" alrededor de su chupete. Trisha aplaudió suavemente desde el sofá.

¡Mira cómo te mueves, gatera! ¡Igual que un bebé de verdad!

"Soy una bebé sana", murmuró Dee-Dee con orgullo a través de su chupete. Trisha se sintió ligeramente regañada.

—Sí, eres un bebé de verdad. ¡Sin duda!

Había empezado poco a poco, el lenguaje infantil. Un "pway" ceceante por aquí, un "me baba" por allá. Pero ahora le salía de forma natural. Chillaba y balbuceaba durante el juego, señalaba su pañal y decía "apestoso", y a menudo tiraba suavemente de su pelele y decía "¡oh, oh!" cuando sentía que se estaba haciendo un lío. Le encantaba que Jen y Trisha nunca la corrigieran.

"Ya no eres una niña grande", le decían. "No necesitas palabras de niña grande. Con palabras y sonidos de bebé basta".

Y no necesitaba palabras complicadas. No necesitaba nada más que juguetes, su mantita, sus biberones y amor.

Esa tarde, después de una larga sesión de juego arrastrándose por el túnel y derribando bloques blandos, Dee-Dee se sentó con las piernas bien abiertas, gorgoteando para sí misma y dándose palmaditas en la barriga.

Sintió que la presión aumentaba y era su segundo desastre del día.

Sin dudarle, se inclinó ligeramente hacia un lado, emitió un gruñido y llenó su pañal. El calor se extendió rápidamente. Ni siquiera levantó la vista. Era parte de ser Dee-Dee ahora. Trisha entró unos minutos después con un biberón nuevo y se detuvo en seco.

“¡Oh, alguien hizo caca!” exclamó con voz casi cantarina.

Dee-Dee sonrió, con las mejillas sonrojadas, pero claramente orgullosa.

—¡Qué niña tan desordenada! —dijo Jen, entrando tras ella—. ¡Qué buena niña te estás convirtiendo! Nos alegra mucho que te ensucies. Eso es lo que hacen las buenas chicas.

No la apresuraron.

Se sentaron a su lado, le ofrecieron el biberón y esperaron a que terminara de mamar con el pañal lleno. Solo cuando extendió la mano, la levantaron y la llevaron a cambiar.

—Ya le estás cogiendo el truco, Dee-Dee —susurró Trisha mientras la limpiaba con suavidad—. Te sueltas como un bebé de verdad. Ya no finges.

"Mi bebé ahora", murmuró Dee-Dee a través de su chupete, parpadeando adormilada.

—Sí, cariño. De verdad que ya eres solo un bebé.

Y esa noche, mientras la acostaban en su cuna, arropada bajo su manta de conejito con la barriga llena y el pañal calentito, Dee-Dee sonrió al móvil y susurró dos palabras antes de cerrar los ojos.

"Gracias."

Capítulo seis: Hora de dormir del bebé

A las siete, la habitación del bebé brillaba con la suave luz dorada de la lámpara de noche con forma de luna. El aroma a talco flotaba en el aire, y el móvil musical giraba lentamente sobre la cuna, proyectando sombras de conejitos y estrellas en las paredes. Dee-Dee yacía en el cambiador, mientras Trisha le levantaba las piernas con cuidado mientras la limpiaban y la empolvaban para la noche.

—Aquí tienes, cariño —susurró Trisha, doblando el grueso pañal de noche debajo de ella—. Limpia y seca para dormir.

Dee-Dee ya no hablaba mucho a la hora de dormir. Su chupete se había vuelto casi permanente después de cenar, reconfortante y cálido en su boca. Su tacto le decía que ya no tenía que pensar en cosas de adultos. Solo necesitaba ser ella misma.

Jen trajo su pijama: un mono largo con cremallera, de polar rosa suave, con mitones incorporados y una nube cosida sobre el pecho. Se crujió suavemente mientras la vestían; el pañal, grueso y ajustado entre sus piernas.

"El pronóstico del tiempo para esta noche", bromeó Jen suavemente, cepillando el flequillo de Dee-Dee, "está muy blando y hay muchas posibilidades de que se empape por la mañana".

Trisha rió en voz baja mientras cargaba a Dee-Dee en brazos. "Justo como nos gusta".

La cuna la esperaba. Las mantas estaban acolchonadas. Bunny estaba acurrucada junto a la almohada. Sus tres muñecas favoritas estaban arropadas al otro lado: Lulu, Starry y Pip-Pip el elefante.

Dee-Dee miró el móvil mientras Trisha la acostaba, con los ojos abiertos y soñolientos. Una suave canción de cuna empezó a sonar mientras los conejitos giraban sobre ella.

"Adoro a mis conejos", murmuró a través de su chupete, apretando a Bunny fuertemente contra su pecho.

—Lo sabemos, cariño —susurró Trisha—. Te encantan todos tus peluches. Ellos también te adoran.

Jen se inclinó para arroparla y susurró: "Y todos están orgullosos de ti por ser un bebé tan bueno hoy".

La música del móvil continuó con una cascada soñolienta de suaves campanillas. Los párpados de Dee-Dee se agitaron, y el calor de su pañal se extendió lentamente bajo su forro polar mientras su cuerpo se relajaba sin resistencia.

Entonces... un pequeño gemido.

Trisha se sentó en el borde de la cuna. "¿Qué pasa, cariño?"

Dee-Dee parpadeó y levantó los brazos.

—Botella... —murmuró—. ¿Papá?

Jen ya iba un paso por delante. Regresó con un biberón calentito de fórmula para dormir y se lo puso a Dee-Dee en los labios. Dee-Dee succionó lenta y rítmicamente, hundiéndose más en las mantas con cada tirón. Sus piernas se movieron ligeramente; el crujido del pañal resonó en la silenciosa habitación del bebé. Se quedaron así hasta que el biberón estuvo vacío, y entonces, con cuidado, le volvió a colocar el chupete.

Pasó un minuto. Luego dos.

Entonces, muy suavemente, Dee-Dee susurró detrás de su chupete: "¿Puedo... tener un amigo bebé algún día?"

Jen miró a Trisha.

Trisha acarició la mejilla de Dee-Dee. "¿Una amiga como tú?"

Dee-Dee asintió lentamente, mientras el chupete se movía.

—Un bebé como yo —murmuró soñolienta—. Para jugar con él. Quizás echar una siesta juntos.

La voz de Jen era cálida y firme. «Creemos que eso suena maravilloso, pequeña. Quizás algún día, alguien muy especial venga a jugar contigo. Un bebé que necesita amor, igual que tú».

Dee-Dee suspiró y cerró los ojos, abrazando a Bunny y acomodando a sus muñecas a ambos lados. El móvil giraba. Sonaba la canción de cuna. Y bajo las estrellas y el suave crujido de su pañal, Dee-Dee se sumió en el sueño más profundo que jamás había conocido.

Capítulo siete: Un amigo con quien abrazar

Jen estaba doblando los pijamas de Dee-Dee cuando sonó su teléfono. Era de una tal tía Marj, una mujer amable que también cuidaba niños y que conocía a otros niños especiales como Dee-Dee, manteniéndose en contacto con ellos discretamente. Jen examinó el mensaje con atención y luego se abrió de par en par.

Hola, Jen y Trisha. Un pajarito me contó que están cuidando a una niña muy especial llamada Dee-Dee. Yo cuido a un niño, Thomas, que es igual de pequeño y busca un amiguito. Toma biberón, gatea y usa pañales todo el tiempo. ¿Le gustaría a Dee-Dee jugar un rato?

Jen sonrió.

Se lo dijeron a Dee-Dee a la mañana siguiente durante el desayuno en su silla alta.

Trisha comió avena suave con una cuchara mientras Jen le cepillaba el cabello y le hablaba en voz baja.

—Cariño —dijo—, hay otro bebé como tú. Un niño llamado Thomas. Él también tiene mamá, usa pañales y bebe biberón igual que tú.

Los ojos de Dee-Dee brillaron.

“¿Jugó?” preguntó ella con la boca llena de avena blanda.

"Le encanta jugar", dijo Trisha con cariño. "Y su mamá dice que es tímido, pero muy cariñoso. Le encantaría conocerte".

Dee-Dee dejó caer la cuchara y aplaudió. "¿Quieres una cita para jugar?! ¡Por favor!"

Thomas llegó justo antes de la siesta. Era más pequeño que Dee-Dee, con el pelo rubio rojizo, un chupete grande enganchado a su pijama de dinosaurio y un monito de peluche apretado contra su pecho. Su mamá, la tía Marij, lo cargó en su cadera, arrullándolo suavemente.

En el momento en que sus miradas se cruzaron, Dee-Dee y Thomas hicieron una pausa y luego se rieron.

—Hola —dijo Dee-Dee tímidamente, con el chupete en la mano—. Soy Dee-Dee.

—Thomas —murmuró con las mejillas sonrojadas.

Las mujeres los bajaron juntas sobre la suave alfombra de Baby Play Land, y la magia comenzó al instante. Compartieron bloques, se lanzaron pelotas suaves, gatearon juntas por el túnel de tela y se turnaron para presionar los botones del caracol musical de Dee-Dee. En un momento dado, ambas se detuvieron, agachándose suavemente una junto a la otra, con las mejillas rojas. El olor a pañales usados se extendió lentamente por la habitación.

Jen y Trisha intercambiaron una sonrisa.

"Parece que se llevan muy bien", observó Trisha.

Y ambos parecen tener más o menos la misma edad. Calculo que unos diez o doce meses, quizás.

Llegó la hora de la siesta y ninguno de los bebés quería separarse, así que Trisha tomó una decisión especial: "¿Por qué no les hacemos espacio a los dos?".

La cuna de Dee-Dee era amplia y resistente. Jen añadió una manta extra suave y Thomas se recostó suavemente a su lado. Dee-Dee sostenía a Bunny mientras Thomas abrazaba a su monito. Sus chupetes se mecían suavemente mientras las nanas sonaban en el móvil que tenían encima.

En cuestión de minutos, los dos bebés estaban dormidos, con las narices juntas y la respiración suave y constante.

Dos latidos. Dos pañales calentitos y crujientes. Dos pequeños, a salvo en un mundo que había hecho espacio solo para ellos.

Cuando Thomas se despertó después de la siesta, Dee-Dee todavía estaba somnolienta, pero tomó su mano.

“¿Mucho más?” murmuró.

Jugaron de nuevo, esta vez más suave, más despacio. Dee-Dee le enseñó su colección de sonajeros, y Thomas sacó un mordedor de su bolso. Apilaron vasos y chillaron al caer. No hicieron falta palabras. Solo risitas y el suave roce de los pañales gruesos.

Al final de la visita, la tía Marj levantó a Thomas en sus brazos.

—Volveremos —dijo en voz baja—. Él quiere mucho a tu pequeño.

Jen y Trisha asintieron. «Eran como dos gotas de agua».

Dee-Dee estaba parada en la puerta de bebés, saludando torpemente con ambas manos. “¡Adiós, Thomas! ¡Ven a jugar otra vez!”

Esa noche, después de tomar el biberón y el baño, Dee-Dee yacía en su cuna, abrazada fuerte por Bunny, mirando fijamente su móvil.

Jen se sentó a su lado, apartándole el pelo de los ojos. “¿Te divertiste hoy, cariño?”

Dee-Dee asintió.

"¿Sientes que el mundo ya no da tanto miedo?" preguntó Trisha.

Dee-Dee sonrió somnolienta mientras su chupete se movía.

No soy espantoso. Tengo amigos. Te tengo a ti.

Y mientras el móvil giraba y sonaba la canción de cuna, Dee-Dee supo que algo había cambiado. Ya no tenía que fingir ser una niña grande. Estaba lista para vivir en el mundo como un bebé, plena y para siempre.

Capítulo ocho: Fuera de casa

El sol estaba suave esa mañana. Ni demasiado caliente ni demasiado brillante, perfecto para una gran aventura.

Trisha abrochó primero a Dee-Dee en su cochecito, tocándole suavemente la nariz y diciendo: "¿Lista, pequeña? Tu primer gran día como niña, ¿verdad?"

Dee-Dee se retorció en su grueso pañal matutino bajo un pelele rosa con volantes, con su conejito de peluche a su lado y el chupete prendido con orgullo a su babero. Levantó la vista y asintió con un chillido "¡Sí!".

Thomas fue el siguiente, acurrucado en un cochecito azul, vestido con un mono de patito y abrazando a su mono de peluche. La tía Marj le ajustó el sombrero, le metió el biberón en el bolsillo lateral y le besó la frente. Ambos bebés se acurrucaron suavemente mientras sus cuidadores los empujaban hacia la puerta, dos bebés para siempre en su primera salida de verdad, uno al lado del otro.

Su primera parada fue la plaza comercial local.

En cuanto llegaron dos cochecitos de adulto, con la suave música del bar de juguetes móvil de Dee-Dee, la gente empezó a notarlo. Y entonces, ocurrió algo mágico.

Ellos sonrieron.

Una mujer mayor cerca de la floristería exclamó con un cálido "¡Ay, mira eso!" mientras Thomas balbuceaba e intentaba alcanzar un expositor de ositos de peluche en un escaparate. Una adolescente que trabajaba en la cafetería se inclinó sobre el mostrador para saludar a Dee-Dee y susurrarle a Trisha: "¡Es preciosa! Se ve tan feliz".

El chupete de Dee-Dee se movía mientras ella sonreía.

"Soy un bebé", dijo orgullosa, sin siquiera un susurro.

Trisha le apretó el pie suavemente. "Así es. Es un bebé precioso".

En la juguetería, sacaron a Thomas un momento para que eligiera un sonajero nuevo. Señaló con una mano enguantada un león de juguete que giraba y aplaudió cuando Marj dijo que sí. Dee-Dee observaba desde su cochecito y luego señaló una pila de libros de cartón. Jen rió entre dientes y los añadió a la cesta.

Más gente sonrió. Algunos susurraron con curiosidad. Pero nadie se burló. Nadie rió. Más de uno simplemente comprendió.

Después de las compras, fueron en bicicleta al parque. Allí estaba más tranquilo, solo se oía el crujir de los árboles y unas cuantas familias en el césped. Jen colocó una suave manta de juego cerca del gran árbol que daba sombra mientras Trisha sacaba a Dee-Dee con cuidado. Marj hizo lo mismo con Thomas.

Los bebés fueron colocados uno al lado del otro.

Se tambalearon hasta las rodillas, gateando lentamente alrededor de la manta. Sonajeros tintineaban, libros blandos crujían y un balón de fútbol de peluche rodaba entre ellos.

En un momento dado, ambos se detuvieron, con sus barrigas ligeramente hacia afuera y sus expresiones inmóviles. Sus pañales se inflaron ligeramente.

Jen le sonrió a Trisha. "Bueno, parece que la hora del parque también es la hora de ir al baño".

Todos rieron suavemente y los bebés también rieron, sin mostrarse para nada tímidos.

—Qué desastre —murmuró Thomas, dejándose caer boca abajo.

—Yo también —susurró Dee-Dee, dándose una palmadita en el trasero.

Los cambiaron discretamente bajo una manta cerca de los cochecitos y luego los acurrucaron en el regazo de sus cuidadores con biberones bajo el sol.

A medida que avanzaba la tarde y se acercaba la hora de la siesta, Dee-Dee apoyó la cabeza en el hombro de Trisha, con el pulgar junto al chupete. Thomas ya estaba dormido en brazos de Marj.

Jen se inclinó y susurró: «Lo hiciste muy bien hoy, pequeña. Saliendo al mundo. Sin esconderte. Simplemente siendo tú misma».

Los ojos de Dee-Dee ya se estaban cerrando.

Ni siquiera respondió con palabras, solo un suave suspiro y un crujido al relajarse de nuevo en su pañal mojado, completamente como un bebé. Y mientras llevaban los cochecitos lentamente a casa, pasando entre árboles, tiendas y caras sonrientes, Dee-Dee soñó dulcemente.

En su sueño, el mundo estaba lleno de manos suaves y ojos amables, de sonajeros, biberones, juguetes de conejito y bebés como ella: felices, vistos y seguros.

Capítulo Nueve: Dee Dee a los Nueve Meses

Dee-Dee ya no estaba de pie ni caminaba.

Eso se había desvanecido naturalmente en las últimas semanas, reemplazado por el suave golpeteo de su trasero al gatear y el constante roce de los pañales gruesos bajo sus pijamas. Sus piernas se doblaban con facilidad en una postura de cuclillas de bebé, y nada le encantaba más que rebotar en el mismo sitio cuando estaba emocionada, como un bebé de verdad.

Ahora solo tomaba leche de fórmula: tibia, suave y reconfortante. Jen preparaba cada toma con cuidado, agitando los biberones por la mañana y guardándolos en el refrigerador, cada uno etiquetado con una pegatina de un conejito.

"Dee-Dee tiene leche hoy", arrullaba Trisha cada vez, deslizándose una entre los labios mientras la sostenían en su regazo o la recostaban sobre la gran almohada de lactancia. "Justo lo que necesita nuestra bebé de nueve meses".

Sus juguetes también habían cambiado. Desaparecieron las cosas de "niña grande", incluso los libros de cartón. Ahora eran mordedores de peluche, sonajeros que tintineaban, pelotas sensoriales, libros de tela crujientes y un caracol pop-up favorito del que se reía cada vez que se asomaba. Instalamos un panel de espejo para colocarlo bajo en la pared, para que pudiera observar sus propios movimientos infantiles. A menudo gateaba, daba palmaditas al cristal y balbuceaba mirando su reflejo.

Entonces, una tarde, Trisha llegó cargando algo grande.

"¡Mira lo que encontré en el granero de bebés de segunda mano!"

Era una hamaca grande para bebés, diseñada para sostener bebés más grandes como Dee-Dee, con acolchado y correas adicionales y un marco ancho y elástico.

La metieron en la cama y, al instante, se le iluminó la cara. Sus piecitos tocaron la alfombra y, con un chillido, se impulsó.

Boing.

Chillido.

¡Boing, boing!

Jen se rió. "¡Creo que tenemos un éxito asegurado!"

Se convirtió en su pasatiempo favorito. Saltar por la mañana, después del biberón, antes de la siesta. Su conejito solía estar metido en el bolsillo mientras ella saltaba al ritmo de la música, con el chupete balanceándose, el pañal crujiendo y apretándose con cada movimiento.

Al día siguiente, Lauren, la amiga de Trisha, vino a visitarla. Traía a su hija de diez años, Maddie, una niña brillante y curiosa que les había rogado que la acompañaran tras enterarse del "gran bebé que Trisha y Jen estaban criando".

Maddie se quedó con los ojos muy abiertos en la puerta de la guardería, mirando a Dee-Dee saltar salvajemente, chillando y sacudiendo un mordedor suave en una mano.

"¿De verdad es... un bebé?" preguntó suavemente.

Jen asintió. «Tiene diez años, igual que tú. Pero ya no quería ser una niña grande. Y ahora es nuestra hija de nueve meses».

Maddie se acercó más.

"¿A ella no le importa?"

—Para nada —dijo Trisha—. Nunca la habíamos visto tan feliz.

Dee-Dee vio a Maddie y gritó aún más fuerte. "¡Hola!", balbuceó. "¡Rebotando!"

Maddie se rió.

Es tan linda. ¿Puedo cuidarla?

—Claro —dijo Jen con una sonrisa—. ¿Quieres darle un sonajero?

Maddie entró lentamente en la habitación, tomó un sonajero rosa de jirafa y se lo ofreció a Dee-Dee. Dee-Dee lo tomó de inmediato, le mordió la oreja y se lo devolvió. Fue una amistad instantánea.

Esa tarde, Maddie ayudó a Dee-Dee a darle el biberón, le ayudó a cambiarle el pañal con ayuda, e incluso gateó a su lado para pasar un rato boca abajo. Al anochecer, parecía pensativa.

Sentada en el borde de la alfombra de juego, miró a Trisha. "¿Es raro que yo también... quiera intentarlo?"

Trisha se sentó a su lado. "¿Qué parte, cariño?"

Maddie se sonrojó. «Todo. Los pañales. Los mimos. Los biberones. Ser tan pequeña como ella».

Jen se sentó a su otro lado. "No es nada raro. Hay muchas maneras de sentirse segura. Si te hace sentir feliz o te ayuda a cuidar mejor de Dee-Dee, podemos hablar con tu mamá".

Maddie hizo una pausa.

¿Podría... usar un pañal la próxima vez que cuide niños?
¿Solo para ver cómo es?

Trisha sonrió con cariño. "Claro, pequeña. Te prepararemos uno".

Y mientras Dee-Dee saltaba y reía detrás de ellos, con las mejillas rojas y el pañal más mojado que nunca, el mundo se volvió un poco más acogedor para una niña más, lista para explorar lo que significaba sentirse segura, pequeña y amada.

Capítulo diez: La niñera en pañales

Todos los martes y jueves después de la escuela, Maddie venía con su mochila y un abrazo rápido para Jen o Trisha antes de ir directamente a la guardería. Ahora siempre llevaba una falda suelta y debajo, uno de los mismos pañales gruesos y arrugados que usaba Dee-Dee.

Su primera vez en uno había sido cautelosa. Tímida. ¿Pero ahora? Era algo natural. Le encantaba la tranquilidad y comodidad del suave acolchado, cómo la hacía sentir protegida mientras gateaba junto a Dee-Dee o se sentaba en la alfombra de juegos leyendo un cuento. Y después de dudar un poco, orinó en el pañal y sonrió como un gato de Cheshire.

A Maddie todavía le gustaba ser una niña grande en la escuela. Hacía sus tareas, ayudaba a su mamá a preparar la cena y jugaba con sus amigas, pero en cuanto cruzó la puerta de la guardería, sintió que le permitían ser suave. Delicada. Diferente. Y el pañal era una parte importante de eso para ella.

Mientras tanto, Dee-Dee iba hacia *atrás* .

Su regresión se había profundizado con tanta naturalidad que ninguno de ellos pudo decir exactamente cuándo había ocurrido. Ya no se sentaba sola. Necesitaba ayuda para *todo* : que la cargaran, la mecieran, incluso que la alimentaran cuchara a cuchara. Gateaba más despacio ahora, más como el tembloroso retorcimiento de un bebé de seis o siete meses. No tenía control alguno de la vejiga ni del intestino, y eso la enorgullecía.

"Qué desordenado", balbuceaba con una sonrisa somnolienta después de despertarse de una siesta.

Trisha y Jen se adaptaron de maravilla. Ahora tenía más baberos, más paños para la baba, y pasaba horas en su corral boca arriba, mirando su móvil, arrullándose y haciendo ruidos de bebé.

A Maddie le encantaba. Le encantaba cuidar a uno tan pequeño y tan... de su tamaño. Se arrodillaba junto al corral, hacía sonar una jirafa y hablaba con voz suave.

"¿Hiciste pipí otra vez, Dee-Dee?" susurraba.

Dee Dee se reía y pateaba.

"¡Ajá! ¡Empapado!"

Maddie sonrió radiante. "Qué rico, nena".

Un jueves por la noche, después de que Dee-Dee hubiera sido bañada, empolvada y acostada con Bunny en su cuna, Maddie se quedó en la sala de estar, esperando que llegara su mamá.

Ella estaba callada.

Jen se dio cuenta. "¿Estás bien, cariño?"

Maddie asintió lentamente. «Me encanta ayudar», dijo. «Quiero mucho a Dee-Dee. Y me encanta estar aquí».

Se removió un poco en su falda, claramente consciente de su propio pañal. "No creo que quiera ser un bebé. No como Dee-Dee. Pero... me *gusta* usar pañales. Muchísimo. Me tranquiliza. Como si nada malo fuera a pasar".

Trisha se arrodilló a su lado. "¿Se lo has contado a tu mamá?"

Maddie bajó la mirada. «Todavía no. Quiero. Pero no sé qué dirá».

Jen le apretó la mano suavemente. "Podemos ayudarte. Puedes pedir lo que te haga sentir segura".

Cuando su madre llegó diez minutos después, Maddie hizo lo más valiente que jamás había hecho.

De pie entre Trisha y Jen, todavía con el pañal puesto, tomó la mano de su madre y le dijo suavemente: «Mami... ¿puedo usar pañales en casa también? No para jugar. Solo... todo el tiempo. Como ropa interior. Me ayuda a sentirme bien».

Hubo una larga pausa. Entonces su madre se sentó, abrazó a su hija y simplemente dijo: «Habla de ello. Te quiero pase lo que pase. Gracias por decírmelo».

Maddie estalló en lágrimas de alivio.

Más tarde esa noche, de vuelta en la habitación del bebé, Dee-Dee se removió en su cuna. Se giró hacia Bunny, con los ojos abiertos por un instante.

En su estado de somnolencia, murmuró algo suave.

“Buenas noches... Maddie.”

Y con su chupete moviéndose suavemente, Dee-Dee regresó a sus sueños, sueños en los que nunca tuvo que crecer, donde siempre fue el bebé y donde incluso su niñera también usaba pañales.

Capítulo once: El día del bebé de Dee-Dee

Las mañanas comenzaban con la luz del sol filtrándose suavemente a través de las cortinas de la habitación del bebé y el leve crujido de un pañal muy mojado debajo de un saco de dormir rosa y peludo.

Dee-Dee siempre se despertaba lentamente, con el chupete todavía en la boca, moviendo los brazos suavemente mientras parpadeaba hacia su móvil giratorio. A veces arrullaba. A veces simplemente se quedaba allí, con el pulgar moviéndose cerca de la boca. Pero si Trisha tardaba demasiado en venirse, empezaba a gemir, un llanto suave y tembloroso, como el de un bebé. Y no era fingido. Ahora era instinto.

Para cuando Trisha la alzó en brazos con un cálido "Buenos días, pequeña", las lágrimas de Dee-Dee ya habían empezado a caer en pequeños sollozos de impotencia. No sabía por qué lloraba. Solo necesitaba a alguien.

—Shh, shh —la tranquilizó Trisha, meciéndola en la sillita—. Aquí estoy, Dee-Dee. Estás a salvo, cariño. Es hora del biberón.

Su primera toma siempre era en brazos de su cuidadora. Jen o Trisha se sentaban en la mecedora, acunando a Dee-Dee contra su pecho y guiando el biberón tibio de fórmula hacia su boca. Sus manos ya casi no sostenían el biberón; simplemente mamaba y parpadeaba, con los ojos llenos de satisfacción.

Después venía el cambiador, donde la acostaban para que le cambiaran el pañal. Ya ni siquiera reaccionaba cuando se ensuciaba. Simplemente se chupaba las manos y se miraba los dedos de los pies mientras la limpiaban y la empolvaban. Un pañal limpio, un pelele suave y un beso en la frente completaban el ritual.

El tiempo de juego fue suave y lento.

Ya no podía sentarse sin ayuda, así que se quedaba tumbada en su corralito debajo de su móvil, dándole manotazos a los anillos colgantes y riendo cada vez que la vaca tintineaba. Ahora balbuceaba constantemente con sonidos sin sentido, con alguna palabra suelta de vez en cuando.

“Babba... salta... caca... Dee Dee... ¡uh-oh!”

Se daba la vuelta boca abajo, con la baba acumulada en la alfombra de juegos mientras masticaba su zanahoria de peluche o empujaba su libro arrugado. Si quería algo, gemía o pateaba hasta que alguien la ayudaba.

A veces volvía a llorar; llantos de bebé, de verdad, que empezaban con un pequeño gemido y rápidamente se convertían en sollozos fuertes y húmedos. Podrían ser gases. Podría tener el trasero mojado. Podría no ser nada en absoluto. Nunca le pidieron explicaciones. Ya no tenía *que* hacerlo.

En cambio, Trisha o Jen la abrazaban, le daban palmaditas en la espalda y le susurraban al oído: «Mamá está aquí. ¡Shhh, pequeña! Lloro hasta que se te pase».

La mecían hasta que sus sollozos se convertían en hipo y ella se relajaba con un largo suspiro en su hombro.

La hora del almuerzo consistía en comidas blandas con cuchara en la trona, y la mitad terminaba en su babero. Ya no intentaba comer sola, ni siquiera con las manos. Después de terminar el biberón, solía ensuciar el pañal, a veces durante el biberón, a veces entre risas después, le besaban la sien y la llamaban "buena bebé desordenada" mientras la cambiaban de nuevo.

Por las tardes, la pasaba saltando en su hamaca o echando una siesta en la cuna. Siempre tenía a su conejito, siempre usaba su

chupete y a menudo escuchaba una suave nana en el altavoz de la esquina.

En el momento en que se movía y se daba cuenta de que estaba sola, lloraba de nuevo, con los puños cerrados y la cara roja, como un bebé inquieto que no tenía palabras ni comprensión.

Jen entraba corriendo, la cogía en brazos y le decía con cariño y firmeza: «Tranquila, tranquila. Mamá te tiene, cariño».

Sin embargo, las tardes eran más tranquilas. La bañaban en la bañera, con el pelo enjabonado en suaves burbujas, luego la envolvían en una toalla con capucha y la acunaban como la pequeña que era. Un pañal limpio para la noche, un biberón mientras la mecían, y se quedaba dormida lentamente, acunada en brazos cálidos.

Sus ojos se cerrarían. Su trasero se hundiría suavemente al relajarse de nuevo. Y dormiría como el bebé más pequeño del mundo.

Capítulo doce: Sonríe para la cámara, cariño

La habitación de los niños nunca lució tan resplandeciente.

Jen y Trisha se habían pasado toda la mañana ordenando: doblando mantas extra, ahuecando almohadas, reorganizando los juguetes y desempolvando el móvil sobre la cuna. Habían extendido una alfombra blanca grande y suave debajo del corral, y habían colgado un fondo pastel con nubes y estrellas cerca del sillón.

Hoy fue día de sesión de fotos. Dee-Dee se estaba tomando fotos de bebé.

Estaba tumbada en el cambiador solo con el pañal puesto, riendo y babeando mientras Trisha le empolvaba la barriguita. "¿Estás emocionada, pequeña?", le susurró.

Dee-Dee balbuceó: "¡Sonajero! ¡Pitty dwess!"

"Ya llegamos a eso", sonrió Jen, mostrando dos conjuntos. "Bueno, elijamos. ¿Un mono rosa con volantes y mangas abullonadas? ¿O el vestido amarillo limón con gorro a juego?"

Los ojos de Dee Dee se clavaron en el amarillo. "Capuchón", susurró con los ojos muy abiertos, y luego chilló y aplaudió. "¡Capuchón, capuchón, capuchón!"

Trisha se rió. "Es amarillo limón".

Una vez vestida, Dee-Dee fue colocada sobre la alfombra blanca con su conejito favorito, un suave elefante azul, y tres de sus sonajeros. Su pañal crujió suavemente bajo el vestido. Abrazó al conejito con fuerza mientras Jen se arrodillaba junto a la cámara.

"Está bien, niña... ¡Grandes sonrisas de bebé!"

Dee-Dee esbozó una dulce sonrisa mientras levantaba al elefante con una mano orgullosa.

Hacer clic.

Entonces su cara se arrugó.

"¿Sonajero?" preguntó suavemente, con el labio inferior temblando.

"¿Quieres el rosa, cariño?" preguntó Trisha, entregandoselo rápidamente.

Dee-Dee lo tomó y sonrió de nuevo.

Hacer clic.

La sesión continuó con imágenes de ella gateando hacia un osito de peluche, acostada boca arriba rodeada de bloques, sostenida en brazos por Jen y bostezando soñolienta. Cada pocos minutos, la recolocaban suavemente, la elogiaban y la besaban.

Babeaba, balbuceaba e incluso llenó su pañal a mitad de la sesión.

"¿Deberíamos cambiarla?" preguntó Maddie.

—No —susurró Jen con una sonrisa—. Esto es la vida de un bebé de verdad. Es perfecto.

Maddie llevaba su propio pañal rosa suave debajo de una falda de juego y se unió a la última ronda de fotos. Acurrucó a Dee-Dee en la mecedora y la ayudó a sostener un sonajero de madera. Dee-Dee apoyó la cabeza en el hombro de Maddie, sonriendo con los ojos entornados y dándose palmaditas en la barriguita con una mano.

—La quiero muchísimo —susurró Maddie—. Es la bebé que siempre quise cuidar.

Parecían hermanas... o más bien como dos almas que habían encontrado algo que nunca pensaron que el mundo permitiría.

Después de tomar las últimas fotos y acostar a Dee-Dee para que durmiera la siesta, Maddie permaneció en silencio en la cocina, jugueteando con el dobladillo de su falda.

Jen la miró con dulzura. "¿Te preocupa algo, cariño?"

Maddie asintió lentamente. «Mamá dijo que sí».

Jen dejó el biberón que estaba enjuagando. "¿En serio?"

Maddie sonrió tímidamente. «Ahora puedo usar pañales en casa. Siempre. Incluso me compró uno propio».

Trisha le dio un abrazo enorme. "Ay, Maddie. Qué maravilla".

"Y..." Maddie levantó la vista, radiante de orgullo. "Si me porto bien, me va bien en la escuela y sigo siendo responsable... dijo que quizá me permitan usarlos también en la *escuela*".

Jen y Trisha parpadearon. Luego sonrieron.

"Es un gran paso", dijo Trisha suavemente.

—Lo sé —asintió Maddie—. Pero lo quiero. No ser una bebé como Dee Dee... solo... ser yo. A mi manera.

Jen la abrazó. "Lo estás haciendo de maravilla, Maddie. Te estás convirtiendo en alguien muy especial".

Y mientras Dee-Dee se movía en su cuna al otro lado del pasillo, gimiendo suavemente por su chupete, Maddie caminaba silenciosamente hacia ella, su pañal crujiendo suavemente bajo su falda, lista para calmar al pequeño bebé que amaba más que a nada.

Todo fue perfecto...para todos.

